RBA

Piergiorgio Odifreddi

POR QUÉ NO PODEMOS SER CRISTIANOS

y menos aún católicos

Acceso Abierto

Piergiorgio Odifreddi

POR QUÉ NO PODEMOS SER CRISTIANOS

(Y menos aún católicos)

Traducción de Juan Carlos Gentile Vítale

La traducción de esta obra ha merecido
una subvención del Instituto Italiano de Cultura

Título original: *Perché non possiamo essere cristiani*
Autor: Piergiorgio Odifreddi
Traductor: Juan Carlos Gentile Vítale

© 2007, Longanesi *&c* Co., Milán
© de la traducción: 2008, Juan Carlos Gentile Vítale
© de esta edición: 2008, RBA Libros, S.A.
Santa Perpetua, 12 - 08012 Barcelona
rba-libros@rba.es / www.rbalibros.com

Citaciones extraídas de *Santa Biblia,*
Sociedades Bíblicas Unidas, Madrid, 1992.

Tercera edición: julio 2008

CREATIVE COMMONS
Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos y no comerciales

REF.: ONFI203 / ISBN: 978-84-9867-177-3
DEPÓSITO LEGAL: B-37500-2008
Composición: Manuel Rodríguez
Impreso por Novagrafik (Barcelona)

A los jóvenes

«Cuando yo era niño, hablaba, pensaba y razonaba como un niño; pero al hacerme hombre dejé atrás lo que era propio de un niño.»

PABLO DE TARSOS, *Primera carta a los corintios*, XIII, 11-12.

«Escribo sobre Dios: cuento con pocos lectores y aspiro a pocas aprobaciones. Si estos pensamientos no gustan a nadie, sólo podrán ser malos, pero si gustaran a todos los consideraría detestables.»

DENIS DIDEROT, *Pensamientos filosóficos,* 1746

«Esta vez no se trataba de mirar por detrás de las páginas del *Nuevo Testamento* a la búsqueda de contradicciones, sino de iluminar con una luz rasante la superficie de esas páginas, como se hace con una pintura para resaltarle los relieves, las señales de paso, la oscuridad de las depresiones. Fue así como el aprendiz, ahora rodeado de personajes evangélicos, leyó, como si fuese la primera vez, [...] y habiendo leído, no comprendió.»

JOSÉ SARAMAGO,, *Discurso del Premio Nobel,* 1998.

*

ÍNDICE

1. CRISTIANOS Y CRETINOS 13

2. EL PADRE 19
Elohim 19
Jahvé-Adonáis 23
Las fuentes del Pentateuco 29
La Revelación 34
Cosmogonías modernas 38

3. EL DIOS DE ISRAEL 45
Los Patriarcas 45
La Tierra Prometida 51
El libertador 56
El conquistador 62
El Dios de los ejércitos 65

4. LOS MANDAMIENTOS 71
Las Tablas de la Ley 71
El Señor, tu Dios 76
Tu prójimo 85

5. EL HIJO IO7
Jesús de Nazaret 107
Las fuentes de los evangelios 118
El profeta 128
El mago 136
El Mesías 143

6. EL CRISTIANISMO 149
El resucitado 149
El Espíritu Santo 154
El apóstol de los judíos 164
El apóstol de los gentiles 175
De Dios a César 187

7. EL CATOLICISMO 203
La Trinidad 2.03
La Virgen 211
La eucaristía y el sacerdocio 2.2.6
Las indulgencias y el Purgatorio 238
El Papa 252

8. LAICOS Y LÓGICOS 265

NOTAS 271

LOS CONCILIOS ECUMÉNICOS DE LA IGLESIA CATÓLICA . . . 291

ÍNDICE DE NOMBRES 293

1

CRISTIANOS Y CRETINOS

Cristo es la transliteración del término griego *christos,* «ungido», elegido por la Biblia de los Setenta para traducir el término hebreo *mashiah,* «mesías», con el cual el Antiguo Testamento indicaba a aquel que debía venir a restaurar el reino de Israel.

Entre muchos sedicentes cristos o mesías de la historia, los evangelios canónicos identifican el suyo con *Jesús:* a su vez, la transliteración de *Ye(bo)shua,* «Dios salva» o «Dios ayuda», un nombre corriente hebreo que, según *Mateo,*[1] fue sugerido en sueños a José por un ángel, porque el hijo de María «habría salvado a su pueblo de sus pecados». *Cristiano,* que obviamente significa «seguidor de Cristo», en la tradición evangélica indica, pues, «seguidor de Jesús», según un uso que los *Hechos de los apóstoles*[1] remontan a la comunidad de Antioquía.

Con el paso del tiempo la expresión pasó a indicar primero a una persona cualquiera, como en el inglés *cbristened,* «nombrado» o «llamado», y luego a un «pobrecillo», como en nuestro *pobre cristo.* Incluso el mismo término *cretino* deriva de «cristiano» (a través del francés *crétin,* de *cbrétien),* con un uso ya atestiguado por la *Enciclopedia* en 1754: según Pianigiani, «porque estos individuos eran considerados

personas sencillas e inocentes, o bien porque, estúpidos e insensatos como son, parecen casi absortos en la contemplación de las cosas celestiales».

El acercamiento entre cristianismo y cretinismo, aparentemente insolente, está en realidad corroborado por la interpretación auténtica de Cristo mismo, que en el *Sermón de la montaña* empezó la enumeración de las bienaventuranzas con: «Dichosos los que reconocen su pobreza espiritual, porque el reino de Dios les pertenece»,[3] usando una fórmula recurrente también en hebreo *(anawim ruacb).*

En el fondo, la crítica al cristianismo podría reducirse a esto: que al ser una religión literalmente para cretinos, no se adapta a aquellos que, quizá para su desgracia, han sido condenados a no serlo. Esta crítica, dicho sea de paso, explicaría también en parte la fortuna del cristianismo: porque, como refleja la estadística, la *mitad* de la población *mundial* tiene una inteligencia inferior a la media, y está, por tanto, en la disposición de espíritu adecuada para ésta y otras bienaventuranzas.

Pero, aunque perfectamente satisfactoria en sus conclusiones, la crítica etimológica sería fácilmente cuestionable por aquellos que encontraran su argumentación demasiado débil: en el fondo, en cuanto europeos (del griego *eurys ops,* «cara ancha») somos también literalmente unos «jetas», pero eso no nos basta para deducir que en consecuencia tenemos todos una expresión cretina y, por tanto, como europeos, no podemos dejar de decirnos cristianos (aunque alguien lo ha hecho, con argumentos no muy articulados).

Si queremos llegar de manera convincente a las mismas conclusiones, es decir, que el cristianismo es indigno de la racionalidad y la inteligencia del hombre, entonces deberíamos cargar a nuestras espaldas la Biblia (del griego *biblia,* «libros») y recorrer el *via crucis* de su exégesis: no sólo de los evangelios (del griego *eu angelion,* «buen mensaje» o «buena

nueva»), sino también de aquello en lo que éstos se han inspirado, y que a su vez han inspirado, a continuación, desde *Génesis* hasta el *Catecismo.*[4]

Así como, si quisiéramos demostrar que el cristianismo ha constituido no el estímulo o las raíces del pensamiento democrático y científico europeo, sino el freno y las malas hierbas que han sofocado considerablemente su desarrollo, deberíamos taparnos las narices y recorrer la historia maloliente de la sangre de las víctimas de las Cruzadas y de los humos de las hogueras de la Inquisición.

Y para evitar que esa historia se pudiera dejar demasiado fácilmente de lado como una «cosa de otros tiempos», deberíamos recordar que también nuestra época tiene sus cruzadas y sus inquisiciones: porque conquistar los pozos de petróleo de los musulmanes, o hacer referendos contra las biotecnologías, no es demasiado distinto de liberar el Santo Sepulcro de los infieles, o procesar el heliocentrismo. Sobre todo cuando el Dios que «lo quiere» o «está con nosotros» es el mismo cuyo nombre, además de ser invocado en las iglesias, se graba en las hebillas nazis y se estampa en los dólares estadounidenses.

No se trata, naturalmente, de meterlo todo en el mismo saco, aunque la Iglesia católica, en el siglo xx, haya logrado meter en todo saco un concordato. Distinguiremos, pues, las posiciones de las diversas denominaciones del cristianismo, pero nos concentraremos naturalmente en el catolicismo: desde luego, no por sus imaginarias pretensiones de constituir la variedad auténtica de la religiosidad cristiana, sino por sus reales capacidades de condicionar la vida política, económica y social de las naciones del Sur de Europa y de Latinoamérica (no por casualidad, las más atrasadas de sus continentes).

En el fondo, es precisamente porque el cristianismo en general y el catolicismo en particular no son (solamente) fenómenos espirituales, sino que interfieren enormemente en

el desarrollo de la vida civil de naciones enteras, por lo que los no creyentes siempre pueden reivindicar el derecho, y a veces deben cargar con el deber, de limitar su influencia: sobre todo cuando, como hoy, el anticlericalismo constituye más una defensa de la laicidad del Estado que un ataque a la religión de la Iglesia.

En condiciones normales, semejante defensa sería naturalmente tarea de las instituciones y de los representantes del pueblo. Pero, por desgracia, éstos son tiempos anormales y anómalos, en los que presidentes, ministros y parlamentarios compiten por arrodillarse delante de papas, cardenales y obispos, y reciben ayuda de los apóstatas no sólo del comunismo y el socialismo, sino incluso del Resurgimiento, cuyos padres habían separado convenientemente los asuntos del Estado de aquellos de la Iglesia.

Como testimonio bastará recordar, aparte de las recíprocas zalamerías entre presidentes y papas, por un lado, las invocaciones a la Virgen en los discursos de toma de posesión de Osear Luigi Scalfaro en el Quirinal el 28 de mayo de 1992. y de Pier Ferdinando Casini en Montecitorio el 31 de mayo de 2001; por el otro, la presencia de Massimo D'Alema y Walter Veltroni en la plaza de San Pedro el 6 de octubre de 2002, en la ceremonia de beatificación de José María Escrivá de Balaguer, fundador del tristemente famoso Opus Dei.

Corresponde, pues, a los ciudadanos corrientes el deber de hacerse cargo de la defensa del laicismo (de *laos,* «pueblo», y *laikos,* «popular»), para obviar las deficiencias de sus representantes. Y, en este caso, le corresponde a un matemático hacerse cargo, para obviar las deficiencias de los filósofos. Sobre todo de aquellos que, de palabra, se declaran laicos, pero en los hechos son más papistas que el Papa: una empresa olímpica, además, en vistas de los papas que andan por ahí. Y naturalmente un matemático no podía dejar de rendir un homenaje, al menos en el título, al más ilustre de sus pre-

decesores: el Bertrand Russell de *Por qué no soy cristiano* ([1]957), que hizo de contrapunto al *Por qué no podemos no decirnos cristianos* de Benedetto Croce (1943). O sea, cada época tiene no sólo sus filósofos colaboracionistas, sino también sus matemáticos resistentes.

La asonancia con el lema de Soren Kierkegaard *no podemos ser cristianos* es, en cambio, pura homofonía: indica no la supuesta inadecuación del fiel, que le impediría alcanzar una auténtica relación personal con Cristo, sino la aún por demostrar absurdidad de la fe cristiana misma, que pretende continuar propinando al hombre occidental contemporáneo rancios mitos de Oriente Medio e infantiles supersticiones medievales.

Vayamos juntos, pues, al descubrimiento de estos mitos y de estas supersticiones, para mostrar meridianamente que no todo va de la mejor manera posible en la (sedicente) mejor de las fes posibles. Si luego los panglosianos «cretinos» e «idiotas» mantienen optimistamente su Credo y su Dios, estaremos todos contentos: en el fondo, y también por principio, el ateísmo no es una fe, y no induce a nadie a cambiar de religión. Sólo reivindica, cristianamente, poder dar a la Razón lo que es de la Razón. Y no olvida, voltairianamente, que es preciso cultivar también el propio jardín, y no sólo el del Edén.

Nueva York y San Mauro,
11 de febreroj[5]-zo de septiembre[6] de 2006

través de un plural genérico, sino del específico *Eloah,* que es un derivado de *El:* del nombre de la principal divinidad de los cananeos, llamada también «toro» o «ternero», y a menudo representada por esos animales. Dos nombres, Eloah y El, que, además, también son usados en el Antiguo Testamento para indicar a Dios: unas cincuenta veces el primero y cerca de doscientas cincuenta el segundo.

Algunos cristianos se las apañan diciendo que un sustantivo plural regido por un verbo singular es una prefiguración de la Trinidad: de un dios que debería ser al mismo tiempo uno y muchos. Pero quien no cree admitirá más sencillamente que el plural es un fósil del politeísmo que estaba vigente en la tierra de Canaán, y que fue evidentemente heredado por los judíos del reino septentrional de Israel.

Este reino se formó hacia el 900 a.e.V.,[1] junto con el meridional de Judá, cuando el imperio de David se derrumbó a la muerte de Salomón y fue repartido entre Jeroboam al norte y Roboam al sur. El primero fue quien reemplazó los querubines dorados, que en el templo de Jerusalén sostenían el trono, por los dos becerros de oro de Betel y Dan:[z] un acto simbólico de la división política, que el *Éxodo*[3] representará mitológicamente en términos religiosos como un regreso a la idolatría.

La historia de Elohim es, pues, la del dios de Israel, en el sentido específico del reino del norte. Ahora bien, las dos preguntas fundamentales respecto de la creación del mundo que él habría realizado son aquellas justamente planteadas por el *Catecismo:*[4] ¿qué y cómo ha sido creado?

Respecto del cómo, el mismo *Catecismo* responde que «Dios lo ha creado de la nada», citando este versículo del *Segundo libro de los macabeos:*[5] «Te ruego, hijo, que mires al cielo y a la tierra, que veas todo lo que hay en ellos y entiendas que de la nada Dios lo hizo todo». Una nota de la edición oficial de la Biblia revela que ésta «es la afirmación

más precisa de todo el Antiguo Testamento sobre la doctrina de la creación a partir de la nada».

¡Si ésta es la afirmación más precisa, figurémonos las demás! Ante todo, los dos libros de los *Macabeos* son extremadamente tardíos, y se remontan a cerca de un siglo a.e.V. Además, no forman parte de la Biblia hebrea y son considerados apócrifos por la protestante. Luego, el primero fue escrito en hebreo, pero sólo nos ha llegado en traducción griega. Por último, el segundo es el resumen de una obra perdida en cinco libros de un ignoto Jasón de Cirene. Puede perfectamente imaginarse cuál es la atendibilidad de ese único y vago versículo como fuente de noticias relativas al inicio del mundo...

En realidad, la creación de la nada es una invención de Ireneo,[6] retomada por Agustín de Hipona, que en las *Confesiones*[7] establece la auténtica interpretación del inicio del *Génesis:*

> Eres tú, Señor, tú, que en el principio originado por ti, en tu Sabiduría nacida de tu sustancia, has creado todas las cosas, y de la nada. Has creado el cielo y la tierra, pero no sacándolos de tu sustancia, porque en tal caso habrían sido algo igual a tu unigénito, por tanto, a ti [...] fuera de ti no existía nada de lo que pudieras sacar las cosas, oh Dios, Trinidad una y Unidad trina. Por eso creaste de la nada el cielo y la tierra.

Pero si leemos qué dice efectivamente el original hebreo del *Génesis,*[8] se encuentra solamente un texto que en la edición oficial de la *Beresbit Rabab* dice:

> En el comienzo de la creación de Dios del cielo y de la tierra, cuando la tierra no tenía forma alguna, y todo era un mar profundo cubierto de oscuridad, el espíritu de Dios se movía sobre el agua. Y Dios dijo: «¡Haya luz!». Y hubo luz.

La edición oficial traduce, en cambio:

> En el comienzo de todo, Dios creó el cielo y la tierra. La tierra no tenía entonces forma alguna; todo era un mar profundo cubierto de oscuridad, y el espíritu de Dios se movía sobre el agua. Y Dios dijo: «¡Haya luz!». Y hubo luz.

Más en la primera versión, y menos en la segunda, está claro que el buen Elohim del *Génesis* no es más que un pobre Demiurgo, como el del *Timeo* platónico: literalmente un «trabajador público» (de *demion,* «público», y *ergon,* «trabajo»), o un metafórico «artesano», «plasmador» o «manipulador», que trabaja sobre una materia preexistente llamada «tierra», sin forma, oscura, tenebrosa y ventosa. Pero ¿para hacer qué?

Ante todo el día y la noche,[9] y luego el firmamento (el «cielo»),[10] las tierras emergidas (la «tierra»)[11] y los mares. Lo cual significa que, para evitar malentendidos, el primer versículo del *Génesis* debería traducirse literalmente: «En el comienzo de todo, los dioses crearon el firmamento y las tierras emergidas». Así se eliminaría cualquier ambigüedad sobre la naturaleza plural y demiúrgica de Elohim, que es lo que intenta evitarse a toda costa.

En su obra de creación siguen luego las plantas, y sólo el cuarto día llegan el Sol y la Luna, para iluminar respectivamente el día y la noche:[12]- un detalle interesante, que revela cómo para los antiguos judíos el Sol no era la causa de la luz diurna, sino sólo una señal de ésta. Sin él, evidentemente, de día la Tierra habría sido oscura, pero el cielo claro: ¿acaso fue leyendo el comienzo de la Biblia que en 1953 a Magritte se le ocurrió su inquietante cuadro *El imperio de la luz}*

La historia de la creación concluye con los peces y los pájaros el quinto día, y los animales y el hombre el sexto,[13] pero no sin un par de sorpresas. Ante todo, porque Elohim crea, sí, al hombre «a su imagen y semejanza» (o mejor,

literalmente, a *su* imagen *y a su* semejanza»), ¡pero simultáneamente lo crea *varón* y *mujeñ* Quizás esto signifique que los hombres de los orígenes eran andróginos, como parecería también por la sucesiva precisión de que Elohim «los creó varón y mujer, los bendijo y los llamó Adán».[14]

Y luego porque no sólo los hombres, sino también todos los animales son *vegetarianos.*^^ Como reafirmará el versículo 14 del famoso *Salmo 104,* que constituye la versión hebrea del *Himno del Sol* egipcio de Akenatón: «Tú haces crecer el forraje para los animales, y la hierba para el hombre». Ahora bien, para testimoniar cómo la religión es indistinguible de su parodia, es precisamente sobre este versículo, como también sobre la igualmente explícita referencia a la hierba en el *Génesis,* que los *rasta* jamaicanos fundan su devoción por un tipo de hierba muy específico, llamado *ganja,* en obvia referencia al lugar de procedencia del cáñamo indio.

Es sólo después del diluvio que Elohim permitirá que los hombres se vuelvan carnívoros, diciendo a Noé y a sus hijos:[16]

> «Todos los animales, en el aire, en la tierra y en el mar, están bajo vuestro poder. Podéis comer de todos los animales y verduras que queráis. Yo os lo doy. Pero hay una cosa que no debéis comer: carne con sangre, porque en la sangre está la vida».

JAHVÉ-ADONÁIS

Pero la mayor sorpresa aún está por llegar. Porque, después de haber concluido el relato de la creación haciendo descansar a Elohim el séptimo día, el *Génesis* lo retoma desde el principio inmediatamente, en otra versión:[17]

> Cuando Dios el Señor hizo el cielo y la tierra, aún no había plantas ni había brotado la hierba, porque Dios el Señor todavía no

había hecho llover sobre la tierra, ni había nadie que la trabajara. Sin embargo, de la tierra salía agua que la regaba completamente. Entonces Dios el Señor formó al hombre de la tierra misma, y sopló en su nariz y le dio vida. Así el hombre comenzó a vivir.

La sorpresa no es, naturalmente, la descripción aún más explícitamente demiúrgica de la creación: ésta ya era bastante explícita también en el primer relato. Es, en cambio, el hecho de que de golpe se comienza a hablar *dejabvé,* «Señor», primero en conjunción con Elohim, «Dios», y luego solo (en la traducción inglesa del rey Santiago se pasa de *God* a *Lord).*

Ahora bien, el tetragrama trascrito habitualmente Yhwh o Jhwh es el nombre divino que aparece con más frecuencia en la Biblia hebrea: casi siete mil veces, respecto de las cerca de dos mil quinientas de Elohim (las cifras exactas dependen de las distintas versiones del texto). Pero puesto que es considerado inefable e impronunciable, quizá a causa de una interpretación literal del mandamiento «No hagas mal uso del nombre del Señor tu Dios»,[18] ya no se sabe cómo leerlo, si es que alguna vez se supo.

El Quinto Libro de los *Tapices* o *Miscelánea*[19] de Clemente de Alejandría trascribe en griego el tetragrama como *laoue,* lo cual tiene la ventaja de reducir la inefabilidad de una escritura totalmente consonantica a la inmanencia de una pronunciación que, para nosotros, es panvocálica. Por sucesivas contaminaciones luego se llegó al uso corriente, que es Jahvé o algo similar, aunque la secta de los llamados «testigos» haya adoptado Jehová.

Para nosotros, *a-iaoueístas,* todo va bien, obviamente, pero para los judíos, también obviamente, no. La solución canónica adoptada por ellos es la propuesta entre los siglos vil y x e.V. por los escribas llamados masoretas, o «tradicionalistas» (de *masorah,* «tradición»): leer Yhwh como *Adonai,* un plural posesivo derivado del fenicio *adon,* que

significa «señor», «legislador» o «juez», y es usado en el Antiguo Testamento más de trescientas veces conjugado en plural, y más de trescientas en singular. Literalmente, pues, *Adonai* debería ser traducido por «Mis Señores», y se puede prever fácilmente que semejante divinidad se manifieste de manera legalista y prescriptiva, como efectivamente ocurrirá a continuación.

De todos modos, pasando de los nombres a los hechos, se nota incluso a simple vista que la historia de la creación de Jahvé es sustancialmente distinta de la de Elohim. Para empezar, el hombre no es la última obra de la creación, ¡sino la primera! Y es porque es creado de *adam,* «tierra» o «arcilla», que toma el nombre de Adán: una etimología que se ha conservado en las lenguas latinas, donde «hombre» deriva de *humus,* y que en ambos casos significa «terrestre».

Después de la creación del hombre, Jahvé planta para él el jardín del Edén,[20] un nombre que significa «delicia» en hebreo, de donde proviene el título de la pintura de 1504 de Hieronymus Bosch *El Jardín de las Delicias.* Una etimología más antigua, que se remonta al sumerio *edinu* y al acadio *edin,* reconduce el significado de Edén a «llanura» o «estepa».

Sólo después de haber creado plantas, animales y pájaros para el jardín,[2]-[1] Jahvé plasma de una costilla de Adán a aquella que «se va a llamar mujer *{ishab),* porque Dios la sacó del hombre *{ish)»:*[zz] la contraposición etimológica se mantiene en el inglés *man* y *woman* (de *tvif man,* «mujer del hombre», luego *wifman* y *winman),* pero en español se pierde, aunque quede rastro de ella en los apelativos «don» y «doña» (que derivan, no obstante, de *dominus* y *domina).*

Además de a la mujer, el relato dio origen también a la interesante creencia de que el hombre tenía una costilla menos que ella: el primero en defender lo contrario fue el médico Andrea Vesalio en su *Fábrica del cuerpo humano* (1543),

montando un follón, naturalmente, y acabando bajo las garras de la Inquisición.

Sea como fuere, sólo después de la caída la mujer recibirá el nombre de Eva, de *bawwah,* «vida», «pues ella fue la madre de todos los que viven».[23] A propósito de la procreación, no sabemos cuál era el proyecto original de Jahvé. Quizá, dejar a Adán y Eva solos en el Edén. O bien intervenir personalmente para incrementar la raza humana, permitiendo que sus representantes «no se ensuciaran las manos» en ciertos asuntos. O, más probablemente, *prohibiéndoles* hacerlo, dado que la interpretación más obvia del episodio del pecado original[24] es precisamente que el hombre y la mujer hayan realizado aquello que, desde entonces, más obsesiona a las religiones judía y cristiana (naturalmente también a la musulmana, que aquí no nos interesa), y que reprimen con todo su inconsciente.

Porque es verdad que, formalmente, la prohibición divina concierne a no comer el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal:[25] además, en abierto contraste con la primera versión de la creación, que permitía expresamente comer los frutos de *cualquier* árbol.[26] Pero resulta igual de cierto que es precisamente el verbo *jada',* «conocer», el que se usa de forma sistemática en la Biblia para indicar el cumplimiento del acto sexual, proporcionando así una interpretación auténtica del significado de la petición de Jahvé: una interpretación tan fastidiosa para los católicos, que la edición oficial ha decidido traicionarla traduciendo el verbo por «unirse».

En cualquier caso, toda la historia eyacula sexo por cada poro: por ejemplo, de repente Adán y Eva se dan cuenta de su desnudez, y Jahvé condena a la mujer: «Aumentaré tus dolores cuando tengas hijos, y con dolor los darás a luz».[27] En cuanto a la serpiente, no es preciso ser Freud para interpretar su simbolismo. Pero si uno lo es, y en 1915 escribe un capítulo titulado «Simbolismo del sueño» en su *introducción al*

psicoanálisis, no puede por menos que advertir: «A los símbolos sexuales masculinos menos comprensibles pertenecen algunos reptiles y peces, sobre todo el famoso símbolo de la serpiente». Naturalmente la incomprensibilidad se debe al hecho de que, como símbolo del pene, la serpiente será también insinuante y viscosa, aunque un poco flaccida: pero puede fácilmente erguirse en un duro bastón, y el bastón ablandarse en una serpiente, incluso en manos de Moisés.[z8]

A aquellos que objetaran que la interpretación de la serpiente como pene está cogida por los pelos, bastará con hacerles notar que, en cualquier caso, es menos fantasiosa que la propuesta por el cristianismo,[2-9] que ve en la serpiente al Diablo: un ente espiritual del que no se dice nada no sólo en el *Génesis,* donde en cambio se dice explícitamente que «la serpiente era más astuta que todos los animales salvajes»,[30] ¡sino en todo el Pentateuco!

Sea como fuere, la historia de Jahvé continúa, primero, haciendo procrear a Adán y Eva dos hijos varones, Caín y Abel, y luego haciendo procrear, a su vez, a Caín:[3'] un hecho que hasta un salvaje, por ejemplo el del *Suplemento al viaje de Bougainville* de Diderot (1771), reconoce que debe basarse en el incesto. En efecto, o los dos progenitores tuvieron sólo varones, y entonces Caín debió copular con su madre, Eva, o tuvieron también hijas, y entonces podría haber sido alguna de las hermanas la que procreara con su hermano. A menos que, como propone el fundador de los Mormones, Joseph Smith, en su *Versión inspirada de la Biblia,* resolviendo genialmente el problema de una vez por todas, Caín sencillamente no haya «tomado por mujer a una de las hijas de su hermano».[z]

Incesto aparte, no está en absoluto claro cómo avanza la genealogía humana en la historia bíblica. Porque, extrañamente, después del asesinato de su hermano, Caín teme ser muerto y «entonces el Señor puso una señal a Caín, para que

el que lo encontrara no lo matase»,[33] aunque en teoría sólo quedaban él y sus padres. Y luego porque, aún más extrañamente, en el momento en que los hombres comenzaron a multiplicarse,[34]

> los gigantes aparecieron en la tierra cuando los hijos de Dios se unieron con las hijas de los hombres para tener hijos con ellas, y también después. Ellos fueron los famosos héroes de los tiempos antiguos.

Naturalmente, bastaría una pizca de sentido común para interpretar a Adán y Eva como metáforas de los géneros masculino y femenino, y evitar todos los problemas en que se incurre al querer considerarlos como nombres específicos de dos hipóstasis personales. Y, en cambio, aún en 1950, Pío XII declaraba en la encíclica *Humani Generis* [Del género humano]:[35]

> Los fieles no pueden abrazar esa opinión cuyos defensores enseñan que después de Adán existieron aquí en la tierra verdaderos hombres que no tuvieron origen, por generación natural, del mismo como progenitor de todos los hombres, o bien que Adán representa al conjunto de muchos progenitores.

E incluso hoy el *Catecismo*[36] insiste en presentar a Adán y Eva literalmente como progenitores, a los cuales se manifiesta un Dios literal, y que ceden a la tentación de un demonio igualmente literal: con buenas razones, naturalmente, de otro modo perdería sentido la historia del Pecado Original y se revelaría inútil la Redención.

De todos modos, contentos ellos, contentos todos. O casi, dado que a Jahvé, percatándose del embrollo, «le pesó haber hecho al hombre. Con mucho dolor dijo: "Voy a borrar de la tierra al hombre que he creado, y también a todos los anima-

les domésticos, y a los que se arrastran, y a las aves"».[37] Un comportamiento singular, para un dios considerado omnipotente y omnisciente, sobre todo en virtud del hecho de que también a continuación se arrepentirá de sus otras acciones: por ejemplo, «me pesa haber hecho rey a Saúl».[38]

Pero el asunto no parece perturbarlo, dado que en *Jeremías*^ confiesa tranquilamente, y de manera bastante desconcertante:

> En un momento dado decido arrancar, derribar y destruir una nación o un reino. Pero si esa nación se aparta del mal, entonces ya no le envío el castigo que le tenía preparado. En otra ocasión decido construir y hacer crecer una nación o un reino. Pero si esa nación hace lo malo y desatiende mis advertencias, entonces ya no le envío los beneficios que le tenía preparados.

LAS FUENTES DEL PENTATEUCO

En este punto nos encontramos con dos dioses distintos, Elohim y Jahvé, y dos historias de la creación contrapuestas, en una de las cuales el hombre llega al final junto a la mujer, y en la otra al principio y solo. Y nos gustaría saber cómo ha podido suceder que los unos y las otras (dioses e historias, es decir, no hombres y mujeres) han podido unirse entre sí, en un sincretismo que ha llevado a los judíos primero, y a los cristianos después, a considerarlos un único Dios y una única historia.

Comencemos, ante todo, por tratar de entender qué significan los nombres de los dos dioses. Como ya hemos dicho, Elohim es el plural de *Eloab,* del cual no es necesario ser lingüistas para sentir la asonancia con *Alá:* pero si uno quisiera serlo por fuerza, entonces descubriría que entre los dos términos hay conexiones basadas no sólo en la pronuncia-

ción, sino también en las raíces, la ortografía, el significado y la geografía.

Entre otras cosas, en hebreo el nombre consonantico *Lh* que se lee Eloah se puede leer también Alá, obteniendo formas verbales que el *Diccionario* de Ben Yehuda traduce por «hacer un pacto» o «adorar». Y no hay nada escandaloso en esta asonancia, aunque a judíos y cristianos les recuerde a los odiados musulmanes: *Elah* era el nombre de Dios también en arameo, en la lengua de Jesús, y se usa un centenar de veces en el Antiguo Testamento; y *Alá* es el nombre que los cristianos de lengua árabe siempre han usado para indicar al Dios de la Biblia, antes y después de Mahoma.

En árabe *Alá* deriva de *Al ilah,* «el Dios», y es por tanto el nombre propio asociado al nombre común *ilah,* «dios». La profesión de fe islámica *la ilaha ill-allah* puede ser traducida, pues, de dos maneras: «no hay más dios que Alá» o «no hay más dios que Dios», según se quiera enfatizar la específica personalidad o la genérica impersonalidad.

Una ambigüedad similar se da para el término *Elohim,* que puede ser usado también como nombre propio, «Dioses», o como nombre común, «dioses». Y se da también para el mandamiento hebreo *lo yihyeh lecha elohim acherim al panay,*[4°] que puede ser traducido por «no tengas otros Elohim aparte de mí» o «no tengas otros dioses aparte de mí» (literalmente: «delante de mí»).

A propósito de ambigüedad o confusión, ninguna es mayor que la relativa a los nombres de Dios humeantemente revelados a Moisés en la zarza ardiente.[41] Ante todo, la zarza o quien por ella emite el famoso pronunciamiento *ehyeh asher ehyeh,* que ha sido traducido, según los casos, como «Yo soy lo (o aquel) que es», «Yo soy lo (o aquel) que soy», «Yo soy lo (o aquel) que seré», «Yo seré lo (o aquel) que seré», y así sucesivamente, e interpretado como «Yo soy inmutable», «Yo

soy eterno», «Yo estaré siempre», «Yo soy en devenir», «Yo no estoy aún», etc.

Inmediatamente después añade que es «Yo soy» o «Yo seré», según las traducciones. Y luego, al final, revela que se llama Jahvé, y que ése «es mi nombre para siempre, el título con el que seré recordado generación tras generación». Naturalmente, precisa que también es «el Dios de Abraham, Isaac y Jacob», aunque ellos nunca hayan sabido su verdadero nombre, y lo llamaran *Sbaddai,* «Omnipotente».[42] Quizá para poner un poco de orden en este caos, una de las teorías sobre el tetragrama Yhwh propone que éste es una composición de las consonantes de los tres tiempos verbales del verbo ser; *hayáb* [fue], *bowéb* [es] y *yehyéh* [será]. La vocalización YaHoWeH (Iaoue) sería, pues, una contracción de «fue-es-será», más o menos un «Fuera», y el significado algo así como «Ser».

Pero, como ya sabemos, los judíos eliminan el tetragrama Yhwh y lo pronuncian como Adonai. Y no fueron los únicos que tomaron prestado el fenicio *adon* como nombre de un dios: aparte del *Atón* egipcio, objeto del primer culto monoteísta de la historia, instituido por Akenatón, está también en el origen del griego *Adonis,* la divinidad de la vegetación que anualmente nace, vive, muere y resurge. Un dios «siempreverde», pues, que también dio nombre al *jardín de Adonis* en el cual las mujeres de Atenas cultivaban plantas de vida breve, que brotaban y morían rápidamente. Después de haber sido amado por la misma Afrodita, Adonis tuvo un final terrible, que recuerda el de Osiris y de Cristo: una muerte violenta, pero fecunda, es decir, en la que la víctima no muere en vano, porque vierte su sangre para regenerar la vida ajena (en el caso de Adonis la de la anémona, o *Adonis vernalis).*

La diversa procedencia de los nombres, cananea de Elohim y fenicia de Adonai, sugiere que las dos divinidades pueden ser una derivación septentrional la primera, y meridional

la segunda. Pero esto sólo sería una mera curiosidad, si la recurrencia de los dos nombres no permitiera desentrañar, del enredo de los versículos bíblicos, relatos paralelos basados en una y otra divinidad, a menudo contradictorios entre sí.

El hecho fue notado por primera vez por el pastor protestante alemán Henning Witter, en una obra de 1711, con el explícito (y pedantísimo) título de: *Jura Israelitarum in Palestinam terram Channaneam. Commentatione in Genesim perpetua detnonstrata, ut idiomatis authentici nativus sensus fideliter detegatur, Mosis Autoris primaeva intentio sollicite definiatur, adeoque Corpus Doctrinae & Juris tum antiquissimum, tum consummatissimum tándem eruatur* [El derecho de los israelitas a la tierra palestina de Canaán. Comentario al Génesis definitivamente demostrado, para revelar fielmente el sentido original del lenguaje auténtico, para definir exactamente la intención fundamental del autor Moisés, y por último para extraer el antiquísimo y perfectísimo Cuerpo de la Doctrina y del Derecho].

Tras innumerables estudios de arqueología lingüística,[43] hoy se piensa que el Pentateuco en realidad está compuesto de (al menos) cuatro fuentes: dos elohístas, llamadas respectivamente £ y *P* (del alemán *Priester,* «sacerdote»), una jahvista, llamada /, y una deuteronómica, llamada *D.* Naturalmente, para separar fuentes que usan el mismo nombre divino se usan otros indicios análogos: por ejemplo, los nombres de localidades o de personas, como Horeb y Jethro en *E,* y Sinaí y Reuel en /, y así sucesivamente.

En el relato de la creación, la diferencia entre las fuentes es sustancialmente teológica, en el sentido de que se limitan a contar mitologías diversas. En particular, Elohim es representado de manera más trascendente y cósmica, y Jahvé de manera más antropomórfica y terrenal: por ejemplo, después de la caída, Adán y Eva oyeron que este último «andaba por

el jardín a la hora en que sopla el viento de la tarde, y corrieron a esconderse entre los árboles del jardín».[44]

Pero cuando se pasa a la historia del pueblo hebreo, las divergencias se vuelven políticas y legales: de ellas se deduce que las dos versiones reflejan, por un lado, las vicisitudes políticas de los dos reinos septentrional de Israel y meridional de Judá, en los que se había dividido el país tras la muerte de Salomón, descritas en los libros de los *Reyes* y de las *Crónicas;* por el otro, las rivalidades teológicas de las distintas órdenes religiosas del país, las principales de las cuales eran l.is de los sacerdotes de Jerusalén, Betel y Silo.

Kl motivo por el que las fuentes no se han mantenido separadas, como en el caso de los evangelios, es que eran demasiado contradictorias entre sí. Y puesto que se querían unir para forjar una historia común, después de la reconstrucción del Templo y la restauración del Estado judío descritas en los libros de *Esdras* y *Nebemtas,* y ninguna tradición podía ser descartada sin crear resentimiento en la parte de la población a la que ésta pertenecía, unas veces se decidió sencillamente yuxtaponerlas, como en el caso de la creación, y otras veces hmdirlas, como en el caso del diluvio.

A menudo el resultado es un *pastiche,* por no decir más abiertamente un irritante y enervante follón. Por ejemplo, en el relato del diluvio no se entiende si Noé lleva una o siete parejas de animales puros en el arca, si se entra en ella al principio del diluvio o una semana antes, si la crecida tlura cuarenta o ciento cincuenta días, si el arca se posa en el monte Ararat después de siete o diez meses, si se manda a explorar un cuervo o una paloma, si la tierra se secó el pri-IIUT día del primer mes o el vigésimo séptimo del segundo, y asi sucesivamente.[45]

Kn cuanto al problema de cuándo se hizo la compilación, y quién la hizo, sólo se pueden plantear hipótesis. La más obvia es que el autor fue Esdras, el único personaje, además

de Moisés, al que la Biblia reconoce el papel de legislador. En efecto, según la tradición, fue él quien leyó públicamente a la multitud el Pentateuco, después del regreso del exilio de Babilonia en 538 a.e.V.[46]

LA REVELACIÓN

Hoy nadie se asombra, naturalmente, de que para la unidad de una nación, y sobre todo para la identidad cultural de un pueblo, se hayan podido elaborar textos mitopoiéticos, simbólicos y literarios, compilándolos de distintas fuentes más o menos fantásticas. Pero no siempre ha sido así, en especial cuando se ponía en tela de juicio la integridad original de la Biblia y su inspiración divina.

Lo sufrió en su propia piel Baruch Spinoza, el filósofo judío que en 1656, con sólo veinticuatro años, fue expulsado de la comunidad hebrea por su desprejuiciado inconformismo. En 1670 publicó el *Tratado teológico-político,* en el que proponía abordar la Biblia como un libro humano, en vez de divino, aplicando a su hermenéutica todos los instrumentos lingüísticos, filológicos e históricos disponibles: en 1674, puntualmente, el libro (el de Spinoza, no el de Dios) fue condenado y vetado por las cortes holandesas.

Richard Simón, un cura que se había convertido del protestantismo al catolicismo, trató de salvar lo salvable y publicó en 1678 una *Historia crítica del Antiguo Testamento,* en la cual sostenía que el Pentateuco estaba en realidad constituido por un núcleo original y unitario, debido a Moisés, al cual habían hecho modificaciones y añadidos profetas divinamente inspirados. Pero también esto era demasiado para aquellos tiempos: el pobre Simón fue atacado tanto por los católicos como por los protestantes, y acabó secularizado y puesto en el índice.

Pero, con el paso del tiempo, fueron identificadas las distintas fuentes del Antiguo Testamento, y se hizo cada vez más difícil seguir sosteniendo su integridad. La obra que constituyó para la teoría de la evolución bíblica el equivalente de lo que *El origen de las especies* de Charles Darwin (1859) había sido para la teoría de la evolución biológica fue *La composición del Exateuco* de Julius Wellhausen (1876), quien efectuó la primera gran síntesis sistemática de los distintos descubrimientos, que es en esencia la siguiente.

Las dos fuentes jahvista / y elohísta £ fueron compiladas, respectivamente, hacia 850 y 750 a.e.V en los reinos de Judá y de Israel, y reunificadas después de la destrucción del segundo en 722. La fuente sacerdotal *P* se remonta al reino de F.zequías, entre 716 y 687, y sanciona la división hecha por él entre sacerdotes y levitas.[47] La fuente deuteronómica *D* fue creada por Josías en 622, y se hizo pasar como el afortunado hallazgo del rollo perdido de la *torahJ*[s] Por último, después de 538, Esdras unificó todos los documentos en el Pentateuco, que a continuación fue modificado y asumió su forma definitiva actual hacia el siglo II a.e.V.

Como se puede imaginar, las reacciones eclesiásticas ante estos descubrimientos fueron muy negativas, y no se limitaron a las refutaciones académicas: por ejemplo, los artículos que William Robertson Smith escribió sobre el tema para la *i.náclopedia Británica* en 1875 desencadenaron una revuelta en la oximórica Libre Iglesia escocesa a la que él pertenecía, que lo apartó de la enseñanza.

Pero a finales del siglo xix la evidencia ya se había diIiindido también entre los católicos, y en 1893 un alarmado León XIII denunció, en la encíclica *Providentissimus Ih'tis* [Dios providentísimo],[49] a los racionalistas como ••verdaderos hijos y herederos de los antiguos herejes», que «creen destruir la sacrosanta verdad de las Escrituras, imponiendo al mundo sus detestables errores como peren-

torios pronunciamientos de una nueva y sedicente *ciencia libre».*

Sólo cincuenta años después, en 1943, Pío XII aceptó finalmente la evidencia. Su encíclica *Divino afflante Spiritu* [Inspirados por el Divino Espíritu], después de haber definido la de su predecesor como «la Magna Charta de los estudios bíblicos», procede oportunamente a rechazarla incitando a la hermenéutica científica:

> Atiendan, pues, nuestros escriturarios con la debida diligencia este punto, y no pasen por alto ninguno de los nuevos descubrimientos hechos por la arqueología o por la historia o la literatura antigua, que son adecuadas para conocer mejor cuál era la mentalidad de los antiguos escritores, y su manera y arte de razonar, narrar y escribir. En esta materia, sepan también los laicos católicos que ellos no sólo serán útiles a la ciencia profana, sino que harán también un señalado servicio a la causa cristiana.[50]

La edición oficial de la Biblia no tiene dificultades para reconocer, *boy,* en la introducción del Pentateuco que «en la obra confluyen tradiciones y documentos diversamente entrelazados, que se pueden escalonar en un período que va de la época de Moisés (siglo xm a.e.V.) a la época de la restauración del pueblo de Israel después del exilio en Babilonia (siglo v a.e.V)». Por citar el *Libro de los proverbios:* «mejor tarde que nunca» y «todo está bien si acaba bien».

¿Después de haber aceptado el teorema de que el Pentateuco es un *collage* chapucero y confuso de obras heterogéneas y desiguales, la Iglesia también deriva, pues, el corolario de que éste es, por fuerza, «humano, demasiado humano»? Ni hablar, naturalmente, porque con ese «gran rechazo» socavaría los ideales fundamentos celestiales sobre los que se basa su real edificio terrenal.

Y así la Constitución Dogmática del Concilio Ecuménico Vaticano II *Dei Verbum* [De la Palabra de Dios], que al ser justamente dogmática enuncia cosas que un católico no puede dejar de aceptar, sigue declarando:[51]

> La Santa Madre Iglesia, por fe apostólica, estima sagrados y canónicos *todos los libros* tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, *con todas sus partes*, porque están escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor y como tales han sido entregados a la Iglesia. Para la composición de los Libros Sagrados, Dios eligió y se sirvió de hombres en posesión de sus facultades y capacidades, para que, actuando Él en ellos y por medio de ellos, escribieran, como verdaderos autores, *todas y sólo aquellas cosas que Él quería que fueran escritas.*[52]-

Dos perlas brillan, en esta declaración. Por un lado, la presencia de una divertida *excusatio non petita* sobre la salud mental de los autores materiales de la Biblia, que revela la preocupación por la *accusatio manifesta* que cualquiera que lea su obra con espíritu crítico podría plantear. Por otro lado, la falta de cualquier intento de respuesta a la más obvia de las preguntas: ¿por qué quien dictaba habría querido que se escribieran tantas cosas que, como hemos comenzado a notar y seguiremos haciendo, son científicamente equivocadas, lógicamente contradictorias, históricamente falsas, humanamente necias, éticamente reprobables, literariamente feas y estilísticamente toscas, en vez de inspirar sencillamente una obra correcta, consistente, verdadera, inteligente, justa, bella y lineal?

Misterios de la fe, aunque en la *Crítica de la filosofía begeliana* Ludwig Feuerbach propuso una posible y convincente solución: que uno de los numerosos errores del *Génesis*, el más trágicamente grávido de consecuencias para la humanidad, haya sido una inversión entre sujeto y objeto en el

versículo que dice que Dios creó al hombre «a su imagen y semejanza», donde debería leerse, en cambio, que el hombre creó a Dios «a su imagen y semejanza».

COSMOGONÍAS MODERNAS

Los primeros once capítulos del *Génesis*, a los que nos hemos dedicado hasta ahora, constituyen dos versiones hebreas del mito de la creación, que las distintas culturas han conjugado a través de las más variopintas imágenes literarias y las más disparatadas visiones filosóficas. Naturalmente, hoy nadie que esté «en posesión de sus facultades y capacidades» asignaría a esos mitos un valor científico o histórico, creyendo, por ejemplo, que efectivamente el mundo fue creado en seis días o la mujer de una costilla del hombre.

El problema es que, por desgracia, el mundo está lleno de gente descabellada, en la base y en el vértice. Y de creacionistas, antiguos y modernos, también. Entre los primeros, el más conocido campeón de las dataciones basadas en las cronologías bíblicas fue el obispo James Ussher, que después de precisos cálculos consiguió establecer el momento exacto de la creación: para los anales, el ocaso (¿de qué?) del *zz* de octubre de 4004 a.e.V. Ésta y similares dataciones entraron naturalmente en crisis cuando la geología comenzó a sacar del horno las dataciones cósmicas de la ciencia, que hacían palidecer a las antrópicas de la Biblia.

Entre los segundos, se llevan la palma los de la Asociación Mundial de Fundamentalistas Cristianos que, en 19Z5, en Daytona, Tennessee, denunció al profesor de biología John Scopes por haber enseñado el evolucionismo: se desencadenó un circo mediático llamado «El proceso de los monos», que concluyó con la condena del imputado (el profesor, naturalmente, no el creacionismo). Entre paréntesis, el público

acusador no era un pobre idiota cualquiera, sino uno rico y especial: se llamaba William Bryan y había sido secretario de Estado del presidente Woodrow Wilson, además de candidato demócrata a la presidencia nada menos que tres veces, para demostrar que el creacionismo no llegó al gobierno de Estados Unidos sólo con George W. Bush.

En Estados Unidos el debate sobre el tema fue oficialmente cerrado en 1987 por una sentencia del Tribunal Supremo, que después de la promulgación en Arkansas y Louisiana de leyes sobre la *par condicio* entre la teoría biológica y la mitología bíblica estableció que «tratar de promover un creacionismo de tipo religioso o de prohibir la enseñanza de una teoría científica desagradable para ciertas sectas religiosas viola la Primera Enmienda de la Constitución».

La deliberación cerró un frente, pero naturalmente los creacionistas abrieron otros. Por un lado, intentan dar la vuelta a la tortilla sosteniendo ya no que el relato mitológico es científico, sino que el relato científico es mitológico: nueva reivindicación de *par condicio,* pero esta vez sobre bases posmodernas, en vez de religiosas. Por el otro, piden dar espacio a las pruebas «científicas» contra la evolución, y a las teorías «científicas» del Principio Antrópico y del Proyecto Inteligente.

También el debate sobre estos temas fue oficialmente cerrado en Estados Unidos en zoo 5 por una sentencia del tribunal de Dover, en Pensilvania, que decretó que «el *Intelligent Design* es una particular forma de Cristianismo», y como tal no puede pretender ser asociada al evolucionismo en la enseñanza pública.

Pero, puesto que estas estrategias neocreacionistas alejan el debate del plano más propiamente teológico para desplazarlo a uno filosófico o (para)científico, podemos volver reIigiosamente a la doctrina y abordar la actitud católica hacia el creacionismo. En 1950 Pío XII tomó una posición oficial

en la encíclica *Hutnani Generis* [Del género humano],[53] en la cual declara que los primeros once capítulos del *Génesis* «pertenecen al género histórico en el verdadero sentido», y añade:

> Si los antiguos hagiógrafos tomaron algo de las narraciones populares (lo cual puede concederse), es preciso recordar que lo hicieron con la ayuda de la *inspiración divina,* que en la elección y en la valoración de esos documentos los *previno de todo error.* Por tanto, las narraciones populares incluidas en las Sagradas Escrituras no pueden ser puestas en el mismo plano que las mitológicas o similares, las cuales son fruto más de una encendida fantasía que de ese *amor a la verdad y ala sencillez* que resalta tanto en los Libros Sagrados, incluso en el Antiguo Testamento, que debe afirmarse que nuestros hagiógrafos son *manifiestamente superiores* a los antiguos escritores profanos.[54]

Ahora bien, en paz con el Papa, el *best seller* de Fritjof Capra *El tao de la física* ha demostrado que también otras religiones pueden jactarse de alguna vaga asonancia con las teorías científicas modernas. Pero no se puede negar que el primer relato de la creación tiene las suyas, sobre todo con el Big Bang y el evolucionismo.

Por lo que se refiere al primero, por ejemplo, en el fondo su teoría ha sido elaborada por primera vez por un abad, Georges Lemaitre, y el afortunado, pero denigratorio, nombre de «Gran estallido», le fue dado por un ateo, Fred Hoyle, que lo consideraba de forma despectiva «conforme a la teología judeo-cristiana». No sorprende, pues, que el mismo Pío XII haya declarado, triunfante, en su discurso sobre el origen del universo del 22 de noviembre de 1951 en la Pontificia Academia de las Ciencias:

> Parece que la ciencia actual, remontándose de golpe a millones de siglos atrás, ha conseguido hacerse testigo de aquel primordial *Fiat lux* cuando de la nada prorrumpió con la materia un mar de luz y de radiaciones, mientras las partículas de los elementos químicos se escindieron y se reunieron millones de galaxias [...] confirmando con la concreción propia de las pruebas físicas la contingencia del universo y la fundada deducción de que hacia aquella época el cosmos salió de la mano del Creador.

Pero parece que el Papa se dejó llevar demasiado por el entusiasmo, olvidando, por un lado, que el inicio del *Génesis* es exactamente lo contrario de una creación de la nada y, por el otro, que el Big Bang debe entenderse como un inicio no absoluto, sino relativo: no por casualidad, es perfectamente compatible con las actuales teorías que conciben nuestro universo y su Big Bang sólo como uno de los muchos, y no excluyen en absoluto la posible «eternidad» del vacío cuántico, del cual los diversos Big Bang podrían no ser otra cosa que más o menos insignificantes fluctuaciones.

En cuanto al evolucionismo, en el fondo los títulos de ambas obras maestras de Darwin pueden ser traducidas *La génesis de las especies* y *La génesis del hombre*, y también aquí hay asonancias genéricas: por ejemplo, el hecho de proceder de la creación de las plantas a los peces, a los animales y al hombre. Pero son mucho menos importantes que las divergencias específicas: de «detalles» como la aparición de las plantas antes que el Sol, o de los pájaros antes que los reptiles, a aspectos fundamentales como las repetidas intervenciones divinas, la emergencia instantánea e independiente de las distintas especies, y la divinidad del hombre.

Ahora bien, hasta Juan Pablo II ha debido admitir, recalcitrante, en su discurso sobre el origen de la vida y la evolución del 22 de octubre de 1996 en la Pontificia Academia de Cien-

cias, que hoy el darwinismo ya no es «una mera hipótesis». Pero no ha podido dejar de trazar un límite insuperable, al afirmar:

> Las teorías de la evolución que, en función de las filosofías que las inspiran, consideran el espíritu como emergente de las fuerzas de la materia viva o como un simple epifenómeno de esta materia, son incompatibles con la verdad del hombre. Ellas son incapaces, además, de fundar la dignidad de la persona.

El enroque sobre la divinidad del hombre choca, naturalmente, con la evidencia de su animalidad acumulada desde la publicación de *El origen del hombre* de Darwin en 1871, hasta el descubrimiento de la universalidad del código genético por parte de Marshall Nirenberg en 1966: este último demuestra definitivamente cómo las formas de vida están todas ligadas entre sí y proceden de un antepasado común, que, además, fue bautizado y se llama Luca(s), como el evangelista, por *Last Universal Common Ancestor* [Último Antepasado Común Universal].

El porqué de este enroque es un misterio también desde el punto de vista de un creyente: no se ve por qué motivo un Dios omnipotente no habría podido crear un universo en el que primero la vida y después la conciencia evolucionaran simultánea y gradualmente de la materia inanimada. Es sólo el apego a la idea de que los autores del *Génesis* fueron «precavidos de todo error», contraria a cualquier evidencia, la que conduce al embarazoso choque entre ciencia y fe sobre este tema.

En el fondo, el apego a la historia de la creación del hombre a imagen de Dios no es más racional que el de la fábula del nacimiento del arco iris como sello de un pacto posterior al diluvio: «Cuando yo haga venir nubes sobre la tierra, mi arco iris aparecerá entre ellas. Entonces me acordaré del pac-

to que he hecho con vosotros».[55] La segunda es una hermosa imagen poética, pero una fea estupidez científica, porque el arco iris es un fenómeno que puede explicarse fácilmente con las leyes de la óptica. ¿Por qué no debería serlo también la primera, que hoy también puede explicarse, de manera análoga, aunque con más dificultad, con las leyes de la biología?

Pero, sobre todo, ¿por qué deberíamos seguir dejando que nos endilguen desde niños superficiales y primitivos mitos religiosos, en vez de comenzar de inmediato a ser expuestos a divulgaciones de sus profundas y modernas verdades científicas? Como el mismo Darwin dijo en su *Autobiografía,* en una frase que su esposa Emma censuró en la primera edición de 1887:

> No debemos dejar de lado la probabilidad de que la constante inculcación de la creencia en Dios en las mentes de los niños pueda producir un efecto tan fuerte y duradero en sus cerebros, aún no completamente desarrollados, que provoque que a ellos les resulte tan difícil desembarazarse de aquélla, como a un mono deshacerse de su instintivo miedo o repugnancia a la serpiente.

3

EL DIOS DE ISRAEL

Después de la primera estación mitológica del comienzo del *Génesis,* nuestro *via crucis* prosigue con la fantástica historia del nacimiento del pueblo hebreo y la conquista de la Tierra Prometida-, los capítulos XII-L del *Génesis,* el Exocío, los *Números,* y los libros de *Josué* y de los *Juicios.*

LOS PATRIARCAS

A partir del capítulo XII la historia del *Génesis* pasa literalmente «de las estrellas a los establos», abandonando los grandiosos acontecimientos cósmicos de los comienzos para concentrarse en los pequeños jaleos terrenales de un pueblo de pastores de Oriente Medio de hace tres mil años. El inicio es sorprendente, porque, sin preámbulos ni explicaciones, Jahvé ordena a un tal Abraham (de *ab raham,* «padre de una multitud» o «patriarca»):[1]

> Un día el Señor dijo a Abraham: «Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, para ir a la tierra que yo te mostraré. Con tus descendientes formaré una gran nación; te bendeciré y te haré famoso, y serás una bendición para otros. Bendeciré a los

que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan; por medio de ti bendeciré a todas las familias del mundo.

Esta declaración de intenciones contiene ya los dos *mantras* de la Tierra Prometida y del Pueblo Elegido, que serán salmodiados hasta la náusea y en innumerables repeticiones en todo el Antiguo Testamento. Pero también contiene la retractación de toda la anterior historia de la creación, porque ninguna justa divinidad universal habría querido ni podido comportarse de manera injustamente parcial con relación a un solo pueblo: sobre todo, basándose en el único argumento de haberlo elegido porque lo «ama», y no porque sea justo y recto, ya que, por el contrario, es un pueblo «muy terco».[2]

Javhé se quita, pues, la falsa máscara de Creador de todos los hombres para mostrar su verdadero rostro de Dios *sólo de* Abraham, *y lo hace* de inmediato. Es *decir, desde el* embarazoso episodio[3] en que Abraham desciende a Egipto, y temiendo que los egipcios lo maten para quedarse con su hermosa mujer, Sara, le ordena que diga que es sólo su hermana. El faraón se encapricha de ella, a pesar de que frisa los setenta años,[4] y con tal de hacerla suya colma a Abraham de «ovejas, vacas, esclavos y esclavas». Pero ¿cómo reaccionan Jahvé y Elohim? En vez de castigar al patriarca por su cobarde y fraudulento comportamiento, el primero «golpea al faraón y su casa con grandes calamidades» y el segundo «volvió estériles a todas las mujeres de su casa», dejando a los egipcios perplejos y horrorizados, y también a nosotros.

A continuación el episodio se repite tal cual, y no sólo por la habitual historia de las dos (diversas) versiones, a la cual ya no haremos demasiado caso, sino porque también Isaac se dedica al mismo jueguecito:[5] quien, además, ni siquiera podía invocar la piadosa excusa de no haber mentido completamente, en cuanto incestuoso. Abraham sí, en cambio, porque se había casado con su hermanastra por parte de

padre:[6] una situación que la inefable edición oficial comenta diciendo que «la moral del Antiguo Testamento no era tan perfecta y delicada como la evangélica».[7]

¡Pero éste es un *understatement* que haría palidecer a un inglés! En efecto, Abraham tiene un hijo con una esclava,[8] y luego lo echa de casa por los celos de su mujer.[9] Lot, sobrino (hijo de su hermano) de Abraham procrea con sus propias hijas.[10] Jacob, nieto (hijo de su hijo) de Isaac, tiene dos mujeres que son hermanas entre sí.[11] Rubén, hijo de Jacob, se va a la cama con la concubina de su padre.[11] Judá, otro hijo de Jacob, tiene dos hijos con su nuera.[13] Y así sucesivamente, con alegría.

Pero Jahvé no se preocupa de ello, mientras se empeña, en cambio, en exterminar a «fuego y azufre» Sodoma y Gomorra,[14] cuyos habitantes no pueden haber sido mucho peores que los patriarcas y sus familiares, salvo que se quiera considerar que lo peor es la sodomía. Y siempre que ésta fuera la culpa de la ciudad, dado que en la historia no está tan claro, aunque haya algunos elementos para deducirlo: dos ángeles llegan de visita a Lot, los habitantes los reclaman para «conocerlos», pero el pío hombre les ofrece a cambio a sus hijas vírgenes (las mismas que a continuación desvirgará él mismo, procreando con ambas).

Naturalmente, al ofrecer a las vírgenes a una pandilla de hostigadores, Lot parece confirmar que teme alguna desagradable intención de tipo sexual, pero no necesariamente la que suele asociarse al término «sodomía»: también porque, en tal caso, la virginidad serviría de poco. Por otra parte, *Ezequiel*[15] acusa más genéricamente a la ciudad de que, a pesar de «tener abundancia de alimentos y de gozar de comodidad», nunca «ayudaron al pobre y al necesitado».

Para no dejar lugar a dudas, de todos modos, los cristianos formalizarán el pecado de sodomía como «sexo contra natura» en un versículo de la *Carta de judas*,[16] la obra que

concluye el Nuevo **Testamento, antes de los fuegos artificiales** del *Apocalipsis:*

> Lo mismo que esos ángeles, también Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas se entregaron a las inmoralidades sexuales, *y* se dejaron llevar *[sic]* por vicios contra natura. Por eso sufrieron el castigo del fuego eterno y quedaron como una advertencia para todos.

Nótese el interesante deslizamiento de significado del original griego *sarkos heteros* a la traducción «vicios contra natura». El primero significa literalmente «heterocarnalidad», e indica sencillamente un pasatiempo sexual que para los griegos no era en absoluto reprobable, por no decir que era absolutamente aprobable. La segunda revela, en cambio, la sexofóbica consideración cristiana de la homosexualidad y, más en general, de las relaciones anales, como contrarias a las leyes de la naturaleza, aunque las practiquen los animales: y no sólo los erotómanos como los bonobos, sino también ratones, conejos, cabras, caballos, cerdos, leones, ovejas, jirafas y chimpancés, además de delfines y ballenas.

De todos modos, si Sodoma no ha usurpado su nombre, entonces Jahvé debía de ser más sensible a algunas cosas que a otras, porque no movía un dedo por el incesto y la poligamia, pero montaba en cólera por la sodomía. Y mientras no se preocupaba por los hijos ilegítimos e incestuosos que Judas había tenido con su nuera, permitiendo incluso que uno de ellos se convirtiera en progenitor de David y Jesús,[17] dejó morir al hijo legítimo de Onán porque se había negado a procrear con la viuda de su hermano, y había inventado, para cuando hiciera falta, la benemérita técnica del *onanismo,* que hoy lleva su nombre.[18]

Por tanto, anticonceptivos no, ni siquiera «naturales». Pero procreación asistida sí, dado que fueron los mismos

Jahvé y Elohim quienes la practicaron por primera vez para permitir que la nonagenaria Sara, mujer del nonagenario Abraham, procreara a su único hijo, Isaac. En verdad, el gallardo patriarca no tenía ningún problema de funcionamiento: a continuación, se volvió a casar y tuvo varios hijos, todos sin ayuda de ninguna clase. Pero, obviamente, Sara «había dejado de tener sus períodos de menstruación». Las dos divinidades decidieron intervenir, pues, personalmente, en una historia que da risa: justamente porque la misma Sara no pudo contener la risa, ante la anunciación de su anacrónica maternidad, su hijo se llamó *Itzchak,* «Ha reído».[19]

Ahora bien, ¿qué decir de la posterior demanda de Jahvé y Elohim a Abraham, de que sacrificara a su hijo?[20] Naturalmente, es presentada como una prueba que el patriarca supera con brillantez, pero es un hecho que se trata de una petición sanguinaria, además de estrafalaria, y que Abraham estaba dispuesto a cumplirla: quizá porque no hacía falta mucho para entender que, después de haberse molestado en hacer nacer a Isaac de una nonagenaria para que se convirtiera en el segundo jefe del Pueblo Elegido, habría sido un poco extraño que ahora quisieran hacerlo morir.

Aunque en el relato hay algo poco convincente, porque esta vez las dos fuentes se mezclan de manera muy extraña. En efecto, primero es Elohim quien pide el sacrificio y provee el cordero.[21] Pero quien detiene la mano asesina es «el ángel de Jahvé», y el lugar es llamado por Abraham «Jahvé da lo necesario»[22] (aunque, como ya hemos visto, Jahvé a continuación dirá a Moisés que antes que él nadie ha conocido su nombre).

Puesto que la historia acaba diciendo que «Abraham regresó al lugar donde se habían quedado sus siervos», e Isaac no volverá a ser mencionado por la fuente elohísta, se puede imaginar que en la versión original Abraham no había negado su hijo a Elohim, y que ésta fue purgada cuando las

> Desde el lugar donde estás, mira bien al norte y al sur, al este y al oeste; yo te daré toda la tierra que ves, y para siempre será tuya y de tus descendientes.

Para ser más precisos:[39]

> Esta tierra se la daré a tus descendientes, desde el río de Egipto hasta el río grande, el Eufrates. Es decir, la tierra de los céneos, los cenezeos, los cadmoneos, los hititas, los ferezeos, los rafaítas, los amorreos, los cananeos, los gergeseos y los jebuseos.

Esta promesa implica nada menos que once pueblos deberán ser desplazados de sus tierras, para dejar sitio a las once tribus laicas de Israel: a la duodécima, la sacerdotal de los levitas, que constituye un equivalente de la casta india de los Brahamanes, se destinarán, en cambio, cuarenta y ocho ciudades dispersas por el país.[40] Pero, puesto que once no es un buen número, las regiones serán doce, porque la tribu de José recibirá dos.

En cuanto a los confines del futuro estado, todo depende de quién y cómo interpreta el texto. Para los laicos sensatos, que lo consideran de manera literaria, éste no constituye más que una ficción abstracta, sobre la cual no se puede basar obviamente ningún derecho concreto. Para los integristas insensatos que lo leen de manera literal, éste se convierte en la base teológica para una reivindicación territorial «del Nilo al Eufrates», o sea de todo aquello que está entre Egipto y el Sudán orientales, Etiopía septentrional e Irak occidental: es decir, añadidos a aquellos, Eritrea, Yemen, Omán, Emiratos Árabes, Qatar, Kuwait, Arabia Saudí, Israel, Jordania, Líbano y Siria.

No hay que asombrarse, pues, de que hoy los árabes se pongan nerviosos cuando oyen a los fundamentalistas judíos hablando del «Gran Israel». Y, por el contrario, no es difícil

entender de dónde los judíos históricos han derivado estos grandiosos sueños: obviamente, de los exilios en Egipto y Babilonia, cuyas tierras constituyen justamente los confines del deseo de revancha de los oprimidos sobre los opresores (de entonces, dado que hoy los papeles se han invertido).

El primer paso hacia la conquista de la Tierra Prometida fue dado por Abraham cuando compró el primer terreno para edificar una tumba para su mujer, que luego se convirtió en el cementerio de los patriarcas y sus consortes.[41] Jacob compró un segundo terreno para acampar y erigir un altar.[42]- Desde entonces, la compra de tierras constituyó una de las dos caras de la estrategia de conquista de Palestina: la primera es la pacífica, perseguida aún en el siglo xx por el sionismo de Theodor Herzl.

La otra cara, la violenta, también se remonta a un episodio mitológico. En efecto, después de haber recibido del príncipe de los heveos una oferta formal de cohabitación, que preveía el derecho a matrimonios mixtos y a la compra de tierras, los hijos de Jacob pretenden y obtienen la circuncisión de todos los heveos, porque «no podemos dar nuestra hermana a un hombre que no está circuncidado». Pero mientras los hombres se someten a la operación, dos de los hermanos los exterminan a todos y saquean la ciudad, raptando a sus mujeres y niños.[43]

Además de la política activa de adquisición económica y conquista militar de la Tierra Prometida, los judíos practican desde el comienzo una complementaria política pasiva de autosegregación étnica de los habitantes de los lugares en los que han residido. Ésta se remonta a Isaac y Rebeca, y a su amargo llanto por el matrimonio de su hijo Esaú con dos hititas.[44] Para ser más explícitos:[45]

> Luego Rebeca dijo a Isaac: «Estoy cansada de la vida por culpa de esas hititas con las que Esaú se casó. Y si Jacob se casa con

> una hitita como éstas que viven aquí en Canaán, valdrá más que me muera.

Entonces Isaac llamó a Jacob, lo bendijo y le dio esta orden: «No te cases con ninguna mujer de esta tierra de Canaán».

Es precisamente a causa de su mezcla con los habitantes originales de la Tierra Prometida que Esaú, aunque primogénito de Isaac, es desautorizado de la sucesión. Lo mismo le había sucedido antes a Ismael, el primogénito que Abraham había tenido con una esclava egipcia, pero entonces Sara había aducido como motivo de repudio una discriminación social, más que étnica, limitándose a decir: «Mi hijo Isaac no tiene por qué compartir su herencia con el hijo de esa esclava».[46]

Cuando luego los judíos salieron del exilio egipcio y estaban a punto de volver a la Tierra Prometida, se estableció expresamente la prohibición no sólo de mezclarse, sino incluso de cohabitar con los lugareños, y al mismo tiempo se redefinieron los confines del Estado:[47]

> Tus fronteras las he marcado así: desde el Mar Rojo hasta el mar de los filisteos, y desde el desierto hasta el río Eufrates. Yo he puesto en tus manos a los habitantes de ese país, y tú los arrojarás de tu presencia. No entres en tratos con ellos ni con sus dioses.

Aquí parece que el futuro de Israel se vuelve de pronto pequeño e incierto. En efecto, por un lado, ya no se habla de una tierra que una el Nilo con el Eufrates, sino de confines aparentemente mucho más circunscritos. Por otro lado, mientras algunos de esos confines están establecidos de manera natural y precisa por el Mediterráneo, el Mar Rojo y el Jordán, otros son vagas líneas en el desierto, y su vaguedad será fuente de innumerables desgracias desde entonces hasta nuestros días.

Y desde luego no ayuda que, como de costumbre, la Biblia proporcione al respecto versiones opuestas. Es más, peor q$_{Ue}$ de costumbre, porque precisamente sobre la crucial cuestión de la Tierra Prometida las versiones se multiplican e incluyen según las ocasiones, «las montañas de los amor reos» y «todas las regiones vecinas»,[48] las zonas «desde el desierto hasta el Líbano, y desde el río Eufrates hasta el mar Mediterráneo» 49 y «todo el territorio de los hititas».[50]

Esta última expresión, además, ha permitido que algunos lundamentalistas judíos reivindicaran un derecho divino incluso fuera de Oriente Medio y nada menos que en Asia Menor, dado que el imperio de los hititas se extendió en su momento de máximo esplendor hasta incluir, además de la Siria actual, también la mitad oriental de la moderna Turquía.

Lejos de ser rancias discusiones académicas, estos temas constituyen efectivas diatribas políticas. Por ejemplo Yasser Arafat mostró el Z5 de mayo de 1990 en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, reunido para la ocasión en Ginebra a fin de que él pudiera participar, el mapa reproducido en la (entonces) moneda israelí de 10 *agorot,* en la que aparentemente el país es representado incluyendo «toda Palestina, todo Líbano, toda Jordania, la mitad de Siria, dos tercios de Irak, un tercio de Arabia Saudí (incluida Medina) y la mitad del Sinaí».

Fueran reales o imaginarias las miras expansionistas atribuidas por Arafat al gobierno israelí, es un hecho que la existencia misma de Israel se funda en una pretendida continuidad histórica que se remonta en un último análisis a una supuesta promesa divina. Y es precisamente esta continuidad la que nos toca de cerca, cuando es invocada no sólo en la «condenada Tierra Santa» para regular cuestiones territoriales o conflictos étnicos, sino también en el Occidente cristiano para imponer anacrónicos valores teocráticos a modernas poblaciones seculares.

Si la Tierra Prometida es la obsesión positiva de los judíos, Egipto constituye su complementaria obsesión negativa: una obsesión omnipresente en el Antiguo Testamento, desde el primer libro del *Génesis* hasta el último (en orden cronológico) de la *Sabiduría.*

Egipto hace su entrada a lo grande en los capítulos finales del *Génesis,*[51] que narran brevemente esa historia *de José y sus hermanos* que entre i933yi943 Thomas Mann dilatará en las dos mil páginas de su tetralogía homónima. Se trata obviamente de una historia simbólica, que tiene el objetivo de explicar por qué los judíos nunca se encontraron en el exilio egipcio. Un exilio que, según las habituales versiones múltiples, duró cuatrocientos o 430 años,[52] y cuyo núcleo original estuvo constituido por setenta personas: Jacob, sus doce hijos y sus cincuenta y siete nietos.[53]

El aspecto más interesante de la historia es que Jacob llega a Egipto, con once hijos y los correspondientes nietos, sólo muchos años después de que se hubiera marchado su hijo José, el preferido, huyendo de sus hermanos celosos. Esto podría ser un indicio simbólico del hecho de que el exilio y el éxodo, admitiendo que sean hechos históricos y no únicamente mitos, podrían haber implicado solamente a una parte de los judíos. En este caso, quizá sólo a los levitas, entre los cuales se encontraban individuos con nombres egipcios, a partir del mismo Moisés, y que no ocupaban ninguna de las doce regiones del país. Y probablemente sólo las poblaciones del sur, limítrofes con Egipto, como confirma el hecho de que los relatos de los prodigios relativos al nacimiento de Moisés y a la fuga de Egipto[54] no están presentes en la fuente elohísta *E,* relativa al reino septentrional.

Según el *Génesis,* de todos modos, al principio el exilio no era una cautividad forzada, sino un refugio voluntario en

un país no afectado por la carestía. Y según el *Éxodo,*[55] no fue hasta que los judíos se hicieron demasiado numerosos y poderosos que se los envió a realizar trabajos forzados y el faraón ordenó que fueran asesinados todos sus hijos varones, en una primera versión de la matanza de los inocentes. Es a causa de este edicto que, después de su nacimiento, Moisés es abandonado en el Nilo en una cesta de papiro con el fondo untado de betún; sobrevive milagrosamente y es salvado por la hija del faraón, que luego lo adopta: de ahí su nombre hebreo, *Mosbe,* «Sacado [de las aguas]».[56]

Esta historia del salvamento de las aguas del futuro líder es, en realidad, un arquetipo difundido en las culturas de su tiempo. Por ejemplo, un mito del siglo vm a.e.V. sobre el fundador de la dinastía acadia, Sargón el Grande, cuenta así sus orígenes:

> Mi ciudad es Azupiranu, sobre los bancos de arena del Eufrates. Mi madre me concibió en secreto. Me puso en un cesto de juncos, y selló el fondo con betún. Me depositó en el río, que me acogió y llevó donde Akki, extractor de agua. Akki, extractor de agua, me adoptó como hijo y me crió. Akki, extractor de agua, me convirtió en su jardinero. Y mientras era jardinero, la diosa Ishtar me concedió su amor, y yo reiné durante años.

La adopción por parte de la hija del faraón, en cambio, podría indicar que Moisés era un egipcio de alto rango, a continuación escapado de Egipto por algún motivo, con sus seguidores: en tal caso, su nombre sería *Moses,* que en egipcio significa sencillamente «hijo», como en Tutmoses o Ahmoses. Y él podría ser Ramoses, príncipe heredero de la reina Hashepsut, que, a su muerte, desapareció misteriosamente de la historia egipcia. O un dignatario de la corte de Akenatón, el primer monoteísta, que no aceptó la destitución del único dios y decidió exportar su religión a todas partes.

Sea como fuere, la historia del *Éxodo* sigue contando que de mayor Moisés ve a un egipcio maltratando a un judío, lo mata y se refugia en la península del Sinaí para escapar de las represalias, permaneciendo allí durante cuarenta años.[57] Y es sobre el Horeb y el Sinaí, tradícíonalmente identificados como un único monte, donde Elohim y Jahvé vuelven a entrar en la historia y se aparecen a Moisés, revelando finalmente sus nombres y enseñándole algunos trucos de circo, como transformar un bastón en una serpiente, o ponerse una mano sana sobre el pecho y sacarla leprosa.[58]

Pero, aparentemente, Jahvé no sabe cómo poner remedio a los balbuceos de Moisés y, por tanto, se ve obligado a inventar el enrevesado esquema de transmisión según el cual él hablará a Moisés, que hablará a su hermano Aarón, que hablará al Pueblo Elegido, que a menudo no escuchará.[59] Todo ello, naturalmente, para establecer un *pedigree para* los llamados *kohanim* o *cobanim,* «sacerdotes» (de *koben* o *cohén,* «sacerdote»), que decían descender de Aarón.

Ellos eran consagrados con ceremonias particulares, llevaban paramentos especiales y realizaban rituales reservados.[60] Y su pertenencia a un único linaje genético fue confirmada en 1997 por el descubrimiento de un particular cromosoma Y compartido por los Cohén o Coen de todo el mundo, hoy llamado *cromosoma Aarón* y datado hace unos tres mil años: una transmisión que se ha hecho posible por el hecho de que, mientras el judaismo se heredaba por vía materna, el sacerdocio era excepcionalmente heredado por vía paterna.

Pero volvamos a Moisés, que a su vez regresa a Egipto y trata de convencer al faraón para que deje partir a los judíos. En una secuencia de efectos especiales hollywoodenses, no por casualidad retomados en innumerables producciones cinematográficas y televisivas, Jahvé desencadena las primeras nueve plagas de Egipto, transformando las aguas del Nilo en sangre, infestando el país de ranas, mosquitos y moscones,

provocando una epidemia, un contagio y una granizada, y oscureciendo el cielo con langostas y tinieblas.[61]

La última plaga es, en cambio, una trágica limpieza étnica, en la que Jahvé extermina a todos los primogénitos de los egipcios y, quién sabe por qué, también a sus animales.[62] Una empresa que el *Éxodo* se limita a describir de manera sobriamente satisfecha: «hubo gritos de dolor en todo Egipto. No quedó una sola casa donde no hubiera algún muerto».[63]

Esta bonita hazaña es la que los judíos festejarán en los siglos venideros como la *Pesach*, «Pasaje» o «Pascua», porque una señal de sangre de cordero sobre la puerta había indicado las casas que no debían ser atacadas:

> La sangre os servirá para que señaléis las casas donde os encontréis. Y así, cuando yo hiera de muerte a los egipcios, ninguno de vosotros morirá, pues veré la sangre y pasaré de largo. Éste es un día que debéis recordar y celebrar con una gran fiesta en honor de Jahvé. Lo celebraréis como una ley permanente que pasará de padres a hijos.[64]

En todas estas ulcerosas vicisitudes Jahvé se asegura personalmente de que el corazón del faraón siga «endurecido», de modo que se obstine en no querer dejar partir a los judíos y él pueda continuar desplegando sus fuegos artificiales. Puntualmente, y a pesar de la matanza, el faraón persigue a los judíos en fuga y Jahvé puede cumplir su más espectacular prodigio: la división de las aguas del Mar Rojo para dejar pasar al Pueblo Elegido, y su cierre sobre el ejército egipcio para ahogarlo.[65] En particular, al volver «el agua a su estado normal, cubrió los carros y la caballería»,[66] aunque la quinta plaga hubiera hecho morir «todo el ganado egipcio».[67]

En cuanto a la historicidad de los acontecimientos, algunas plagas parecen sencillamente versiones noveladas de calamidades reales que ocurrían en la época: incluso el *Éxodo*

admite de manera implícita que no eran particularmente «divinas», dado que los magos del faraón están en condiciones de reproducir algunas de ellas.[68] Por el mismo motivo, probablemente los judíos hayan conseguido atravesar a pie un aguazal, en el que los carros de los egipcios se empantanaron, y que luego en las exageraciones del recuerdo se convirtió en el «Mar Rojo».

Ciertamente es una exageración el volumen de la población que habría tomado parte en el éxodo, que, según el censo hecho en el desierto, habría consistido en 603.500 varones y un número impreciso de mujeres.[69] En efecto, se trata de una magnitud equivalente a la estimada para todo el Egipto de la época, que habría quedado prácticamente demediado por unas vicisitudes catastróficas de las que no hay rastro en su historia oficial.

Fueran pocos o muchos los judíos en el desierto, la historia[70] continúa diciendo que permanecieron allí durante cuarenta años, en los cuales Elohim intervino repetidamente para procurarles alimento material (agua potable, maná y perdices) y espiritual (mandamientos y leyes), además de para allanarles el camino hacia la conquista de la Tierra Prometida:[71]

> Haré que el pánico se extienda a tu paso, y así huirán de tu presencia los neveos, los hititas y los cananeos. No los arrojaré de tu presencia en un año, para que la tierra no se eche a perder ni aumenten los animales salvajes y te hagan daño. Los arrojaré de tu presencia poco a poco, hasta que tengas muchos hijos y tomes posesión de la tierra.

En realidad, en los planes divinos el éxodo debía haber terminado mucho antes. Después de haber permanecido «un año, un mes y veinte días» en el desierto del Sinaí, la nube en que Jahvé se había materializado se mueve y les indica el

camino hacia la anhelada meta.[71] Cuando la comitiva llega a los alrededores de las tierras de Canaán, doce exploradores son enviados a inspeccionarla y vuelven después de cuarenta días, entusiasmados pero preocupados, describiéndola como una «tierra donde la leche y la miel corren como el agua», poro habitada por poblaciones armadas y poderosas.[73]

Los judíos, que evidentemente habían confiado en una nitrada indolora en la Tierra Prometida, puestos ante la perspectiva de una guerra de conquista se rebelan, y piensan que sería mejor volver a Egipto. El belicoso Jahvé se lo toma muy mal, y decide «golpear con la peste y destruir» a su propio pueblo. Moisés le hace notar que semejante conclusión de las vicisitudes parecería ridicula a los ojos de los egipcios. Jahvé está de acuerdo, y se conforma con condenar a los judíos a cuarenta años de peregrinación por el desierto, uno por cada día de exploración de la Tierra Prometida, y a permitir que sólo sus hijos entren en ella.[74]

En aquel período hubo rebeliones contra la naciente jerarquía sacerdotal, simbolizadas por el episodio en que Coré, Datan y Abiram atizan al pueblo contra Moisés y Aarón y rechazan su autoridad, con el argumento de que los judíos «son todos santos y Jahvé entre todos». Pero estas rebeliones, al menos según los sacerdotes que escribirán la Biblia, son erradicadas desde arriba: en el caso en cuestión, la tierra se abre y se traga a los rebeldes y a sus 250 seguidores, haciéndolos caer «vivos al fondo de la tierra».[75] Y cuando el pueblo se lamenta de que ésa no es manera de tratar a los judíos, por toda respuesta recibe un flagelo que mata a 14.700 personas.[76]

Otro flagelo matará a veinticuatro mil cuando «sus hombres empezaron a corromperse con las mujeres moabitas» y «se dejaron arrastrar al culto de Baal»,[77] cayendo en dos de los pecados que más obsesionaban a Jahvé: ceder ante las mujeres y los cultos de los extranjeros. El flagelo sólo termina

cuando un nieto de Aarón atraviesa con una lanza por el estómago a una pareja mixta, compuesta por un israelita y una madianita, mereciendo por este hermoso gesto la gratitud divina y «el sacerdocio perenne» para su estirpe.[78]

EL CONQUISTADOR

Después de haber peregrinado durante cuarenta años por el desierto, finalmente a los judíos les llega el momento fatídico de entrar en la Tierra Prometida, precedido por las batallas con los pueblos vecinos que se oponen a su aproximación a la meta. Con la ayuda de Jahvé, Israel derrota a los reyes de Arad, de Sicon y de Og, destruyendo «por completo a los cananeos, lo mismo que sus ciudades».[79]

Luego llega la carnicería de los medianitas, según precisas órdenes divinas: «Véngate de los madianitas en nombre de los israelitas; después de eso, morirás».[80] Todos los varones fueron muertos y las ciudades quemadas, pero Moisés se enoja porque no han asesinado a las mujeres y niños y ordena: «Matad ahora mismo a todos los niños varones y a todas las mujeres que no sean vírgenes. A las muchachas vírgenes dejadlas con vida, y quedaos con ellas».[81] En cuanto al botín, su macabro censo es de «seiscientas setenta y cinco mil ovejas, setenta y dos mil bueyes, sesenta y un mil asnos y treinta y dos mil muchachas vírgenes».[82]

Conquistada la TransJordania, la misión de Moisés ha terminado: después de tres discursos de despedida, pronunciados en el «cuadragésimo año, undécimo mes y primer día» del éxodo y registrados por el *Deuteronomio,* subió al monte Nebo para ver desde lo alto el país en el cual no entraría. «Y así Moisés murió en la tierra de Moab, tal como Jahvé había dicho» y fue sepultado en el valle, en un lugar desconocido.[8]5

Le sucedió en el mando Josué, uno de los doce exploradores de la Tierra Prometida, que había sido elegido por Jahvé como sucesor de Moisés para que el pueblo no anduviera «como rebaño sin pastor».[84] Su nombre original era Oseas, pero el propio Moisés lo había reemplazado por *Yeoshua*, «Dios salva»,[85] es decir, Jesús, el «Salvador».

Con Josué a la cabeza, los judíos atraviesan finalmente el Jordán, que se abre como un nuevo Mar Rojo: en cuanto los sacerdotes que llevan el Arca ponen un pie en el río, las aguas de arriba se detienen como ante un dique invisible y aquellas que bajan fluyen, permitiendo que los judíos crucen la frontera.[86]

Un ejército de 40.000 hombres avanza frente a Jericó,[87] que es tomada de manera milagrosa: después de haber hecho girar el Arca durante seis días en torno a la ciudad, y siete veces el último día, ante el sonido de las trompetas de los sacerdotes sus muros se derrumbaron. En el *gospel Josbua fit the battle ofjericho* [Josué combatió la batalla de Jericó], las vicisitudes son reducidas a una cancioncilla, pero en el relato bíblico los habitantes de la ciudad son literalmente exterminados, matando «a filo de espada a hombres, mujeres, jóvenes y viejos, y aun a los bueyes, las ovejas y los asnos».[88] Según el embarazado comentario de la edición oficial, «se trata de una costumbre en armonía con los tiempos antiguos, inspirada en una moral imperfecta, que debía progresar».[89]

Es verdad que era una costumbre, dado que se repite tal cual en la conquista de Hai, donde «murieron doce mil habitantes [...], hombres y mujeres», y Josué dejó la ciudad «en ruinas para siempre, tal como se ve todavía».[90] Luego le llega el turno a una coalición de cinco reyes amorreos, que son embestidos por una lluvia de piedras desencadenada por Jahvé. Para poder tener más horas de luz a fin de poder exterminar a los enemigos, Josué pide al Señor que detenga el Sol, «y el Sol y la Luna se detuvieron».[91]

Es éste un versículo particularmente grávido de consecuencias no sólo para los pobres amorreos, sino también para los europeos, dado que la Iglesia se basó en él para rechazar el heliocentrismo, y en 1633 condenó a Galileo. Aunque hoy la edición oficial se permite explicar con desenfado que, mira por dónde, «la inmovilidad del Sol en un texto poético *[sic]* puede expresar un oscurecimiento de la atmósfera».

Naturalmente, la conquista de la Tierra Prometida duró mucho, pero con el tiempo «Josué conquistó toda la región. Derrotó a los reyes de las montañas, del Néguev, de los llanos y de las cuestas. Lo destruyó todo y los mató a todos, tal y como Jahvé, Elohím de Israel, se lo había ordenado».[92] Y, naturalmente, «Todo [...] fue tomado por la fuerza, pues Jahvé hizo que los enemigos se pusieran tercos y resistieran a los israelitas, para que los israelitas los destruyeran por completo y sin misericordia».[93]

Después de la feroz conquista de la Tierra Prometida el Pueblo Elegido ve cómo Jahvé mantiene su promesa, sin perder la ocasión de subrayar la singularidad de los judíos: «Yo os di tierras que no habíais trabajado y ciudades que no habíais construido. Ahora vivís en ellas, y coméis uvas y aceitunas que no plantasteis».[94] Con lo cual la grandiosa historia iniciada con la creación del mundo y proseguida con el pacto, el exilio y el éxodo abandona los soplos cósmicos y teocráticos para emprender los prosaicos informes de la construcción y la administración de un estado terrenal, que naturalmente no seguiremos.

Como tampoco seguiremos los boletines de las guerras civiles e inciviles que los judíos siguieron librando entre sí y con sus vecinos, cosechando innumerables víctimas: los *recordmen* bíblicos son los reyes Abiam y Asa del reino de Judea, padre e hijo, que exterminaron respectivamente a medio millón de israelitas y un millón de etíopes,[95] naturalmente con la ayuda de Dios. La embarazosa edición oficial destaca

que «el cronista subraya la intervención divina hinchando l.is cifras»: olvidando no sólo explicar cómo hace para saber que las cifras han sido hinchadas, sino también decir que la i uenta de las precedentes víctimas imputables según la Biblia .il buen Jahvé, desde la mujer de Lot[96] a Saúl,[97] pasando por distintas matanzas a las que hemos aludido, suman 770.359 personas, salvo error u omisión.

I'.L DIOS DE LOS EJÉRCITOS

(.on la pérdida de sus funciones de libertador y conquistador, cumplidas en tiempos de Moisés y Josué, la divinidad del Antiguo Testamento asume otras. Por ejemplo, la del sádico c injusto torturador del pobre Job, protagonista del libro homónimo: un episodio que provoca tal perplejidad en quien lo lee, que en 1952 inspiró a Cari Gustav Jung una interesante *Respuesta a Job,* en quien identifica el germen de la encarnación.

En efecto, según Jung, en esa ocasión el Creador se reveló inferior a su criatura, en posesión de una conciencia aún indiferenciada. Él decide, pues, hacerse hombre para mejorar, adquirir una mayor conciencia y morir en la expiación de los pecados que *él mismo* ha cometido en relación con la humanidad. Así, Jung interpreta la encarnación como una imagen mitológica de la toma de conciencia psicológica por parte del inconsciente.

Pero los peores papeles asumidos por Elohim o Jahvé en el Antiguo Testamento son los del *Sabaotb,* el de «Dios o Señor de los ejércitos» invocado por primera vez por David en su duelo contra el gigante Goliat.[98] La interpretación auténtica de este vergonzoso oxímoron viene del mismo David, al que se atribuye el *Salmo* 23:

¡Abrios, puertas eternas!
¡Abrios, puertas, de par en par,
y entrará el Rey de la gloria!
¿Quién es este Rey de la gloria?
¡Es el Señor, el fuerte y valiente!
¡Es el Señor, valiente en la batalla! [...]
¿Quién es este Rey de la gloria?
Es el Señor de los ejércitos.

El oxímoron vuelve en el *Salmo* S3, llamado «Canto del peregrino»:

¡Cuan hermoso es tu santuario,
Señor de los ejércitos![...]
Señor, Dios de los ejércitos,
Dios de Jacob,
¡escucha mi oración! [...]
Señor de los ejércitos,
¡felices los que en ti confían!

De este salmo, el inefable Juan Pablo II dijo, en la Audiencia General del z8 de agosto de Z002, que «se trata de un canto dulcísimo, penetrado por un ansia mística hacia el Dios de la vida, celebrado repetidamente con el título de Señor de los ejércitos, es decir, Señor de las formaciones estelares y, por tanto, del cosmos».

Aparte del *non sequitur* de ese «es decir», y la absurda equiparación de los «ejércitos» con la «vida», el comentario papal no es sorprendente. En efecto, el Dios de los ejércitos siempre ha sido familiar en la liturgia cristiana e invocado *in saecula saeculorum,* cada santo día, en cada santa misa, en todo santo *Sanctus:*

Sanctus, Sanctus, Sanctus
Dominus Deus Sabaoth.
Pleni sunt caeli et térra
gloria tua.

I.os orígenes de este *mantra* se remontan a una visión del profeta *Isaías:*[99]

> El año en que murió el rey Uzías, vi al Señor sentado en un trono muy alto; el borde de su manto llenaba el templo. Unos seres como de fuego estaban por encima de él. Cada uno tenía seis alas. Con dos alas se cubrían la cara, con otras dos se cubrían la parte inferior del cuerpo y con las otras dos volaban. Y se decían el uno al otro: «Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria».

Y es precisamente a través del *Sanctus* que el vergonzoso epíteto ha enfangado las obras más elevadas de nuestra cultura, del *Paraíso*[100] dantesco a las misas de Bach, Mozart y Beethoven. Y la vergüenza debe de haber sido percibida por la Iglesia posconciliar, puesto que ha intentado esconder púdicamente el epíteto detrás de la hoja de higuera de un Lmtástico «Dios todopoderoso», en la traducción de su liturgia:

Santo, Santo, Santo
el Señor Dios todopoderoso.
Los cielos y la tierra están llenos
de tu gloria.

I ,o que no basta para ocultar el hecho de que el Dios de los e|ércitos es, en realidad, el jefe de Estado Mayor de las formaciones monoteístas que desde siempre combaten guerras que sus fanáticos soldados describen como «justas» y «santas»:

otros dos oxímoron vergonzosos, por los cuales George W. Bush y Osama Bin Laden, por ahora los últimos comandantes cristiano y musulmán que los han usado, pueden agradecer, respectivamente, a la *Ciudad de Dios*[101] de san Agustín y al *Corán*[102] de Mahoma.

Entre paréntesis, y a propósito de monoteísmos y violencia, el mundo entero puede dar gracias, en cambio, a los judíos y a los musulmanes por las palabras «sicario» y «asesino». En efecto, la primera deriva de *sica,* «puñal», y *sicari,* «apuñaladores»; para los romanos eran aquellos a quienes los judíos llamaban por metátesis *iscariotes:* los celotas extremistas como Barrabás o Judas, es decir, que realizaban ataques individuales con arma blanca, y que hoy serían llamados «terroristas». En efecto, como cuenta Flavio Josefo en *La guerra de los judíos:*[i0i]

> En Jerusalén nació una nueva forma de bandidismo, la de los llamados sicarios, que cometían crímenes a plena luz del día y en el centro de la ciudad. Especialmente con ocasión de las fiestas, se mezclaban entre la multitud, escondiendo bajo sus vestiduras unos pequeños puñales *[sicae],* con los que agredían a sus adversarios; luego, cuando éstos caían, los asesinos se unían a quienes expresaban su horror, y lo hacían tan bien que éstos les creían y resultaba imposible descubrirlos.

Hashshasbin, «comedores de hachís», era en cambio el nombre de los miembros de una secta medieval chiíta, a las órdenes de un tal Viejo de la Montaña, que según las crónicas de los Cruzados por un lado, y de Marco Polo por el otro, se drogaban con hachís antes de cometer crímenes o acciones militares: una técnica imitada más tarde por distintos ejércitos modernos, por ejemplo el estadounidense en Vietnam y en Irak. Según otras versiones, el hachís se consumía durante los intervalos entre las acciones militares, o se suministraba a

las víctimas, mientras que según otras etimologías el nombre de la secta derivaría, en cambio, del de su líder, Hassan.

Sea como fuere, la unión entre monoteísmo y violencia entró en la historia gracias a los libros del Antiguo Testamento: los mismos que, según la Constitución Dogmática *Dei Verbum* («De la palabra de Dios») del Concilio Ecuménico Vaticano II, «manifiestan a todos el modo en que Dios, justo y misericordioso, se comporta con los hombres».[104] Y cuya lectura nos ha proporcionado, en cambio, muchos de los numerosos motivos por los que no podemos decirnos cristianos, dado que según la misma Constitución esos libros son "íntegramente asumidos en la predicación evangélica».[105]

4

LOS MANDAMIENTOS

Además de las vicisitudes más o menos históricas del pueblo judío de los orígenes, el Pentateuco contiene también los mandamientos y los preceptos de la ley mosaica: están enumerados en el *Éxodo,* el *Levítico* y el *Deuteronomio,* que i onstituyen las próximas estaciones de nuestro *via crucis.*

I.AS TABLAS DE LA LEY

Tres meses exactos después de la salida de Egipto, los judíos llegan al monte Horeb y acampan. Moisés sube en pos de Klohim, que le anuncia que quiere manifestarse públicamenle: «Voy a presentarme ante ti en medio de una nube espesa, para que la gente me oiga hablar contigo».[1] Entonces Moisés lleva a su «pueblo fuera del campamento para encontrarse con Elohim», al cual habla directamente y del cual recibe respuestas «con voz de trueno».[2]

El más importante de los pronunciamientos de Elohim, aparentemente oído por todo el pueblo, concierne a los Diez Mandamientos, más o menos en la forma en que solemos referirnos a ellos: una versión basada en un núcleo elohísta, a la que siguieron añadidos sacerdotales.[3]

Luego, con uno de los habituales *non sequitur* bíblicos, la historia recomienza con el pueblo asustado, que pide a Moisés poder escuchar la voz divina no directamente, sino a través de él. Así, Moisés se acerca «a la nube oscura en la que estaba Elohim»,[4] donde recibe algunas disposiciones rituales y sociales y un renovado pacto ya estipulado con Abraham.[5]

A continuación, Moisés, Aarón y los setenta ancianos de Israel suben al monte Horeb, y a todos se les permite ver a Elohim: para quien estuviera interesado, «bajo sus pies había algo brillante como un suelo de zafiro y claro como el mismo cielo».[6] Luego Moisés se queda solo en el monte durante cuarenta días y cuarenta noches, en audiencia privada, para recibir las Tablas de la Ley.[7]

En este punto se interpola en el texto un largo (y tedioso) paréntesis sacerdotal,[8] en el que se formula, por ejemplo, la *lex talionis,* «la ley del talión»: «vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe».[9]

La ley ya había sido introducida hacia el 1800 a.e.V. por el *Código de Hammurabi,* y es una versión antigua del principio moderno de la «pena proporcionada al delito»: por ejemplo, impide disparar a un ladrón o desatar una guerra preventiva. Por otra parte, como señaló el Mahatma Gandhi, «ojo por ojo, diente por diente» es también una buena receta para llenar el mundo de ciegos y desdentados.

Una buena parte de las disposiciones del paréntesis sacerdotal se refiere a la construcción del Arca y del Tabernáculo: respectivamente, un cofre de madera que deberá acoger las tablas y una tienda que tendrá las funciones de templo móvil, a la espera de construir uno fijo. Tanto el Arca como el Tabernáculo probablemente sólo sean fantasías simbólicas: de la primera, por ejemplo, en la Biblia judía se pierde el rastro desde que es depositada en el *sancta sanctorum* del Templo de Salomón, el día de su consagración.[10] No se menciona

entre los objetos salvados de la destrucción del Templo,[11] y * liando éste es reconstruido, su *sancta sanctorum* permanece vacío.

Pero estamos impacientes por volver al monte Horeb, donde entretanto el pueblo ha perdido la paciencia de espe- i .ir a Moisés, y pide a Aarón que le busque un nuevo dios. < ion los pendientes de las mujeres se construye un becerro de oro, al cual los judíos ofrecen sacrificios recitando: «Israel, este es tu Elohim, que te sacó de Egipto».[12]- Como ya hemos notado, el episodio es una versión mitológica del cisma del u-ino septentrional de Israel y de sus becerros de oro, que no |ior casualidad Jeroboam presentará al pueblo exactamente ion las mismas palabras.[13]

Cuando Moisés baja del Horeb con las tablas, las rompe en un ataque de ira hacia su pueblo perjuro. Luego destruye el ídolo, lo pulveriza, empasta el polvo con el agua y hace que los judíos se traguen el brebaje.[14] Después de haber reprendido a Aarón, Moisés reúne a los levitas y les ordena una masacre: «Tomad cada uno de vosotros la espada, regresad .il campamento, id de puerta en puerta y matad cada uno a MI hermano, amigo o vecino». Ellos obedecieron, y como íesiiltado «murieron unos tres mil hombres». Como premio, los levitas reciben la investidura divina: «por haberos opuesto i .ida uno a su hijo o a su hermano. Así que hoy el Señor os bendice».[1']

En este punto, está claro que las cosas se han escapado de l.is manos de Elohim, y la pelota pasa a Jahvé.[16] Pero, puesto que, como sabemos, las diversas fuentes han sido interpoladas entre sí, Jahvé en realidad ya había aparecido antes, manifestándose en los comienzos en el Sinaí como una fuerza de la naturaleza: «Hubo relámpagos y truenos, y una espesa nube se posó sobre el monte. Un fuerte sonido de trompetas hizo que todos en el campamento temblaran de miedo».[17] En i tiras palabras, hubo un temporal y un terremoto.

Después de haber dejado espacio a las vicisitudes anteriores, todas elohístas y sacerdotales, Jahvé vuelve a entrar en escena para confiar a Moisés dos nuevas Tablas de la Ley. Así, Moisés sube otra vez al monte, donde permanece de nuevo cuarenta días y cuarenta noches: esta vez, por si sentís curiosidad, «sin comer ni beber».[18] Entretanto, Jahvé renueva por enésima vez su alianza y proporciona su versión de los Mandamientos:[19] no se sabe quién los escribe en las tablas, dado que primero Jahvé anuncia que los escribirá personalmente, pero luego le ordena a Moisés que lo haga él mismo.[20]

Pero sus mandamientos son muy distintos, en la forma y en la sustancia, de aquellos a los que Elohim nos tenía habituados. No poseen ningún valor universal y ético, y sólo imponen obligaciones rituales o sociales válidas únicamente para los judíos: primero, no te alies con los habitantes de la tierra de Canaán; segundo, no te cases con sus hijas; tercero, no hagas dioses de metal fundido; cuarto, observa la fiesta de los ácimos; quinto, sacrifica o rescata a todo primogénito; sexto, descansa un día por semana; séptimo, celebra las fiestas agrícolas; octavo, sube tres veces al año ante mí; noveno, lleva las primicias al templo; décimo... ¡no cocines un cabrito en la leche de su madre!

Para terminar dignamente las vicisitudes de las Tablas de la Ley, la fuente sacerdotal añade que cuando Moisés bajó del Sinaí tenía la cara radiante, porque había hablado directamente con Jahvé. Puesto que debía de dar miedo, Aarón y los judíos se mantuvieron apartados: desde aquel momento Moisés puso un velo sobre su rostro, que sólo se quitaba cuando iba a hablar con el patrón.[11]

No se sabe qué le había ocurrido a su piel: probablemente, se había quemado. Pero la expresión *karnu panav, «cara* radiante», fue traducida por Jerónimo en el 400 e.V. por *cornuta facies,* «cara cornuda», parece que para evitar que la

I'cnte pensara que Moisés tenía una aureola como los santos cristianos. De esta traducción nació la leyenda de que Moisés había bajado del Sinaí con cuernos: una leyenda retomada en 1515 por Miguel Ángel en su famosa estatua de *Moisés* para l.i tumba de Julio II, hoy en San Pietro in Vincoli.

Después de este episodio, la fuente sacerdotal pasa a una letanía de tediosas disposiciones, que cubren el final del *Éxo-*Jo[22] y todo el *Levítico.* A menudo se trata de anacronismos, lo cual no impide que algunas sectas judías las sigan todavía hoy: por ejemplo, «no os cortéis el pelo en redondo».[23] Otras interesan sólo a los sacerdotes, los cuales no deben ser ciegos, tojos, jorobados, enanos o eunucos, aunque pueden casarse: pero sólo con vírgenes, y manteniéndose alejados de viudas, ilivorciadas, deshonradas y prostitutas.[14]

A veces se trata de verdaderas estupideces científicas, ex-1 usables en un pueblo antiguo, pero imperdonables en un supuesto Creador, del tipo de no comer «rumiantes» como la liebre, que no es rumiante. O aves como el «murciélago», que es mamífero. O «insectos que caminan sobre cuatro patas», 1 uando los insectos se llaman con toda razón «hexápodos», porque tienen seis patas.[15]

Más sensato es, naturalmente, el mandamiento «Ama al prójimo como a ti mismo»,[26] a menudo atribuido a Jesús,[27] que en cambio se había limitado a citarlo como el segundo en orden de importancia,[28] siendo el primero «Ama al Señor Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus tuerzas».[29] Aunque es difícil entender de qué manera «ama .il prójimo como a ti mismo» puede estar de acuerdo no sólo 1 on la ley del talión, sino también con la pena de muerte para una larga lista de delitos, que incluyen la blasfemia, el adulterio, el incesto, la homosexualidad y el bestialismo, precisando que en este último caso también «se matará al animal».[30]

De todos modos, una cosa es segura, y es que los mandamientos judíos no son sólo diez. Cuántos son realmente es

otro asunto, dadas las innumerables repeticiones y contradicciones de las distintas fuentes: el cómputo tradicional es el efectuado en el siglo xn por Maimónides, que en el *Sefer Hamitzvot* («Libro de los Mandamientos») clasificó 613, de los cuales hay 248 positivos y 365 negativos.

Pero ya mil ochocientos años antes los sacerdotes del templo de Jerusalén habían sentido la necesidad de poner un poco de orden en el follón de las distintas versiones de la historia mosaica, y no se les ocurrió nada mejor que reescribirla desde el principio en el *Deuteronomio,* cuyo nombre significa, no por casualidad, «segunda Ley» (de *deuteros,* «segundo», y *nomos,* «ley»).

Éste repite todas las vicisitudes de los anteriores tres libros de manera históricamente más coherente y literariamente más poética, utilizando la ficción de los discursos de recapitulación que Moisés habría hecho a su pueblo antes de morir, y concluyendo: «Nunca más hubo en Israel otro profeta como Moisés, con quien el Señor hablara cara a cara».[31] De lo cual se puede deducir, como hizo Spinoza,[32]- que los sucesivos profetas no oían una voz real, sino imaginaria: es decir, eran esquizofrénicos.

En todo caso, el *Deuteronomio* constituye la bisagra entre la literatura más o menos fantástica de los libros precedentes *(Génesis, Éxodo, Levítico* y *Números)* y aquélla más o menos real de los que los sucedieron *(Josué, Jueces, Samuel* y *Reyes),* que narran las vicisitudes de Israel desde la conquista a la monarquía y transbordan el Antiguo Testamento de la mitología religiosa a la historia política.

EL SEÑOR, TU DIOS

Pasemos ahora a analizar el Decálogo judío, en la versión elohísta en que aparece en el *Éxodo y* en el *Deuteronomio:*

para los creyentes, en la versión grabada en las Tablas de la Ley por el dedo de Dios o la mano de Moisés. En otras palabras, olvidándonos de sus innegables asonancias con el *Código de Hammurabi,* por un lado, y con el *Libro de los muertos* egipcio, por el otro.

Aunque, como no puede sorprender en una historia que declara abiertamente sus orígenes egipcios, el Decálogo copia literalmente algunas de las 42 declaraciones de inocencia que el alma del difunto debía dirigir a los 42. dioses componentes del tribunal de Osiris, entre las cuales se encuentran las siguientes invocaciones, que en buena medida prefiguran también las obras de misericordia corporales:[33]

Oh, corredor, que vienes de Heliópolis,
no be cometido iniquidades.
Oh, resplandeciente, que vienes de las fuentes del Nilo,
no he robado.
Oh, cara tremenda, que vienes de Rosetau,
no he matado.
Oh, quebrantahuesos, que vienes de Heracleópolis,
no he dado falso testimonio.
Oh, malvado, que vienes de Busiri,
no he deseado los bienes ajenos.
Oh, vidente, que vienes del matadero,
no he fornicado con la mujer ajena.
Oh, comandante, que vienes de Un,
no he blasfemado.
Pero he dado pan a los hambrientos,
agua a los sedientos,
ropas a los desnudos.

Sea como fuere, respecto del Decálogo judío, Moisés ha recomendado en sus primeros dos discursos de despedida: «No añadáis ni quitéis nada a lo que yo os ordeno».[3]-» Como ve-

remos, Jesús estará de acuerdo en no quitar, aunque no en añadir. Por su parte, el *Catecismo*[i5] reafirma que también «los cristianos están obligados a observarlo» y que en su conjunto constituye «un todo orgánico e indisociable, porque cada Mandamiento remite a los demás y al conjunto», y por eso «transgredir un Mandamiento es quebrantar toda la ley»: recordémoslo, para el futuro.

Comencemos, pues, a abordar el Decálogo íntegramente y en orden, dividiendo sus diez mandamientos en dos grupos a la manera del *Catecismo,* en función de si son relativos a Dios o al hombre.

PRIMERO *No tengas otros dioses aparte de mí.*[1,6]

Hoy este mandamiento es considerado habitualmente como la profesión de fe en el monoteísmo, y el *Catecismo'''*[7] declara que prohibe «el politeísmo, la idolatría, la superstición, la irreligión, el ateísmo y el agnosticismo».

En realidad, la Biblia antigua incita más a la *monolatría* que al monoteísmo, es decir, más a la adoración de un único dios que a la fe en su unicidad: en efecto, ésta no niega la existencia de otros dioses, y se limita a afirmar que Elohim o Jahvé son los mejores. Por ejemplo, antes de la décima plaga Jahvé promete: «Dictaré sentencia contra todos los dioses de Egipto».[38] Después del paso del Mar Rojo los judíos cantan: «Oh, Jahvé, ¡ningún dios puede compararse a ti!».[39] Y entre los mandamientos menores, uno dice: «El que ofrezca sacrificios a otros dioses, en vez de ofrecérselos solamente a Jahvé, será condenado a muerte», y en otro: «Que jamás escuche de vuestros labios el nombre de otros dioses».[40]

En resumen, como él mismo admite, «yo soy Jahvé, tu Dios, Dios celoso»,[41] pero (o, quizá, precisamente por ello) no único. Por otra parte, ¿cómo podría serlo cuando es

identificado con Elohim, y este último es, por añadidura, un nombre plural? Naturalmente, el atajo más fácil es decir que, por un lado, los otros dioses son falsos, y, por el otro, que Elohim y Jahvé son manifiestamente diferentes del único dios verdadero.

En realidad, la identificación de Elohim y Jahvé podría ser tardía, y aparece explícitamente por primera vez sólo en el *Deuteronomio*,[42]- en la invocación que luego se ha convertido cu la profesión de fe del monoteísmo judío, recitada dos veces al día por todos los fieles: *Shema' Ysrael Adonai Eloheinu Adonai Echad* [Escucha, Israel, Jahvé es nuestros Elohim, Jahvé es uno solo].

Pero una vez aceptada la posibilidad de disfrazar el polimorfismo de monoteísmo, la supuesta singularidad del dios de Israel se derrumba, porque por ejemplo también Brahma, Vishnu y Shiva, respectivamente Creador, Preservador y Destructor del universo, son tres formas de un único Brahmán: por tanto, también el hinduismo sería un monoteísmo. Como también lo sería la religión griega tardía, que veía en Apolo una especie de superdiós del ecumenismo panhelénico, con innumerables epítetos: no por casualidad, según los *Moraba* de Plutarco, su mismo nombre significa literalmente «no muchos», es decir, «uno». Y, naturalmente, lo serían, tal como afirman que lo son, el catolicismo y las demás sectas cristianas que profesan un credo trinitario.

SEGUNDO No *hagas ningún ídolo ni figura de lo que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en el mar debajo de la tierra.*^

Muchos católicos se quedarán sorprendidos al ver este segundo mandamiento, porque a pesar de las citadas y hermosas afirmaciones sobre la integridad unitaria del Decálogo, fue

sencillamente eliminado por la Iglesia, con la siguiente y candida explicación del *Catecismo,*[44] tomada en préstamo del Segundo Concilio de Nicea del 787:

> En el Antiguo Testamento, con este mandamiento se prohibía representar a Dios como absolutamente trascendente. A partir de la Encarnación del Hijo de Dios, el culto cristiano de las imágenes sagradas está justificado, puesto que se funda en el Misterio del Hijo de Dios hecho hombre, en el cual el Dios trascendente se hace visible.

Pero, naturalmente, las cosas no son tan sencillas. Ante todo, el mandamiento es tomado en serio tanto por los judíos como por los musulmanes, como muestra el abstracto arte sagrado de las sinagogas y de las mezquitas, mientras que su eliminación por parte de los cristianos ha transformado sus iglesias en museos, en los mejores casos, y en circos, en los peores. La única excepción al segundo mandamiento que registra el Antiguo Testamento es la de los querubines de oro del Templo, dos especies de esfinges cuyas alas protegían el Arca que contenía las Tablas de la Ley.[45]

El motivo de la prohibición de las figuraciones naturalistas, sobre todo con fines religiosos, es bastante evidente: para decirlo con la conocida metáfora budista, corren el riesgo de concentrar la atención en el dedo que apunta y distraerla de la Luna a la que apunta. Metáforas aparte, pueden conducir a la idolatría y a la superstición en vez de a Dios, como efectivamente ocurre en las religiones en las que se permiten estas representaciones: el catolicismo *in primis,* como muestran comedias populares como las procesiones de Semana Santa en Sevilla o la licuación de la sangre de san Jenaro en Ñapóles.

Puntualmente, los primeros usos de imágenes cristianas se refieren a contextos paganos o gnósticos, como en el caso de los carpocracianos citados por Ireneo:[46]

> Ellos tienen imágenes, algunas pintadas y otras de materiales diversos, y sostienen que Pilatos hizo una imagen de Cristo en los tiempos en que Jesús vivió entre ellos. Ellos coronan estas imágenes y las exponen junto a aquéllas de los filósofos del mundo: Pitágoras, Platón, Aristóteles y otros. Y las honran de distintas maneras, como los paganos.

Con la legalización del cristianismo en el siglo iv, el uso de imágenes se difundió cada vez más, también gracias a una gradual adaptación de la iconografía pagana con fines cristianos. Por ejemplo, al principio Jesús era representado con el pelo corto y sin barba, según el uso semita, pero a continuación se volvió melenudo y barbudo, a la manera de Zeus, y así permaneció hasta hoy, sin ir al barbero.

En el siglo vi las imágenes se habían hecho comunes, pero naturalmente no todos los cristianos estuvieron de acuerdo con la eliminación del segundo mandamiento. Entre el 730 y el 787 hubo en Constantinopla un primer período de *iconoclastia,* «destrucción de las imágenes» (de *eikon,* «imagen», y *klaein,* «romper»), cuando los emperadores bizantinos León III y Constantino V prohibieron las imágenes sagradas, atribuyéndoles que fomentaban la idolatría. El Concilio de Hieria del 754, obviamente no reconocido por la Iglesia católica, confirmó la prohibición, pero el Segundo Concilio de Nicea de 787 la eliminó, con la siguiente disposición:

> Dado que la Santa Cruz se encuentra por doquier como símbolo, así las imágenes de Jesucristo, la Virgen María, los santos ángeles, los santos y demás hombres píos, *deben*[47] ser usadas en la manufactura de las decoraciones, alfombras, paramentos, etcétera, y exhibidas en los muros de las iglesias, en las casas, y en cualquier lugar notable, en la calle y por doquier, para que sean reverenciadas por todos aquellos que las vean. Porque

cuanto más son contempladas, más recuerdan la fervorosa memoria de sus prototipos.

En el siglo vm se podía decir correctamente que la cruz «se encuentra por doquier como símbolo», pero a comienzos del cristianismo ésta no estaba en parte alguna. En su lugar se usaba el pez, que originalmente era un símbolo pagano asociado a Afrodita (Venus) por un lado, y a Apolo por el otro: en el primer caso, porque la diosa se habría arrojado a un río con su hijo Eros (Cupido) y los dos habrían sido sostenidos por dos peces, luego convertidos, como premio, en la constelación homónima; en el segundo caso, porque el dios habría llegado a Delfos como un delfín *[delpbos],* llevando sobre el lomo a sus sacerdotes.

Desde los pitagóricos el pez era representado con el símbolo de la *vescica pisas,* la almendra que se obtiene cruzando dos círculos que tengan el mismo radio, con el centro de cada uno sobre la circunferencia del otro. Puesto que ésta contiene exactamente dos triángulos equiláteros, la relación entre su longitud y su anchura es la raíz de 3, que se aproxima como 2-65/153: extrañamente, en la pesca milagrosa que sigue a la aparición de Jesús en el lago de Tiberias, «Simón Pedro subió a la barca, y arrastró hasta la playa la red llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres»,[48] quizá en velada alusión a algún saber esotérico.

El motivo por el cual el pez pasó luego a simbolizar a Cristo es probablemente el hecho de que su nacimiento coincide astrológicamente con el inicio de la Era de Piscis: el período de unos dos mil años en que el Sol surge en la constelación de los Peces durante el equinoccio invernal (hoy esa Era ha terminado, gracias a la precesión de los equinoccios, y ya hemos pasado a la Era de Acuario). Motivaciones más evangélicas son probablemente, además de la citada pesca milagrosa, la multiplicación de los panes y los peces, y la profesión original

de los apóstoles. Pero también el hecho de que el término griego *ichtys,* «pez», podía ser interpretado como acrónimo de *Iesous Crbistos Theou Yios Soter,* «Jesucristo Hijo de Dios y Salvador».

Sea como fuere, en los primeros siglos el pez simbolizó a Cristo, y no la cruz, que era solamente el macabro recuerdo de un odiado suplicio: más o menos como la guillotina o la horca ayer, y la silla eléctrica hoy. Las primeras referencias a la cruz como «símbolo del Señor» son del siglo m, en las obras de Clemente de Alejandría y Tertuliano. Ésta se hizo popular sólo después de la abolición de la crucifixión por parte de Constantino en el 314, y el supuesto hallazgo de la Santa Cruz por parte de su madre en el 3x6. Y, como confirmación de la idolatría que acompaña inmediatamente a los signos materiales de la religión, sus reliquias se hicieron pronto tan numerosas que Erasmo bromeó diciendo que recogiéndolas se habría podido construir una nave entera.

La iconoclastia estaba, pues, plenamente justificada, desde un punto de vista religioso: entre el 814 y el 842, se inició un segundo período bizantino. Pero el culto de los iconos fue restaurado en 843. Desde entonces el primer domingo de Cuaresma se festeja en la Iglesia ortodoxa como el «Triunfo de la ortodoxia». A continuación, con el nacimiento del protestantismo, el problema se desplazó a Europa: fueron sobre todo los calvinistas y anglicanos los que se opusieron a las imágenes sagradas, en particular en los Países Bajos en 1566 y en Inglaterra en 1643. Aún hoy consideran idólatras las Iglesias católica y ortodoxa, ateniéndose a la versión original de los mandamientos y no a aquella purgada, adoptada por los católicos (y, entre paréntesis, también por los luteranos).

Naturalmente, eliminando un mandamiento se provoca un deslizamiento de todos los siguientes: por eso el número ordinal asociado a los próximos ha aumentado respecto de la (a)norma católica.

TERCERO *No hagas mal uso del nombre del Señor, tu Dios.*[49]

Sobre este mandamiento hay poco que observar, más allá del hecho de que no se ve cómo puede concillarse, por ejemplo, con el uso de la inscripción *In God we trust,* «Confiamos en Dios», en todos los dólares estadounidenses, en una combinación de dinero y religión más diabólica que divina. Sobre todo cuando se piensa que, según el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, este uso fue introducido en 1864 a causa «del acrecentado sentimiento religioso durante la Guerra Civil»: primero en las monedas, y a partir de 1957 también en los billetes.

Es más, desde 1956, éste es también el lema de Estados Unidos, en sustitución de *E pluribus, unum,* «De muchos, uno», y aparece por doquier, no sólo en el dinero. Por ejemplo, se canta en el himno nacional, *Star-Spangle Banner,* «Bandera de barras y estrellas», en cualquier ocasión sagrada y profana, cuando no simplemente mundana: un extraño modo de observar el tercer mandamiento.

Aunque, naturalmente, el estadounidense no constituye más que un ejemplo del abuso del nombre de Dios que ha sido, y sigue siendo, sistemáticamente perpetrado en la sedicente civilización occidental: desde la tragedia de las bendiciones de los cañones en el frente hasta la comedia de las señales de la cruz de los futbolistas en el estadio.

CUARTO *Acuérdate del día de reposo, para consagrarlo al Señor.*[5o]

Los motivos para festejar el sábado son dos. Según el *Éxodo-J*[1] «Porque Jahvé hizo en seis días el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y descansó el día séptimo», aunque en realidad quien reposó fue Elohim: evidentemente,

después de un tiempo ni siquiera la Biblia consigue ya ponerse de acuerdo acerca del follón que ella misma ha montado.

Y segundo, el *Deuteronomio*,[52] porque Jahvé ha hecho salir a los judíos de Egipto, donde estaban obligados a trabajar sin pausa, y ahora pueden (es más, deben) tomarse un justificado descanso semanal. Además, también justamente, quien no debe trabajar no es sólo el amo, sino «tampoco tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo o tu esclava, ni tu buey, ni tu asno, ni ninguno de tus animales, ni el extranjero». Aunque, en justicia, la existencia de los esclavos es un poco difícil de justificar (volveremos sobre esto).

Las dos motivaciones se remontan, naturalmente, a las dos tradiciones elohísta y jahvista. Pero cada uno tiene su tradición, y en particular la Iglesia ha decidido sustituir el sábado por el domingo para festejar la resurrección. Y, como de costumbre, el *Catecismo*[53] trata de cuadrar el círculo explicando, por un lado, que Jesús «reconoce la santidad del sábado», y por el otro, que precisamente en su honor aquélla reconoce, en cambio, la del domingo.

Para no ser menos, el sábado judío y el domingo cristiano se han convertido en el viernes musulmán: una excelente tradición, que en un mundo multirreligioso podría desembocar felizmente en un largo fin de semana monoteísta.

TU PRÓJIMO

Después de los mandamientos relativos a la relación del hombre con la divinidad, el Decálogo pasa a los correspondientes a la relación con el prójimo. Los cuales, por el motivo que fuera, son los únicos que Jesús cita cuando se le pregunta qué mandamientos hay que observar:54

Un joven fue a ver a Jesús y le preguntó: «Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para alcanzar la vida eterna?».

Jesús le contestó: «¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Bueno solamente hay uno. Pero si quieres entrar en la vida, cumple los mandamientos».

«¿Cuáles?», preguntó el joven.

Y Jesús le dijo: «No mates, no cometas adulterio, no robes, no digas mentiras en perjuicio de nadie, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo».

QUINTO *Honra a tu padre y a tu madre J^*

Tampoco en este mandamiento hay mucho que objetar, salvo que sea interpretado de manera excesivamente amplia: por ejemplo, estableciendo que quien «insulte a su padre o a su madre, será condenado a muerte».[56]

Si se quiere, como quiere el *Catecismo,* puede interpretarse la expresión «padre y madre» como una metáfora de la «familia», y leer el mandamiento como «honra a la familia», con todo lo que resulta de ello: por ejemplo, que «la familia es la célula original de la sociedad humana».[57] Y también con todo lo que *no* resulta de ello, por ejemplo que «la sociedad tiene el deber de sostener y consolidar el matrimonio», o incluso que «los padres tienen la misión de educar a los hijos en la fe cristiana»:[58] ¡todo un corolario que curiosamente se deriva de un mandamiento judío que se remonta a mil años antes de Cristo!

Pero, naturalmente, cuando se comienzan a conjugar dos de las personas de la Trinidad asociada al lema fascista «Dios, Patria y Familia», el pensamiento de los italianos pasa enseguida por asociación libre a la tercera excluida. Aunque, por ironías de la suerte, el lema era originalmente el de la estirpe de los Mirafiori y Fontanafredda, concedido en 1859

mediante Real Decreto por Víctor Manuel II a su amante, Bela Rosin: en despecho de su mujer y, naturalmente, de la «familia».

En cualquier caso, el *Catecismo* también asocia puntualmente familia y patria, y sigue su comentario al quinto (o, para él, cuarto) mandamiento declarando que «los ciudadanos deben considerar a sus superiores como representantes de Dios, ofreciéndoles su leal colaboración». Lo cual, en el supuesto de que no quedase claro, «comporta el amor y el servicio a la patria», aunque «en conciencia, el ciudadano no debe obedecer cuando las leyes de las autoridades civiles se oponen a las exigencias del orden moral».[59] Lo cual, naturalmente, quiere decir cosas diversas para «órdenes morales» diversos. En particular, la objeción de conciencia que el *Catecismo* tiene en mente no es, desde luego, aplicable al servicio militar, sino a sus obsesiones, como el aborto y la eutanasia, como veremos de inmediato.

SEXTO *No mates.*[60]

Entendido en sentido literal, el sexto mandamiento prohibe no sólo el homicidio, sino también la pena de muerte y la guerra. Pero Jahvé y los judíos no lo han entendido así, como ya hemos tenido ocasión de demostrar: recapitulando, sus leyes preveían la pena de muerte por rapto, homicidio, maltrato a los padres, adulterio, incesto, homosexualidad, bestialismo, magia, idolatría, blasfemia y violación del sábado.[61]

A continuación, los cristianos hicieron lo mismo: no sólo individualmente, sino también institucionalmente. Sin tener que remontarse a las Cruzadas y a las guerras de religión, basta recordar que el Vaticano ha aplicado la pena de muerte hasta el pontificado de Pío IX, en el siglo xix, y que su Ley Fundamental de 1929 seguía previéndola, mediante ahorca-

miento: la aplicación de la pena no fue abolida por Pablo VI hasta 1969, y la norma relativa fue finalmente cancelada por la Ley Fundamental en zooi.

Y es sólo desde 1995, con la encíclica de Juan Pablo II *Evangelium Vitae* [El evangelio de la vida],[6z] que el Vaticano se convirtió oficialmente en abolicionista, declarando:

> Sobre la pena de muerte se registra, tanto en la Iglesia como en la sociedad civil, una creciente tendencia que exige una aplicación muy limitada y, es más, una total abolición-

Pero continúa:

> Está claro que la medida y la calidad de la pena deben ser atentamente valoradas y decididas, y no deben llegar a la medida extrema de la supresión del reo *más que en casos de absoluta necesidad,* es decir, cuando la defensa de la sociedad *no fuera posible de otra manera.* Pero hoy, a consecuencia de la organización cada vez más adecuada de la institución penal, estos casos son muy raros, si no prácticamente inexistentes.[63]

El *Catecismo* retoma esta titubeante declaración, especificando a su vez que «la vida humana debe ser respetada, porque es sagrada»,[64] pero con excepciones y distinciones: la «legítima defensa de las personas y de las sociedades no va en contra del mandamiento».[65] En particular, en distintos casos «está moralmente permitido el uso de la fuerza militar» y «los gobernantes tienen el derecho de imponer a sus ciudadanos la obligación de la defensa nacional».[66]

Naturalmente, se trata de una posición más que razonable, y solamente no violentos totales como el Mahatma Gandhi o el Dalai Lama podrían no compartirla. Pero también se trata de una posición en *contra* del sexto mandamiento, desnaturalizando su naturaleza de máxima universal y convirtiéndolo

en unos leotardos elásticos, que cada uno puede ponerse para cubrir a su gusto sus propias vergüenzas: no por casualidad, «no mates» no ha sido nunca un freno en las guerras de conquista de los cristianos, desde el Santo Sepulcro hasta las colonias antiguas y modernas.

Asombra, pues, que una lectura tan abiertamente liberal del mandamiento a propósito de la pena de muerte y la guerra, esté acompañada en el *Catecismo* por otra tan rígidamente conservadora a propósito del aborto y la eutanasia, ambos considerados actos «gravemente contrarios a la moral»: el primero, en particular, porque «el ser humano, *desde su concepción*, debe ser respetado y protegido de manera absoluta en su integridad».[67]

Es una singular característica de la Comunión Espiritual de los Conservadores declarar, por un lado, que «el derecho inalienable a la vida de cada ser humano, desde su concepción, es un elemento constitutivo de la sociedad civil y de su legislación».[68] Y, por el otro, asignar sin reservas ese derecho a fetos que aún no tienen vida autónoma, o a cuerpos vegetativos que ya no saben que la tienen o que ya no la querrían, pero alienarlo con reservas a seres que no sólo la tienen y saben que la tienen, sino que querrían conservarla.

Sobre todo, cuando la «vida humana desde la concepción» es una novedad pescada no se sabe dónde, contraria no solamente a la evidencia científica, sino también a la tradición teológica. En efecto, por lo que se refiere a la primera, se sabe que al menos hasta el decimocuarto día de la concepción el pre-embrión (que no por causalidad se llama justamente «pre-») no puede ser considerado un individuo real: antes del sexto día, porque sus células son aún totipotentes y, por tanto, cada una de ellas es un individuo potencial; y entre el sexto y el decimocuarto día porque el pre-embrión todavía puede dividirse en gemelos monocigóticos y, en consecuencia, tampoco tiene aún una individualidad real.

En cuanto a la humanidad, además, todo depende de lo que signifique el término. Si indica la presencia de un sistema nervioso, éste comienza a desarrollarse después del decimocuarto día. Si se trata de la perceptividad sensorial, entonces el tacto llega al segundo o tercer mes, el gusto al sexto y el olfato al octavo. Si se refiere a la autoconciencia, es preciso esperar, naturalmente, a que transcurran unos meses desde el nacimiento. Si remite a la palabra, un par de años. Si se trata de la razón, por desgracia a algunos no les llega nunca...

Aunque en abierta oposición con el magisterio contemporáneo de la Iglesia, todo esto está, en cambio, parcialmente de acuerdo con la tradición tomista de Tomás de Aquino, que, además de identificar el momento de la infusión del alma racional en el embrión hacia el cuadragésimo día de la concepción,[69] estimaba que antes de entonces éste era un vegetal o un animal, pero aún no era una persona:[70]

> El alma vegetativa, que viene primero, mientras el embrión vive la vida de la planta, se corrompe y le sucede un alma más perfecta, que es a la vez nutritiva y sensitiva, y entonces el embrión vive la vida del animal. Destruida ésta, le sucede el alma racional que es infundida desde el exterior.

Esto demuestra que, cualesquiera que fuesen los motivos que la han impulsado a cambiar de postura, no es en absoluto cierto que «el Magisterio de la Iglesia ha proclamado constantemente el carácter sagrado e inviolable de toda vida humana, desde su concepción hasta su fin natural», como en cambio sostuvo el «papa teólogo» Benedicto XVI el 22 de febrero de 2006 en su discurso a los participantes en el congreso *El embrión humano en la fase de la preimplantación.*

Asimismo, tampoco es verdad que el versículo 16 del *Salmo 138* haga referencia al embrión como «pequeña realidad oval, redondeada *[sic]*, sobre la cual se posa la mirada bené-

vola y amorosa de los ojos de Dios», y que éste constituya «un elogio bíblico del ser humano desde el primer momento de su existencia», como en cambio ha sostenido el mismo Benedicto XVI en la Audiencia General del z8 de diciembre de 2005. El versículo en cuestión se limita a decir, textualmente:

> Tus ojos vieron mi cuerpo en formación *[golem];* todo eso estaba escrito en tu libro. Habías señalado los días de mi vida cuando aún no existía ninguno de ellos.

Ahora bien, *golem* es una palabra que aparece una sola vez en la Biblia: justamente en este versículo. Y es singular que el Papa finja ignorar toda la tradición esotérica y mágica asociada a ella: de las leyendas del *Talmud* a la *Cabala,* a la balada de 1797 de Wolfgang Goethe, *El aprendiz de brujo,* musicada en 1897 por Paul Dukas y animada en 1940 por Walt Disney en *Fantasía,* a la novela de 1915 de Gustav Meyrink, *El Golem,* al ensayo de 1964 de Norbert Wiener, *Dios & Golem S.A.*

Sostener semejantes tesis para defender el embrión significa verdaderamente no saber a qué santo encomendarse. También porque es obvio que, en el texto original, *golem* significa sencillamente, en términos filosóficos, la esencia de un ente que precede a su existencia. O, en términos informáticos, las especificaciones de un programa que preceden a su implementación. O, en términos biológicos, la información genética de un organismo que precede a su expresión. Todo, por tanto, salvo un embrión que no precede a nada, al ser ya una fase del desarrollo: aunque, naturalmente, estas cosas sólo interesan a aquellos que van en busca de proféticos asideros mitológicos para sus patéticos anacronismos teológicos.

SÉPTIMO *No cometas adulterio.*[71]

Por definición, el adulterio (de *[ad]alterare,* «falsificar») es una relación en la que al menos uno de los dos miembros está casado con otro: el mandamiento tiene, pues, una validez social, más que sexual. Y sin decir nada sobre cómo debe ser el matrimonio, se limita a imponer que no hay que traicionar sus términos, cualesquiera que fuesen.

No se ve, pues, cómo el *Catecismo*[72]- puede afirmar al respecto que poligamia, divorcio, convivencia, concubinato y relaciones extramatrimoniales son «ofensas a la dignidad del matrimonio»: también porque está claro, como ya hemos señalado en varias ocasiones, que los judíos quizás hayan sido monoteístas, pero desde luego no eran ni monógamos ni antidivorcistas.

No se puede negar, sin embargo, que tenían ideas estrafalarias sobre ciertos asuntos. Por ejemplo,[73] si una muchacha virgen, pero prometida, era violada en la ciudad, debían ser lapidados hasta la muerte tanto el violador como la víctima: la presunción era que ésta habría sido consintiente, pues de otro modo habría podido «pedir socorro». Si, en cambio, la violación se producía en el campo, sólo se debía lapidar al violador. Pero si la señorita no estaba prometida y el violador era cogido en flagrante delito, entonces debía remediarlo casándose con ella sin posibilidad de repudiarla. En otras palabras, el delito no era la violencia sexual, idéntica en los tres casos, sino la ofensa al honor y las buenas costumbres: así era también en el Código penal italiano hasta la reforma de 1996.

A propósito de la virginidad, naturalmente los judíos la pretendían de sus esposas: su falta en el momento del matrimonio podía ser aducida a continuación como motivo de divorcio, y si la acusación era probada la esposa era condenada a muerte por lapidación. Si, en cambio, la acusación era

refutada, el marido acusador debía pagar un resarcimiento a la familia de ella por difamación.[74]

La prueba fundamental que los suegros podían presentar literalmente ante el «tribunal de los ancianos de la ciudad» era la sábana manchada de sangre de la noche de bodas.[75] Evidentemente, ella se conservaba para el futuro, a lo Lewinsky, aunque es difícil comprender cómo podían ser probatorias sin un examen de ADN que confirmase, ante todo, que la sangre era humana y no tintura de yodo, como la de los estigmas del Padre Pío,[7]*[5] y luego que era femenina y no masculina, como la de la Virgen llorosa de Civitavecchia.[77]

Volviendo al *Catecismo,* asombra su reformulación del séptimo mandamiento en la versión canónica: «No cometas actos impuros». En efecto, en el patético intento de explicar por qué jamás se debe entender como una prohibición de «todos ios pecados contra la castidad», éste no encuentra nada mejor que decir que, «aunque en el texto bíblico se lea de otra manera, la tradición de la Iglesia lo considera así».[78]

Una vez introducida, la castidad se vuelve paradójicamente «la positiva integración de la sexualidad en la persona»:[79] una verdadera perla, ésta, más o menos como decir que el ayuno es la positiva integración de la comida en el estómago. En cuanto a la manera en que «todos son llamados a vivir la castidad»,[80] no puede ser otra que la propuesta por el propio Jesús en el *Sermón de la montaña:*[*1]

> Habéis oído que antes se dijo: «No cometas adulterio». Pero yo os digo que todo el que mira con malos deseos a una mujer, ya cometió adulterio con ella en su corazón. [...]
>
> También se dijo antes: «El que se separa de su esposa, deberá entregarle un certificado de separación». Pero yo os digo que todo el que se separa de su esposa, a no ser *en caso de concubinato,*^ la pone en peligro de cometer adulterio.

La edición oficial se apresura a puntualizar, embarazada, a propósito de este inciso en cursiva: «No hay ninguna excepción real a la indisolubilidad del matrimonio». Y en cambio la excepción no sólo es manifiesta, sino repetida literalmente también en un pasaje sucesivo,[83] aunque no está claro qué significa: ¿que no es adulterio tomar una concubina, además de la esposa, o que no lo es repudiar a una concubina? Siempre que la traducción sea correcta, dado que el vocablo griego original es *porneias,* que puede significar «infidelidad», «prostitución» y muchas otras lindezas por el estilo.

Además de la explícita excepción de Jesús, Pablo permitía el divorcio de los no creyentes, aunque estuvieran casados con creyentes,[84] y Agustín estimaba el adulterio como una razón suficiente y válida para el divorcio:[85] no fue hasta i 563, con el Concilio de Trento, cuando la indisolubilidad absoluta del matrimonio se convirtió oficialmente en ley canónica para los católicos, obligándolos a dar saltos mortales en la eliminación del pasaje precedente. Protestantes y ortodoxos, en cambio, leen el Evangelio como está escrito y aceptan el divorcio más o menos extensamente, según sus interpretaciones más o menos literales del pasaje: en particular, es precisamente sobre la cuestión del divorcio (de Enrique VIII) que en 1533 se consumó el cisma entre anglicanos y católicos.

En cualquier caso, y en referencia a Pablo, no es que fuera menos sexofóbico que Jesús. Al contrario, lo era aún más si cabe, como demuestra un famoso pasaje de la *Primera carta a los corintios-}*[6]

> Bueno sería que el hombre no se casara, pero, a causa de la inmoralidad sexual, cada uno debe tener su propia esposa, y cada mujer su propio esposo. [...]
>
> Personalmente quisiera que todos fueran como yo, pero Dios ha concedido a cada uno diferentes dones, a unos de una clase y a otros de otra.

> A los solteros y a las viudas les digo que es bueno quedarse sin casar, como yo. Pero si no pueden controlar su naturaleza, que se casen, pues más vale casarse que consumirse de pasión.

Y a propósito de Agustín, no es que fuera menos sexofóbico que Jesús y Pablo. Al contrario, era aún peor que ellos, dado y considerado que en el texto *Las bodas y la concupiscencia**[7] llegó a sostener que la sexualidad «no es un bien procedente de la esencia del matrimonio, sino un mal derivado del pecado original». Y que una relación sexual conyugal sólo está justificada si se emprende con fines procreativos, mientras que hacerlo exclusivamente por placer es un pecado, aunque (muy amable) sólo venial.

Está claro que con estas bases el cristianismo no ha podido ir muy lejos en ciertas cosas. En efecto, el *Catecismo* reafirma que «son pecados gravemente contrarios a la castidad la masturbación, la fornicación, la pornografía, la prostitución, el estupro y los actos homosexuales»,[88] metiéndolo todo en el mismo saco. En cuanto a la doble función de procreación y placer del sexo, además, «nadie debe romper la conexión inseparable que Dios ha querido entre los dos significados del acto conyugal, excluyendo el uno o el otro».[89]

De ello resulta, obviamente, que «es intrínsecamente inmoral cualquier acción que, en previsión del acto conyugal o en su cumplimiento o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga, como fin o como medio, impedir la procreación»,[90] como por otra parte ya habían establecido oficialmente con anterioridad dos encíclicas: en 1930 la *Casti Connubii* [Del casto matrimonio] de Pío XI, y en 1968 la discutida *Humanae Vitae* [De la vida humana] de Pablo VI.

Discutida, esta última, no sólo por sus anacrónicas posiciones, sino también por la manera indigna en que el Papa las había reafirmado. En efecto, como recuerda el preámbulo de la misma encíclica,[91] en marzo de 1963 Juan XXIII había

instituido una restringida comisión de estudio que incluía a estudiosos de distintas disciplinas, para examinar el problema del matrimonio y de la regulación de los nacimientos. Como consecuencia de diversos reajustes queridos por Pablo VI, al final la comisión llegó a tener unos setenta miembros, entre cardenales, obispos, curas, religiosos, teólogos, médicos, sociólogos, demógrafos y parejas de esposos católicos.

Ésta concluyó sus trabajos en junio de 1966, con dos informes. El primero, casi por unanimidad, admitía como lícita «la regulación de los nacimientos mediante el recurso a medios, humanos y honestos, ordenados a la promoción de la fecundidad en toda la vida matrimonial en su conjunto». El segundo, de una minoría formada sólo por *cuatro* miembros, todos teólogos, pedía al Papa que confirmara la doctrina tradicional y condenara firmemente cualquier forma de contracepción. Una situación descrita así en la encíclica:[92]

> No se había llegado, en el seno de la comisión, al pleno acuerdo *[sic]* de juicios sobre las normas morales que proponer, y sobre todo habían surgido algunos criterios de soluciones que se apartaban de la doctrina moral sobre el matrimonio propuesta con constante firmeza por el magisterio de la Iglesia.

Pablo VI decidió desatender, pues, la apelación a la modernidad de la casi totalidad de la comisión papal, como también el Concilio Vaticano II ya había desatendido, en la Constitución Dogmática *Gaudium et Spes* [La alegría y la esperanza], la apelación lanzada el 29 de octubre de 1964 por el cardenal Leo Suenens: «Sigamos el proceso de la ciencia. Os conjuro, Padres, evitemos un nuevo proceso a Galileo. Basta con uno en la historia».

Entre paréntesis, Karol Wojtyla, por entonces arzobispo de Cracovia, también formaba parte de la comisión ampliada de Pablo VI, aunque *nunca* participó en las sesiones. En

todo caso se puede deducir fácilmente qué pensaba sobre el tema, además de por la encíclica de 1981 *Familiaris Consortio* [La familia], que reafirma la doctrina de su predecesor, también por el discurso del 17 de septiembre de 1983 a los participantes en el seminario de estudio sobre *La procreación responsable:*[9]^

> La contracepción debe juzgarse, objetivamente, tan profundamente ilícita que no puede ser justificada *nunca, por ninguna razón.*[94] Pensar o decir lo contrario equivale a estimar que en la vida humana se pueden dar situaciones en las cuales es lícito no reconocer a Dios como Dios.

OCTAVO *No robes.*[95]

Una vez más, así como el sexto mandamiento condena la pena de muerte y las guerras, el octavo debería condenar los saqueos y las rapiñas. Pero ya hemos visto que, en realidad, estas actividades eran perfectamente admitidas cuando se trataba de robar a los enemigos: era *a los judíos* a quienes no había que hacérselo, y a ellos se refiere el mandamiento en sus intenciones.

Aunque hoy interpretamos correctamente el mandamiento en sentido universal, desde luego no podemos inferir de éste que se circunscriba a «la propiedad privada de los bienes», como hace el *Catecismo.*[96] Y no sólo porque, obviamente, también se puede robar donde sólo existe la propiedad pública, sino porque además la propiedad privada es en sí misma un hurto, en sentido literal: «privar» significa «aislar» y «quitar», y la propiedad privada es algo que ha sido sustraído, a despecho del octavo mandamiento, a la propiedad pública, es decir, al pueblo (el latín *publicus* es una contracción de *populicus,* «del pueblo»).

Aún parece menos posible deducir del «no robes» que «el hombre debe tratar con benevolencia a los animales»:[97] sobre todo cuando a su vez no se estigmatiza su cría forzosa y su sacrificio para el consumo alimentario. Lo cual no significa que quien siga el octavo mandamiento deba ser vegetariano: más bien, que quien proclama que los animales deben ser tratados con benevolencia no debería comer carne salvo los viernes, cuando come pescado.

NOVENO *No digas mentiras en perjuicio de tu prójimo.*[99]

Por una vez podemos estar de acuerdo con el *Catecismo,* cuando dice que el noveno (o, para él, el octavo) mandamiento «prohibe el perjurio, la mentira, la maledicencia, la difamación, la calumnia, el halago, la adulación y la complacencia»."

Ya no lo estamos, naturalmente, cuando confunde «no digas falsedades» con «di la verdad», y pasa a hablar de la verdad. Usando, en particular, la palabra con mayúscula y declarando que «en Jesucristo la verdad de Dios se ha manifestado íntegramente: él es la Verdad».[100]

Aparte del sinsentido lógico de la identificación entre una persona biológica, por un lado, y un concepto semántico hipostasiado, por el otro, no es precisamente al Dios de la Biblia al que podemos asociar con la verdad, con o sin mayúscula. Ante todo, porque ya hemos visto cuántas veces se ha equivocado, moral y científicamente, y seguiremos viéndolo.

Y luego, porque prescribe nada menos que ocho de sus diez mandamientos de forma negativa: lejos de estar en condiciones de decir cómo «hacer el bien», Dios parece estar obligado a limitarse a decir cómo «no hacer el mal». Para usar el metafórico estilo del *Catecismo,* no se revela positivamente, como una Verdad o un Bien en posesión de una

ética o una moral propositivas, sino negativamente, como una contraposición a la Falsedad o al Mal, limitada a una ética o una moral prohibitivas.

De manera aún más metafórica, no es, pues, el Diablo quien se opone a Dios, sino Dios quien se opone al Diablo: en paz con Agustín, el cual había tratado de eliminar su inicial maniqueísmo deconstruyendo el Mal como falta del Bien, cuando en cambio se debería más sensatamente sostener justo lo contrario, si estos razonamientos tuvieran un sentido, y reducir el Bien a la falta de Mal.

Y sin duda es así en el campo del Orden y el Desorden, donde efectivamente se puede hablar con sensatez: porque es justamente el Orden el que constituye una momentánea falta de Desorden, en un mundo en que este último crece de manera mesurable e inexorable a través de la entropía. Y la Segunda Ley de la Termodinámica establece que, al final de los tiempos, vendrá su reino y se hará su voluntad, así en el Cielo como en la Tierra: literalmente, como se habla en la ciencia, ¡y no metafóricamente, como se farfulla en la religión!

DÉCIMO *No codicies la casa de tu prójimo: no codicies su mujer, ni su esclavo o su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que le pertenezca.*"[0]"

Mientras los anteriores mandamientos, más o menos opinables, conciernen a acciones que, al menos en teoría, caen bajo el dominio de la voluntad, el último pretende, faltando a la realidad, impedir los deseos, sobre los cuales, naturalmente, el hombre tiene poco o ningún control. Salvo que sólo se trate de una forma de hablar, del tipo: «Ni se te pase por la cabeza privar al prójimo de sus propiedades».

En cualquier caso, la lista específica de estas propiedades es sencillamente horripilante: no sólo comprende bienes ma-

teriales, como las casas y las cosas, o animales como el buey y el asno, sino también a personas como los esclavos (de ambos sexos) y a la esposa. Esta última, en particular, sólo segunda en orden de importancia, después de la casa.

Ninguna alusión a los maridos, naturalmente, dado que para los judíos las mujeres no *tenían*, sino que *eran* propiedades. Por ejemplo, podían ser repudiadas a discreción:[loz]

> Si un hombre toma a una mujer y se casa con ella, pero después resulta que no le agrada por haber encontrado en ella algo indecente, le dará por escrito un certificado de divorcio y la despedirá de su casa.

Por lo que se refiere a la esclavitud, hay poco de qué escandalizarse ante la actitud judía con respecto a este tema, dado que hasta no hace demasiado tiempo la cristiana no le ha ido a la zaga. Es más, hasta hoy mismo, pues no sólo el Ku Klux Klan, sino también sectas contemporáneas como el Reconstruccionismo Cristiano, de Rousas Rushddony y la Identidad Cristiana, de Wesley Swift siguen pensando que la esclavitud no sólo es justificable, sino que está perfectamente acorde con el cristianismo.

Y no sólo, y siempre, las minorías fundamentalistas fueron esclavistas. Desde que Colón puso el pie en La Española en 1492, la política de los conquistadores católicos fue una moneda de dos caras: cristianización y esclavización. La «reglamentación» de esta política fue establecida en 1514 por el *Requerimiento* redactado por Juan López de Palacio Rubios, que debía ser leído (¡en español!) en las aldeas del Nuevo Mundo, y comenzaba con la primera cara de la moneda:

> Os notificamos y os hacemos saber, como mejor podemos, que el Señor Dios, vivo y eterno, creó el cielo y la tierra, y un hombre y una mujer de los cuales nosotros y vosotros y todos los

> hombres del mundo fueron y son descendientes [...] Entre todas las personas Nuestro Señor encargó a una, llamada San Pedro *[sic]*, a fin de que de todos los hombres del mundo fuera señor y superior, al cual todos debieran obedecer, y que se pusiera al frente de toda la raza humana [...] Y del mismo modo fueron considerados aquellos que fueron elegidos después de él para el solio pontificio, y así ha sido hasta hoy, y así será hasta el fin del mundo.

Pero, naturalmente, continuaba con la segunda cara:

> En cambio, si no hacéis así, o maliciosamente ganáis tiempo, os aseguro que con la ayuda de Dios nos lanzaremos contra vosotros, os haremos la guerra de todas las maneras y con todos los medios que podamos, y os someteremos al yugo y a la obediencia de la Iglesia y de Sus Majestades, y os capturaremos a vosotros, a vuestras mujeres y a vuestros hijos, y os haremos esclavos y como tales os venderemos y dispondremos de vosotros, y tomaremos vuestros bienes y os haremos todo el daño que podamos.

Estas bonitas teorías fueron puestas en práctica por los conquistadores españoles y portugueses, provocando una carnicería: se calcula que en la conquista de América fueron asesinados de setenta y cinco millones a cien millones de indios, el equivalente a un cuarto de la población mundial de la época,[103] perpetrando un genocidio peor que todos los del siglo xx juntos. Sólo los jesuítas de Paraguay se comportaron de manera un poco más humana con los guaraníes en sus *reducciones*, y como recompensa en 1767 fueron oficialmente expulsados de Latinoamérica, en un episodio popularizado en 1986 por la película *La misión.*

En cambio, los colonizadores ingleses primero, y los estadounidenses después, no esclavizaron a los indios de Nor-

tcniíu'i'ica, prefirieron resolver el problema con la solución final de su eliminación sistemática. Importaron los esclavos de África, en una trata que afectó a decenas de millones de negros y que fue justificada, como de costumbre, sobre bases bíblicas. Esta vez incluso con una referencia a la llamada Maldición de Canaán del *Génesis:*[104]

> Noé comenzó a cultivar la tierra, y plantó una viña. Un día Noé bebió vino y se emborrachó, y quedó tendido y desnudo en medio de su tienda de campaña. Cuando Cam, el padre de Canaán, vio a su padre desnudo, salió a contárselo a sus dos hermanos. Entonces Sem y Jafet tomaron una capa, la pusieron sobre sus propios hombros, y con ella cubrieron a su padre. Para no verle desnudo, fueron andando hacia atrás y mirando a otro lado.
>
> Cuando Noé despertó de su borrachera y supo lo que su hijo menor había hecho con él, dijo: «¡Maldito sea Canaán! ¡Será el esclavo más bajo de sus dos hermanos!».

Quizás el episodio tenga un valor metafórico oculto, pero desde el punto de vista literal carece totalmente de sentido, porque el hijo (Canaán) de un inocente (Cam) paga por las fechorías de un culpable (Noé). Sin embargo, o quizá precisamente por esto, los fundamentalistas judíos y cristianos lo han tomado como justificación bíblica de la esclavitud de los negros africanos, que según ellos descienden justamente de Cam y Canaán.

En particular, durante la guerra civil las iglesias protestantes estadounidenses se dividieron a favor o en contra de la esclavitud. Por ejemplo, precisamente la decisión de las Iglesias baptistas del Norte de prohibir a los misioneros la posesión de esclavos dio origen a un cisma, y en 1845 provocó el nacimiento de la Convención Baptista del Sur, que hoy es la mayor Iglesia protestante de Estados Unidos y cuenta con unos dieciséis millones de fieles.

En el mismo período, y sin estímulos bélicos, el Santo Oficio de Pío IX promulgaba el zo de junio de 18 *66* una Instrucción que decía:

> La esclavitud en cuanto tal, considerada en su naturaleza fundamental, no es del todo contraria a la ley natural y divina. Puede haber muy justos títulos para la esclavitud y tanto los teólogos como los comentaristas de los cánones sagrados han hecho referencia a ellos. No es contrario a la ley divina que un esclavo pueda ser vendido, adquirido, intercambiado o regalado.

Por otra parte, la tradición esclavista de la Iglesia era de larga data: en 1179 el tercer concilio lateranense había condenado a la esclavitud a los colaboracionistas de los sarracenos, en *\2.2.6* Gregorio IX había declarado oficialmente su legitimidad, y en 1454 Nicolás V la había autorizado en la bula *Romanus Pontifex* [El romano pontífice] en relación con los sarracenos y los prisioneros capturados por el ejército portugués.

Naturalmente, los fundamentalistas lo tenían y lo tienen fácil para considerar que la esclavitud está permitida por la divinidad y para encontrar referencias bíblicas a su favor. Por ejemplo, en el *Levítico:*[105]

> ... pues ellos son mis siervos; yo los saqué del país de Egipto, y no deben ser vendidos como esclavos. [...] Si quieres tener esclavos o esclavas, cómpralos de las otras naciones que te rodean. También puedes comprar a la gente extranjera que vive entre vosotros, y a los hijos que os nazcan mientras estéis en vuestro país; a ellos podéis comprarlos en propiedad...

O en la *Primera carta a Timoteo*[106] de Pablo:

> Los que están sometidos a esclavitud deben considerar a sus amos como dignos de todo respeto, para que no se hable mal del nombre de Dios ni de nuestra enseñanza. Y aquellos que tengan amos creyentes, que no dejen de respetarlos por ser sus hermanos en la fe. Al contrario, deben servirlos mejor todavía, puesto que quienes reciben sus buenos servicios son creyentes y hermanos amados.

En todo caso, hoy en día la referencia a la esclavitud ha desaparecido en la versión de la Iglesia del último mandamiento, que dice simplemente: «No desees los bienes ajenos». Pero al haber perdido por el camino el segundo, y para evitar el embarazo de tener un Enálogo en vez de un Decálogo, la Iglesia ha decidido partir el décimo mandamiento en dos, añadiendo como noveno: «No desees a la mujer ajena». En femenino, además, aunque habría sido fácil evitar este desequilibrado machismo poniendo, sencillamente, «no desees al cónyuge ajeno».

Ahora bien, incluso en su limitada formulación machista el noveno mandamiento tiene la ventaja de permitir que el *Catecismo* vuelva a machacar sobre uno de sus clavos, explicando que éste «exige vencer la concupiscencia carnal» y «cultivar pensamientos y deseos relativos a las acciones prohibidas por el sexto mandamiento»:[107] el de la Iglesia, naturalmente, es decir, «no cometas actos impuros».

En cuanto al décimo mandamiento, que según el *Catecismo* «completa el anterior», éste «prohibe la tristeza experimentada ante los bienes ajenos».[108] Es decir, quien sea pobre que esté contento de serlo y que no envidie al rico, según la primera bienaventuranza del *Sermón de la montaña,* que en la versión canónica de *Lucas,*[109] así como en la apócrifa de Tomás,[110] dice simplemente: «Dichosos vosotros los pobres, porque el reino de Dios os pertenece». Y así reza

en la versión laica de *He visto un rey* de Enzo Jannacci y Daño Fo:

Siempre alegres debemos estar
porque nuestro llorar hace daño ***al*** *rey,*
hace daño al rico y al cardenal,
se ponen tristes si nosotros lloramos.

5

EL HIJO

Nuestro *via crucis* ya ha doblado el cabo de Buena Esperanza que separa el Antiguo del Nuevo Testamento y se dispone a detenerse en las cuatro estaciones que narran las vicisitudes, verdaderas o presuntas, de Jesús, llamado Cristo: los cuatro evangelios, es decir, de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

JESÚS DE NAZARET

En el Antiguo Testamento aparecen una serie de personajes y acontecimientos que parten de la mitología y se acercan gradualmente a la historia. En la actualidad, sólo los fundamentalistas se negarían a poner en tela de juicio, o a rechazar directamente, la existencia de Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Josué, David y Salomón, así como la historicidad del éxodo, de la conquista de la Tierra Prometida y del primer reino de Israel: si no por completo, al menos en los detalles con que la Biblia presenta a esas personas y hechos. Estas dudas han sido admitidas en 2002 incluso por los tradicionalistas de las Sinagogas Unidas del Judaismo Conservador, que representan a un millón y medio de judíos de Estados Unidos, en su

escéptico comentario oficial a la *torah* titulado *Etz Hayim* [El árbol de la vida].

En cambio, cuando se llega al Nuevo Testamento, hasta el mero hecho de plantear el problema de la existencia de Jesús y de la completa veracidad de los evangelios se convierte en una ofensa a los creyentes y en un insulto a la religión. Sin embargo, la arqueología o la historia confirman, cuando menos, algunas vagas referencias del Antiguo Testamento: por ejemplo, el hallazgo de restos destruidos de los muros de Jericó o una cita de Israel en una estela del faraón Merneptah, que se remontan, respectivamente, a 1500 y 1200 a.e.V. Por el contrario, en la práctica no existe ningún testimonio histórico sobre la persona y la vida de Jesús fuera del Nuevo Testamento.

Las primeras noticias sobre él se remontan a mediados del siglo I e.V. y se encuentran en las cartas de Pablo, que son anteriores a los evangelios. Se trata, pues, de testimonios de una persona que sin duda nunca ha visto a aquel de quien predica, aunque los *Hechos de los apóstoles*[1] cuentan que oyó su voz durante la caída del caballo en el camino de Damasco, y su *Primera carta a los corintios*[2]- dice: «Por último se me apareció también a mí, que soy como un niño nacido a destiempo». De todos modos, las cartas de Pablo no dan ningún detalle biográfico significativo sobre la figura de Jesús y contienen, en cambio, algunas de las creencias sobre él que luego formarán parte del cristianismo: entre otras, su pertenencia a la casa de David, la resurrección y el anuncio de su segunda venida.

En los documentos históricos contemporáneos o apenas posteriores a la época de Jesús, no se habla *nunca* de él. A continuación, sólo *cuatro* historiadores hacen alguna referencia: Flavio Josefo, Plinio el Joven, Suetonio y Tácito. El primero lo cita en este pasaje de las *Antigüedades judaicas*:[71]

> En aquel tiempo vivió Jesús, un hombre sabio, si puede llamárselo hombre: porque realizó obras extraordinarias, y enseñó a aquellos que amaban la verdad. Él atrajo a muchos judíos y muchos gentiles. Él era Cristo. Y cuando Pilatos oyó que era acusado por nuestros gobernantes, lo condenó a la cruz. Aquellos que lo habían amado desde el principio no perdieron la fe en él, y él apareció ante ellos, redivivo, al tercer día, porque los profetas habían previsto ésta y otras mil maravillas sobre él. Y la tribu de los cristianos, que toma su nombre de él, no se ha extinguido hasta hoy.

Ahora bien, este pasaje es tardío, porque la obra es del año 93 e.V. Además, no aparece en muchos de los manuscritos que nos han llegado. Por último, no fue citado en el siglo ni por Orígenes, que conocía las *Antigüedades,* y se lamentaba de que Flavio Josefo «no aceptaba a Jesús como Cristo»,[4] mientras que Clemente de Alejandría señalaba que aquél «no decía nada de las cosas maravillosas que el Señor había hecho».[5] Puesto que una versión mucho más extensa fue interpolada también en la otra obra de Flavio Josefo, *La guerra judaica,*[6] esta vez de manera demostrable, todo hace pensar que lo fue también en la anterior, a partir del siglo iv: el testimonio más antiguo del pasaje es el de Eusebio en 3Z3.[7]

Una segunda referencia se encuentra en una carta[8] del año 112 de Plinio el Joven a Trajano y habla genéricamente de los cristianos:

> Afirmaban que sus culpas o errores se reducían al hecho de encontrarse un día establecido antes del alba para cantar un himno a Cristo como si fuera un dios *[quasi deo],* y estimarse vinculados por un juramento, ya no de cometer un crimen, sino de no realizar hurtos, rapiñas o adulterios, de no traicionar la confianza, y de no negarse a devolver, si se les solicitaba, aquello que habían recibido en custodia.

Una tercera referencia, contemporánea a la anterior, es de Cayo Suetonio en las *Vidas de los Césares:*[9]

> ... puesto que los judíos fomentaban continuos disturbios por instigación de Cresto, [Claudio] los expulsó de Roma.

«Cresto» es la traducción del original latino *Chrestus:* un nombre derivado del griego *Chrestos,* «Bueno» o «Valiente», referido a alguien que estaba en Roma en 54 e.V. Más que de un error de trascripción de *Ckristus* parece tratarse de la cita de un apelativo que se sabe que era común entre los esclavos, y el pasaje habla precisamente de una revuelta.

Algunos años después Tácito cita un par de veces a los cristianos en sus *Anales,*[10] diciendo que estaban presentes en Roma en tiempos de Nerón, por tanto entre los años 54 y 68, y que

> Cristo, de quien tomaban el nombre, fue condenado a muerte por Poncio Pilatos, procurador de Judea durante el reinado de Tiberio.

De los cuatro fragmentos, éste es el único que parece constituir alguna «prueba» independiente de la historicidad de la muerte y, por ende, de la existencia de Cristo: pero no sabemos si ésta es citada como un hecho o reproducida sólo como una creencia de los cristianos. Probablemente se trate de la segunda hipótesis, dado que Tácito se equivoca al asignar a Pilatos el cargo de procurador, en lugar del de prefecto: ello hace pensar que habla por lo que ha oído decir, más que citando fuentes oficiales.

Éstos son, pues, los pasajes no cristianos de la Antigüedad que citan de alguna manera a Jesús: ciertamente, demasiado pocos, vagos e indirectos para poder constituir una convincente prueba externa de su existencia. Lo cual, naturalmente,

no significa que no haya existido: en el fondo, otras innumerables personas reales no han dejado ningún rastro en la historia oficial. Pero esto significa que para hablar de él sólo podemos confiar en las fuentes internas del Nuevo Testamento: por consiguiente, con la misma vara de medir, el *Mahabharata* o la *litada* demostrarían la existencia de divinidades hindúes o griegas, que justamente ningún cristiano estaría dispuesto a aceptar como reales.

Además, las eventuales coincidencias de los evangelios con hechos objetivos no constituyen una prueba de ningún tipo a favor de su historicidad. Por ejemplo, precisamente la ambientación de la *litada* es tan verdadera que, basándose en ella, Heinrich Schliemann pudo localizar en 1873 las ruinas de Troya: pero eso no autoriza a deducir la veracidad del relato de la guerra, por no hablar de la existencia de los héroes y de los dioses homéricos. Más en general, un texto (sagrado o profano) nunca puede ser *confirmado* por coincidencias con hechos históricos o por hallazgos arqueológicos: de otro modo, deberíamos creer en todo lo que se cuenta en las novelas veristas o realistas. Pero un texto puede ser *invalidado* por discordancias internas o externas, que en los evangelios abundan.

Respecto del nacimiento de Jesús, por ejemplo, *Mateo*[11] dice que «nació en Belén, un pueblo de la región de Judea, en el tiempo en que Herodes era el rey del país», mientras que *Lucas*[11]- cuenta:

> Por aquel tiempo, el emperador Augusto ordenó que se hiciera un censo de todo el mundo. Este primer censo fue hecho siendo Cirenio gobernador de Siria.

Puesto que Herodes murió en el 4 a.e.V. y Cirenio llegó a Siria el 6 e.V., los dos relatos son temporalmente contradictorios. Además, en aquel período no se registró ningún fenó-

meno atmosférico que pueda ser interpretado como la estrella de los Reyes Magos, ni ninguna matanza de niños, ni ningún censo romano en la época de Herodes: esto último por muy buenos motivos, dado que en aquel tiempo Judea no estaba bajo dominio romano. Lo estuvo a partir del año en que llegó Cirenio y, efectivamente, hizo su censo, pero no hay rastro de que haya ido en contra de las costumbres romanas, según las cuales se registraba a la gente por su lugar de residencia y no por el de nacimiento.

En realidad, en los cuatro evangelios Jesús es llamado siempre «de Nazareth», y sólo en los capítulos iniciales de *Mateo*[13] y *Lucas*[14] se cuenta su nacimiento y se le sitúa en Belén: además, sin citar en absoluto el buey y el asno que en Navidad aparecen puntualmente en todos los belenes. Pero el estilo de los dos relatos hace pensar, más que en una exposición histórica, en un marco mitológico, declaradamente basado en la supuesta realización de profecías bíblicas (que, de todos modos, suelen hablar de otra cosa y se citan completamente fuera de contexto). Por ejemplo:

- El nacimiento virginal y el nombre de Jesús derivan de *Isaías:*[15] «La joven está encinta y va a tener un hijo, al que pondrá por nombre Emanuel», que significa «Dios está con nosotros» (Jesús, como sabemos, significa análogamente «Dios salva»).
- El lugar de nacimiento de *Miqueas:*[16] «En cuanto a ti, Belén Efrata, pequeña entre los clanes de Judá, de ti saldrá un gobernante de Israel».
- La huida a Egipto de *Oseas:*[17] «Cuando el pueblo de Israel era niño, yo lo amaba; a él, que era mi hijo, lo llamé de Egipto».
- La matanza de los inocentes de *Jeremías:*[1]^ «Se oye una voz en Rama, de alguien que llora amargamente. Es Raquel, que Hora por sus hijos, y no quiere ser consolada porque ya están muertos». (Rama era un lugar cercano a Belén, donde se veneraba la tumba de Raquel.)

Lo mismo vale para los episodios ligados a Juan Bautista y al bautismo de *Jesús.*[19] En particular, la descripción del primero está tomada de *Isaías:*[2]-[0] «Una voz grita». Y la voz desde el cielo que anuncia el segundo en parte del *Salmo* 2:[Z1] «Tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy», y en parte de *Isaías:*[2]-[2]- «Aquí está mi siervo, a quien sostengo, mi elegido, en quien me deleito». La misma voz repetirá las mismas cosas tanto durante la transfiguración como después de la entrada de Jesús en Jerusalén, aunque esta última vez a *Juan*[zi] se le escapará la probable y obvia verdad: «La gente que estaba allí, al oír esto, decía que había sido un trueno».

Por último, como para el nacimiento, tampoco para la muerte de Jesús se dispone de testimonios históricos: el único dato que puede obtenerse de los relatos de la Pasión es que habría ocurrido «bajo Poncio Pilatos», por tanto, entre z6 y 36 e.V. En particular, no está registrado ninguno de los difícilmente olvidables prodigios que la habrían acompañado. Ciertamente es falso que desde «el mediodía y hasta las tres de la tarde, toda aquella tierra quedó en oscuridad»,[14] dado que no podía haber un eclipse de Sol durante el período de plenilunio de la Pascua judía: no sólo de tres horas, ni siquiera de tres minutos. Y, sorprendentemente, ninguno parece haberse percatado de que en aquel momento «el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. La tierra tembló, se partieron las rocas y los sepulcros se abrieron; y muchos hombres de Dios que habían muerto, resucitaron».[25]

Dicho sea de paso, la edición oficial explica que «el velo dividía las partes más reservadas del templo, el Santo y el Santo de los Santos. El hecho de que se rasgue indica el fin de la antigua economía religiosa». Pero en el intento de asignar un valor simbólico al acontecimiento tira piedras contra su propio tejado, porque en esas partes del templo sólo podía entrar el sumo sacerdote, y sólo en ocasiones especiales: aunque Caifas se hubiera encontrado *in loco* en el momento jus-

to, es difícil que más tarde hubiera ido contando por ahí un acontecimiento que habría desmentido públicamente el hecho de rasgarse las vestiduras frente a Jesús el día anterior.[26]

En realidad, una vez más, el relato de la Pasión avanza como si estuviera construido ex profeso para confirmar las profecías, y traiciona manifiestamente el esqueleto de citaciones bíblicas sobre el que está construido. Por ejemplo:

- La entrada de Jesús a Jerusalén está tomada de *Zacarías?*[7] «Tu rey viene a ti, justo y victorioso, pero humilde, montado en un asno» (aunque en los evangelios[28] no está claro si se trata de un asno, un potro o incluso de ambos).
- La acogida de la multitud del *Salmo nj:*[z9] «Bendito el que viene en el nombre del Señor».
- La entidad del pago de Judas de *Zacarías:"*[0] «Y me pagaron treinta monedas de plata».
- El reparto de las vestiduras y las burlas del *Salmo 2z:*[}1] «Se han repartido mi ropa entre sí, y sobre ella echan suertes», y éste «confiaba en el Señor; pues que el Señor lo libre. Ya que tanto lo quiere, que lo salve».
- Las vejaciones de los soldados en la cruz del *Salmo 68-J*[1] «Cuando tuve sed me dieron de beber vinagre».
- La rotura de las piernas a los dos ladrones, pero no a Jesús, del *Exodo:*[i}] «No se sacará de la casa ni un solo pedazo de carne del animal sacrificado, ni se le quebrarán los huesos» (referido al cordero pascual).
- La duración de la sepultura de *Jonás,*[34] que «pasó tres días y tres noches dentro del pez».
- La resurrección del *Salmo iy}">* «... pues no me dejarás en el sepulcro, ¡no abandonarás en la fosa a tu amigo fiel!».

Por su parte, en los momentos cruciales, el mismo Jesús habla tomando prestadas sus palabras de la Biblia:

- La declaración al Sanedrín del *Salmo io*^[6] y de *Daniel*^[7] «Siéntate a mi derecha» y «Vi que venía entre las nubes alguien parecido a un hijo de hombre».
- Los gritos en la cruz de los *Salmos zi*^[i%] y *¡o:*^[i9] «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» y «En tus manos encomiendo mi espíritu» (aunque en los evangelios[40] no está claro si gritó una cosa, la otra o, en cambio, «Todo está cumplido»).

Además de estas explícitas raíces judías, el nacimiento y la muerte de Jesús revelan asonancias más o menos implícitas con una larga serie de mitos religiosos de otras civilizaciones: los egipcios Horus y Osiris, el persa Mitra, los griegos Dionisos y Hércules, incluso el azteca Quetzalcoatl. Lo cual no significa, naturalmente, que haya habido préstamos directos entre los distintos mitos: más bien significa que hechos como el nacimiento de una virgen y la resurrección de la muerte constituyen obvios arquetipos universales, compartidos por las mitologías de muchas culturas.

Pero tampoco significa que tales préstamos no hayan existido. Por ejemplo, la elección del 25 de diciembre como día del nacimiento de Jesús está tomada de la fiesta del *Sol Invictus,* «Sol Invicto», el Dios Sol *(El Gabal)* que, el emperador Heliogábalo importó a Roma desde Siria en 218. El emperador Aureliano instauró su culto en 270 y consagró su templo el 25 de diciembre de 274, durante la fiesta de la Natividad del Sol: el día del solsticio de invierno según el calendario juliano, cuando el Sol toca el punto más bajo de su recorrido, se detiene (de donde viene el nombre *solstitium,* «parada del Sol») y reanuda su subida, en una sucesión de acontecimientos que metafóricamente se puede describir como su «muerte, resurrección y ascenso al cielo». El 7 de marzo de 321 el emperador Constantino estableció el *Dies Solis* (que en inglés se llama aún hoy *Sunday)* como día de descanso romano.

Después de haber sido evidentemente advertida por los fieles de los dos cultos, también gracias a pronunciamientos como «Yo soy la luz del mundo»,[41] la conexión entre Cristo y el Sol fue prácticamente oficializada en 3 50 por el papa Julio I, con la elección del 25 de diciembre como Natividad de Jesús. También el *Dies Solis* fue adoptado por los cristianos como día de descanso, aunque con el nombre de Domingo, de *Dominus,* «Señor». Pero el culto de Cristo no consiguió eliminar el del Sol, como demuestra el *Sermón de Navidad* del 460 del papa León Magno:[4Z]

> Es tan estimada esta religión del Sol que algunos cristianos, antes de entrar en la basílica de San Pedro Apóstol, dedicada al único Dios, vivo y verdadero, se vuelven hacia el Sol e inclinan la cabeza en honor del astro fulgente. Este hecho lamentable, que es repetido en parte por ignorancia y en parte por mentalidad pagana, nos angustia.

Aunque «ignorante y pagano», el simbolismo solar permanece todavía hoy en los rituales de la Iglesia: principalmente en el uso del *ostensorio,* en el que la hostia consagrada es exhibida como un Sol que irradia rayos dorados. Fue introducido en la liturgia cristiana por Bernardino de Siena en el siglo xv, pero era de uso común en la liturgia egipcia para el culto a Atón, el dios único de Akenatón, representado por el disco solar. Es decir, el mismo dios que podría haber inspirado Jahvé a Moisés: en tal caso, Jesús sería verdaderamente el Hijo del Padre, y el círculo se cerraría históricamente.

Pero, en todo caso, se cierra etimológicamente, porque no son en absoluto casuales los lazos entre las divinidades indoeuropeas y la luz: el español *dios,* el italiano *dio,* el latín *deus,* el griego *theos* y el sánscrito *dyaus* derivan de una única raíz, que significa «luminoso» o «resplandeciente», e identificaban

el día (de donde viene el latín *dies)* y el cielo. Los nombres comunes han sido personificados, además, en los nombres propios *Dyaus Pitar* hindú, *Zeus Pater* griego, *Deus Pater* latín, *Dios Padre* español y *Dio Padre* italiano, que significan simplemente «Padre Cielo» o, con una hipóstasis posterior, «Padre que estás en los Cielos».

Así pues, León Magno tenía razones para estar dolido, porque al recitar el Padre Nuestro los cristianos se dirigen sencillamente a Júpiter, cuyo nombre, *Iove,* no es más que el ablativo de *Iuppiter,* a su vez contracción del vocativo *Dyeu Pitar.* Un mínimo de lingüística basta, entonces, para desenmascarar el anacronismo de la fe en Dios Padre: es decir, en Padre Cielo, el mismo que en la religión naturalista del *Rig Veda*[4]* estaba casado con *Pritbvi Mata,* la «Madre Tierra», y tenía como hijos al fuego Agni y a la lluvia Indra.

Y mientras estamos en el tema de las oscuras confusiones a propósito de la luz y de Dios, tanto da aclarar también aquella que ha llevado a llamar Lucifer al Diablo. En efecto, para los romanos, Lucifer, «Portador de Luz» (de *lux,* «luz», y *fero,* «llevo»), era simplemente lo que *Fósforo* (análogamente, de *phos* y *phero)* era para los griegos: la Estrella de la Mañana, es decir, Venus. Y puesto que, aparte del Sol y la Luna, es el objeto celeste más brillante, junto con Júpiter, pero al ser un planeta interior no se ve de noche, se la asocia con el mito según el cual Lucifer fue expulsado del Cielo porque había querido ocupar el papel de Júpiter.

Una vez identificado Júpiter con Dios Padre, es natural identificar a Lucifer con el Ángel Rebelde expulsado del Paraíso. O mejor, lo sería, si en alguna parte de la Biblia estuviera escrita esta historia, que es una invención muy posterior a aquéllas del Antiguo y el Nuevo Testamento. No por casualidad, en ambos Lucifer aún indica simplemente a Venus: por ejemplo, en la *Segunda carta de Pedro,*[44] que hablando de Jesús a los fieles les augura que «Lucifer salga para alum-

braros el corazón», o en el *Apocalipsis,*[4]* en que Juan hace decir al mismo Jesús: «Soy Lucifer».

A causa de la chapucera identificación con el Diablo, popularizada por Dante en la *Divina Comedia* y por Milton en el *Paraíso perdido,* cuando hoy se oye Lucifer no se piensa desde luego en Venus. La edición oficial, pues, evita cuidadosamente mencionar este nombre donde lo usaba la Vulgata, sobre todo en referencia a Jesús. Pero lo mantiene astutamente en este pasaje de *Isaías:*[46]

> ¿Cómo caíste del cielo, Lucifer, hijo de la aurora? Fuiste derribado al suelo, tú que vencías a las naciones. Pensabas para tus adentros: «Voy a subir hasta el cielo; voy a poner mi trono sobre las estrellas de Dios; voy a sentarme allá lejos en el norte, en el monte donde los dioses se reúnen. Subiré más allá de las nubes más altas; seré como el Altísimo». ¡Pero en realidad has bajado al reino de la muerte, a lo más hondo del abismo!

De acuerdo con su nueva mitología, los obispos explican farisaicamente que «la tradición cristiana aplica el texto a la caída de Satanás», aun sabiendo perfectamente que no es otra cosa que un canto referido al rey de Babilonia, que los judíos esperaban entonar cuando estuvieran liberados del exilio.

LAS FUENTES DE LOS EVANGELIOS

Aparte de las narraciones claramente mitológicas de los inicios y del fin de la vida de Jesús, también el resto de los evangelios canónicos revela indicios que permiten pensar en una elaboración de fuentes heterogéneas: por ejemplo, los tres primeros cuentan a menudo los mismos acontecimientos de manera distinta, pero evidentemente relacionada, mientras

que el último se sitúa en una posición más aislada respecto de los demás.

Ya en el siglo iv Eusebio de Cesárea había señalado el vínculo entre *Mateo, Marcos* y *Lucas,* pero el primero en hacerlo visualmente explícito fue Johann Griesbach, que en 1776 hizo una edición paralela en tres columnas llamada *sinopsis,* «mirada de conjunto» (de *syn,* «conjunto», y *opsis,* «visión»): desde entonces los tres primeros evangelios son llamados justamente «sinópticos».

Tomemos, para dar un ejemplo más o menos típico, el episodio de la elección de los Doce, que aparece en los tres sinópticos, pero no en *Juan.* En *Mateo* se habla de una iniciación a los poderes típicos del «Jesús Mago»:[47]

> Jesús llamó a sus doce discípulos, y les dio autoridad para expulsar a los espíritus impuros y para curar toda clase de enfermedades y dolencias.

En *Lucas,* por el contrario, ellos son elegidos como *apóstoles,* «mensajeros» o «enviados» (de *apo,* «de», y *stellein,* «enviar»), para transmitir el *evangelio,* «buena nueva» (de *eu,* «bueno», y *angelion,* «mensaje»), típico del «Jesús Profeta»:[48]

> Por aquellos días, Jesús se fue a un cerro a orar, y pasó toda la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, reunió a sus discípulos y escogió a doce de ellos, a quienes llamó apóstoles.

En *Marcos,* por último, las dos historias están claramente combinadas:[49]

> Después subió Jesús a un cerro y llamó a quienes le pareció bien. Una vez reunidos, eligió a doce de ellos para que le acompañasen y para enviarlos a anunciar el mensaje. Los llamó apóstoles, y les dio autoridad para expulsar a los demonios.

Puesto que es bastante frecuente que *Marcos* fusione textos correspondientes a *Mateo* y *Lucas,* se puede imaginar que es una compilación de los mismos: ésta fue, justamente, la primera conclusión de Griesbach, que en 1789 la publicó en la *Demostración de que todo el Evangelio de Marcos está tomado de las narraciones de Mateo y Lucas.* Pero esta interpretación no casa con el hecho de que, mientras *Mateo* y *Lucas* tienen longitudes comparables, 1068 y 1149 versículos, *Marcos* es mucho más corto y tiene sólo 661: este último, pues, no puede ser desde luego una simple suma de los otros dos.

Ante un examen más profundo nos percatamos de que, por un lado, *Marcos* se encuentra prácticamente completo en *Mateo,* y en unos dos tercios en *Lucas;* por otro lado, en cambio, sólo dos tercios de *Mateo,* y un tercio de Lucas hallan correspondencia en *Marcos:* el resto es en parte idéntico en ambos, en parte paralelo pero distinto, y en parte propio de cada uno. Parece, pues, que *Mateo* y *Lucas* hayan bebido en parte de una primera fuente común, en parte de versiones diversas de una segunda fuente común, y en parte de fuentes independientes.

La reconstrucción más natural[50] es que había dos fuentes primordiales de las que los evangelios sinópticos han bebido de manera distinta. La primera es la llamada fuente *Q* (del alemán *Quelle,* «fuente»), que algunos piensan que era sólo oral, y otros que constituye un evangelio perdido: quizá al que aluden los *Hechos de los apóstoles,*[51] «recordando» una máxima de Jesús que no se encuentra en ninguno de los cuatro evangelios canónicos; o quizá el *Evangelio según Tomás,* descubierto en Nag Hammadi en 1945, que contiene máximas que son canónicas y otras que no. De todos modos, la fuente *Q* se puede reconstruir parcialmente sobre la base de los cerca de 235 versículos comunes en *Mateo* y *Lucas,* pero ausentes en *Marcos,* que contienen justamente las máxi-

mas sapienciales del «Jesús Profeta». Dicho sea de paso, esta fuente nunca lo llama Cristo, ni habla de su pasión, muerte y resurrección.

La segunda fuente es un protoevangelio perdido de la comunidad de Jerusalén, que constituye probablemente la primera recopilación de acontecimientos ligados a la vida de Jesús. Con la formación de las comunidades de Antioquía y de Efeso, esta fuente judía o aramea fue traducida al griego y elaborada en dos versiones diferentes, que reflejan los diversos sermones de Barnabás y Pablo: estas dos versiones habrían confluido por separado en *Mateo* y en *Lucas,* y juntas en *Marcos,* explicando así al mismo tiempo las coincidencias generales y las discrepancias de detalle en los dos primeros.

Lo cual no significa que al menos *Juan* esté íntegro. Por ejemplo, los manuscritos antiguos no reproducen el famoso episodio de «el que de vosotros esté sin pecado, que le arroje la primera piedra»,[52] que representa el ejemplo más conocido de *agrapha,* «cosas no escritas [en los originales]». Además, los capítulos XV-XVII constituyen versiones alternativas del Discurso de la Ultima Cena y están claramente interpolados en el relato, dado que el capítulo XIV termina con Jesús diciendo: «Levantaos, vamonos de aquí», y el XVIII empieza con: «Habiendo dicho estas cosas, Jesús y sus discípulos pasaron al otro lado del arroyo de Cedrón...».

Por último, en la mejor tradición de la literatura potencial, el evangelio tiene dos finales y añade un capítulo después del XX, que terminaba diciendo: «Muchos otros signos hizo Jesús en presencia de sus discípulos, pero no han sido escritos en este libro. Éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es Cristo, el Hijo de Dios, y para que, al creer, tengáis la vida en su nombre». Tanto las anteriores interpolaciones como este añadido final son tan evidentes que incluso han sido admitidos por la edición oficial.[53]

Los «signos» a los que se alude son los únicos siete milagros narrados por *Juan*,[54] en los que Jesús y sus gestas aparecen, respectivamente, como una reencarnación de Moisés y una recapitulación simbólica de los pasajes más destacados del *Éxodo*. Por ejemplo, el primer milagro de Jesús (la transformación del agua en vino en Cana) corresponde a la primera plaga de Egipto (la transformación del Nilo en sangre). La multiplicación de los panes, al maná en el desierto (además de a un milagro análogo de Elíseo).[55] La caminata sobre las aguas, a la división del Mar Rojo. La resurrección de Lázaro, a la liberación de Egipto, etcétera. Lo cual permite suponer que *Juan* englobó una fuente anterior, llamada *SQ* (de *Semeia Quelle*, «fuente de los signos»): una fuente que, como las demás precanónicas, no reproduce ningún relato de la pasión, muerte y resurrección.

Como ya había sucedido con el Pentateuco, también el anterior esbozo de deconstrucción histórica de los evangelios sinópticos muestra que no pueden ser considerados una trascripción literal de la «palabra del Señor», como se declara en cada misa después de la lectura de cualquiera de sus pasajes. Más bien, se trata de compilaciones más o menos fieles y libres de los distintos trabajos anteriores, como admite el mismo *Lucas* al iniciar la suya:[56]

> *Muchos*[57] han tratado de escribir la historia de los hechos sucedidos entre nosotros, tal y como nos los enseñaron quienes, habiendo sido testigos presenciales desde el principio, recibieron el encargo de anunciar el mensaje. Yo también [...] lo he investigado todo con cuidado desde sus comienzos, y me ha parecido oportuno escribirte estas cosas ordenadamente, para que compruebes la verdad de cuanto te han enseñado.

Como si no bastara, a su vez, estos trabajos anteriores eran relaciones más o menos fieles y libres de enseñanzas orales,

pero no necesariamente de Jesús. Por ejemplo, ya en la primera mitad del siglo 11 las *Interpretaciones de los dichos del Señor* de Papías señalaban que *Marcos* se remitía a los sermones de Pedro, pero que éstos habían tenido fines catequistas y no historiográficos: se había *inspirado* indirectamente en los sermones de Cristo, pero no los había *reproducido* literalmente. Los libros de Papías, que pretendían remitirse, en cambio, a una tradición oral que se remontaba a los apóstoles, a su vez fueron tildados por la *Historia eclesiástica*^ de Eusebio de conjunto «de extrañas palabras y enseñanzas del Salvador, y otras cosas más míticas».

En resumen, desde el comienzo estaba claro que los evangelios no eran obras históricas sino devocionales, que hablaban de un personaje más o menos idealizado y mitificado, cuando no sencillamente inventado. Y, naturalmente, no estaban sólo los cuatro evangelios canónicos y sus supuestas fuentes perdidas: también existían los llamados evangelios apócrifos, «apartados» (de *apo,* «fuera», y *kryptein,* «esconder»), que fueron exonerados por la Iglesia como no auténticos.

Naturalmente, en cuestiones de *canon* (de *canon,* «regla») todo es relativo: ya hemos señalado que libros del Antiguo Testamento como los *Macabeos,* que en la actualidad la Iglesia católica considera canónicos, son considerados no canónicos por los judíos y apócrifos por los protestantes. Y la decisión definitiva sobre el canon católico del Antiguo Testamento no se remonta más que a i 546, cuando el Concilio de Trento estableció la lista actual y declaró «Anatema sobre quien no admita como sagrados y canónicos estos libros completos, con todas sus partes, como son de costumbre leídos en la Iglesia católica». Dicho sea de paso, los libros apócrifos, que ésta llama eufemísticamente *deuter o canónicos,* «poscanónicos» (de *deuteros,* «segundo»), son una decena y comprenden, además de los dos *Macabeos,* también la pseudosalomónica *Sabiduría.*

En cuanto al canon del Nuevo Testamento, que además de los cuatro evangelios canónicos comprende los *Hechos* de Lucas, veintiuna *Cartas* de los apóstoles y el *Apocalipsis* de Juan, no es más que una elección entre muchos evangelios, muchos Hechos, muchas Cartas y muchos Apocalipsis de la tradición, aunque se trate de una elección compartida por casi todas las Iglesias cristianas. Pero no por todas, dado que por ejemplo la Iglesia ortodoxa etíope admite también otros tres libros como canónicos.

Muchos de los apócrifos se han perdido, pero los que se han conservado narran episodios alternativos de la vida de Jesús, la Virgen o los apóstoles: su consideración por parte de la Iglesia varía, según los casos, de una implícita aceptación de algunos como documentos oficiosos relativos a aspectos poco desarrollados en los textos canónicos, a un explícito rechazo de otros como oficialmente heréticos.

Particularmente interesantes desde un punto de vista histórico son, naturalmente, las versiones alternativas de los evangelios canónicos. Por ejemplo, el *Evangelio de Pedro,* parcialmente encontrado en 1886, que describe la pasión de manera análoga a los sinópticos, pero desde una perspectiva política diversa, antijudía y pro-Pilatos. O el evangelio perdido aceptado por Marción, que basándose en las descripciones conservadas debía de ser una primera versión de *Lucas* sin las fábulas postizas sobre el nacimiento de Jesús.

El más antiguo documento en que se hace referencia a una elección de cuatro evangelios es el *Canon muratoniano, llamado* así porque fue descubierto en la Biblioteca Ambrosiana por Ludovico Antonio Muratori. Fue publicado en 1740, se remonta al siglo vil y es considerado la traducción de un original griego del año 170 aproximadamente, y cita de manera expresa *Lucas* y *Juan.*

De todos modos, la elección de *Mateo, Marcos, Lucas* y *Juan* como textos canónicos se encuentra ya en Ireneo, que

hacia 180 inauguró una larga lista de pronunciamientos *Contra las herejías,* en una obra homónima. Pero recordemos, para no albergar ilusiones, que los motivos por los que Ireneo afirma que los evangelios deben ser cuatro son que «la tierra tiene cuatro ángulos y cuatro vientos, y la Iglesia está esparcida por doquier, y los evangelios son sus pilares», y otras amenidades por el estilo.[59] Es como decir que Voltaire quizá no estaba demasiado alejado de la verdad cuando sostenía, sarcástico, en el *Diccionario filosófico,* que los evangelios canónicos eran simplemente aquellos que no se habían caído de la mesa en el Concilio de Nicea.

De todos modos, sería interesante ver las versiones a las que se refería Ireneo, pues en su obra se lee:[éo]

> Entre los cuarenta y los cincuenta años un hombre inicia el declive hacia la vejez, que nuestro Señor alcanzó mientras aún desarrollaba el oficio de Maestro, como testimonian el Evangelio y todos los ancianos: los frecuentadores asiáticos de Juan, discípulo del Señor, afirman haber recibido esta información directamente de él, que permaneció entre ellos hasta tiempos de Trajano [es decir, al menos hasta 98 e.V.]. Además, algunos vieron no sólo a Juan, sino también a otros apóstoles, y oyeron el mismo relato de ellos, y testimonian su validez.

Este interesante pasaje parece ser confirmado por el propio *Juan,*[61] que hace que los judíos digan a Jesús: «Todavía no tienes cincuenta años: ¿cómo, pues, dices que has visto a Abraham?». La edición oficial comenta, embarazada: «La cifra de los años es deliberadamente exagerada». Y el embarazo está doblemente justificado: ante todo, porque ese «deliberadamente» es en realidad un «esperablemente»; y luego porque, si se quiere «exagerar», aún habría sido mejor decir «no tienes cuarenta años», ¡sobre todo si hubiera sido así!

Por tanto, como puede intuir cualquiera que hojee 1Q$_S$ textos, probablemente las partes de los evangelios canónico^ relativas a la muerte de Jesús, por no hablar de la resurre^ ción, son añadidos tardíos y falsos. Como también lo son lo$_s$ correspondientes a su nacimiento, que, no obstante, debía^ de haber sido añadidos ya en *Lucas,* dado que una de la$_s$ herejías que Ireneo combatió con más ferocidad fue justa... mente la de Marción, que consideraba como único evange. lio verdadero su propia versión purgada del mismo, sin esa$_s$ partes.

Y que debía de haber algo gordo de por medio lo demues. tra el encarnizamiento con que la naciente Iglesia combatió a Marción: un popularísimo obispo que fue excomulgado en el año 144, atacado furiosamente por Tertuliano en *Contra Marción,* y que en la actualidad sigue definiéndose, en la *Enciclopedia católica,* como «el enemigo más peligroso que quizá haya tenido nunca el cristianismo». Además, una de las acusaciones en su contra era haber profesado un interesante protomaniqueísmo, en que Jahvé y el Padre de Jesús desempeñaban los papeles opuestos de un Dios malo y de un Dios bueno, y el Nuevo Testamento era considerado no una continuación, sino un cambio radical del Antiguo.

Evidentemente, tras la derrota de Marción, la Iglesia sólo ha considerado como evangelios canónicos *Mateo, Marcos, Lucas* y *Juan,* estimándolos obras divinamente inspiradas de los cuatro evangelistas homónimos, que los habrían escrito solos y en ese orden, basándose cada uno en sus predecesores. Aún hoy la edición oficial sigue datando *Mateo* entre los años 40 y 50, *Marcos* en 65, *Lucas* entre 65 y 70 *y Juan* después de 100, en buen orden, y los atribuye «por tradición unánime» a dos apóstoles (Mateo y Juan) y a dos discípulos de Pedro (Marcos) y Pablo (Lucas).

Pero el Concilio Vaticano II ha aceptado parcialmente la evidencia filosófica e histórica, haciendo que la Constitución

Dogmática *Dei* ***Verbum*** **[De la palabra de Dios]**[62] **afirme** tímidamente:

> Los autores sagrados escribieron los cuatro evangelios, eligiendo algunas cosas entre las muchas que se habían transmitido de viva voz o por escrito, redactando un resumen de otras, o explicándolas con relación a la situación de las Iglesias, conservando por último el carácter de predicación, pero siempre de manera que refirieran cosas verdaderas y sinceras sobre Jesús.

Como ya hemos observado a propósito del Antiguo Testamento, el Concilio no podía llegar más allá. En efecto, aceptar que los evangelios pueden no haber referido «cosas verdaderas y sinceras» significaría socavar bajo los pies de la Iglesia la piedra sobre la cual había sido construida, y admitir aquello que los hombres razonables siempre han sabido: que, basado o no en uno o varios modelos realmente existentes, el Jesús de los evangelios no es más que una construcción literaria, al igual que la de los otros grandes mitos sagrados o profanos de la historia, desde Buda y Confucio hasta Pitágoras y Sócrates.

Y un mito con muchos rostros, como ahora veremos, al leer de manera desencantada los evangelios con vistas a separar «por instinto» el grano de la paja: es decir, lo posible o plausible de lo implausible o imposible. Un intento que, a partir de 1985, fue efectuado con estilo y de forma científica por el *Jesús Seminar* [Seminario sobre Jesús], un grupo de un centenar de titulados biblistas estadounidenses que ha usado métodos antropológicos, históricos y lingüísticos para asignar cuatro grados de veracidad a las afirmaciones de Jesús reproducidas por los evangelios, de aquellas seguramente auténticas a las seguramente apócrifas. Puesto que las decisiones se tomaban votando con bolitas de colores, esta empresa fue llamada jocosamente la «teología de

las bolitas», en contraposición a la canónica, sin el diminutivo.

Ésta llevó a la publicación, en 1993, de un texto en cuatro colores titulado *Los cinco evangelios: ¿qué ha dicho verdaderamente Jesús?* (cinco, porque a los cuatro canónicos se ha añadido también el *Evangelio según Tomás),*[6}] seguido en 1998 por los *Hechos de Jesús: ¿qué ha realizado verdaderamente Jesús?*[64] No es sorprendente el resultado obtenido: no se puede afirmar la autenticidad de al menos un 80% de los dichos evangélicos. En cuanto a la historicidad de los hechos, la persona de Jesús ha sido prácticamente reducida a la de un hombre nacido de un padre natural distinto de José, hábil sanador de enfermedades psicosomáticas y muerto en la cruz como perturbador de la tranquilidad pública: el resto es fábula, también para los biblistas (o al menos para los serios).

EL PROFETA

Irónicamente, si de verdad existió un Jesús histórico, es más probable que haya sido el inspirador de los dichos concretos que se encuentran en el evangelio, que no el sujeto de los abstractos mitos de su nacimiento y de su muerte. Esos dichos están expresados en sermones, parábolas y ocurrencias esparcidos en los cuatro canónicos, y en parte repetidos en algunos apócrifos como el *Evangelio según Tomás.*

Entre los sermones de Jesús, los de la «montaña» y del «llano» son quizá los más conocidos y toman su nombre de su diversa ambientación: «en la montaña» en *Mateo*[65] y «en un llano» en *Lucas.*[66] Probablemente ambos sean compilaciones de temas y dichos dispersos, y pueden ser fácilmente confundidos entre sí: incluso la edición oficial titula al segundo como el *Sermón de la montaña,* ¡a pesar de la explícita referencia al llano en su primer versículo!

Ambos sermones reproducen la famosa lista de las bienaventuranzas, que muestra el gusto de Jesús por la paradoja y la antonimia: «Dichosos vosotros los pobres, porque el reino de Dios os pertenece. Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis satisfechos. Dichosos los que ahora lloráis, porque después reiréis». Por el contrario: «Pero ¡ay de vosotros los ricos, porque ya habéis tenido vuestra alegría! ¡Ay de vosotros los que ahora estáis satisfechos, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque vais a llorar de tristeza!».[67]

Igualmente famoso es el pasaje del *Sermón de la montaña,* que luego la liturgia ha añadido como plegaria del Padre Nuestro, en la versión larga de *Mateo*:[69,]

> Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra así como se hace en el cielo. Danos hoy el pan que necesitamos. Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos expongas a la tentación, sino líbranos del maligno.

Lucas,[69] en cambio, es más conciso: «Padre, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Danos cada día el pan que necesitamos. Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos han ofendido. Y no nos expongas a la tentación». Y *Marcos*[70] aún más: «Y cuando estéis orando, perdonad lo que tengáis contra otro, para que también vuestro Padre que está en el cielo os perdone vuestros pecados».

Las distintas versiones revelan, naturalmente, una progresiva elaboración. En particular, en el añadido de la singular solicitud *a Dios,* en vez de al Diablo, de que no nos induzca a la tentación: una solicitud justificada por su comportamiento sistemático, de Abraham a Job, y anticipada por el lamento

las bolitas», en contraposición a la canónica, sin el diminutivo.

Ésta llevó a la publicación, en 1993, de un texto en cuatro colores titulado *Los cinco evangelios: ¿qué ha dicho verdaderamente Jesús?* (cinco, porque a los cuatro canónicos se ha añadido también el *Evangelio según Tornas),*[6]^ seguido en 1998 por los *Hechos de Jesús: ¿qué ha realizado verdaderamente Jesús?*[64] No es sorprendente el resultado obtenido: no se puede afirmar la autenticidad de al menos un 80% de los dichos evangélicos. En cuanto a la historicidad de los hechos, la persona de Jesús ha sido prácticamente reducida a la de un hombre nacido de un padre natural distinto de José, hábil sanador de enfermedades psicosomáticas y muerto en la cruz como perturbador de la tranquilidad pública: el resto es fábula, también para los biblistas (o al menos para los serios).

EL PROFETA

Irónicamente, si de verdad existió un Jesús histórico, es más probable que haya sido el inspirador de los dichos concretos que se encuentran en el evangelio, que no el sujeto de los abstractos mitos de su nacimiento y de su muerte. Esos dichos están expresados en sermones, parábolas y ocurrencias esparcidos en los cuatro canónicos, y en parte repetidos en algunos apócrifos como el *Evangelio según Tomás.*

Entre los sermones de Jesús, los de la «montaña» y del «llano» son quizá los más conocidos y toman su nombre de su diversa ambientación: «en la montaña» en *Mateo*[65] y «en un llano» en *Lucas.*[66] Probablemente ambos sean compilaciones de temas y dichos dispersos, y pueden ser fácilmente confundidos entre sí: incluso la edición oficial titula al segundo como el *Sermón de la montaña,* ¡a pesar de la explícita referencia al llano en su primer versículo!

Ambos sermones reproducen la famosa lista de las bienaventuranzas, que muestra el gusto de Jesús por la paradoja y la antonimia: «Dichosos vosotros los pobres, porque el reino de Dios os pertenece. Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis satisfechos. Dichosos los que ahora lloráis, porque después reiréis». Por el contrario: «Pero ¡ay de vosotros los ricos, porque ya habéis tenido vuestra alegría! ¡Ay de vosotros los que ahora estáis satisfechos, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque vais •i llorar de tristeza!».[67]

Igualmente famoso es el pasaje del *Sermón de la montana,* que luego la liturgia ha añadido como plegaria del Padre Nuestro, en la versión larga de *Mateo:*[6S]

> Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra así como se hace en el cielo. Danos hoy el pan que necesitamos. Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos expongas a la tentación, sino líbranos del maligno.

/ *ticas,*[69] en cambio, es más conciso: «Padre, santificado sea i n nombre. Venga tu reino. Danos cada día el pan que necesitamos. Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos han ofendido. Y no nos expongas a la tentación». Y *Marcos*[70] aún más: •• Y cuando estéis orando, perdonad lo que tengáis contra mío, para que también vuestro Padre que está en el cielo os perdone vuestros pecados».

I ,as distintas versiones revelan, naturalmente, una progresiva elaboración. En particular, en el añadido de la singular •«ilicitud *a Dios,* en vez de al Diablo, de que no nos induzca a lii tentación: una solicitud justificada por su comportamiento nlstcmático, de Abraham a Job, y anticipada por el lamento

del *Salmo 6j*,[71] donde se dice: «Dios nuestro, tú nos has puesto a prueba. [...] Dejaste que un cualquiera nos pisoteara; hemos pasado a través de agua y fuego...». Además, como se ve, *Marcos y Lucas* hablan expresamente de pecados, mientras que *Mateo* se restringe a las deudas: aunque éstas sean minucias, los católicos y los calvinistas adoptan la segunda lectura, mientras que los luteranos y los anglicanos prefieren la primera.

En todo caso, para el *Catecismo*[71] el Padre Nuestro «retoma el contenido esencial de todo el Evangelio» y es una «plegaria insustituible», tal como para Tertuliano era «la síntesis de todo el Evangelio» y para Tomás de Aquino «la plegaria perfectísima». De todos modos, no es necesario ser un Doctor de la Iglesia para reconocer en la plegaria de Jesús, por lo menos en su versión litúrgica, un contrapunto positivo del fiel a la negatividad del Decálogo divino: incluso la división en dos frases recalca la de los mandamientos, relativos a «Dios, tu Señor» y a «tu prójimo».

Pero en el mismo *Sermón de la montaña* el propio Jesús precisa: «No creáis que he venido para poner fin a la ley de Moisés y a las enseñanzas de los profetas. No he venido a ponerles fin, sino a darles su verdadero sentido».[73] Y puesto que no se puede transgredir «ni siquiera el más pequeño»[74] de los mandamientos, el único cumplimiento posible serán nuevas restricciones de los negativos, y nuevas extensiones de los positivos. Así, no sólo no se debe matar, sino tampoco enojarse «con su hermano». No sólo no cometer adulterio, sino tampoco mirar a una mujer «con malos deseos». No sólo no dar falso testimonio, sino no jurar. No sólo amar al prójimo, sino amar a los enemigos.[75]

Así pues, el irrealista ideal propuesto por el Jesús Profeta constituye explícitamente una inalcanzable perfección: «Sed vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en el Cielo es perfecto».[76] Tan irrealista el uno e inalcanzable la otra, que

él mismo no parece estar a su altura: por ejemplo, cuando se lanza contra los maestros de la ley y los fariseos llamándolos hipócritas, necios, ciegos, sepulcros blanqueados, serpientes y raza de víboras.[77] Aunque sin duda se trataba de epítetos merecidos, dado que los fariseos eran los equivalentes de los integristas o los fundamentalistas actuales: del tipo de los simpatizantes de Comunión y Liberación y los *teocon,* a los cuales les debería repetir esos divinos insultos cualquiera que quiera alcanzar cuando menos la perfección del Hijo, si no la del Padre (en cuyo caso habría que mandarlos sencillamente al Infierno).

En el *Sermón de la montaña* siempre se encuentra la versión cristiana de la llamada *regola áurea:* «haced con los demás lo mismo que queréis que los demás hagan con vosotros».[78] Aunque esté magnificada como expresión de gran sabiduría, en realidad se trata de una máxima agresiva y peligrosa, que en teoría podría producir desastres si la aplican los masoquistas y los que se autolesionan, y que en la práctica provoca desgracias cuando es invocada por moralistas y mojigatos para imponer sus prejuicios como reglas de comportamientos universales.

Mucho menos agresiva es la regla oriental que se encuentra en los *Analecta*[79] confucianos, en los *Udana-Varga*[So] budistas y en el *Mababbarata*[Sl] hinduista: «No hagas a los demás lo que no quisieras que te hagan a ti», aunque también se presta a simétricas interpretaciones paradójicas. Estas reglas deberían ser complementadas con alguna cláusula, por ejemplo: «Haz a los demás lo que quisieras que te hicieran a ti, siempre que también ellos lo quieran». Aunque la teoría de los juegos ha demostrado que no existen reglas universales de comportamiento y que la ética no puede ser reducida a algunas máximas, por más poéticas o inspiradas que sean. Por decirlo a la manera de George Bernard Shaw: «La única regla áurea es que no hay reglas áureas».

Además del interesante precepto de rezar no en público sino «en tu cuarto»,[82] con la puerta cerrada, que evidentemente ha escapado a los paladines sagrados y profanos de la hora de religión y de las plegarias en clase, por no hablar de las misas y las demás funciones, el *Sermón de la montaña* también regala, además, algunas perlas de poética sabiduría, o de sabia poesía: de «no echéis vuestras perlas a los cerdos»,[83] justamente, a «si alguno te pega en una mejilla, ofrécele también la otra»,[84] de «mirad cómo crecen los lirios del campo»[85] a «sácate primero el tronco de tu propio ojo».[86] Y muchas otras dispersas por los evangelios, desde «tenéis buena voluntad, pero vuestro cuerpo es débil»[87] hasta «el que de vosotros esté sin pecado, que le arroje la primera piedra».[88] Y es precisamente por sus numerosos aforismos por lo que el Jesús Profeta aún es citado hoy en día, venga o no a cuento, y ha conquistado un puesto no controvertido entre los grandes productores de máximas: de Lao Tsé y Confucio a Osear Wilde y Ludwig Wittgenstein.

Aunque, como sucede a menudo con las buenas palabras, éstas no son necesariamente ciertas. Por ejemplo, «buscad, y encontraréis; llamad a la puerta, y se os abrirá»[89] no solamente revelan un ingenuo exceso de optimismo, sino que contradicen otros pronunciamientos mucho más pesimistas, como: «Después que el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, vosotros, los que estáis fuera, llamaréis y diréis: "¡Señor, ábrenos!". Pero él os contestará: "¡No sé de dónde sois! ¡Apartaos de mí, malhechores!"», y entonces «os rechinarán los dientes».[90] Un pesimismo que casa perfectamente con las palabras del propio Padre: «Ese día me llamarán, pero no responderé; me buscarán, pero no me encontrarán».[91] Además, naturalmente, del famoso dicho: «Porque muchos son llamados, pero pocos escogidos».[92]

Entre los artificios retóricos predilectos del Jesús Profeta estaba la parábola: la anécdota moral o el cuento alegórico.

I Jno de los ejemplos más conocidos es el del Buen Samaritano, contado para ilustrar el mandamiento «ama a tu prójimo como a ti mismo»:[93]

> Un hombre que bajaba por el camino de Jerusalén a Jericó fue asaltado por unos bandidos. Le quitaron hasta la ropa que llevaba puesta, le golpearon y se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, un sacerdote pasó por aquel mismo camino; pero al ver al herido, dio un rodeo y siguió adelante. Luego pasó por allí un levita, que, al verle, dio igualmente un rodeo y siguió adelante. Finalmente, un hombre de Samaria que viajaba por el mismo camino, le vio y sintió compasión de él. Se le acercó, le curó las heridas con aceite y vino, y se las vendó. Luego le subió a su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él.

I lace dos mil años, cuando los samaritanos eran considerados unos apóstatas, la parábola pretendía mostrar que los no i reyentes pueden comportarse mejor no sólo que los creyenles, sino también que los sacerdotes: una constatación que hoy, después de dos mil años de historia del cristianismo, se lia vuelto tan banal que ahora las palabras de Jesús «obedecedles y haced todo lo que os digan [los maestros de la ley y los fariseos]. Pero no sigáis su ejemplo»[94] se aplican directamente al cura. Por su parte, en cambio, muchos Estados laiios han hecho suyo el principio del Buen Samaritano en leyes que castigan la omisión de auxilio y exigen que se preste una ayuda razonable a los extraños que se encuentren en dificultades: desde llamar la ambulancia hasta prestarles ayuda.

Otras dos parábolas conocidísimas son las de la Oveja I)cscarriada y del Hijo Pródigo,[95] que pretenden exaltar el papel del arrepentimiento y del regreso al redil o a la casa del padre. Por ejemplo, en la primera:

> ¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las otras noventa y nueve en el campo y va en busca de la oveja perdida, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros, y al llegar a casa junta a sus amigos y vecinos, y les dice: «¡Felicitadme, porque ya he encontrado la oveja que se me había perdido!». Os digo que hay también más alegría en el cielo por un pecador que se convierte a Dios, que por noventa y nueve buenos que no necesitan convertirse.

En los evangelios canónicos hay tres o cuatro docenas de cuentecillos como éste, que ilustran temas más o menos edificantes de naturaleza teológica, moral o ética. Cada uno de los evangelios tiene las suyas, que no se encuentran en los demás: en particular, así sucede con las dos únicas reproducidas *por Juan. Todas las* demás se hallan en *Mateo, Marcos* y *Lucas,* pero sólo tres están en los tres sinópticos. Lo cual hace pensar que las parábolas, más que ser registros literales de historias contadas por el Jesús Profeta, son productos de varios sermones más o menos inspirados en sus temas.

En cuanto al motivo para usar el artificio retórico de las parábolas, éste no parece consistir en absoluto en hacer entender algo abstracto y teórico de manera concreta y práctica, sino esconder la verdad a quien no está llamado a entenderla. En efecto, el mismo Jesús dice a sus discípulos:[96] «A vosotros, Dios os da a conocer los secretos de su reino, pero a ellos no. [...] Por eso les hablo por medio de parábolas; porque ellos miran, pero no ven; escuchan, pero no oyen ni entienden».

Ahora bien, como ocurre a menudo, la última frase es una cita de los profetas. Más precisamente de lo que Jahvé dice a *Isaías:*[97]

> Anda y dile a este pueblo lo siguiente: «Por más que escuchéis, no entenderéis; por más que miréis, no comprenderéis». Entor-

pece la mente de este pueblo; tápales los oídos y cúbreles los ojos para que no puedan ver ni oír, ni puedan entender, para que no se vuelvan a mí y yo no los sane.

Según la retorcida lógica de Jahvé, que ya hemos visto en acción varias veces, su palabra *no debe* ser comprendida, de modo que, por un lado, pueda enfurecerse perversamente con su pueblo que no comprende, «hasta que las ciudades queden destruidas y sin ningún habitante; hasta que las casas queden sin gente, y los campos desiertos»;[98] y, por otro lado, pueda luego magnánimamente perdonarlo y sanarlo.

Por tanto, esta retorcida lógica es heredada, por su Hijo, o por quien quiera que sea, que habla por parábolas para que la gente *no pueda* entenderlo, a fin de que se cumplan las profecías. Aunque esto tenga mucho de justificación *a posteriori:* probablemente, después de la falta de recepción de la enseñanza esotérica y la falta de cumplimiento de la prometida segunda venida «antes que haya muerto la gente de este tiempo»,[99] la enseñanza fue reformulada de manera esotérica y la segunda venida fue aplazada indefinidamente «hasta el fin de los tiempos».

Al respecto, es preciso notar que las declaraciones evangélicas son inequívocas. En efecto, en una se lee: «Os aseguro que algunos de los que están aquí no morirán sin haber visto al Hijo del Hombre venir como rey».[100] Y en otra: «Os aseguro que el Hijo del Hombre vendrá antes que hayáis recorrido todas las ciudades de Israel».[101]

El embarazo frente a estas falsas profecías es tal que la edición oficial alcanza la cima del humorismo en sus comentarios, diciendo que «la venida del Hijo del Hombre y el Reino de Dios se refieren a la destrucción de Jerusalén y del templo en 70». Hans Küng, más sensato, y por tanto más herético, admite, en cambio, que se trata de «textos muy incómodos, según los cuales también Jesús habría esperado

el advenimiento del Reino de Dios en un *tiempo cercanísimo*».[102] En cualquier caso, el embarazo de los obispos es más que comprensible: si Jesús creía que su segunda venida era inminente, no habría fundado una Iglesia. Y si no lo hizo, ésta y aquéllos sólo son, evidentemente, una asociación de usurpadores.

EL MAGO

La tradición rabínica y algunos escritores romanos como el Celso del *Discurso verdadero* notaron de inmediato que, además del profeta de sabiduría más o menos profunda, en los evangelios hay también otro Jesús, mucho más embarazoso: el mago que efectúa prodigios siempre de dudosa veracidad y a menudo de escasa inteligencia o poca utilidad, que se parece más a un charlatán o un timador que a un gurú o un santón.

Prodigios que, entre paréntesis, el mismo Jesús Profeta negó haber cumplido, cuando dijo: «Esta gente malvada e infiel pide una señal milagrosa; pero no se le dará otra señal que la del profeta Jonás».[103] Y prodigios que ni siquiera el populacho estimaba convincentes, dado que *Juan*[10]* se lamenta de que a «pesar de que Jesús había hecho tan grandes señales milagrosas delante de ellos, no creían en él». No es sorprendente que los más escépticos sean aquellos que lo conocían bien, es decir, sus conciudadanos de Nazaret, frente a los cuales el Jesús Mago «no pudo hacer [...] ningún milagro» y «estaba asombrado porque aquella gente no creía en él»:[105] lo cual confirma que pican más los crédulos, y se embauca mejor a los desconocidos.

El primer milagro de las tres docenas registradas por los evangelios canónicos es, como se sabe, la transformación del agua en vino en las bodas de Cana, contada sólo por *Juan*.[106]

Si fuera un hecho histórico, se trataría de un buen ejemplo de «abuso de poderes (psíquicos)» o de «interés privado en acto (sobrenatural) público». Pero ya sabemos que, en cambio, no es más que una «señal»: para ser precisos, una metáfora de la primera plaga de Egipto, inventada para sugerir un paralelo entre el Jesús del Nuevo Testamento y el Moisés del Antiguo.

Además de un par de pescas milagrosas,[107] evidentemente agradecidas por los pescadores, también son culinarias las hazañas de la multiplicación de los panes y los peces, que la primera vez sacian el hambre de cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños, con cinco panes y dos peces,[108] y la segunda a cuatro mil hombres, siempre sin contar las mujeres y los niños, con siete panes y «unos pocos peces»:[109] por tanto, aparentemente, con una mejor relación «calidad-precio» en el primer milagro que en el segundo. Pero quizá la segunda vez Jesús estaba un poco cansado, al haber tenido que curar en aquella misma ocasión a cojos, tullidos, ciegos, sordos y muchos más enfermos.

Naturalmente, las curaciones constituyen el caballo de batalla de cualquiera que quiera atraer a las multitudes y a los locos. Además de las variedades recién citadas, entre los enfermos curados por Jesús se contaban también leprosos, paralíticos, hemorroídicos, hidrópicos, epilépticos y endemoniados: de lo cual, dado su número, podemos deducir que la Palestina de entonces no era un lugar demasiado saludable. Entre estas curaciones, el ejemplo quizá más desconcertante es el de los dos endemoniados (o sólo uno, según las versiones), en que Jesús no encuentra nada mejor que hacer entrar a los demonios que los poseían en una manada de dos mil cerdos, para luego hacerlos precipitarse y perecer en el mar ile Galilea.[110]

Esta historia es una verdadera antología de bobadas: psicológicas, éticas y geográficas. En efecto, ante todo, supone

que un endemoniado está literalmente poseído por demonios, que pueden entrar y salir de su cuerpo. Además, muestra una dudosa consideración por los pobres animales, que habrían podido ser fácilmente salvados: no por casualidad, después del milagro la gente del pueblo le implora a Jesús que se marche. Por último, revela el escaso conocimiento de los lugares del supuesto testigo ocular de Mateo, dado que sitúa el episodio en la ciudad de Gadara, que la misma edición oficial reconoce que está a 12 kilómetros del lago, en vez de sencillamente «sobre la otra orilla»: dicho sea de paso, revelando el involuntario humorismo de una piara de cerdos obligada a correr como una manada de caballos.

Naturalmente, es gracias a éstas y otras curaciones milagrosas similares de Jesús que la Iglesia aún hoy sigue creyendo en la posibilidad de expulsar a los demonios de los poseídos a través de los *ritos* del *exorcismo,* «exconjuro» (de *ex,* «fuera», y *horkizo,* «juro»). Los cuales son practicados, para evitar equívocos, no sólo en películas de dudosa calidad cinematográfica por curas de dudosa salud mental, sino incluso en el Vaticano por Su Santidad: la última vez, hasta el momento, por Juan Pablo II el 6 de septiembre de 2000, parece que sin éxito. Y que son definidos de esta bonita manera por el *Catecismo:*[111]

> Hay un exorcismo cuando la Iglesia ordena con su autoridad, en nombre de Jesús, que una persona o un objeto sea protegido contra la influencia del Maligno y sustraído de su dominio. Se practica de forma ordinaria en el rito del Bautismo *[sic].* El exorcismo solemne, llamado *gran exorcismo,* sólo puede ser efectuado por un presbítero autorizado por el obispo.

Por si no bastara con eso, también los epilépticos son curados por Jesús expulsando sus supuestos demonios. Uno sordomudo, en particular, diciéndole: «Espíritu mudo y sordo,

te ordeno que salgas de este muchacho y que no vuelvas a entrar en él»:[liz] ¡palabras que extrañamente hicieron efecto, aunque el espíritu era sordo, dado que «gritó», aunque también era mudo! Pero Jesús tenía otros medios para curar a los sordomudos: a uno, por ejemplo, «le metió los dedos en los oídos y con saliva le tocó la lengua. Luego, mirando al cielo, suspiró y dijo al hombre: "¡Ábrete!"».[113] Su saliva debía de ser una verdadera panacea, dado que puesta sobre los ojos curaba a los ciegos: a veces sola,[114] y otras después de hacer lodo tras escupir «en el suelo».[115]

Cuando menos estos milagros tienen el buen fin de curar a alguien que está mal, aunque más a la sospechosa manera de los sanadores que según la científica de los médicos. Otros, en cambio, son inútiles exhibiciones, fines en sí mismos: por ejemplo, calmar una tempestad dando «una orden al viento y al mar»,[116] o caminar sobre las aguas como un «fantasma»,[117] o transfigurarse de modo que «su rostro brillaba como el sol, y sus ropas se volvieron blancas como la luz», «como nadie podría dejarlas por muy bien que las lavase».[118]

Aparte de esta última expresión, que en la era de la televisión suena más a anuncio publicitario de un detergente que a descripción de un milagro, la transfiguración entra en el número de los relatos mitológicos: no por casualidad, la voz que se oye desde el cielo repite exactamente las mismas palabras ya pronunciadas en el momento del bautismo de |csús, que como hemos visto son en realidad una cita de los *Salmos* y del profeta *Isaías.* En cualquier caso, todo el episodio está contado como si fuera una alucinación hipnótica: en cuanto los discípulos son tocados y levantan la vista, la visión desaparece y no deja rastro.

Alguno de los milagros, además, es sencillamente un contrasentido, como secar una higuera sólo porque es «culpable» ile no tener frutos fuera de estación, en un arranque de ira causado porque aún no había desayunado:[119]

> Por la mañana, cuando Jesús volvía a la ciudad, sintió hambre. Vio una higuera junto al camino y se acercó a ella, pero no encontró más que hojas. En efecto, aquella no era la época de los frutos. Entonces dijo a la higuera: «¡Nunca vuelvas a dar fruto!». Y al instante se secó la higuera.

O el hecho de realizar un retorcido prodigio para poder pagar los impuestos astutamente a los recaudadores:[1zo] «Ve al lago y echa el anzuelo. En la boca del primer pez que pesques encontrarás una moneda que será suficiente para pagar mi impuesto y el tuyo. Llévatela y págalos». El motivo por el que alguien en condiciones de hacer milagros no puede, más sencilla y directamente, materializar la moneda necesaria evidentemente forma parte de los milagros de la fe.

Aunque no está claro qué control tenía Jesús sobre sus «poderes», dado que al menos una vez le fueron arrebatados a traición:[111]

> Entonces una mujer que desde hacía doce años estaba enferma, con hemorragias, se acercó a Jesús por detrás y tocó el borde de su capa. Porque pensaba: «Con sólo tocar su capa, quedaré sana». Pero Jesús, volviéndose, vio a la mujer y le dijo: «Ánimo, hija, por tu fe has quedado sana».

Entre todos los milagros, naturalmente, los más espectaculares son las resurrecciones de los muertos. Las de Jesús no son las primeras de la Biblia: la primacía le corresponde a Elias, que resucitó a un niño echándose tres veces encima del cadáver,[1"] seguido por Elíseo, que usó algo similar a la respiración boca a boca.[123] De todos modos, en los evangelios se citan tres resurrecciones efectuadas por Jesús, que deberían ser los milagros más dignos de recordarse: en cambio, uno es citado sólo por *Lucas*,[124] y otro, el famoso episodio de Lázaro, sólo por *Juan*.[12-5]

Gracias a este último, sabemos también por qué: no es más que una «señal» metafórica de la liberación del pueblo judío de Egipto. Pero, impertérrita, la edición oficial[12,6] declara: «Juan cuenta con gran cuidado el mayor milagro de Jesús, preludio de la Pasión», sin preguntarse cómo el «mayor milagro» es contado sólo por el evangelio más literario y menos histórico (o, si se prefiere, el más inventado y menos real) de los cuatro. En cuanto al «gran cuidado», éste se puede deducir del hecho de que la exposición comienza diciendo: «Un hombre llamado Lázaro había caído enfermo. Era natural de Betania, el pueblo de María y de su hermana Marta. Esta María, hermana de Lázaro, fue la que derramó perfume sobre los pies del Señor y los secó con sus cabellos. Así que las dos hermanas enviaron a decir a Jesús: "Señor, tu amigo está enfermo"»,[1Z7] refiriéndose al pasado en un episodio que, en cambio, tendrá lugar en el futuro: «Seis días antes de la Pascua fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado. Allí dieron una cena en honor de Jesús».[12,8]

De todos modos, además de no ser las primeras, las resurrecciones efectuadas por Jesús tampoco son las últimas de la Biblia, dado que a continuación realizan un par tanto Pedro como Pablo.[12,9] Pero el suyo no es ciertamente un abuso de poder, porque había sido el mismo Jesús quien había dicho a los apóstoles: «Sanad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad de su enfermedad a los leprosos y expulsad a los demonios», dándoles en buena medida «autoridad para expulsar a los espíritus impuros».[130] Y anuncia, en un sentido más general:[131]

> Y estas señales acompañarán a los que creen: en mi nombre expulsarán demonios; hablarán nuevas lenguas; cogerán serpientes con las manos; si beben algún veneno, no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos, y los curarán.

Y es precisamente gracias a una interpretación literal de esta incitación que la Iglesia sigue aún hoy, en plena era tecnológica, haciendo propaganda de «signos», «maravillas», «poderes» y «milagros», que corresponden a los originales griegos *semeion, teras, dynamis* y a su traducción colectiva latina *miraculum,* como pruebas de santidad y de una relación privilegiada con la divinidad. Y fomentando y patrocinando una floreciente industria de lo sagrado-prodigioso, que difiere de aquellas igualmente florecientes de la magia, lo paranormal o lo oculto por su autoproclamada divinidad, y de aquellas igualmente difundidas de la milagrosidad árabe, india o china sólo por su autodeclarada unicidad y verdad. Aunque no se ve qué puede haber de divino, único o verdadero en vírgenes que aparecen (de Lourdes a Fátima), sábanas que se impresionan (de Turín a Oviedo), frailes con estigmas (de Francisco de Asís al padre Pío), estatuas que lloran (de Capri a Civitavecchia), y quien tenga más que los venere y honre.

Lo único prodigioso, detrás de fenómenos de este tipo, es la ignorancia de sus causas y la credulidad de sus efectos. Un ejemplo sintomático lo proporciona el famoso milagro representado en 1512 por Rafael en la *Misa de Bohena* para la estancia de Heliodoro en el Vaticano: en 12.63, mientras un cura que dudaba de la transustanciación decía misa en Bolsena, la hostia habría empezado a sangrar, con un prodigio aún hoy recordado en la fiesta del Corpus Domini, instituida al año siguiente por Urbano IV para la ocasión. Pues bien, en 1823 Bartolomeo Brizio identificó la bacteria *Serratia Marcescens,* que en períodos de calor y en lugares húmedos produce en el pan, las hogazas y los dulces un pigmento rojo y gelatinoso, apropiadamente llamado *prodigiosina,* que los ingenuos pueden tomar por sangre.

Naturalmente, los prodigios del Jesús Mago y de sus imitadores constituyen la versión esotérica de la enseñanza de

la Iglesia, orientada a las masas cazurras y crédulas, como también los dichos del Jesús Profeta y de sus exégetas constituyen su complementaria versión esotérica, reservada a las minorías más cultas y sofisticadas: una división de las tareas que se remonta al menos a Pitágoras, y que a continuación se ha convertido en un modelo de predicación o de enseñanza, según los casos. Y la Iglesia cabalga sobre ambos para tener «la copa llena y la perpetua borracha», como diría el *Libro de los proverbios.*

EL MESÍAS

Además del profeta y el mago, hay también un tercer Jesús evangélico, que corresponde a los conocidos atributos de Cristo o el Mesías: dos términos genéricos que, en griego y en hebreo, significan sencillamente «ungido», pero que ahora se han convertido en sinónimos de su nombre. Literalmente, pues, los cristianos serían unos «untuosos» y los curas unos «untores».

Originalmente, los judíos llamaban mesías a cualquiera que hubiese sido oficialmente ungido de una función, ya fuera de profeta, sacerdote o rey. En las profecías del Antiguo Testamento el término pasó a indicar al nuevo Moisés que Jahvé habría mandado para liberar al Pueblo Elegido de la dominación extranjera, restaurar el reino de Israel y traer la paz y la justicia:

> De ese tronco que es Isaí, sale un retoño; un retoño brota de sus raíces. [...] Cuando ese resto de pueblo de Jahvé vuelva de Asiría, encontrará un amplio camino como Israel cuando salió de Egipto. [...] Jahvé levantará una señal para las naciones y reunirá a los israelitas que estaban desterrados; juntará desde los cuatro puntos cardinales a la gente de Judea que estaba dis-

persa. [...] Así como el agua llena el mar, así el conocimiento de Jahvé llenará todo el país.

De este pasaje de *Isaías,*[1]^[2]- que la edición oficial define como un «grandioso y fundamental oráculo mesiánico», se desprende claramente que el Mesías debía ser un *hombre* destinado a convertirse *en esta tierra* en el rey *de los judíos:* de ningún modo en un *dios* que habría debido salvar *para el más allá* a toda la *humanidad.* Naturalmente, la referencia a la liberación del yugo asido fue entendida de manera literal durante el exilio babilonio, y de manera metafórica bajo la dominación romana.

En cuanto a la referencia a Isaí, el *Primer libro de Samuel*[1]^ explica que David era hijo de Isaí de Belén: por tanto, el Mesías debía descender de David como persona y de Belén como lugar. Los mitos del nacimiento de Jesús establecen puntualmente ambas conexiones: en particular, *Mateo*[1]^[4] *y Lucas*[liS] construyen genealogías de José que se remontan hasta David y más allá.

Ahora bien, estas genealogías son los primeros de tantos absurdos neotestamentarios. En efecto, ante todo Jesús está vinculado con David por 28 generaciones en *Mateo* y por 43 en *Lucas.* Además, las dos genealogías no tienen literalmente casi ningún nombre en común: el abuelo de Jesús se llama Jacob en una y Eli en la otra (la edición oficial[136] concede generosamente que «las genealogías son parcialmente *[sic]* diversas»). Por último, y sobre todo, éstos son los antepasados de José, que según el resto de la historia no era el padre natural de Jesús: por tanto, no sirven para establecer ninguna conexión con David o cualquier otro (y ya no hablemos de Abraham o Adán, a los que se remontan *Mateo* y *Lucas).*

A menos que, naturalmente, las genealogías no sean más que vestigios anteriores al añadido en los evangelios de las historias sobre el nacimiento virginal. En efecto, la preceden-

te *Carta a los romanos,*[137] por ejemplo, dice expresamente de Jesús que «como hombre fue descendiente del rey David». En cuanto a *Lucas,* su genealogía no está situada al principio, como la de *Mateo,* sino después de los mitos del nacimiento: parece un segundo inicio, tras el cual la historia continúa desde las tentaciones de Jesús, como en *Marcos,* y quizá como en el perdido evangelio aceptado por Marción.

De todos modos, exitoso o no, el intento de ligar a Jesús con David revela la voluntad de considerarlo (también) como el Mesías judío, en el sentido concreto y terrenal que hemos apuntado. Y los indicios evangélicos confirman que probablemente también él y sus apóstoles eran considerados (y, quizá, se consideraban) agitadores políticos, además de (o más que) profetas de sabiduría o magos de destreza.

Por ejemplo, está el epíteto Iscariote atribuido a Judas: en el caso de que éste denomine verdaderamente a un sicario, demostraría que en el entorno de Jesús había al menos un «terrorista». Aunque, naturalmente, el personaje podría haber sido inventado *ad hoc:* parece extraño que hubiera necesidad de que alguien señalara a los guardias a un personaje conocido como Jesús, que menos de una semana antes había entrado en la ciudad aclamado por la multitud. Salvo que los apóstoles constituyeran una verdadera guardia de corps armada que debía moverse con astucia, ante la imposibilidad de hacerlo por la fuerza.

Si la invención fue tardía, el nombre del personaje indicaría simplemente el estereotipo del «judío asesino», incluso «deicida». Un estereotipo que los cristianos han mantenido durante siglos, justificándolo a partir del versículo de *Mateo:* «Nosotros y nuestros hijos nos hacemos responsables de su muerte».[138] Un estereotipo sobre el que Juan XXIII fue el primero en hacer mella, imponiendo el Viernes Santo de 1959 la abolición del adjetivo en la oximórica invocación litúrgica «rogamos por los pérfidos judíos». Pero un estereotipo que

sólo el Concilio Vaticano II ha borrado, en la declaración *Nostra Aetate* [En nuestro tiempo],[139] admitiendo finalmente que:

> Sin embargo, aunque las autoridades judías con sus seguidores se han afanado por la muerte de Cristo, cuanto se ha cometido durante su pasión no puede ser imputado ni indistintamente a todos los judíos entonces vivos, ni a los judíos de nuestro tiempo. Y aunque es verdad que la Iglesia es el nuevo pueblo de Dios *[sic]*, los judíos no deben ser presentados como rechazados por Dios, ni como malditos, como si eso se desprendiera de las Sagradas Escrituras.

Volviendo a los apóstoles de Jesús, además del iscariote Judas, estaba el celóte Simón:[140] por tanto, alguien perteneciente a un grupo guerrillero o revolucionario conocido por su resistencia armada a la ocupación romana y su oposición al pago de tributos. Y pese al diplomático pronunciamiento de Jesús sobre dar «al César lo que es del César»,[141] es un hecho que fue acusado igualmente de incitar a no pagar los impuestos: «Hemos encontrado a este hombre alborotando a nuestra nación. Dice que no debemos pagar los impuestos al César».[141]

Otros dos apóstoles, Santiago y Juan, son llamados más genéricamente *boanerges*, «Hijos del Trueno» o «Fogosos».'[43] Y no sin motivo, dado que un día, cuando una aldea de samaritanos se niega a recibir a Jesús, los dos le sugieren: «Señor, si quieres, diremos que baje fuego del cielo para que acabe con ellos».[144] Lo cual puede ser una docta cita de un análogo comportamiento de Elias,[145] pero significa literalmente: «¿Quieres que sometamos la aldea a sangre y fuego?».

Por último, el mismo Pedro es llamado por Jesús «bariona»,[146] que en arameo significaba «guerrillero» o «fugitivo»: lo cual puede sugerir que Simón Pedro y Simón el celóte eran la misma persona, aunque el original griego *barion* significa

sencillamente «pesado», y casa con el significado de «rocoso» que tiene «Pedro».

Naturalmente, los atributos de los nombres de los apóstoles pueden ser fantasiosamente reinterpretados uno a uno, para conjurar cualquier posible valor político: por ejemplo, sosteniendo las tesis de leer «iscariote» como «de Keriot», «celote» como «celoso» y «bariona» como «hijo de Jonás». Más difícil es hacer desaparecer las armas que afloran en el relato evangélico de la pasión, que sin duda tampoco entonces eran utensilios de pesca. Por ejemplo, durante la Ultima Cena Jesús ordena (metafóricamente) que «el que no tenga espada, que venda su abrigo y se compre una», y los apóstoles le muestran enseguida dos espadas ya preparadas.[147]

Poco después, durante el arresto en Getsemaní, los discípulos preguntan si deben «golpear con la espada» y Pedro en persona le corta una oreja al criado del sumo sacerdote:[148] sorprendentemente, sin provocar ninguna reacción por parte de los guardias, quizá porque las espadas disponibles eran muchas más de dos.

Poco antes, en cambio, había sucedido el famoso episodio de la expulsión de los mercaderes del templo, que presenta a un Jesús enfurecido y violento. En los sinópticos echa «a todos los que allí estaban vendiendo y comprando» y vuelca las mesas y las sillas,[149] mientras que *en Juan* azota a la gente, echa «a todos del templo, junto con sus ovejas y bueyes», y arroja al «suelo las monedas».[150] Pensar que Jesús consiguió llevar a cabo semejante empresa solo contra todos, y que, por añadidura, pudo actuar tranquilamente en el lugar más sagrado y vigilado de la capital, no por romántico resulta menos ingenuo: probablemente se trató de una acción «relámpago» por parte de un comando armado, al estilo de los celotes.

A menos que sea una de las habituales invenciones metafóricas para permitir que Jesús y los apóstoles citaran las escrituras. Al primero, en particular, *a Jeremías:*[151] «¿Acaso

pensáis que este templo que me está dedicado es una cueva de ladrones?». Y a los segundos, en el *Salmo 68:*[152] «Me consume el celo por tu casa; en mí han recaído las ofensas de los que te insultan».

Sea como fuere, que los supuestos prodigios de Jesús fueron tomados como propaganda electoral por sus seguidores lo demuestra el hecho de que aquellos para los cuales había multiplicado los panes y los peces «querían llevárselo a la fuerza para hacerle rey».[153] En cuanto a los apóstoles, a Pedro, que le preguntaba expresamente qué habría obtenido a cambio de haberlo dejado todo para seguirlo, él mismo le había prometido: «Os aseguro que cuando llegue el tiempo de la renovación de todas las cosas, cuando el Hijo del Hombre se siente en su trono glorioso, vosotros, que me habéis seguido, os sentaréis también en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel».[154]

Que más tarde Jesús fuera percibido como una amenaza al orden público queda explícito en las acusaciones que se le imputan durante el proceso, entre las cuales destaca la de haberse declarado el Mesías. La respuesta de Jesús a la correspondiente pregunta del sumo sacerdote es formalmente distinta en cada evangelio sinóptico: «Tú lo has dicho», en *Mateo?*[55] «Sí, soy yo», en *Marcos;*[156] «Vosotros decís que lo soy», en *Lucas.*[157] Pero la respuesta a la pregunta de Pilatos, de si él era el rey de los judíos, es siempre literalmente la misma: «Tú lo dices».[158]

No por casualidad, cuando en la cruz se puso un letrero con el motivo de la condena, éste decía justamente: «El Rey de los judíos» (en cuatro versiones diversas, en los cuatro evangelios).[159] Un letrero impugnado por los sumos sacerdotes, que se lamentaron con su autor Pilatos, diciéndole: «No pongas: "Rey de los judíos", sino "El que dice ser Rey de los judíos"». Pero él se negó a cambiarlo, respondiendo: «Lo que he escrito, escrito queda».[160]

6

EL CRISTIANISMO

Después de los evangelios, las últimas estaciones bíblicas de nuestro *via crucis* son los libros que narran las obras y los pensamientos de los apóstoles: para ser precisos, los *Hechos* de Lucas y las veintiuna *Cartas* canónicas de varios autores, en particular las catorce atribuidas (la mitad erróneamente) a Pablo de Tarsos.

EL RESUCITADO

Para los cristianos la fe en Jesús se basa, esencialmente, en su resurrección: como dice Pablo en la *Primera carta a los corintios,*[1] «si Cristo no resucitó, el mensaje que predicamos no sirve para nada, ni tampoco sirve para nada la fe que tenéis», y «si nuestra esperanza en Cristo solamente se refiere a esa vida, somos los más desdichados de todos los seres humanos». Y el *Catecismo*[7]- le hace eco: «La resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo».

Ahora bien, en la versión original del más antiguo evangelio canónico, es decir, en *Marcos,* la resurrección... ¡no existe! Sencillamente, el relato dice que tres pías mujeres se

dirigieron al sepulcro el domingo por la mañana temprano y «vieron, sentado al lado derecho, a un joven vestido con una túnica blanca. Las mujeres se asustaron». El joven les dijo que Jesús había resucitado y ellas salieron huyendo «del sepulcro, pues estaban temblando, asustadas. Y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo»¿

Según la misma edición oficial,[4] los doce versículos siguientes, que cuentan apresuradamente las apariciones del resucitado y su subida al cielo, «son un suplemento añadido a continuación» (del cual existen al menos nueve versiones): lo cual, traducido, significa que el único «hecho» originalmente reproducido era que el sepulcro estaba vacío. Admitiendo, naturalmente, que no lo hubiera estado siempre, porque cuando José de Arimatea fue a pedirle el cuerpo de Jesús, Pilatos se sorprendió «de que ya hubiera muerto»,[5] y la única confirmación le viene de un testigo sospechoso: un centurión que, recién convertido, hacía de quinta columna cristiana en la prefectura romana.[6]

En cuanto a la interpretación que daba la gente de que el sepulcro estuviera vacío, y de la interpretación que los cristianos dieron de dicha interpretación, ambas están reproducidas en *Mateo:*[7]

> Mientras las mujeres iban de camino, algunos soldados de la guardia llegaron a la ciudad y contaron a los jefes de los sacerdotes todo lo que había sucedido. Estos jefes se reunieron con los ancianos para, de común acuerdo, dar mucho dinero a los soldados y advertirles: «Decid que durante la noche, mientras dormíais, los discípulos de Jesús vinieron y robaron el cuerpo. Y si el gobernador se entera de esto, nosotros le convenceremos y os evitaremos dificultades». Los soldados tomaron el dinero e hicieron como se les había dicho. Y ésa es la explicación que hasta el día de hoy circula entre los judíos.

En otras palabras, la gente pensaba que si un sepulcro estaba vacío, alguien debía de haberse llevado el cuerpo. Un rumor confirmado por el mártir Justino en el *Diálogo con Trifón*,[s] que precisa que los judíos pensaban que la crucifixión de Jesús había sido la justa ejecución de un embaucador, y su resurrección una invención de sus discípulos después del robo de su cuerpo.

Los cristianos creían, en cambio, que esta obvia y sensata interpretación debía ser por fuerza el resultado de una obra de *desinformación* asalariada: como si normalmente los cadáveres se levantaran y dejaran su sepulcro solos, y no hiciera falta una obra de *información* fáctica y pormenorizada para convencer a alguien al respecto. Y, por el contrario, sobre este acontecimiento no sólo extraordinario, sino crucial para el cristianismo, la información evangélica es extremadamente fantasiosa y confusa.

En efecto, ante todo, Jesús había anunciado que, tal como «Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del monstruo marino, así también el Hijo del Hombre estará tres días y *tres noches* dentro de la tierra».[9] En cambio, los relatos evangélicos coinciden en decir que murió el viernes y resucitó el domingo: por tanto, permaneció en la tumba sólo un día entero y *dos noches.* Evidentemente, es más fácil hacer milagros y resucitar que contar correctamente.

Además, no hay en los evangelios testigos oculares de la resurrección, ni hay informes históricos del «gran temblor de tierra» que según *Mateo*[10] habría acompañado la apertura de la tumba: entre otras cosas, en su relato las tres mujeres de *Marcos* se convierten en dos, que en vez de escapar asustadas y sin decir nada a nadie corrieron «con mucha alegría» a llevar la noticia a los discípulos. En *Lucas*[11] su número ha crecido de manera imprecisa, pero equivalente al menos a cinco (tres identificadas por su nombre, más «otras» en plural), y también el ángel se ha duplicado. Para aumentar

la confusión, *Juan*[12]- dice que la mujer estaba sola y corrió a llamar a Pedro, «aquel a quien Jesús quería mucho»: es decir, modestamente, él mismo, que al ser más joven corrió también más rápido y, por tanto, llegó antes al sepulcro.

Sobre las apariciones del resucitado la confusión es aún mayor si cabe. Para *Mateo*[1]] se trata de una sola: a las mujeres y a los apóstoles, todos en grupo. Para *Lucas,*[14] de dos: a dos discípulos que se dirigían «a un pueblo», que tampoco lo reconocen, y luego a los once. Para *Marcos,*[15] de tres: a una sola de las tres mujeres, luego a dos seguidores «que caminaban dirigiéndose al campo» y después a los apóstoles en grupo. Para *Juan,*[16] de cuatro: a una de las mujeres cerca del sepulcro, y tres veces a los apóstoles, que en la última no lo reconocen, aunque ya lo habían visto dos veces y lo habían «tocado con la mano». Para los *Hechos,*[17] de un número impreciso de apariciones a los apóstoles «durante cuarenta días».

Y es otra vez Pablo quien da una nueva versión de los hechos, diciendo en la *Primera carta a los corintios*[1]* que Jesús se apareció sucesivamente a Pedro, a los *doce* apóstoles (¿también Judas había resucitado?), a más de quinientos fieles de una sola vez, a Santiago, de nuevo a los apóstoles y, por último, incluso a él mismo: evidentemente, Juan no era el único egocéntrico de la compañía.

Resulta superfluo añadir que, basándose en testimonios por el estilo, ningún proceso iría muy lejos: que el cristianismo lo haya hecho es una prueba de que evidentemente no se basa en ellos. Aunque el *Catecismo*[19] declara que, «además de la señal esencial constituida por la tumba vacía», que los contemporáneos no consideraban en absoluto como tal, «los apóstoles no han podido inventar la resurrección, puesto que ésta les parecía imposible»: ¡un argumento extravagante del cual se desprende, al mismo tiempo, que entonces las historias de ciencia ficción y los cuentos fantásticos les deben parecer posibles a los escritores que los inventan!

Naturalmente, si se quiere hablar en serio de la resurrección de Jesús, habría que entender qué significa efectivamente. Por desgracia, en esto el *Catecismo*[2-0] es de poca ayuda, porque asume tonos fantásticos y declara paradójicamente que «la resurrección no fue un retorno a la vida terrenal». Para ser más precisos:

> El cuerpo resucitado es el que ha sido crucificado y lleva las señales de la Pasión, pero ahora es partícipe de la vida divina con las propiedades del cuerpo glorioso. Por esa razón Jesús resucitado es soberanamente libre de aparecer a sus discípulos cómo y dónde quiere y con diferentes aspectos.

Pero «volver a la vida terrenal» es precisamente lo que significa la resurrección no sólo en el diccionario, ¡sino también en los anteriores relatos bíblicos citados! Si ahora la definición cambia, es evidentemente porque una cosa es hacer resurgir a alguien desde el exterior, y otra resurgir a uno mismo desde el interior: también porque, si se está verdaderamente muerto, no se entiende quién sería el autor del prodigio. En efecto, el *Catecismo"* sigue empantanándose en sus mismas arenas movedizas, diciendo que estuvo implicada de manera trascendente toda la Trinidad, en una obra en la que «el Padre manifiesta su potencia, el Hijo "recupera"" la vida que ha ofrecido libremente reuniendo su alma y su cuerpo, que el Espíritu vivifica y glorifica».

Esto es lo que sucede cuando se pretende leer de manera literal e histórica aquello que es literario y metafórico, y que, de todos modos, pertenece a la mitología de muchas culturas. En la judía, por ejemplo, ya se había producido la subida de Elias al cielo en un torbellino, en un carro de fuego: además, sin que ni siquiera hubiera debido morir.[z]3 En la egipcia, la resurrección de Osiris después de su asesinato y el desmembramiento de su cuerpo por parte de Seth, y su reconstruc-

ción por parte de Isis. En la griega, las análogas vicisitudes de Dionisos, al que Herodoto y Plutarco identificaban con Osiris. Y aún hoy, en la cultura del vudú se habla de muertos resucitados por medios sobrenaturales: si Jesús hubiera resucitado en Haití, no sería más que un literal zombi.

EL ESPÍRITU SANTO

Después del primer acto de la resurrección y el segundo de las apariciones, la sobrenatural trilogía del Jesús Resucitado concluye con el último acto de su subida al cielo *motu proprio:* otro episodio crucial que, aparte de una alusión en el postizo suplemento de *Marcos,* sólo es contado en *Lucas*[2]-[4] y en los *Hechos.*[2]-[5] Es decir, por una sola persona (Lucas), que no era un testigo ocular y a quien se lo había soplado otra (Pablo), que tampoco lo era, pero al que ya hemos identificado como el inventor de todas las vicisitudes *post mortem* de Jesús. Aunque es el único autor de los dos testimonios, Lucas se contradice: sitúa la subida el mismo día de la resurrección en su evangelio,[zé] pero cuarenta días después en los *Hechos.*[2]-[7]

En estos últimos,[2]-[8] a la subida *bottom up* (de abajo arriba) del Hijo sigue inmediatamente una simétrica bajada *top down* (de arriba abajo) del Espíritu Santo:

> De pronto llegó del cielo un estruendo, como de viento que se abate, gallardo, y llenó toda la casa donde se encontraban. Se les aparecieron lenguas de fuego que se dividían y se posaban sobre cada uno de ellos; y ellos fueron llenados por el Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas como el Espíritu les daba el poder de expresarse.

Antes de pasar a analizar la causa, es decir, el «Espíritu Santo», merece la pena detenerse un momento sobre sus

sorprendentes efectos, que también a continuación[29] serán identificados con la *glosolalia,* «hablar las lenguas». La cual, como siempre sucede en estos casos, podría ser simplemente presentada como una metafórica reunión de las lenguas que habían sido también metafóricamente divididas en el episodio posdiluviano de la Torre de Babel, inspirado en los judíos deportados de una Babilonia torreada de *zigurat* y políglota.[30] En cambio, es descrita como una literal adquisición de habilidad lingüística:[31]

> Mucha gente se reunió al oír aquel ruido, y no sabían qué pensar, porque cada uno oía a los creyentes hablar en su propia lengua. Eran tales su sorpresa y asombro, que se decían unos a otros: «[...] Aquí hay gente de Partía, de Media, de Elam, de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto y de la provincia de Asia, de Frigia y de Panfilia, de Egipto y de las regiones de Libia cercanas a Cirene. Hay también quienes vienen de Roma, tanto judíos de nacimiento como convertidos al judaismo; y también los hay venidos de Creta y de Arabia. ¡Y todos les oímos contar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios!».

No todos, naturalmente, se dejaron engatusar. Según los mismos *Hecbos,*[iZ] «algunos decían burlándose: "¡Es que están borrachos!"», y el pobre Pedro no encontró nada mejor que rebatir patéticamente: «Estos no están borrachos, como creéis, cuando apenas son las nueve de la mañana».

En la *Primera carta a los corintios,*[i}] Pablo admite, de lodos modos, que quien «habla en lenguas extrañas, habla a I) ios y no a la gente, pues nadie lo entiende. Lo que dice es espiritual, pero nadie lo sabe [...] Por lo tanto, el que habla en lengua extraña pide a Dios que le conceda el don de interpretarla. Pues si yo oro en una lengua extraña, ciertamente estoy orando con mi espíritu, pero mi entendimiento no participa».

Hoy el fenómeno de la glosolalia es muy conocido y comprendido: se trata de una emisión de sonidos carente de significado que se parece a un verdadero lenguaje, hecha consciente o inconscientemente. Un ejemplo de uso consciente es el *gramelot* de los juglares medievales, retomado en nuestros días por Dario Fo: una lengua basada en sonidos onomatopéyicos inventados que recuerdan las sonoridades de una o varias lenguas o dialectos realmente existentes, y que unida a la mímica permite una rudimentaria y emotiva comunicación universal.

Un uso inconsciente es normal, en cambio, en los niños que están aprendiendo a hablar, y anormal en adultos con problemas de comunicación, desde los esquizofrénicos hasta los místicos. La edición oficial[34] parece tender a esta segunda interpretación, diciendo a propósito del fenómeno que «también podría tratarse de un lenguaje extático»: así, para los obispos, sus sucesores, los apóstoles habrían actuado más de buena que de mala fe, es decir, más como los esquizofrénicos que como los juglares.

Contrariamente a la profecía hecha por Pablo en la *Primera carta a los corintios*^ «un día los hombres [...] no hablarán más en lenguas», esto continúa haciéndose también en nuestros días: sobre todo en las Iglesias pentecostales que, obviamente, toman su nombre de la fiesta de *Pentecostés*, «Quincuagésimo», celebrada por los judíos en el quincuagésimo día después de la Pascua, como conclusión de las siete semanas de cosecha del trigo, durante la cual los *Hechos*^ sitúan simbólicamente el descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles.

En efecto, los pentecostales creen que la conversión y la salvación se producen a través del bautismo adulto, y que a él debe seguir el don de la glosolalia, según el guión neotestamentario. Y puesto que sobre los temas evangélicos hay espacio para cualquier posible interpretación, los cristianos

carismáticos están de acuerdo en la primera parte, pero no en la segunda: conversión y salvación sí, pero glosolalia no.

Entre paréntesis, no se deben confundir los pentecostales con los baptistas. También estos últimos, como indica su nombre, asignan un papel preeminente al bautismo, pero en su caso se trata de un rito que certifica una conversión ya ocurrida, y no una que aún está por provocar. Éste se administra mediante inmersión («bautismo» deriva justamente de *baptizein,* «sumergir»), después de alcanzar la edad de la razón, y sigue la profesión de fe *(credobautismo):* una especie de combinación de los dos ritos del bautismo por infusión de los recién nacidos *(pedobautismo)* y de confirmación de los adolescentes, adoptados por los católicos.

Además, aunque estas cosas puedan tener un sentido, en el caso de los católicos y de los baptistas, como también en otras sectas, se habla de Bautismo Trinitario, triplemente suministrado «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», según una fórmula que se encuentra una sola vez en el Nuevo Testamento, en *Mateo.*[i7] Para los pentecostales se habla en cambio de Bautismo Unitario, suministrado sólo «en nombre de Jesús», según la fórmula varias veces repetida en los *Hecbos:*[iS] es justamente a este Bautismo al que se refiere Pedro en su primer sermón público, después de Pentecostés, cuando dice que después de él todos recibirán «el don del Espíritu Santo».[39]

Pero pasemos, pues, a este último: el cual, por la misma naturaleza del sustantivo que lo define, es como mínimo evanescente e impalpable. El índice de la edición oficial de la Biblia, en la entrada «Espíritu Santo», hace media docena de improbables referencias al Antiguo Testamento: la primera incluso al comienzo del *Génesis,**[0] según el cual al principio «el espíritu de Elohim se movía sobre el agua».

Ahora bien, el término hebreo usado para «espíritu» es *ruach:* un sustantivo que aparece unas cuatrocientas veces

en el Antiguo Testamento, con los significados intercambiables de «espíritu», «viento», «hálito» y «aliento». Lo que se movía sobre las aguas no era, pues, más que el viento o el aire, llamados ambos *anemos* en griego: un término del que ha derivado nuestra «alma», pero cuyo significado original se ha mantenido en la palabra *anemómetro,* «medidor del viento», o en la expresión «alma de un neumático», para la cámara de aire de una goma.

En latín *animus* era sinónimo de *spiritus,* e indicaba la respiración: también este significado se ha conservado en *animal,* entendido como ser «animado», es decir, que respira. En sánscrito los dos movimientos de inspiración y expiración de los que se compone la respiración se llaman *brahmán* y *atman,* e indican también el soplo y la expansión el primero, y la respiración y la contracción el segundo. En griego los dos términos correspondientes eran *pneuma* y *psyche,* y ambos han confluido en el *spiritus* latino.

En resumen, el alma no es más que una hipostación de la respiración: no por casualidad, para infundir divinamente la vida, Jahvé se limita a soplar su aliento en la nariz de Adán,[41] en una especie de animación (justamente) boca a boca. Del mismo modo, el Espíritu Santo no es más que una hipostación del viento o del aire, es decir, de una típica causa invisible que produce efectos visibles: de nuevo no por casualidad, como ya hemos visto, su descenso pentecostal es descrito como un «viento que se abate, gallardo», acompañado por un «estruendo» del cielo, es decir, por un trueno como en los temporales o las tempestades, y el mismo Jesús dice que «El viento sopla donde quiere, y aunque oyes su ruido, no sabes de dónde viene ni adonde va. Así son todos los que nacen del Espíritu».[42]

A propósito de lingüística teológica, o de teología lingüística, es interesante notar que en el paso del hebreo *ruach* al griego *pneuma* y al latín *spiritus* hay un doble cambio de

género: de femenino a neutro y a masculino. Para los lingüistas el asunto acaba ahí. Para los teólogos, en cambio, allí comienza una de las habituales diatribas metafísicas: en este caso, sobre el género del Espíritu Santo. Y naturalmente están aquellos que, como los adventistas del séptimo día, estiman que debe ser femenino como en el original hebreo: un regreso, éste, a la antigua costumbre oriental de llamar ,il Espíritu Santo *Hagia Sophia,* «Santa Sabiduría», como en l.i homónima basílica bizantina inaugurada en 537 por el emperador Justiniano en Constantinopla, o en la homónima iglesia donde se celebró el Segundo Concilio de Nicea.

Una vez hipostasiado, en masculino o en femenino, el Ispíritu Santo sufre en el Nuevo Testamento una lenta y progresiva elaboración, a partir de las primeras y vagas alusiones esbozadas por Pablo. Por ejemplo, en la *Carta a los romanos:*[4]^ «Dios ha llenado con su amor nuestro corazón por medio del Espíritu Santo que nos ha dado», «todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios», y «el Espíritu mismo ruega a Dios por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras». O en la *Carta a los ¡•fesios:*[44] «Fuisteis unidos a él y sellados como propiedad ile Dios, por medio del Espíritu Santo que él había prometido».

A continuación, los postizos mitos del nacimiento de Jesús umfían al Espíritu Santo la concepción virginal del que va ,i nacer. Según *Mateo,*[45] María «se encontró encinta por el poder del Espíritu Santo», y José soñó que no debía preocuparse «porque el hijo que espera es obra del Espíritu Santo». Según *Lucas,*[46] en cambio, un ángel dijo a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti».

En el relato del bautismo de Jesús se introduce el simbolismo que, más que las lenguas de fuego de Pentecostés y la imposición de las manos de los apóstoles,[47] a continuación será asociado con el Espíritu Santo: el descenso de una paloma del

cielo desgarrado,[48] representado con muchas nubes, rayos y acompañamiento de ángeles por Bernini en el conjunto de la *Cátedra de San Pedro,* situada al fondo de la nave central de la basílica del Vaticano.

Aparte de estas intervenciones relativas a la Virgen y a Jesús, en los evangelios el Espíritu Santo es sólo anunciado: en particular en *Juan,*[49] donde Jesús lo presenta como *Paráclito,* que significa literalmente «abogado» (de *para,* «junto», *kaleo,* «llamo»), y metafóricamente «intercesor» o «consolador». Él lo define como «Espíritu de verdad que procede del Padre» y promete que rogará a su Padre para que lo mande después de él. Naturalmente, hoy en día estas expresiones literarias no nos hacen ni frío ni calor, pero en los primeros siglos de la era Vulgar recalentaban los ánimos de los cristianos y provocaron el cisma entre las Iglesias de Occidente y Oriente.

El Credo promulgado en 325 por el Primer Concilio de Nicea acababa diciendo sencillamente: «Creo en el Espíritu Santo». El Credo modificado en 381 por el Primer Concilio de Constantinopla presentaba, entre otras cosas, el añadido de que el Espíritu Santo «procede del Padre, y con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado»: esta versión aún la usan en la actualidad los ortodoxos (griegos y rusos) y los católicos orientales (coptos, maronitas, caldeos, rumanos, armenios, ucranianos y demás compañía).

En 431 el Concilio de Éfeso estableció que el Credo de Constantinopla era completo e inmodificable, pero en 447 el Sínodo de Toledo lo retocó por sugerencia del papa León I, decidiendo que el Espíritu Santo «procede del Padre y del Hijo»: el añadido en latín sonaba *Filioque* y originalmente fue introducido para contrarrestar un arranque de arrianismo, que estimaba al Hijo inferior al Padre (en particular, que era sólo humano y no divino). En 809 el Concilio de Aachen y el papa León III lo prohibieron, pero fue adoptado en 1014

por el papa Benedicto VIII para la coronación del emperador Enrique II. En 1054 el papa León IX y el patriarca Miguel I se excomulgaron mutuamente por este asunto, dando inicio al cisma.

A pesar de las verticistas reconciliaciones en 1274 y 1439, con ocasión del Segundo Concilio de Lyon y del Concilio de Basilea, inmediatamente desautorizadas por la base, las Iglesias de Occidente (católicos romanos y protestantes) y de Oriente (ortodoxos y católicos orientales) continúan separadas hasta hoy. Irónicamente, cada una se profesa a sí misma como «la Iglesia una, santa, católica y apostólica», como recitan coincidentemente sus Credos, y sigue estimando a la otra como cismática, aunque las respectivas excomuniones fueron retiradas en 1965 por el papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras I.

Además, el 6 de agosto de 2000, en un evidente intento de superar un problema considerado anacrónico incluso por el Vaticano, la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó una Declaración oficial firmada por el entonces cardenal Joseph Ratzinger y titulada *Dominus lesus* [El Señor Jesús], que reproducía el texto latino del Credo en el que faltaba la cláusula del *Filioque,* eliminada como si nada y sin ningún tipo de comentario. O sea: parafraseando al Thomas S. Eliot de *The Hollow Men* [Los hombres huecos], así acaba la vacía teología: no con un golpe, sino con un silencio.

Procedente o no del *ex Filioque* (naturalmente, no en los hechos de la realidad, sino en las fantasías de la invención), con el tiempo el Espíritu Santo se ha convertido literalmente en una *panacea,* «cura universal» (de *pan,* «todo», y *akos,* «cura»), es decir, una versión desmaterializada de la homónima diosa griega de la curación. En efecto, Pablo lo asocia con un número impreciso de *carismas,*[50] que hoy suenan tan extravagantes que incluso para la edición oficial «no es fácil ca racterizarlos singularmente »:

> A cada uno se le da una manifestación particular del Espíritu por la utilidad común. A uno le es concedido por el Espíritu el lenguaje de la sabiduría. A otro, en cambio, por medio del Espíritu, el lenguaje de la ciencia. A uno la fe por medio del mismo Espíritu. A otro el don de curar por medio del único Espíritu. A uno el poder de los milagros. A otro el don de la profecía. A otro el don de distinguir los espíritus. A otro la variedad de las lenguas. A otro, por último, la interpretación de las lenguas.

Más sobriamente, el *Catecismo*[51] asocia al Espíritu Santo siete *dones* (sabiduría, intelecto, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios) y doce *frutos* (amor, alegría, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benevolencia, benignidad, fidelidad, modestia, continencia y, como era de esperar, castidad): los primeros son tomados en préstamo de *Isaías,*[52]- que asigna seis de ellos al Mesías, y los segundos, de la *Carta a los gálatas,*[5i] que describe nueve en contraposición a las obras de la carne.

Ahora bien, se puede entender perfectamente a Pablo de manera metafórica, cuando dice: «Porque los malos deseos están en contra del Espíritu, y el Espíritu está en contra de los malos deseos».[54] Y cuando continúa declarando que «es fácil descubrir cómo se portan quienes siguen los malos deseos: cometen inmoralidades sexuales, hacen cosas impuras y viciosas, adoran ídolos y practican la brujería. Mantienen odios, discordias y celos. Se enojan fácilmente, provocan rivalidades, divisiones y partidismos. Son envidiosos, borrachos, glotones y otras cosas por el estilo».[55]

Pero de contraponer metafóricamente las obras del espíritu a las de la carne, como por otra parte ya había hecho Jesús con su famosa máxima «el espíritu es fuerte, pero la carne es débil»,[56] a pasar a las mayúsculas y asignar literalmente al Espíritu la naturaleza de «tercera persona de la Santísima Trinidad», declarando que «edifica, anima y santifica la Igle-

sia», como hace el *Catecismo,*[57] naturalmente hay una gran distancia.

En efecto, no todos consiguen seguir esta fuga hacia delante. Los unitarios, por ejemplo, que como dice su nombre sólo reconocen un único Dios, identificado con el Padre o el Creador. O los mormones, que consideran el Espíritu Santo un puro espíritu, siguiendo al pie de la letra el relato evangélico del bautismo de Jesús. O los testigos de Jehová, que lo consideran no como una persona, sino como una invisible fuerza activa que Dios emplea para llevar a cabo sus propósitos.

Y estos últimos tienen probablemente razón, dado que cuando los once deciden llenar el hueco dejado por el duodécimo, suicida (entre paréntesis, por ahorcamiento, según *Mateo,*[58] y por desgarramiento de las visceras, según los *Hechos*[59]*),* lo echaron a suertes para conocer la elección del Señor:[éo] hasta los fenómenos casuales son interpretados causalmente por la Biblia, con el sencillo truco de decir que todo cuanto sucede, casualmente o no, en realidad es causado por Dios.

Esta práctica de atribuir divinamente al Espíritu Santo la responsabilidad de elecciones «humanas, demasiado humanas», más tarde adoptada sistemáticamente por la Iglesia para convalidar sus decisiones más diversas, de la elección del Papa a los pronunciamientos doctrinarios, no es más que una versión de la «espiritualidad de los perros» de la que habla Charles Darwin en *El origen del hombre*:[61]

> La tendencia de los salvajes a imaginar que los objetos y los acontecimientos naturales están animados por esencias espirituales vivas, está quizás ilustrada por un pequeño hecho que he notado: mi perro, un animal bien desarrollado y muy sensible, un día bochornoso y tranquilo estaba echado sobre el prado, pero a poca distancia una ligera brisa agitaba ocasionalmente

un parasol abierto, que el perro habría ignorado completamente si alguien hubiera estado cerca de él. Y, en cambio, cada vez que el parasol se movía ligeramente, el perro gruñía y ladraba con ferocidad. Debía razonar, creo, automática e inconscientemente, que un movimiento sin aparente causa indicaba la presencia de algún extraño agente vivo.

Y es precisamente para tratar de evitar, cuando menos, la asonancia lingüística con el espiritismo que la traducción inglesa de la Biblia del rey Santiago, que desde 1611 asignaba al Espíritu Santo el nombre de *Holy Gbost,* «Espectro Santo», ha sido actualizada en el siglo xx por el más neutro *Holy Spirit.* Pero puesto que los fundamentalistas siguen usando la vieja expresión, la edición de 2005 del *Sílabo Concordato de Norfolk* incita a los profesores de las escuelas a «no usar la expresión Espectro Santo, que sugiere una connotación banal y siniestra de la tercera persona de la Trinidad» (y, además, también a «no usar expresiones como "el cuerpo de Jesús" o "la sangre de Jesús" para la eucaristía, que sugieren un consumo canibalista de carne humana»).

EL APÓSTOL DE LOS JUDÍOS

Como toda buena (tele)novela, el cristianismo no habría podido alcanzar el *hit parade* de las religiones sólo gracias a sus protagonistas, es decir, la Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo) y la Sagrada Familia (Jesús, José y María). Para convertirse en católica, es decir, literalmente de «mundovisión», una comedia requiere también excelentes guionistas que sepan ponerla en escena y unos extraordinarios contadores de historias que sepan relatarla: tareas éstas que en el cristianismo fueron asumidas por los «santísimos» Pedro y Pablo, seudónimos de Simón y Saulo.

Simón significa «escuchador» (del hebreo *shama,* «escuchar»), y Pedro significa «rocoso» (del griego *petra,* «roca», y *petros,* «piedra»): dos nombres que parecen elegidos aposta para ilustrar las dos historias cruciales de la vida del primer apóstol. La primera es su cooptación entre los seguidores de Jesús:[62]

> Paseaba Jesús por la orilla del lago de Galilea, cuando vio a dos hermanos: a Simón, también llamado Pedro, y a Andrés. Eran pescadores, y estaban echando la red al agua. Jesús les dijo: «Seguidme, y yo os haré pescadores de hombres». Al momento dejaron sus redes y se fueron con él.

Contado así, el episodio de dos pescadores que pican el anzuelo del primero que pasa y les ofrece un *upgrade* de los peces a los hombres es tan ridículo que la edición oficial se apresura a precisar: «Mateo esquematiza el relato de las vocaciones de los apóstoles», aunque *Marcos*[63] esquematiza de la misma manera.

Lucas,[64]* en cambio, la cuenta diciendo que después de haber subido a la barca del desconocido Simón para predicar, Jesús lo compensó con una pesca milagrosa: un argumento al cual, naturalmente, un pescador habría sido sensible. Esta vez el comentario de la edición oficial es que «Lucas es el único que refiere este hecho, del cual Pedro, jefe de los apóstoles, es significativamente protagonista», admitiendo así que la historia está sospechosamente referida sólo por un testigo de tercera mano.

Juan,[65] por el contrario, da a entender que fue testigo de primera mano, cuando narra:

> Uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús era Andrés, hermano de Simón Pedro. Lo primero que hizo Andrés fue buscar a su hermano Simón. Le dijo: «Hemos encontrado

al Mesías». Luego Andrés llevó a Simón a donde estaba Jesús; y cuando Jesús lo vio, dijo: «Tú eres Simón, hijo de Juan, pero serás llamado Cefas».

La edición oficial precisa que «el otro discípulo era el propio evangelista». Y Juan debía de estar gravemente enfermo de protagonismo, si además de presentarse en su propio evangelio como el discípulo preferido de Jesús, también pretende haber sido el primero en haber acogido su llamada, y el primero en haber llegado al sepulcro vacío: precediendo, en ambos casos, sin que ningún otro se percatara, al rocoso Simón.

A propósito del cual, los evangelios coinciden en afirmar que tenía el apodo de Pedro ya *antes* de conocer a Jesús: incluido *Juan,* aunque luego lo hace rebautizar inmediatamente Cefas, que no es más que la traducción aramea de Pedro. Y como «Simón» remite a que él escuchó a Jesús desde el principio, así «Pedro» permite el famoso juego de palabras reproducido por *Mateo:*[66]

> «Y vosotros, ¿quién decís que soy?», les preguntó. Simón Pedro le respondió: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente». Entonces Jesús le dijo: «Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque ningún hombre te ha revelado esto, sino mi Padre que está en el cielo. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra voy a edificar mi Iglesia; y el poder de la muerte no la vencerá. Te daré las llaves del reino de Dios; lo que ates en este mundo, también quedará atado en el cielo; y lo que desates en este mundo, también quedará desatado en el cielo».

Este pasaje es considerado por la Iglesia el acta oficial de su fundación, por un lado, y la investidura oficial de Pedro a su frente, por el otro, pero se trata de una fundación más sobre arenas movedizas que sobre una roca. En efecto, ante todo, como también la edición oficial admite, el término «iglesia»

aparece en los evangelios sólo en este pasaje y en otro apenas posterior,[67] en el que, sin embargo, sólo tiene un significado genérico de «asamblea», y así es traducido. Además, el remachado de Jesús y el juego de palabras «Pedro-piedra» (en el original griego *petros-petra,* «piedra-roca») no están en ningún otro evangelio, aunque en los otros dos sinópticos está el precedente intercambio de palabras entre Jesús y Pedro.[68] Por último, el asunto de «atar y desatar», reproducido sólo por *Mateo,* poco después es extendido por él a todos los apóstoles, y el poder de intercesión ante Dios incluso a toda comunidad de «dos o tres reunidos en mi nombre»,[69] aboliendo de hecho cualquier posición de privilegio tanto de la Iglesia como de Pedro.

Como si ello no bastara, y esta vez no sólo en *Mateo,*[70] sino también en *Marcos,*[7]^ inmediatamente después del pasaje anterior, Pedro se rebela ante la idea de que Jesús pueda ser asesinado, y éste se vuelve contra él, despotricando: «¡Apártate de mí, Satanás! Tú no ves las cosas como las ve Dios, sino como las ven los hombres». Bonita investidura ésta, no hace falta decirlo, en la que el primer Papa es comparado con el Diablo directamente por el Patrón...

Ahora bien, demonio quizá sea excesivo, pero que Pedro era un tipejo no se puede negar. En efecto, ya hemos visto que fue él quien cortó con la espada la oreja del siervo del sumo sacerdote. Como también fue él quien negó a Jesús tres veces antes de que cantara el gallo,[71] según se había previsto con gran escándalo por su parte durante la Última Cena.[73] Y fue siempre él quien dejó tiesos a los cónyuges Ananías y Safira, culpables de no haber entregado a la comunidad todas las ganancias de la venta de un terreno, de modo que «todos los que se enteraron de estas cosas, se llenaron de temor».[74]

Un episodio edificante, este último, a propósito del cual la edición oficial sólo tiene que decir que «por primera vez la comunidad cristiana es llamada Iglesia». Y no, en cambio,

que éste revela cómo desde el inicio esa «comunidad llamada Iglesia» había comenzado a incautarse por la fuerza de los bienes de los cristianos, inaugurando un *business* cuyas modalidades eran que «quienes poseían terrenos o casas, los vendían, y el dinero lo ponían a disposición de los apóstoles».[75]

Y así, gota a gota, o mejor, campo a campo y casa a casa, en dos mil años la Iglesia ha podido acumular un patrimonio inmenso, que en el pasado era administrado por el llamado Óbolo de San Pedro, y hoy por el pío Instituto para las Obras de Religión (IOR). Entre 1971 y 1989, su presidente fue el hábil e inefable arzobispo Paul Marcinkus, conocido por haber declarado que «no se puede gobernar la Iglesia con los Ave María»[76] y por haber inspirado la película de Francis Ford Coppola *El Padrino III.* Bajo su dirección, el banco se hizo famoso por el blanqueo de dinero negro de los industriales católicos, orquestado por devotos asesores financieros como Roberto Calvi y Michele Sindona, asesinados en 1982 y 1986.

En 1978 el nuevo papa Juan Pablo I decidió hacer limpieza de los «banqueros de Dios», pero murió repentinamente un mes después de su elección. Aunque Marcinkus era sospechoso de su asesinato, y de tener negocios con la mafia y la masonería, en particular con la logia neofascista P2 de Licio Gelli, a la que pertenecían tanto Calvi como Sindona, Juan Pablo II lo dejó en su puesto, no sólo entonces, sino también durante los siete años siguientes a su imputación en 1982 por la quiebra, que ascendió a un total de tres mil quinientos millones de dólares, del Banco Ambrosiano presidido por Calvi, del que el IOR era el mayor accionista.

El Vaticano se rasgó farisaicamente las vestiduras, pero se vio obligado a pagar 241 millones de dólares de indemnización a los acreedores. Y a continuación el hijo de Calvi hizo pública una carta[77] escrita por su corrupto progenitor

al Santo Padre dos semanas antes de ser asesinado, en la que se lamentaba:

> Santidad, he sido yo quien se ha echado encima el pesado fardo de los errores, además de las culpas cometidas por los actuales y anteriores representantes del IOR, incluidas las fechorías de Sindona. [...] He sido yo quien, por preciso encargo de Sus autorizados representantes, he dispuesto notables financiaciones a favor de muchos países y asociaciones político-religiosas del Este y del Oeste. [...] He sido yo quien ha coordinado en toda Centroamérica la creación de numerosas entidades bancarias, sobre todo con el fin de contrarrestar la penetración y la expansión de ideologías filomarxistas. Y soy yo, por último, quien hoy es traicionado y abandonado.

La alusión a las «asociaciones político-religiosas del Este y del Oeste» es, en particular, a Solidaridad en Polonia y a los Contras en Nicaragua: la «caída del comunismo» fue ayudada, en efecto, no por hipotéticas intervenciones celestiales de la Virgen de Fátima, sino por reales financiaciones terrenales del papa Wojtyla y del presidente Reagan, y en especial se acusó al Banco Vaticano de haber manejado los fondos secretos descubiertos por el escándalo Irán-Contras.

Otro escándalo embistió al IOR en 1997, cuando se hizo público un informe del Departamento del Tesoro americano de 1946, confirmado más tarde por un informe de dicho departamento en 1998, en el que se revelaba que al final de la Segunda Guerra Mundial los nazis croatas habían depositado un tesoro en el Banco Vaticano: esta vez la Santa Sede se limitó a desmentirlo, pero denegó el permiso para revisar sus archivos al respecto.

En 1999, por último (al menos de momento), el IOR fue citado en el tribunal de San Francisco, junto con otros bancos y asociaciones religiosas católicas, por una organización que

representa a 300.000 víctimas, además de los supervivientes, de los campos de concentración yugoslavos creados por los nacionalistas clérico-fascistas controlados por las jerarquías católicas. Además de las acusaciones de genocidio contra varios sacerdotes, el IOR debió enfrentarse a las de gestión de los botines de guerra y de la financiación de redes como la siniestra Odessa *(Organization Der Ehetnaligen SS-Angehórigen,* «Organización de los ex miembros de las SS»), que ayudaron a criminales nazis como Adolf Eichmann, Joseph Mengele y Erich Priebke a huir a Latinoamérica.

Si un buen día se ve desde por la mañana, sin duda ha sido excelente este día que nos ha permitido ver el primer escándalo financiero de la Iglesia, con doble asesinato incluido (¿quizá una profética referencia a las muertes de Calvi y Sindona?), y que nos ha conducido a la divagación sobre el IOR.

Volviendo al asesino, es decir, a Pedro, los *Hechos*[78] narran también con gran énfasis su primer milagro: la curación de un cojo es percibida con tal sorpresa que todos «se llenaron de asombro», se convirtieron cinco mil hombres, convocaron el Sanedrín con gran pompa y «glorificaron a Dios por lo sucedido».

Pero igual de sorprendente es esta doble reacción, del pueblo entusiasta y del Sanedrín preocupado: ambos parecen ahora tan impresionados por un único petardo de segunda categoría lanzado por el apóstol Pedro, como pocas semanas antes se habían quedado indiferentes ante los fuegos artificiales de primera categoría desplegados por el Jesús Mago, vivo y *post mortem.* Quizás entonces no habían visto nada, porque no había sucedido nada. O quizá ahora los discípulos habían superado al maestro, pues los *Hechos*[79] siguen diciendo:

> Por esto aumentó el número de personas, tanto hombres como mujeres, que creían en el Señor. Y sacaban a los enfermos a

> las calles, poniéndolos en camas y camillas para que, al pasar Pedro, al menos su sombra cayera sobre alguno. También de los pueblos vecinos acudía mucha gente a Jerusalén, trayendo enfermos y personas atormentadas por espíritus impuros. Y todos eran sanados.

No obstante, hasta este momento los cristianos eran todos judíos convertidos. Pero un día[80] Pedro, a eso del mediodía, subió a orar a la azotea, entró en éxtasis (o, más probablemente, tuvo una insolación) y una voz le dijo tres veces que comiera carne impura. Él interpretó lo ocurrido como un permiso para visitar a un centurión romano que, por su parte, había recibido de un ángel la orden de invitarlo. Y durante el encuentro entre estos visionarios se produjo el «Pentecostés de los paganos»:[81]

> Aún estaba hablando Pedro, cuando el Espíritu Santo vino sobre todos los que escuchaban el mensaje. Y los creyentes procedentes del judaismo que habían llegado con Pedro, se quedaron admirados de que el Espíritu Santo fuera dado también a los que no eran judíos, pues les oían hablar en lenguas extrañas y alabar a Dios. Entonces Pedro dijo: «¿Acaso puede impedirse que sean bautizadas estas personas que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?».

Sin este episodio quizá no estaríamos hablando aquí de cristianismo, porque la epidemia habría quedado circunscrita al pueblo judío. En cambio, desde entonces se rompieron las defensas y el mundo entero fue contaminado. Naturalmente, no sin resistencias de los puristas, quienes primero se rebelaron ante la idea de que también pudieran convertirse los no circuncidados,[82]- de acuerdo con las palabras del mismo Jesús: «No os dirijáis a las regiones de los paganos» y «Dios me ha enviado únicamente a las ovejas perdidas del

pueblo de Israel».[83] Y a continuación pretendieron que los conversos fueran circuncidados igualmente, y que también respetaran la ley judía además de la cristiana, una vez más según las precisas instrucciones de Jesús: «No creáis que he venido para poner fin a la ley de Moisés y a las enseñanzas de los profetas. No he venido a ponerles fin, sino a darles su verdadero sentido».[84]

En el Concilio de Jerusalén del año 49 o 50, esta última posición chocó con la contraria, sostenida por Pablo y por la comunidad de Antioquía. Según los *Hechos*[85] Pedro se alineó con ellos, sosteniendo que no se debía imponer «sobre estos creyentes una carga que ni nosotros ni nuestros antepasados hemos podido soportar».[86] Entonces se redactó el que la edición oficial define como «el primer documento disciplinario de la Iglesia»:[87]

> Pues ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros *[sic]* no imponeros más cargas que éstas indispensables: que no comáis carne de animales ofrecidos en sacrificio a los ídolos, que no comáis sangre, ni carne de animales ahogados.

Pero es evidentemente que a continuación Pedro cambió de idea, pues en la *Carta a los gálatas*[88] Pablo cuenta complacido:

> Pero cuando Cefas fue a Antioquía, le reprendí cara a cara, porque lo que estaba haciendo era condenable. Pues al principio comía con los no judíos; pero después de que llegaran algunas personas de parte de Santiago, comen/ó a separarse, y dejó de comer con ellos, porque tenía miedo de los fanáticos de la circuncisión. Y los otros creyentes de origen judío consintieron también con Pedro en su hipocresía.

Apenas mayor de edad, la Iglesia conoció así el primero de sus innumerables cismas: por un lado, la comunidad de Jeru-

salen, dirigida por Pedro, apóstol de los judíos, que estimaba el cristianismo como un hecho de derivación y pertinencia judías; y, por el otro, la comunidad de Antioquía, dirigida por Pablo, apóstol de los gentiles, que en cambio lo consideraba un hecho abierto al mundo entero.

Y la victoria de Pablo sobre Pedro fue tan clara que desde ese momento el segundo desaparece de la historia de los *Hechos de los apóstoles.* En particular, el suceso según el cual, al huir de Roma para evitar la ejecución se le apareció Jesús y le preguntó *Quo vadis?* [¿Dónde vas?] no es más que una leyenda tomada de unos *Hechos de Pedro* apócrifos. Como también lo es que, tras volver sobre sus pasos, quisiera ser crucificado cabeza abajo, porque no se consideraba digno de sufrir el mismo suplicio de Cristo: un tema considerado interesante por los distintos pintores de la *Crucifixión de san Pedro,* desde Miguel Ángel en la Capilla Paolina del Vaticano (1550) hasta Caravaggio en Santa Maria del Popólo (1601).

Pero quizá toda la historia de Pedro sea una leyenda didáctica, dado que también para él, como antes para Jesús, no existen testimonios históricos fuera de los neotestamentarios. En particular, no hay pruebas de su permanencia y muerte en Roma, y probablemente se limite a un pío deseo el hallazgo de su tumba algunos metros por debajo del altar mayor de San Pedro, a consecuencia de las excavaciones ordenadas por Pío XII en 1939 y culminadas con su triunfal mensaje radiofónico de Navidad del 23 de diciembre de 1950:

> ¿Realmente se ha encontrado la tumba de san Pedro? Ante esta pregunta la conclusión final de los trabajos y de los estudios responde con un clarísimo «sí». Se ha encontrado la tumba del príncipe de los apóstoles.
>
> Una segunda cuestión, subordinada a la primera, concierne a las reliquias del Santo. ¿Se han encontrado? Al margen del

> sepulcro se hallaron restos de huesos humanos, que no es posible probar con certeza que pertenezcan a los despojos mortales del apóstol.

Pío deseo porque, ante todo, en el que en teoría debía de ser un cementerio cristiano se habían encontrado también huesos de cabra, oveja, vaca, cerda, pollo y ratón.[89] Y luego porque se probó con certeza que los huesos humanos que el propio Papa había custodiado en una urna durante catorce años en la capilla de sus apartamentos privados no pertenecían a un solo hombre, sino a una trinidad compuesta por dos hombres y una mujer anciana.[90]

Gracias al hallazgo en 1950 de dos fragmentos de esgrafiados *PETI* y *ENI,* fantasiosamente completados en la expresión *PETROS EN ESTIN,* «Pedro está aquí»,[91] pero que también podrían significar *PETROS ENDEI,* «Pedro falta», es decir, «*no* está aquí», hoy la tumba de san Pedro ha sido localizada en un lugar *distinto* del identificado con un clarísimo «sí» por Pío XII. Y algunos huesos olvidados durante diez años en un almacén, y afortunadamente reaparecidos en 1953,[92]- han sido certificados como los de Pedro por Pablo VI en la Audiencia General del 26 de junio de 1968:

> Tanto más atentos y exultantes debemos estar, cuanto que tenemos razones para considerar que se han hallado los pocos pero sacrosantos restos mortales del príncipe de los apóstoles, de Simón hijo de Jonás, del pescador llamado Pedro por Cristo, de aquel que fue elegido por el Señor como fundamento de su Iglesia, *y* al que el Señor confió las sumas llaves de su reino.

Contentos ellos, contentos todos. Aunque ya hemos visto que los nombres de Pedro recordados por su sucesor parecen haber sido elegidos por los evangelios, como también parecen falsos los episodios de su triple negación durante la pasión, y

de la simétrica triple propuesta amorosa a **Jesús** resucitado, narrada sólo por *Juan*[9]''' en el postizo capítulo final de su evangelio.

La escena parece añadida aposta para afirmar la primacía pastoral de Pedro, al cual Jesús dice tres veces: «Cuida de mis ovejas y de mis corderos». Una primacía que, no obstante, se basa sólo en este texto y en la igualmente tambaleante fundación de «tú eres Pedro, y sobre esta piedra voy a edificar mi Iglesia», además de sobre la leyenda de que Pedro fue el primer obispo de Roma.

Leyenda, porque no sólo no hay testimonios de ningún tipo (ni siquiera bíblicos) en su favor, sino que los hay en contra. Por ejemplo, la *Carta a los romanos*,[9]* de 57 o 58 e.V., saluda por su nombre a una treintena de representantes de la comunidad cristiana, pero no a Pedro. La lista de los *primeros obispos de Roma compilada por* Ireneo *hacia* 200 enumera los primeros doce, pero parte de Lino y no de Pedro. Y una Constitución Apostólica de 270 precisa que Lino fue nombrado directamente por Pablo, sin mencionar a Pedro.

Hoy hasta los biblistas ecuménicos, católicos y protestantes, se ven obligados a admitirlo:[95]

> No hay ningún testimonio seguro del hecho de que Pedro haya regido nunca como jefe supremo u obispo la iglesia local de Roma. Según el Nuevo Testamento, no sabemos nada de una sucesión de Pedro en Roma.

EL APÓSTOL DE LOS GENTILES

El *alter* ego oficial de Simón Pedro es Saulo Pablo, cuyos dos nombres no parecen tener un particular valor metafórico: el primero, hebreo, es sencillamente un homenaje al rey Saúl,

perteneciente como su familia a la tribu de Benjamín; el segundo, romano, es una versión latinizada del primero.

Pablo hace su primera aparición en los *Hechos*,[96] como espectador del martirio del protomártir Esteban y custodio de las ropas de sus ejecutores. En efecto, se dice que «estaba allí, dando su aprobación a la muerte», y que «perseguía a la Iglesia; entraba de casa en casa, y sacaba a rastras a hombres y mujeres para mandarlos a la cárcel». Y él mismo confirma, en la *Carta a los gálatas*:[97]

> Ya habréis oído decir que yo, en otro tiempo, cuando pertenecía al judaismo, perseguí con violencia a la Iglesia de Dios, y procuré destruirla. En el judaismo yo estaba más adelantado que muchos de mis paisanos de mi misma edad, porque era mucho más estricto en guardar las tradiciones de mis antepasados.

Lo que sucedió después es conocido, también porque los *Hechos*[9&] lo repiten nada menos que tres veces. Es decir, mientras estaba en el camino de Damasco, Pablo vio una luz que venía del cielo. Cayó al suelo y oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Y él inmediatamente se convirtió, se hizo bautizar, se retiró durante un tiempo al desierto y luego empezó a predicar un evangelio que no conocía: lo cual requirió algunas clases impartidas directamente por Jesús, que si bien ya había subido al cielo se le apareció más de una vez sobre esta tierra."

Naturalmente, toda la historia es sospechosa. No por casualidad, aunque la actual edición oficial deduzca, festiva, que la «enseñanza de Pablo no es de origen humano»,[100] en cambio su contemporáneo Festo le gritó, ya harto: «¡Estás loco, Pablo! ¡De tanto estudiar te has vuelto loco!».[101] Lo cual demuestra que no es preciso ser moderno para saber que la experiencia de lo sobrenatural es sólo uno de los nom-

bres de la enfermedad mental, así como no es necesario ser antiguo para creer que en el éxtasis los desequilibrados se comunican con Dios.

El ejemplo más típico es aquel en que la hipersensibilidad y la autoexaltación de una joven la llevan a tomar una fantasía autoerótica, sensual o sexual, por el encuentro con un ser verdadero, angelical o divino. Probablemente ha sucedido en la anunciación de María, y ciertamente ha sucedido en el famoso *Éxtasis de santa Teresa,* representado por Bernini en 1652 en Santa Maria della Vittoria, en Roma, sobre la base del vivido relato de la misma protagonista en su *Autobiografía:*[102]-

> Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo de a gustar a quien pensare que miento...

Lo hemos experimentado, Teresa, lo hemos experimentado. Sólo que lo llamamos con un nombre un poco más prosaico, *transverberación,* «experiencia indecible», y lo celebramos un poco más a menudo que una sola vez al año, el 26 de agosto, «con misa solemne y oficio especial». Y si lo hubiese experimentado también Pablo, aunque sólo fuera en el desequilibrio de la mística erótica, por no hablar del equilibrio de una sana vida sexual, quizás el cristianismo hubiera recorrido un ca-

mino menos perverso que aquel por donde lo han conducido sus ya citadas posiciones sobre la mujer y el sexo.

En cambio, Pablo fue un místico de la peor especie, que en sus supuestas visiones divinas sólo encontró la justificación para pasar de una furiosa persecución del cristianismo a una igualmente furiosa predicación de su personal evangelio, además de a la certificación de que éste era el único «verdadero»:[103]

> Pero si alguien os anuncia un mensaje de salvación distinto del que os hemos anunciado, tanto si se trata de mí mismo como de un ángel venido del cielo, caiga bajo maldición. [...] El mensaje de salvación que anuncio no es una idea humana. No lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino que Jesucristo mismo me lo dio a conocer [...] para que yo anunciara su mensaje de salvación entre los no judíos. Y no fui entonces a consultar con nadie, ni fui tampoco a Jerusalén a ver a los que eran apóstoles antes que yo.

Naturalmente esta predicación por libre en un momento dado requiere una «consulta» con los testigos oculares, que según Pablo[104] sólo se habría producido después de tres años de enseñanza independiente, en un encuentro de quince días con Pedro y Santiago, que eran los jefes de la comunidad de Jerusalén: el primero por motivos obvios, y el segundo en cuanto «hermano de Jesús».[105] Después de lo cual Pablo recorrió otra vez su camino durante otros catorce años, cuando volvió a Jerusalén por segunda vez para el Concilio, «debido a una revelación»: por si no estuviera claro, esto significa, según la edición oficial, que «la visita a la Iglesia madre fue inspirada por Dios».[loé]

Pero nosotros, pobres mortales, no sabemos qué sucedió de verdad, ni en un caso ni en otro, dado que las noticias sobre los asuntos de los primeros años del cristianismo nos llegan casi únicamente a través del mismo Pablo: o directa-

mente, a través de sus cartas, o indirectamente, a través de los *Hechos* de su discípulo, Lucas. Por consiguiente, se puede presumir que, como ocurre siempre, la historia fue escrita por el vencedor: por él, justamente, que consiguió hacer prevalecer su idea de una predicación abierta a los gentiles y no restringida a los judíos. Aunque luego concedió el honor de las armas a su adversario, diciendo: «Dios me había confiado la misión de predicar el mensaje de salvación a los no judíos, así como a Pedro le había confiado la misión de predicarlo a los judíos».[107]

En realidad, ya *Isaías*,[108] al hablar de la extensión del nuevo reino de Israel, había hecho decir a Jahvé:

> Y a los extranjeros que se entreguen a mí, para servirme y amarme, para ser mis siervos, si respetan el día de reposo y no lo profanan y se mantienen firmes en mi pacto, yo los traeré a mi monte santo y los haré felices en mi casa de oración. Y aceptaré en mi altar sus holocaustos y sacrificios, porque mi casa será declarada casa de oración para todos los pueblos.

Ya había, pues, una idea de misión universal en el judaismo, que permitía no considerar el bautismo de los gentiles inaugurado por Pedro como una discontinuidad. Lo era, en cambio, el proselitismo misionero característico del cristianismo, primero, y del islam, después, basado en las palabras de Jesús Resucitado: «Id, pues, y haced mis discípulos a todos los habitantes del mundo».[109]

Pero lo era, sobre todo, la verdadera novedad introducida por Pablo: una desvinculación del judaismo, que estaba completamente en contra del cristianismo original. Este último sobrevivió durante algún tiempo en la constelación de las comunidades judeocristianas que conjugaron la ley mosaica y la doctrina cristiana inspirándose en las enseñanzas de Pedro y Santiago, contrapuestas a las de Pablo: una contraposición

subrayada por la *Carta de Santiago,*[110] en la que se afirma que «así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe está muerta, si no va acompañada de hechos», mientras que en la *Carta a los gálatas*[111] decía exactamente lo contrario, que los hombres están libres «de culpa por medio de esta fe y no por hacer lo que manda la ley».

A propósito de Santiago, que era uno de los cuatro hermanos carnales de Jesús,[112] él se convirtió en el guía de la comunidad de Jerusalén: primero junto con Pedro, y luego solo. No obstante, mientras que Pedro y Pablo son mencionados unas 190 y 170 veces en el Nuevo Testamento, Santiago lo es apenas once, de las que sólo tres aparecen en los *Hechos.* Lo cual sugiere una eliminación de la corriente judeocristiana ortodoxa que dependía de él, como consanguíneo de Jesús: una corriente que, según Justino,[113] estimaba que Jesús era solamente «un hombre engendrado por un hombre», convertido a continuación en el Mesías por «elección».

Después de la conquista romana de Jerusalén en el año 70 y la diáspora judía en 135, esta corriente se extinguió gradualmente, fragmentándose en parte en varias sectas «heréticas». Por ejemplo, los *ebionitas,* «pobrecillos», cuyo evangelio no hablaba de nacimientos milagrosos o resurrecciones, y se limitaba a presentar a Jesús como un profeta excepcional, pero no divino. O los *elcasaitas,* que tomaban su nombre de su fundador, Elcasai, y creían que la humanidad y el sufrimiento de Jesús sólo habían sido aparentes. O los *nazarenos,* que practicaban la castidad y la abstinencia, tenían el pelo largo y probablemente dieron su nombre a Jesús y a sus discípulos: por un lado, en sus tiempos no hay testimonios históricos de la existencia de la ciudad de Nazaret; por el otro, los primeros cristianos son llamados nazarenos en los *Hechos.*[114]

En cuanto a la predicación de Pablo, según los mismos *Hechos,* se produjo en tres etapas. Un primer viaje,[115] entre los años 47 y 49, lo llevó de Chipre a Asia Menor, con muda-

ble fortuna: «Al oír esto, los no judíos se alegraron y comenzaron a decir que el mensaje del Señor era bueno», pero los judíos «se llenaron de envidia, y comenzaron a contradecir a Pablo y a insultarle».[116] Una vez, incluso, estos últimos apedrearon «a Pablo y, creyendo que lo habían matado, lo arrastraron fuera del pueblo».[117]

Después de haber participado en el Concilio de Jerusalén en el año 49 o 50 para dirimir la cuestión de la predicación a los judíos o a los gentiles, Pablo emprendió un segundo viaje"[8] de un par de años a Macedonia, desde donde lo había llamado en sueños un macedonio desconocido y adonde lo guió, ya despierto, el famoso Espíritu Santo. En Filipos fue azotado y arrestado, pero durante la noche «hubo un repentino temblor de tierra, tan violento que sacudió los cimientos de la cárcel. Al momento se abrieron todas las puertas, y a todos los presos se les soltaron las cadenas»: no obstante, Pablo no huyó, prefirió esperar a ser liberado al día siguiente sin mayores contratiempos, por cuanto era ciudadano romano, curiosamente. Pero el prodigio no fue del todo en vano, pues dio como fruto una conversión, la del carcelero, y una cena «llena de alegría» para Pablo.[119]

Llegado a Atenas, hizo en el Areópago un famoso discurso,[12]-[0] que marcó el inicio de la mezcla entre la fe de Oriente Medio y la razón occidental o, como prefiere decir la edición oficial, «entre la doctrina cristiana y la cultura pagana». Pablo empezó bien, volando alto: anunció que el Dios Desconocido al cual estaba dedicado un altar *in loco,* y al que los griegos adoraban sin conocer, no era otro que el «Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, [...] Señor del cielo y de la tierra», e incluso citó un verso del *Himno a Zeus* de Cleante: «Somos descendientes de Dios». Pero acabó muy mal, estrellándose contra el suelo: «Al oír aquello de la resurrección, unos se burlaron y otros dijeron: "Ya te oiremos hablar de eso en otra ocasión"».

En Corinto, donde permaneció un año y medio, escribió las dos *Cartas a los tesalonicenses,* que constituyen los primeros documentos que nos han llegado del cristianismo. Significativamente, éstas abordan el tema de la segunda venida de Jesús, que Pablo creía inminente:[121]

> Por eso os decimos, como enseñanza del Señor, que nosotros, los que quedemos vivos hasta el regreso del Señor, no nos adelantaremos a los que ya murieron. [...] Entonces, los que murieron creyendo en el Cristo resucitarán primero; después, los que estemos vivos seremos llevados juntamente con ellos, en las nubes, para encontrarnos con el Señor en el aire, y así estaremos con el Señor para siempre.

No habría porque ensañarse, bastaría con advertir que, sin duda, al menos uno, o el Señor o Pablo, se ha equivocado mucho, si no fuera porque la edición oficial comenta impertérrita: «La palabra del Señor quizá sea una revelación especial. Pablo formula la hipótesis de una venida próxima de Cristo, en la cual también él está presente, pero sabe con toda certeza que nadie conoce cuándo vendrá». Y, en cambio, la *Segunda carta* confirma la infeliz profecía, llegando a especificar:[1ZZ]

> No os dejéis engañar de ninguna manera. Pues antes de aquel día tiene que venir la rebelión contra Dios, cuando aparezca el hombre malvado, el que está condenado a destrucción. Éste es el enemigo que se levanta contra todo lo que lleva el nombre de Dios o merece ser adorado, y llega incluso a instalar su trono en el templo de Dios, haciéndose pasar por Dios.

A continuación veremos que este Anticristo fue identificado por Lutero como el Papa, y por el Papa como Lutero. Otros, en cambio, de Thomas Jefferson a Friedrich Nietzsche, han visto su encarnación en el propio Pablo, considerándolo un

desangelista, «anunciador de malas noticias». Pero, puesto que en cualquier caso Cristo no ha venido, algo debe de haber salido mal en alguna parte, aunque desde luego no seremos nosotros los que nos preocuparemos de ello. Y tampoco se preocupó Pablo, ya que apenas de regreso a Antioquía partió para un tercer viaje, iniciado en el año 53 y terminado en el 57.[123]

Esta vez se detuvo en Efeso durante tres años, donde realizó tan grandes prodigios «que hasta los pañuelos o las ropas que habían sido tocadas por su cuerpo eran llevadas a los enfermos, y éstos se curaban de sus enfermedades, y los espíritus malignos salían de ellos». Y cuando «algunos judíos que andaban por las calles expulsando espíritus malignos, trataron de usar para ello el nombre del Señor Jesús», sucedió que uno de estos espíritus malignos les contestó: «Conozco a Jesús y sé quién es Pablo, pero vosotros, ¿quiénes sois?».'[24] Evidentemente, ya entonces los negocios eran cuestión de enchufe...

Desde Éfeso Pablo escribió las dos famosas *Cartas a los corintios,* que hemos citado varias veces. La primera, en particular, establece la oposición entre el cristianismo y el pensamiento racional: «Los judíos quieren ver señales milagrosas, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros anunciamos a un Mesías crucificado. Esto resulta ofensivo para los judíos, y a los no judíos les parece una tontería».[125] Por tanto, «si alguno de vosotros se cree sabio según la sabiduría de este mundo, vuélvase como un ignorante, para así llegar a ser verdaderamente sabio».'[26]

En cuanto a la sabiduría de Dios, ésta enseña que «el esposo es cabeza de su esposa», porque «es imagen de Dios y refleja la gloria de Dios. Pero la mujer refleja la gloria del hombre, pues el hombre no fue sacado de la mujer, sino la mujer del hombre». En particular, «el hombre no debe cubrirse la cabeza», pero «la mujer debe llevar sobre la cabeza

una señal de autoridad».[127] En consecuencia, «las mujeres deben guardar silencio en el culto de la iglesia, porque» están «sometidas a sus esposos»: «Si quieren saber algo, que se lo pregunten a ellos en casa».[128]

En la segunda carta, además de meter el cazo para obtener «una muestra de generosidad»[129] y no de tacañería, Pablo revela en tercera persona una experiencia paranormal que tuvo en el año 43, distinta de la visión en el camino de Damasco del año 37: «Conozco a un hombre que cree en Cristo y que hace catorce años fue llevado al tercer cielo. No sé si fue en cuerpo o en espíritu; eso Dios lo sabe. Pero sé que ese hombre (si en cuerpo o en espíritu, no lo sé, sólo Dios lo sabe) fue llevado al Paraíso, y oyó palabras tan secretas que a nadie se le permite pronunciar».[130]

De paso por Corinto, esta vez siguiendo recorridos a ras del suelo, escribió la *Carta a los romanos,* que la edición oficial define como «indudablemente la obra maestra del genio de Pablo y un documento de importancia excepcional para el cristianismo de todos los tiempos». No nos sorprende, dado que se leen afirmaciones que le vienen muy bien a la Iglesia y al Estado, como: «Todos deben someterse a las autoridades establecidas. Porque no hay autoridad que no venga de Dios, y las que hay, por él fueron puestas».[131]

De vuelta a Jerusalén en el 57, Pablo magnificó el trabajo que había realizado entre los gentiles, pero oyó que Santiago le proponía por enésima vez el antiguo y nunca resuelto problema:[132]

> Bueno, hermano, ya ves que entre los judíos hay muchos miles que han creído, y todos insisten en que es necesario seguir la ley de Moisés. Les han informado de que tú enseñas a los judíos que viven en el extranjero a no hacer caso de lo dispuesto por Moisés, y que les dices que no deben circuncidar a sus hijos ni seguir nuestras costumbres. ¿Qué hay de esto?

Como gesto demostrativo, para hacer ver que también él observaba los preceptos judíos, Pablo se dirigió al día siguiente al templo, pero la visita surtió el efecto contrario de enfurecer a los fieles. Poco después, según los *Hechos*^^ toda «la ciudad se alborotó» y él fue arrestado por el comandante, flagelado y trasladado a Cesárea, donde permaneció durante dos años en prisión.

Al ser ciudadano romano, apeló a César y fue enviado a Roma, donde llegó después de un viaje de varios meses lleno de aventuras y, naturalmente, de prodigios. De éstos, el más grávido en consecuencias folclóricas fue ciertamente la mordedura de una víbora en Malta, de la que resultó indemne:[134] en esta leyenda se basa el culto que se le rinde como protector de las serpientes en Sicilia, Calabria y Apulia.'" En particular, en la iglesia de San Paolo a Galatina se celebra el 29 de junio de cada año, fiesta de Pedro y Pablo, la ceremonia de exorcismo de las tarantuladas: mujeres picadas por la *taranta (Lycosa tarántula* o araña lobo), una araña que toma su nombre de la ciudad de Taranto, y que se creía que provocaba el impulso, de naturaleza histérica, de bailar una danza epiléptica que inspiró la *tarantela.*[1]^[6]

Volviendo al tarantulado Pablo, después de dos años de arresto domiciliario en Roma[137] al fin fue absuelto,[138] y desde ese momento se pierde su rastro. En efecto, no es más que una leyenda que fuera encarcelado de nuevo bajo Nerón y que muriese en 67 a espada, como era privilegio de los ciudadanos romanos. Pero, de un modo u otro, en aquellos años concluyó la vida de aquel al que Antonio Gramsci llamó «el Lenin del cristianismo», vistos los métodos de lucha que él mismo admitió que usaba:[139]

> Con los judíos me vuelvo como un judío, para ganarlos a ellos; es decir, que para ganar a los que viven bajo la ley de Moisés, yo mismo me pongo bajo esa ley, aunque en realidad no estoy

> sujeto a ella. Igualmente, para ganar a los que no viven bajo la ley de Moisés, me vuelvo como uno de ellos, aunque realmente estoy sujeto a la ley de Dios, ya que estoy bajo la ley de Cristo. Con los que son débiles en la fe, también para ganarlos, me vuelvo débil como uno de ellos. Es decir, que me he hecho igual a todos para, de alguna manera, poder salvar a algunos.

Evidentemente, estos métodos no le granjearon demasiadas simpatías, pero contribuyeron a que llevara una vida temeraria e interesante, de la que él mismo hizo este balance:[140]

> En cinco ocasiones me castigaron los judíos con los treinta y nueve azotes. Tres veces me apalearon, y una me apedrearon. En tres ocasiones se hundió el barco en que viajaba, y en trance de ahogarme pasé una noche y un día en alta mar. He viajado mucho, y me he visto en peligros de ríos, en peligros de ladrones y en peligros entre mis paisanos y entre los extranjeros. También me he visto en peligros en la ciudad, en el campo y en el mar, y en peligros entre falsos hermanos. He pasado trabajos y dificultades; muchas veces me he quedado sin dormir; he padecido hambre y sed; a menudo no he comido, y he sufrido por el frío y la desnudez.

Naturalmente, a pesar de su furioso activismo, Pablo no catequizó el mundo en solitario. Entre los discípulos históricos de Jesús que adoptaron su programa de predicación a los gentiles el más conocido es el incrédulo Tomás, llamado el Apóstol de Oriente porque al parecer llegó hasta India. En efecto, así lo cuentan los novelescos *Hechos de Tomás,* que citan su visita al rey Gondofares: un monarca cuyo rastro ya se había perdido cuando se escribió la obra, hacia 200, y que no fue recuperado hasta 1854 con el descubrimiento en Af ganistán de monedas de su reinado, que comenzó en 21 e.V. y duró al menos hasta el año 47.

Lo cual demuestra que, aunque legendarias, las hazañas de Tomás fueron al menos encuadradas en un marco apropiado de hechos históricos. De todos modos, es cierto que cuando los portugueses desembarcaron en 1498 en la costa de Malabar, en la actual Kerala, encontraron allí a dos millones de cristianos de los orígenes, que se jactaban de tener una conexión histórica con el apóstol y dependían de un único obispo. Pero, naturalmente, no los hallaron en absoluto acordes con la tradición católica, también porque conjugaban la fe cristiana con una ritualidad judía y un sistema de castas indio: por tanto, intentaron «reconvertirlos» con la ayuda de la Inquisición de Goa, provocándoles una enorme confusión. Como resultado, hoy los llamados *Mar Thoma Khristianis*, «Cristianos de santo Tomás», de Kerala están divididos en siete iglesias que profesan, según los casos, ritos católicos, ortodoxos, asirios o protestanes.

DE DIOS A CÉSAR

Aparte del delirio del *Apocalipsis* de Juan, que pertenece más al psicoanálisis que a la teología, con las vicisitudes de Pedro y Pablo termina la historia evangélica del cristianismo: aunque se quiera considerar el Nuevo Testamento como obra de Dios, los acontecimientos que siguieron son ciertamente obra del hombre.

En particular, el que constituye el elemento más importante para la supervivencia de una religión: su connivencia con el poder político, que la transforma de fenómeno espiritual en factor institucional y le permite integrarse, a menudo de manera forzada, en el tejido social de un pueblo. Así ocurrió, en la historia de las grandes religiones, con los siguientes cultos:

- Marduk, el dios de Babilonia al que Hammurabi elevó, en el siglo xvm a.e.V., al rango de divinidad protectora de todo el reino.
- Atón, el Disco Solar que bajo Akenatón reemplazó, en el siglo xiv a.e.V., a todos los dioses de Egipto en el primer monoteísmo de la historia.
- Jahvé, cuyo culto impuso Moisés a los judíos en el siglo xm a.e.V., y que aún hoy sigue siendo el Dios de Israel.
- Zarathustra, que se convirtió en el Dios de Persia bajo Ciro el Grande en 558 a.e.V. y siguió como tal hasta la conquista árabe en 651 e.V.
- Buda, cuya religión fue adoptada por el emperador Ashoka en 250 a.e.V, dominó en India durante más de un milenio, y en la actualidad sigue inspirando a algunos de los Estados confesionales de Indochina (Tailandia) y del Himalaya (Bhután, y hasta 1959, Tíbet).
- Confucio, cuyas enseñanzas constituyeron la ortodoxia oficial en China desde el reinado del emperador Wu de los Han en el año 136 a.e.V. hasta la revolución de 1911.
- Alá, cuya fe difundió Mahoma en el mundo árabe a partir de 622, y que aún hoy domina muchos Estados seculares y algunos integristas, desde el Norte de África (Argelia y Libia) hasta Asia (Irán y Pakistán).

El cristianismo recibió favores análogos en el siglo iv, gracias a una progresiva apertura de los emperadores romanos. Después de media docena de persecuciones contra los herejes del culto pagano, desde la primera de Nerón en 64-68 hasta la última de Diocleciano en 303-304, pasando por las de Trajano, Septimio Severo, Decio y Valeriano, el tetrarca oriental Galerio concedió en 311 una indulgencia a aquellos que, «secundando semejante capricho y habiendo sido cogidos por semejante locura», ya no obedecían las antiguas usanzas:

> En nombre de esta indulgencia, que rueguen a su Dios por nuestra salvación, por la de la sociedad y por la suya propia, a fin de que la sociedad pueda mantenerse intacta y ellos puedan vivir tranquilos en sus casas.

El 28 de octubre de 312 Constantino derrotó a Majencio en la batalla de Ponte Milvio, junto a Saxa Rubra. Según la leyenda, antes o durante la batalla, aquél tuvo una visión de la Cruz con el símbolo *XP,* inicial de *Cbristos* en griego, y cc- la inscripción *En touto nika,* «Con esto vences», traducida en latín *In boc signo vinces,* «Con este signo vencerás». En cambio, sí es un hecho que al año siguiente Constantino y Licinio, únicos diarcas del Imperio, se encontraron en **Milán** y decidieron conceder libertad de culto a cualquier religión, en disposiciones que a continuación fueron codificadas en un documento apócrifo que se conoció como *Edicto de Milán* o *Edicto de tolerancia:*

> Nosotros, Constantino Augusto y Licinio Augusto, felizmente reunidos en Milán, y tratando de aquello que afecta a la seguridad y utilidad pública, hemos creído que uno de nuestros primeros deberes era regular lo que concierne al culto de la divinidad y acordar a los cristianos, como a todos nuestros otros subditos, la libertad de seguir su religión, para reclamar el favor del Cielo por encima de nosotros y por encima de todo el Imperio.

Después de haber derrotado y hecho matar a Licinio, en el año 324 Constantino se convirtió en emperador único y en 330 fundó Constantinopla, la antigua Bizancio y la moderna Estambul, como nueva capital del Imperio: quizá por este motivo la Iglesia ortodoxa lo venera como santo, a pesar de que tenía sobre su conciencia, entre otras cosas, el asesinato de su hijo primogénito Crispo, de su mujer Fausta y de su sobrino Liciniano, hijo de su hermana Constanza y de Licinio.

La Iglesia católica no está de acuerdo sobre su santidad, pero sí sobre la de su beata madre, Elena, aunque la festeja el 18 de agosto en vez del 21 de mayo. Según la leyenda, la señora se habría convertido al cristianismo, viajó, ya octogenaria, a Tierra Santa, y encontró los tres clavos y los restos de la cruz de Cristo en el Gólgota: naturalmente, gracias a un milagro, es decir, a la resurrección de un cadáver que había sido colocado en el lugar. Hoy la santa mujer es la protectora de los arqueólogos y es recordada, en uno de los cuatro pilares que sostienen la cúpula de la basílica de San Pedro, en el Vaticano, por una colosal estatua de Andrea Bolgi de 1639 que la representa con la cruz en la mano (entera, además).

A pesar de la fe de su madre, Constantino no se convirtió en toda su vida: parece que fue bautizado, si lo fue, a punto de morir. Pero después de su edicto tomó parte activa en los asuntos de la Iglesia como *obispo,* «supervisor» (en griego *episcopos,* de *epi,* «encima», y *skopeo,* «miro»). Ante todo, convocando en 325 el Primer Concilio ecuménico en Nicea, sobre cuyas decisiones teológicas volveremos, y construyendo basílicas por doquier: la Natividad en Belén, el Santo Sepulcro en Jerusalén, Santa Sofía en Constantinopla, San Pedro en Roma...

Pero, sobre todo, confirió a la Iglesia el derecho de heredar los bienes de los fieles, donándole varias propiedades y atribuyendo a su clero privilegios y poderes. Todo ello, naturalmente, no por fe, sino por conveniencia política: exactamente como los políticos de hoy y de siempre, que con tal de apoderarse de los votos de los creyentes están dispuestos a besar las pilas de cualquier iglesia (capilla, parroquia, catedral o basílica) y a arrodillarse ante hábitos de cualquier color (negro, rojo, púrpura o blanco).

En cambio, lo que *no* hizo Constantino fue la famosa Donación al papa Silvestre I de 324, como supuesta recompensa

por el **bautismo del emperador** y **su milagrosa curación de** la lepra:

> Nosotros decretamos que se debe venerar y honrar a nuestra santísima Iglesia romana y que el Sagrado obispado de san Pedro debe ser gloriosamente exaltado por encima de nuestro Imperio y trono terrenal. El obispo de Roma debe reinar sobre las cuatro principales sedes de Antioquía, Alejandría, Constantinopla y Jerusalén, y sobre todas las iglesias de Dios del mundo. [...] Por último, nosotros damos a Silvestre, Papa universal, nuestro palacio y todas las provincias, palacios y distritos de la ciudad de Roma y de Italia y de las regiones occidentales.

En realidad, este documento es una falsificación del siglo vm, y parece que lo utilizó por primera vez el papa Esteban **III** en 753 para solicitar la ayuda de Pepino el Breve contra los longobardos. Pero, a continuación, fue usado para reivindicar derechos de todo tipo en Occidente: por ejemplo, lo invocó en 1493 Alejandro VI en la bula *ínter Caetera* [Entre otras cosas], para reclamar la posesión papal de los territorios del Nuevo Mundo en cuanto «regiones occidentales».

Aunque hacia el año 1000 el emperador Otón III había denunciado su falsedad, obviamente a fin de tener a su vez las manos libres para poner y quitar papas, el enredo no fue científicamente desenmascarado hasta 1440 por Lorenzo Valla, mediante un análisis lingüístico e historiográfico que demostraba, entre otras cosas, que el latín utilizado en el documento no podía ser el del siglo ni. Pero su libro *La Donación de Constantino adulterada y falsamente considerada verdadera* no se publicó hasta 1517, y sólo en los países protestantes, mientras que en los católicos la Iglesia continuó sosteniendo durante mucho tiempo la autenticidad del documento.

En todo caso, con o sin Donación, después del Edicto de Constantino y Licinio de 313 los cristianos comenzaron

a levantar la cresta y a hacer a los demás lo que les habían hecho a ellos, y aún peor. El emperador cristiano Teodosio I les proporcionó apoyo jurídico con una serie de disposiciones que más tarde confluirían en el llamado Código Teodosiano: en 381 el cristianismo fue declarado religión de Estado, en 389 las fiestas paganas que no habían sido transformadas en fiestas cristianas fueron abolidas, en 391 los ritos paganos fueron prohibidos y los templos fueron cerrados, en el 393 fueron anuladas hasta las Olimpíadas. El inspirador de estas medidas fue Ambrosio, obispo de Milán, que pronunció la oración fúnebre en el funeral de Teodosio en 395.

Como los judíos de hoy, los cristianos de entonces pasaron pronto de perseguidos a perseguidores, y empezaron a arrasar los templos para construir iglesias en su lugar. En 3 8 5 el obispo español Priscialiano y seis de sus seguidores fueron los primeros cristianos condenados a muerte y ajusticiados por herejía. En 392 una pandilla de fundamentalistas cristianos destruyó la famosa Biblioteca de Alejandría, con la connivencia de Teodosio. En 415 el obispo Cirilo, patriarca de la misma ciudad, encargó el homicidio de la protomártir laica Hipatia, la primera matemática de la historia, inventora del astrolabio y el planisferio: su cuerpo fue descarnado con conchas afiladas, desmembrado y quemado, en un episodio que, como dijo en 1788 Edward Gibbon en *Decadencia y caída del Imperio Romano,* «imprimió una mancha indeleble» sobre el cristianismo.

Mientras tanto, el papado comenzó a acumular posesiones: ya en el siglo vil se había convertido en el mayor terrateniente italiano y controlaba toda el área en torno a Roma. El núcleo del futuro Estado Pontificio se formó con la donación de Sutri en 728 por parte del rey Liutprando, y de la costa adriática en 756 por parte de Pepino el Breve. En 781 Carlomagno formalizó los confines del oximórico Estado de la Iglesia, que llegó a comprender casi toda la Italia central y

parte de la septentrional: a cambio, en 800 León III lo coronó emperador del igualmente oximórico Sacro Romano Imperio, inaugurando una práctica que duró hasta 1452, cuando Nicolás V coronó a Federico III.

El cambio de chaqueta respecto de los supuestos valores evangélicos de caridad y pobreza iniciado por el Edicto de Constantino, y proseguido con la cada vez mayor identificación entre los intereses espirituales y temporales de la Iglesia, fue tan profundo que se llamó *inflexión constantiniana, cesaropapismo, gran apostasía* y, más abiertamente, según Dante, *puñetear entre los reyes:*[141]

> *Os habéis hecho dios de oro y de plata:*
> *¿de los idólatras luego que os distingue?*
> *Ellos adoran uno, cien vosotros.*
>
> *¡Ah, Constantino, a cuanto mal dio origen,*
> *no ya tu conversión, mas sí la dote*
> *que de ti obtuvo el primer Papa rico!*

Pero el equilibrio entre el Papa y el emperador resultó inestable, porque, obviamente, la división entre poder espiritual y temporal no era más que una ficción. Todo quedó claro en 1075 con Iª *lucha por las investiduras:* Enrique IV reivindicó para sí el derecho de nombrar obispos, dado que éstos debían administrar un feudo imperial, Gregorio VII se lo negó, puesto que ellos debían administrar una diócesis papal. El resultado fue un *impasse:* los obispos fieles al emperador derrocaron al Papa y éste excomulgó al emperador, que en 1077 fue obligado a trasladarse a Canossa y arrodillarse ante él. De todos modos, de vuelta a casa, Enrique IV eligió un antipapa y fue excomulgado de nuevo.

La disputa se prolongó durante medio siglo y concluyó con un acuerdo entre Enrique V y Calixto II, que separaba

los poderes del Estado y de la Iglesia: al emperador le correspondía la investidura feudal, y al Papa, la episcopal. El reparto de papeles fue sancionado por el Concordato de Worms de 112Z, ratificado al año siguiente por el Primer Concilio Lateranense, que se convirtió en el primero de los numerosos concordatos que la Iglesia estipuló con los poderosos de la tierra: por ejemplo, en 1801 con Napoleón en Francia, en 1855 con Francisco José en Austria, en 1929 con Benito Mussolini en Italia, en 1933 con Adolf Hitler en Alemania, en 1940 con Antonio Salazar en Portugal, y en 1953 con Francisco Franco en España.

De toda esta buena gente la Iglesia ha obtenido derechos y favores, a cambio de un apoyo más o menos tácito o expreso a sus regímenes. A modo de ejemplo, los Pactos Lateranenses de 11 de febrero de 1929 dieron a la Iglesia un Tratado, un Convenio presupuestario y un Concordato. El Tratado reconoció la soberanía de la Santa Sede y la independencia del Estado de la Ciudad del Vaticano, y el Convenio Presupuestario dispensó una recompensa por los «enormes daños» sufridos después de la conquista de Roma en 1870 por parte del Estado italiano.

En efecto, antes de 1929, las relaciones con la Santa Sede estaban reguladas por la llamada Ley de las Garantías de 1871, que no le concedía ningún derecho territorial: sólo la disponibilidad de los palacios del Vaticano y del Laterano, y de la residencia estival de Castel Gandolfo. De todos modos, la ley instituyó unilateralmente una serie de privilegios para el Papa y el clero, entre otros una donación anual de 3.225.000 liras de la época (equivalentes a unos diez millones de euros de hoy).[142]

La Santa Sede no renunció formalmente a la suma, pero no la cobró nunca para no aceptar informalmente el *status quo* establecido por la ley. Así, en 1929 la deuda del Estado italiano ascendía, con los intereses, a 3.160.501.113 liras (hoy unos diez mil millones de euros). El Convenio Presu-

puestario, «apreciando los paternos sentimientos del Sumo pontífice», aceptó pagar más o menos la mitad: «750 millones en metálico y mil millones en deuda consolidada a un 5 por ciento al portador».

El verdadero Concordato estableció, finalmente, que las candidaturas obispales debían ser sometidas a la aprobación del gobierno italiano, y que los obispos nombrados debían jurar fidelidad al régimen: la única excepción era el Cardenal Vicario de Roma, como representante del Papa. En cuanto a los curas, no podían hacer política, pero eran eximidos del servicio militar y recibían una prebenda estatal llamada «congrua».

Por su parte, el Estado aceptó que las leyes matrimoniales fueran acordes con los prejuicios de la Iglesia católica: en especial, prohibió el divorcio, con disposiciones que se mantuvieron anacrónicamente en vigor hasta 1970. En cuanto al catolicismo, éste se convertía en religión de Estado y debía ser enseñado en todas las escuelas: una enseñanza que sigue en vigor hasta hoy, aunque el catolicismo dejara de ser religión de Estado en 1984.

El satisfecho Pío XI empezó a pagar de inmediato su deuda con el fascismo y el 14 de febrero de 1929, en un discurso en la Universidad del Sagrado Corazón, expidió a Mussolini la famosa patente de «hombre de la Providencia»:

> Quizá hacía falta un hombre como el que la Providencia nos ha hecho encontrar; un hombre que no tuviera las preocupaciones de la escuela liberal, para los hombres de la cual todas aquellas leyes, digamos, y todos aquellos reglamentos eran otros tantos fetiches y, precisamente como fetiches, tanto más intangibles y venerables cuanto más feos y deformes.

En cuanto a Mussolini, en su discurso a la Cámara del 5 de mayo de 19Z9 explicó claramente los motivos por los que un político se alia con el Papa, tanto ayer como hoy:

> Las ideas religiosas aún tienen mucho poder, más de cuanto creen algunos filósofos. Éstas pueden prestar un gran servicio a la humanidad. Estando de acuerdo con el Papa aún se domina la conciencia de 100 millones [hoy mil millones] de hombres.

En 1947 los Pactos Lateranenses, lejos de ser abrogados después de la caída del fascismo, fueron anexionados a la Constitución republicana mediante el infausto artículo 7, gracias a la traición de Palmiro Togliatti. En efecto, los comunistas votaron a favor, junto a democristianos y populistas, mientras que socialistas, republicanos y miembros del Partido de la Acción votaron en contra, y los liberales se dividieron entre los dos bandos: fue el primer caso, aunque por desgracia no el último, de los desdichados compromisos antihistóricos que una izquierda «siniestra» regaló varias veces a los clericales, para su interés y su vergüenza. Como digno agradecimiento a Togliatti, un decreto del Santo Oficio del 1 de julio de 1949 prohibía a los católicos, so pena de excomunión, adherirse a (o incluso simplemente colaborar con) partidos o movimientos de inspiración comunista.

La absurda situación creada con la inclusión de un pacto católico-fascista, estipulado «en nombre de la Santísima Trinidad» y abierto en recuerdo del Estatuto Albertino de 1848, en una Constitución republicana cuyo artículo 9 proclama la igualdad de todas las confesiones frente a la ley, ha sido objeto de examen en 1971 por el Tribunal Constitucional. Éste ha establecido que los Pactos Lateranenses son fuentes atípicas del Ordenamiento italiano, en el sentido de que tienen menos fuerza que las disposiciones constitucionales, pero más fuerza que las leyes ordinarias: son modificables con el mutuo consenso de Estado e Iglesia, pero no pueden someterse a una auditoría de constitucionalidad ni ser abrogados por voluntad popular, ni de manera referendaria, ni a través de una propuesta de ley.

Tras siete intentos fallidos, entre 196771983,61 Concordato de 1929 fue finalmente revisado en 1984 por el gobierno Craxi. Obviamente desapareció la obligación de los obispos de jurar fidelidad al Estado, y también la de hacer política para los curas. El matrimonio civil fue desvinculado del religioso, aunque este último continúa manteniendo validez civil incluso sin una doble ceremonia. El catolicismo dejó de ser religión de Estado, pero no obstante el artículo 9 establece:

> La República italiana, reconociendo el valor de la cultura religiosa y teniendo en cuenta que los principios del catolicismo forman parte del patrimonio histórico del pueblo italiano, continuará asegurando, en el marco de las finalidades escolares, la enseñanza de la religión católica en las escuelas públicas no universitarias de cualquier orden y grado.

A los profesores de religión de sus propias escuelas, el Estado les exige un certificado de idoneidad del obispo ordinario diocesano, pero no una licenciatura: basta incluso un diploma de magisterio en ciencias religiosas redactado por un instituto aprobado por la Santa Sede.[143] No obstante, el gobierno Berlusconi creó en 2003 un escalafón de 15.507 puestos que los incluye masivamente en plantilla, y les permite un posterior paso a otras cátedras:[144] 9.222 han sido contratados en 2005 y 3.077 en 2006, mientras que los demás interinos (normalmente licenciados) de la escuela esperan desde hace años el contrato por tiempo indeterminado.

Por lo que se refiere al clero, la revisión del Concordato sustituye la congrua de sustento por la financiación «voluntaria» del ocho por mil sobre las entradas totales del IRPF. El monto de la cifra embolsada anualmente por el Vaticano es de cerca de *mil millones de euros:* una suma que no está en absoluto destinada a obras de caridad, como la publicidad

clerical intenta hacer creer cada primavera, en el período de la declaración de la renta. Más bien, como admiten las cifras oficiales de la Conferencia Episcopal Italiana relativas al trienio z002.-2.004, por término medio sólo un 20 por ciento de los fondos son destinados a intervenciones caritativas, mientras que al sustento del clero va el 34 por ciento y a las «exigencias del culto» el 46 por ciento.

Entre otras cosas, el mecanismo de la financiación es astutamente fraudulento. En efecto, sólo un tercio de los italianos elige a quién devolver el ocho por mil de su renta: si al Estado, a la Iglesia católica o a otras confesiones religiosas (no están contempladas organizaciones humanitarias o científicas). Pero el artículo 37 de la ley de aplicación[145] dice: «En caso de elecciones no expresadas por parte de los contribuyentes, el destino se establece en proporción a las elecciones expresadas». Y puesto que, en la minoría que elige, la mayoría opta a favor de la Iglesia católica, ésta obtiene la mayoría (cerca del 85 por ciento) de todos los ingresos.

A los mil millones de euros del ocho por mil de los contribuyentes, debe añadirse todos los años una cifra del mismo orden de magnitud desembolsada sólo por el Estado (sin contar regiones, provincias y ayuntamientos) de las maneras más heterogéneas: en 2004,[146] por ejemplo, se han dispensado 478 millones de euros para los sueldos de los profesores de religión, 258 millones para la financiación de las escuelas católicas, 44 millones para las cinco universidades católicas, 25 millones para el suministro de los servicios hídricos a la Ciudad del Vaticano *[sic]*, 20 millones para la Universidad Campus Biomédico del Opus Dei, 19 millones para la contratación en plantilla de los profesores de religión, 18 millones para los bonos escolares de las escuelas católicas, 9 millones para el fondo de seguridad social de los empleados vaticanos y sus familiares, 9 millones para la reestructuración de edificios religiosos, 8 millones para los sueldos de los capellanes

militares, 7 millones para el fondo de previsión del clero, 5 millones para el Hospital del Padre Pío en San Giovanni Rotondo, 2 millones y medio para la financiación de los oratorios, 2 millones para la construcción de edificios de culto, y así sucesivamente.

Añadiendo a todo esto una buena rebanada de los mil quinientos millones destinados a financiaciones públicas de la sanidad, gran parte de la cual es administrada por instituciones católicas, se llega fácilmente a una cifra global anual de al menos *tres mil millones de euros.* Pero eso no es todo, porque a estas exitosas salidas deben añadirse, naturalmente, las entradas fallidas del Estado por exenciones fiscales de todo tipo de las que se beneficia la Iglesia, valoradas en torno a otros *seis mil millones de euros.*[1]*[7]

En efecto, existen unas 59.000 entidades eclesiásticas que poseen unos noventa mil inmuebles, dedicados a los fines más diversos: parroquias, oratorios, conventos, seminarios, casas del generalato, misiones, escuelas, colegios, institutos, casas de cura, hospitales, hospicios, etc. Su valor alcanza al menos los treinta mil millones de euros, pero están exentos de impuestos sobre los edificios, los terrenos, la renta de las personas jurídicas, las compraventas y el valor añadido (IVA).

Para entender la entidad de esta enorme cifra global de *nueve mil millones de euros* basta señalar que se trata del 4 5 por ciento del paquete de medidas económicas de la Ley Presupuestaria de 2006, que fue de veinte mil millones: es decir, que sin la Iglesia, o cuando menos sin sus privilegios económicos, ¡el Estado prácticamente podría demediar los impuestos a todos sus ciudadanos!

Por si ello no bastase, a las exenciones fiscales estatales « abe añadir también las municipales: por ejemplo del IBI, puesto que las entidades eclesiásticas se autocertifican como 110 comerciales». Pero una sentencia del Tribunal de Casa-1 ion, depositada el 8 de marzo de 2004, ha establecido que

un centro de asistencia para niños y ancianos administrado por las hermanas del Sagrado Corazón de L'Aquila no podía ser eximido de pagar impuestos, puesto que había hecho que sus huéspedes abonaran la pensión: así pues, las hermanas debían al Ayuntamiento 70.000 euros de impuestos atrasados. Dado que el precedente exponía a la Iglesia a similares riesgos por doquier, los gobiernos Berlusconi y Prodi acudieron en su ayuda: el primero alegando una provisión temporal a la Ley Presupuestaria para 2006, y el segundo aprobando una provisión[148] definitiva que garantiza astutamente la exención del IBI a todas las entidades «no *exclusivamente* comerciales». O sea, a todas las empresas comerciales que estén provistas de una capilla donde rogar a Dios por el alma insensata de los católicos y de sus acompañantes laicos que se sientan en el Parlamento, a la derecha o a la «izquierda».

De este modo, los ayuntamientos italianos pierden unos ingresos valorados en torno a los *dos mil doscientos cincuenta millones de euros anuales.* En efecto, la Santa Sede posee un enorme patrimonio inmobiliario incluso fuera de la Ciudad del Vaticano, en parte especificado en el Tratado de 1929: desde el palacio del Santo Oficio en la plaza de San Pedro al de Propaganda de la Fe en la plaza de España, desde la Universidad Gregoriana hasta el Colegio Lombardo, desde la basílica de San Francisco en Asís hasta la de San Antonio en Padua, desde Villa Barberini en Castel Gandolfo hasta el área de Santa Maria di Galeria, que aloja la Radio Vaticana y que por sí sola es más extensa que todo el territorio del Estado (44 hectáreas).

Pero éstas no son más que las joyas de la corona de una multinacional que, según una estimación reciente,[149] en 2003 disponía sólo en Italia de 504 seminarios y 8.779 escuelas, divididas en 6.228 parvularios, 1.280 elementales, 1.136 secundarias y 135 universitarias o parauniversitarias. Además de 6.105 centros de asistencia, divididos en 1.853 casas de

cura, 1.669 centros de «defensa de la vida y de la familia», 729 orfanatos, 534 consultorios familiares, 399 guarderías, 136 ambulatorios y dispensarios, y 111 hospitales, más 674 de otro tipo.

Naturalmente, resulta irónico, además de ilustrativo de la citada «inflexión constantiniana», que poseyendo semejante tesoro, globalmente valorable en algunos centenares de miles de millones de euros, y sin pagar impuestos, sean precisamente ellos quienes dicen inspirarse en las enseñanzas de alguien que predicaba: «Dichosos los pobres» y «Al César lo que es del César», haciendo literalmente milagros con tal de permitir que sus apóstoles pagaran incluso una sola moneda de tributo.[150]

7

EL CATOLICISMO

Aunque haya agotado los textos canónicos de la Biblia, nuestro *via crucis* aún debe detenerse en las estaciones de los pronunciamientos doctrinales enunciados por los concilios ecuménicos y los sumos pontífices: en particular, de las formulaciones codificadas y resumidas en el *Catecismo.*

LA TRINIDAD

Puesto que el cristianismo es también, si no principalmente, una *fe,* lo que lo define son sus creencias fundamentales, que naturalmente varían según sus sectas. En el curso de los siglos estas creencias han sido sistematizadas y codificadas en varias *profesiones de fe,* llamadas más sencillamente «credos», el primero y más sencillo de los cuales es probablemente el de Pablo en la *Carta a los romanos:*[1]

> Si con tu boca reconoces a Jesús como Señor, y con tu corazón crees que Dios le resucitó, alcanzarás la salvación.

Como se ve, Pablo distingue entre «Dios» y «Señor», es decir, entre Creador y Salvador: como repetirá en la *Primera carta*

*a Timoteo** «Porque no hay más que un Dios, y no hay más que un hombre que pueda llevar a todos los hombres a la unión con Dios». Además, el Credo paulino reduce la esencia del cristianismo a la fe en la resurrección del hombre Jesús, que no afirma en absoluto ser Dios: es más, en la *Carta a los colosenses*[3] dice que el primero está sentado a la derecha del segundo, cosa que ni un contorsionista podría hacer consigo mismo.

Tampoco los evangelios sinópticos afirman la divinidad de Jesús. Es más, hacen que él mismo la rechace, cuando reacciona ante quien lo había llamado bueno, exclamando: «¿Por qué me llamas bueno? Bueno solamente hay uno: Dios».[4] O cuando, durante la pasión, primero se dirige al Padre, diciéndole: «No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú»,[5] y luego le pregunta por qué lo ha abandonado.[6]

Incluso *Juan,* que empieza con un prólogo en el que Jesús es identificado con la encarnación del *Logos* griego, es decir, con la «Palabra» o con el «Verbo», y que dice que «En el principio ya existía la Palabra, y aquel que es la Palabra estaba con Dios y era Dios»,[7] cuando pasa de la poesía metafórica a la prosa realista hace declarar a Jesús en la Ultima Cena que el Padre «es más que yo»,[8] y antes de la ascensión, que «voy a reunirme con aquel que es mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios».[9]

Pero con la progresiva elaboración de la mitología relativa a la vida terrenal de Jesús y a sus características divinas, el Credo pasó a delimitar el confín entre la ortodoxia y las llamadas herejías (de *bairesis,* «elección»): entre las extravagantes opiniones impuestas por la jerarquía, religiosa y política, y aquéllas elegidas independientemente (que eran también, sistemáticamente, las menos insensatas del mercado).

Una de las formulaciones del Credo fue el llamado *Símbolo de los apóstoles,* metafóricamente atribuido a los doce, un versículo cada uno:

Creo en Dios, Padre omnipotente, Creador del cielo y de la tierra.

Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, el cual fue concebido por el Espíritu Santo, nació de la Virgen María, padeció bajo Poncio Pilatos, fue crucificado, murió y fue sepultado; descendió a los infiernos; el tercer día resucitó; subió al cielo, se sienta a la diestra de Dios, Padre omnipotente: desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, la redención de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna.

En realidad, pese a su ficticia atribución, el *Símbolo de los apóstoles* fue compuesto entre los siglos n y iv, para oponerse a una de las primeras herejías: aquella de origen gnóstico y maniqueo según la cual, dado que la materia es impura, Jesús no había tenido un cuerpo físico y había sido un puro espíritu. Una herejía que duró mil años, hasta los cataros (de *katharoi*, «puros») o albigenses (de la ciudad francesa de Albi), y fue extirpada sólo con la institución de la primera Inquisición en 1184, la cruzada de los albigenses entre 1209 y 12.29, Y Iª masacre de Montségur en 1244.

El *Símbolo de los apóstoles* es aún hoy usado por las Iglesias occidentales, en particular por la católica, para la ceremonia del bautismo y para las misas de los niños. Puesto que no toma posición sobre la herejía de Arrio, según la cual los hijos van después de sus padres y, por tanto, Jesús no era ni eterno ni equivalente a su Padre, este Credo era aceptable por algunos arríanos y continúa siéndolo para algunos unitarios, que reconocen la autoridad moral de Jesús, pero rechazan su divinidad.

La citada herejía de Arrio, que floreció en los siglos m y iv entre eclesiásticos y laicos, no negaba la divinidad del Hijo, pero lo consideraba *creado* por su Padre. Este último,

en particular, era considerado el único Dios verdadero, de acuerdo con la *Primera carta a los corintios:*[10]

> Pues aunque en el cielo y en la tierra existan los llamados dioses (y en este sentido hay muchos dioses y muchos señores), para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, en quien todo tiene su origen y para quien nosotros existimos.

El arrianismo fue abordado oficialmente por el Primer Concilio Ecuménico de la Iglesia, convocado en el año 325 por el emperador Constantino en Nicea, la actual Iznik turca, donde también fueron tomadas extraordinarias y elevadas decisiones como... la prohibición de la autocastración: ésta la practicaban pervertidos como Orígenes, que se tomaban al pie de la letra el dicho de Jesús de «Hay diferentes razones que impiden a los hombres casarse: unos ya nacen incapacitados para el matrimonio, a otros los incapacitan los hombres, y otros viven como incapacitados por causa del reino de Dios».[11]

Pero, naturalmente, el Primer Concilio pasó a la historia porque, después de haber oído la autodefensa del mismo Arrio, declaró herética su doctrina, lo excomulgó, condenó sus libros a la hoguera y formuló la doctrina oficial de la Iglesia en el llamado *Credo de Nicea:*

> Creemos en un solo Dios, Padre omnipotente, Creador de todas las cosas visibles e invisibles.
>
> Y en un solo Señor, Jesucristo, Hijo de Dios, [el único engendrado por el Padre, es decir, de la sustancia del Padre]: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma sustancia del Padre; por medio de Él todas las cosas han sido creadas [en el cielo y en la tierra]. Por nosotros, hombres, y por nuestra salvación descendió del cielo, se encarnó, se hizo hombre, murió, al tercer día resucitó,

subió al cielo y de nuevo vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos.

Creemos en el Espíritu Santo.

En particular, el Credo de Nicea decreta que el Hijo es *engendrado, no creado* por el Padre: es decir, que se relaciona con el Padre no como una criatura con su creador, por ejemplo, una vasija con el alfarero, sino como un engendrado por su engendrador, por ejemplo, un fruto con el árbol. Y añade que los dos son *de la misma sustancia,* una expresión que traduce el término griego de origen gnóstico *homoousion,* «consustancial» (de *homo,* «misma», y *ousia,* «sustancia»), que había sido condenado por el Sínodo de Antioquía de 264-268: como demostración del hecho de que el Espíritu Santo no es un seguro contra la confusión de las ideas que se alberga en ciertas cabezas.

Puesto que la formulación herética de Arrio era *homoiousion* (de *homoi,* «similar», y *ousia,* «sustancia»), que tenía sólo una letra griega *iota* más que la adoptada oficialmente, la disputa engendró o creó la expresión «diferir por una *iota».* Pero los equilibrios verbales adoptados por el Concilio no fueron suficientes para oponerse al arrianismo ni al unitarismo. En efecto, ante todo, ser «engendrados, no creados» no impide seguir temporalmente al engendrador: es más, así ocurre en todos los usos sensatos del verbo «engendrar», en particular para los hijos en relación con sus padres (dado que de esto es de lo que se habla). Y luego, ser «de la misma sustancia» no impide ser la misma persona: eventualmente dividida en varias partes, como proponía Pablo de Samosata, obispo de Antioquía, que por ello fue depuesto en 269.

Por este motivo, el Credo de Nicea terminaba con una excomunión, hoy eliminada, que decía: «Y aquellos que dicen que hubo un tiempo en que el Hijo no estaba, o que no estaba antes de ser engendrado, o que fue hecho de la nada, o

que es otra hipóstasis o sustancia, o que fue creado, mudable o alterable, están condenados por la Iglesia santa, católica y apostólica».

Para poner remedio a éstos y otros problemas, en particular la herejía binitaria que negaba la divinidad del Espíritu Santo, en 381 el emperador Teodosio I convocó un Segundo Concilio Ecuménico en Constantinopla. Este retocó sustancialmente el Credo de Nicea, eliminando algunas expresiones (indicadas antes en corchetes) y la excomunión final, añadiendo un sustancioso número de afirmaciones (indicadas en cursiva, abajo) y pasando del plural al singular:

> Creo en un solo Dios, Padre omnipotente, Creador *del cielo y de la tierra,* de todas las cosas visibles e invisibles.
>
> Creo en un solo Señor, Jesucristo, *Unigénito* Hijo de Dios, *nacido del Padre antes de todos los siglos:* Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma sustancia del Padre; por medio de Él todas las cosas han sido creadas. Para nosotros, hombres, y para nuestra salvación descendió del cielo, y *por obra del Espíritu Santo* se encarnó *en el seno de la Virgen María y* se hizo hombre. *Fue crucificado por nosotros bajo Poncio Pilatos,* murió y *fue enterrado.* El tercer día resucitó, *según las Escrituras,* subió al cielo, *se sienta a la diestra del Padre.* Y vendrá de nuevo, *en la gloria,* para juzgar a los vivos y los muertos, *y su reino no tendrá fin.*
>
> Creo en el Espíritu Santo, *que es Señor y da la vida, y procede del Padre. Con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, y ha hablado por medio de los profetas.*
>
> Creo en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica.
>
> *Profeso un solo Bautismo por el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo que vendrá.*

Como se ve, la nueva formulación combina y extiende tanto el Credo de Nicea como el *Símbolo de los apóstoles,* estableciendo una nutrida y contradictoria mitología tanto para el Hijo como para el Espíritu Santo: en particular, aseverando que el Hijo fue engendrado por el Padre antes de todos los siglos, pero también que se encarnó en la Virgen María en un preciso momento histórico; que el Espíritu Santo procede del Padre sin haber sido engendrado y, por tanto, es su descendiente directo, pero no un segundo Hijo; y que a pesar de las correspondientes relaciones de dependencia generacional y procesional, los tres son, de todos modos, uno solo.

Con el dogma trinitario de las tres personas en una única sustancia, formulado por primera vez en el siglo m por Tertuliano[12] (al cual, no por casualidad, se atribuye el lema *credo quia absurdum,* «creo porque es absurdo»), la teología cristiana abandona así definitivamente el terreno de la lógica y el sentido común, encaminándose por un recorrido que la llevará en el curso de los siglos a meterse en una escalada pirotécnica de asociaciones libres cada vez más surreales y embarazosas, para convertirse, como diría Borges, en «una rama de la literatura fantástica».

Naturalmente, el modo más sensato de considerar la Trinidad habría sido ver a sus tres personas como tres diversas modalidades de un único Dios: una concepción llamada *modalismo* o *sabelianismo,* por el nombre de su defensor, Sabelio, naturalmente declarada herética por el papa Calixto I en el año 220. Igualmente sensato habría sido considerar la Trinidad como un conjunto de tres elementos, uno desde el punto de vista del conjunto y trino desde el punto de vista de los elementos: esta tesis fue sostenida por Gilbert de la Porree y también, naturalmente, fue condenada tanto por el Concilio de París de 1147 como por el de Reims del año siguiente.

Evidentemente, para la Iglesia el oximórico monoteísmo trinitario debía seguir siendo una vacía fórmula lingüística,

en la mejor tradición metafísica, para permitir que el *Catecismo*[11]' pontificara satisfecho que la Trinidad es el «misterio central de la fe y de la vida cristiana», además de «un misterio inaccesible a la razón humana». Lo cual significa que es una irracionalidad literalmente increíble, porque por definición *no se puede creer lo que no se entiende:* para los hombres racionales, pues, el delirio acaba aquí.

Para los pobres de espíritu, en cambio, obviamente no. En efecto, el Credo de Nicea-Constantinopla fue confirmado en varias ocasiones: del Concilio de Efeso de 431, que estableció que era completo e inmodificable, y que aquellos que lo rechazaran quedarían excomulgados, a la Alianza de Lausana de 1977, un manifiesto adoptado por dos mil trescientas Iglesias evangélicas de todo el mundo, que lo contiene como parte integrante. Lo cual, naturalmente, no ha impedido que la Iglesia de Occidente (católicos romanos y protestantes) lo modificara, con la cláusula del *Filioque,* y que otras Iglesias lo rechazaran: por ejemplo, los unitarios, que creen sólo al Padre como a un Dios uno, pero no trino; o los testigos de Jehová, que creen en un Dios bino, pero no uno, y niegan la divinidad del Espíritu Santo; o los mormones, que creen en un Dios trino, pero no uno, manteniendo separadas a las tres personas; y así sucesivamente, en todas las posibles combinaciones.

Naturalmente, los pobres de espíritu sólo son los exaltados que creían entonces, y creen hoy, que creen en la Trinidad. No ciertamente aquellos que, a sangre fría, han inventado todo el asunto para unir a la naciente fe cristiana populares creencias paganas por un lado, e igualmente populares conceptos filosóficos por el otro, que van de la teología egipcia de Alejandría a la metafísica griega de Platón. No por casualidad, el Credo de Nicea y Constantinopla es considerado por los puristas el acta de nacimiento de la Gran Apostasía: el abandono de la fe evangélica de Cristo y de los apóstoles y

el paso a la teología doctrinal de la Iglesia y de los teólogos, dominada por conceptos de filosofía griega (hipóstasis, sustancia, esencia y toda la pesca) que Jesús y los primeros cristianos habrían encontrado completamente incomprensibles.

LA VIRGEN

El Credo de Constantinopla, además de ordenar de una vez por todas el asunto de la Trinidad, también había añadido al Credo de Nicea la cláusula de la encarnación de Jesús «por obra del Espíritu Santo, en el seno de la Virgen María»: esto era cuanto se podía basándose en los «testimonios» evangélicos, es decir, en los tardíos y postizos mitos presentes sólo en *Mateo* y *Lucas.* Los cuales, en cualquier caso, aunque no fueran inventados sólo reposarían en el único testimonio de la madre: literalmente, de una señorita que se quedó embarazada de alguien que no era su novio.

Entre las numerosas explicaciones racionales posibles, la más sensata es que la atribución de la paternidad a «un ángel» no era más que una ingenua justificación de un desliz: una explicación compartida por el mismo José en el apócrifo *Evangelio del Pseudo-Mateo,*[14] además de por Celso en el *Discurso verdadero* y por toda la tradición rabínica. Tanto esta última, en particular las *Toledot Jeshu* [Genealogías de Jesús], como Celso precisan que quien había enredado a la joven había sido un soldado romano llamado Panthera (una adaptación anagramática de *partbenos,* «virgen»):[15]

> ¿Acaso no será verdad, mi buen señor, que vos mismo habéis fabricado la historia de vuestro nacimiento de una virgen, para silenciar las maledicencias en torno a las verdaderas y desagradables circunstancias de vuestros orígenes? ¿No será que, lejos de haber nacido en Belén, real ciudad de David, habéis visto la

> luz en un pobre pueblo campesino, de una mujer que se ganaba la vida tejiendo e hilando? ¿No será que cuando fue descubierta su deshonestidad, es decir, cuando se supo que estaba embarazada de un soldado romano llamado Panthera, su marido —el carpintero— la repudió y ella fue acusada de adulterio? En efecto, ¿no es verdad que en su desgracia, vagando lejos de casa, parió un hijo varón en el silencio y en la humillación?

Si fuera verdad, la Iglesia no habría sido más que la surreal tapadera de un colosal equívoco. No asombra, pues, que se haya visto obligada a creer, en cambio, en la explicación más irracional, aunque inadmisible: el singular hecho de que María haya concebido a su hijo sin intervención humana. Singular, pero no única, dado que ya se había anticipado una procreación divinamente asistida en la concepción de Isaac, aunque en ese caso ningún concilio se apresuró a especificar los detalles de las particulares circunstancias del insólito acontecimiento.

Desde luego, en el caso de Jesús no se trató de nacimiento virginal en el sentido literal de la partenogénesis (de *parthenos,* «virgen», y *génesis,* «nacimiento»), porque ésta no requiere ninguna fecundación. Y tampoco puede haberse tratado de la fecundación heteróloga por parte del Espíritu Santo de un óvulo de María, porque de otro modo Jesús habría sido sólo un *semidiós:* como Hércules, hijo de Zeus y Alemena, que a menudo ha sido considerado su prefiguración. Así pues, la concepción de Jesús debe de haberse producido por implantación de un óvulo ya fecundado: por tanto, no sólo José es un padre putativo, sino que María es una madre subrogada que se limitó a hacer de útero de alquiler. No se sabe de dónde proviene el material genético de Jesús, pero ciertamente no fue producido de manera natural: más que un Organismo Genéticamente Modificado, es, en consecuencia, un ejemplo de Vida Artificial.

Éstos son los dilemas en los que uno se enreda cuando se concibe un verdadero Dios que se hace verdadero hombre y es parido por una verdadera mujer, habiendo nacido, por añadidura, «del Padre antes de todos los siglos»: dilemas que no se planteaban en los comienzos del cristianismo. Por ejemplo, en la *Carta a los gálatas*[16] Pablo se limita a decir que «Dios envió a su Hijo, que nació de una mujer», sin aludir a ningún nacimiento prodigioso: probablemente porque, como hemos visto, él consideraba a Jesús no un Dios sino un mediador humano y, por tanto, no debía explicar de ninguna manera particular su nacimiento. Análogamente, en la *Carta a los romanos*[17] dice que Jesús era «descendiente del rey David, pero como espíritu santificador y por el hecho de haber resucitado, fue declarado Hijo de Dios y se le dieron plenos poderes»: traducido, Jesús era sólo un hombre al que Dios había hecho resucitar.

Sea como fuere, en un momento dado se planteó el problema y hubo que decidir si María era sólo *Cbristotokos,* «Cristípara» o «Madre de Cristo», o también *Theotokos,* «Deípara» o «Madre de Dios» (de *tbeos,* «dios», y *tokos,* «parir»): si había parido sólo a Jesús Hombre o también a Jesús Dios. Nestorio, patriarca de Constantinopla, defendía la primera opción, considerando que los dos aspectos podían separarse. Pero el Concilio de Efeso de 431 lo declaró hereje, lo excomulgó y estableció que la doctrina correcta era la otra: la divinidad y la humanidad de Jesús eran inescindibles y, por tanto, la mujer había parido también a Dios, a través del hombre.

Naturalmente, éste era otro «misterio de la fe», dado que no se podía entender qué significaba. La Iglesia se las apañó ideando un *mantra* que hacer cantar a los fieles, para adormecer la mente de los que aún la tenían despierta: «Oh, Deípara, tu vientre ha contenido a aquel al que no podía contener todo el universo». Dante lo pondrá todo en versos en el último canto del *Paraíso:*[18]

¡Oh Virgen Madre, hija de tu hijo,
más que toda criatura humilde y alta,
término fijo de un designio eterno,

tú eres aquella que a la especie humana
ennobleciste tanto, que su autor
no desdeñó de hacerse su hechura!

La Iglesia asiria, en cambio, estuvo menos inspirada y decidió que ya tenía bastante: no reconoció ni el Concilio de Efeso ni los siguientes y se fue por su camino, estableciendo una tradición nestoriana que existe aún hoy en Irak, Irán e India. No obstante, veinte años después de Efeso, el problema de las naturalezas de Jesús estaba de nuevo sobre el tapete: esta vez mediante la teoría monofisista (de *monos,* «una», y *physis,* «naturaleza») propuesta por Eutiques, archimandrita de Constantinopla, según la cual Jesús tenía una única naturaleza, al mismo tiempo humana y divina, y por tanto, un cuerpo no puramente humano.

El Sínodo de Constantinopla de 448 declaró herético el monofisismo, y excomulgó a Eutiques. El Sínodo de Éfeso de 449 cambió el veredicto, y derrocó, por el contrario, a los opositores de Eutiques. El Concilio de Calcedonia de 451, el cuarto ecuménico, cambió el cambio y proclamó que en Jesús, «verdadero Dios y verdadero hombre», las dos naturalezas humana y divina estaban unidas, pero eran distintas: una solución contradictoria, análoga a la anteriormente adoptada por la Trinidad. Esta vez fue la Iglesia ortodoxa oriental la que tuvo suficiente y se marchó por su camino, estableciendo la tradición monofisista de los cristianos de Armenia, Georgia, Siria, Etiopía y de los coptos de Egipto, que ha sobrevivido hasta hoy.

En un intento de frenar el cisma con los monofisistas, el patriarca Sergio I de Constantinopla propuso la teoría *mo-*

notelita (de *monos,* «una», y *thelos,* «voluntad»), según la cual Jesús tenía, sí, dos naturalezas, pero una sola voluntad: también porque, como diríamos hoy, sólo los esquizofrénicos pueden tener dos voluntades distintas. El papa Honorio se expresó a favor del monotelismo en el año 634, pero en el Tercer Concilio de Constantinopla de 680-681 fue excomulgado *post mortem* y declarado hereje. Dicho sea de paso, precisamente esta condena conciliar a un pronunciamiento papal, luego confirmada por los pontífices sucesivos, fue (en vano) presentada como prueba de la no infalibilidad en el debate en el Concilio Vaticano I, que precedió a su proclamación como dogma.

Pero, volviendo al Concilio de Constantinopla, también esta vez hubo quien tuvo suficiente: los maronitas del Líbano, que toman el nombre de su fundador, Marón, y que hace algunos años estuvieron en el candelero como una de las tres facciones de la guerra civil en el país.

De este modo, después de siete siglos de disputas y de las sucesivas excomuniones por arrianismo, nestorianismo, monofisismo y monotelismo, quedaba, pues, completamente definida la Cristología católica, cuyos rasgos esenciales son resumidos por el *Catecismo:*[19] «Jesús es inseparablemente verdadero Dios y verdadero hombre», «perfecto en su divinidad y perfecto en su humanidad», «engendrado por el Padre según la divinidad y nacido de la Virgen María según la humanidad», «con dos naturalezas, la divina y la humana, no confundidas, sino unidas», «con una voluntad divina y una voluntad humana» y «con un verdadero cuerpo humano».

En cambio, aún quedaba por completar la Mariología, hasta ahora limitada a la concepción virginal de María por parte del Espíritu Santo y a su calificación de Deipara, según la fórmula «Virgen y Madre de Dios». Pero, puesto que los evangelios canónicos son extremadamente parcos en noticias

sobre María, se puede prever un uso de la fantasía aún más desenfrenado que en el caso de Jesús.

Ante todo, a falta de informaciones oficiales, la Iglesia no ha desdeñado beber de las oficiosas de los apócrifos: en particular, del *Evangelio del Pseudo-Mateo,* que enuncia explícitamente el mito de la virginidad perpetua diciendo que María «virgen ha concebido, virgen ha parido, virgen ha permanecido», y que a la partera incrédula que quiso «tocar con la mano» el prodigio se le secó la articulación.[20] Es este mito el que obliga a aquellos que creen en él a eliminar la expresión «hermanos y hermanas de Jesús», usada tranquilamente por los evangelios canónicos,[21] interpretándola con embarazo como «hermanastros y hermanastras» (por parte de padre) o «primos».

Evidentemente, al principio no todos aceptaron la virginidad perpetua de María. Para Marción, la había perdido en el momento de la concepción de Jesús, ocurrida de manera humanamente sexual. Para Joviniano, la pérdida se había producido en el momento del parto, desarrollado según las normales y prosaicas modalidades. Para Tertuliano, tras el paréntesis divino del primogénito, la Virgen había tenido de la manera canónica otros hijos e hijas: aquellos a los que los evangelios llaman sus hermanos y hermanas.

Esta última opinión, además, se basa en un pasaje de *Mateo,* [Z1] que dice que José «no la conoció hasta que *[heos]* ella parió al primogénito *[prototokon]*»: lo que naturalmente es muy distinto de decir «ella parió un hijo sin que él la conociera», como en cambio tergiversa de mala fe la edición oficial (fingiendo olvidar que la Vulgata traducía fielmente en latín, con *doñee* y *pnmogenitum).*

Para evitar malentendidos, los obispos también se apresuran a comentar de la primera versión censurada: «Mateo no se ocupa de la situación posterior de María, de su perpetua virginidad, que es dogma de fe católica». Y, en cambio,

aunque la versión no censurada no implica necesariamente relaciones sexuales o hijos sucesivos, no sólo no los excluye, sino que sugiere ambas cosas: no por casualidad, el credo de Constantinopla habla de «Unigénito Hijo de Dios», no desde luego de «primogénito». Una expresión, esta última, que es usada también por *Lucas,*[Zi] en un versículo que los habituales obispos comentan diciendo: «Primogénito no quiere decir que María haya tenido otros hijos». Lo cual es verdad, pero aún menos quiere decir que *no* los haya tenido.

En todo caso, el Sínodo Lateranense del año 646 estableció que María permaneció virgen «antes, durante y después del parto». Los sexofóbicos Padres de la Iglesia especificaron que concibió a Jesús sin placer y lo parió sin dolor, dejándolo pasar a través del himen como una luz a través de un cristal, y abriendo y cerrando el útero como una concha que deja salir una perla. Aunque, para dar al César lo que es del César, una cuidadosa fecundación asistida habría sido suficiente para preservar la virginidad de la concepción, una cesárea (justamente) para mantenerla durante el parto, y una abstinencia de las relaciones «según la naturaleza» para confirmarla a continuación.

En cambio, las explicaciones teológicas de la virginidad perpetua de María hacen reír hasta a los corderos, porque se basan únicamente en profecías traídas por los pelos. Para ser precisos, la virginidad durante el parto en «la virgen está encinta y va a tener un hijo» de *Isaías:*[2]-"[1] entre otras cosas, un pasaje en el que el original hebreo habla solamente de *almab,* «joven», y no de *betulab,* «virgen». Y la virginidad después del parto en «esta entrada quedará cerrada: no deberá abrirse. Nadie podrá entrar por ella, porque por ella ha entrado Jahvé» de *Ezequieh*[2]-[5] un pasaje, éste, en el que se está hablando de una puerta del santuario, ¡no de la vagina de María!

Impertérrito, el Concilio de Trento reafirmó la doctrina en 1555, con la Constitución Eclesiástica *Cum Quorundam*

[Desde el momento que]. Y el *Catecismo*[2-6] confirma: «María ha permanecido Virgen en la concepción de su Hijo, Virgen en el parto, Virgen encinta, Virgen madre, Virgen perpetua». Ambos, naturalmente, despreocupándose de la observación de Lutero de que «las Escrituras no especulan ni hablan de la virginidad de María después del nacimiento de Cristo: un asunto del que los hipócritas se preocupan mucho, como si fuera algo de la máxima importancia, de lo cual dependiera toda la salvación».[2-7]

Después de 649 la mitografía de María, ahora llamada *Madona* (del latín *Mea Domina,* «Mi Señora», análogo al inglés *Milady,* «My Lady»), fue criocongelada durante más de un milenio, para reaparecer inesperadamente en los últimos dos siglos con la proclamación de dos nuevos dogmas marianos: la Inmaculada Concepción por parte de Pío IX en 1854 y la Asunción al Cielo por parte de Pío XII en 1950. Según las fórmulas de sus proclamaciones oficiales, el primero significa que «María fue preservada intacta de toda mancha de pecado original», y el segundo que «fue elevada a la gloria celestial en cuerpo y alma».

Como se puede concluir del hecho de que ambos dogmas han sido formulados casi dos milenios después de la supuesta existencia de la interesada, éstos no son más que puros castillos en el aire. El primero, por ejemplo, echa por tierra la contraria tradición escolástica, de Bernardo a Tomás, y se limita a sostener la fórmula usada por el ángel de la anunciación: «¡Te saludo, favorecida de Dios!».[2-8] E, incluso, en el versículo del *Génesis**[9] en el que Jahvé le dice a la serpiente, después de la caída: «Haré que tú y la mujer seáis enemigas, lo mismo que tu descendencia y su descendencia. Su descendencia te aplastará la cabeza, y tú le morderás el talón».

En realidad, la Inmaculada Concepción nació como una simple creencia popular, apoyada por los ingenuos franciscanos y combatida por los cultos dominicos, a partir de To-

más de Aquino. En 1483 el papa franciscano (y nepotista) Sixto IV estableció el 8 de diciembre como su fiesta, y el 8 de diciembre de 1854 Pío IX proclamó su dogma en la Constitución Apostólica *Ineffahilis Deus* («Dios inefable») sobre la base de un referendo entre los obispos celebrado en 1849, en el cual 570 de 665 prelados respondieron positivamente al dilema de si «en las Sagradas escrituras hay testimonios que prueben sólidamente la inmaculada concepción de María». O sea, como diría Nietzsche, «en teología no hay hechos, sólo opiniones», y la verdad está determinada por un acuerdo no con las cosas, sino entre las personas.

Pero, evidentemente, también el Cielo se adecúa a las decisiones del Vaticano, dado que en 1858, sólo cuatro años después de la proclamación del dogma, la Virgen se apareció dieciocho veces en Lourdes a una analfabeta de catorce años llamada Bernadette Soubirous. El 25 de marzo, día de la anunciación, después de haber rechazado tres veces responder a la solicitud de que dijera su nombre, quizá porque sabía que la pequeña había sido aleccionada por el párroco, a la cuarta aparición reveló en dialecto: *Que soy era Immaculada Conceptiou,* «Mi sun Plmmaculada Cuncesiun»).

Los ingenuos como nosotros se limitarían a comentar: «Ma varda la combinasiun!» [¡Mira qué combinación!]. Un papa como Pío XII escribió, en cambio, en 1957 toda una encíclica titulada *Le Pélerinage de Lourdes* [La peregrinación de Lourdes],[30] en la cual se lee:

> Ciertamente la palabra infalible del romano pontífice, intérprete auténtico de la verdad revelada, no necesitaba ninguna confirmación celestial *[sic]* para valorar la fe de los creyentes. ¡Pero con qué conmoción y gratitud el pueblo cristiano y sus pastores conocieron de los labios de Bernadette la respuesta venida del cielo: «Yo soy la Inmaculada Concepción»!

Hoy, en la basílica debidamente elevada para conmemorar el acontecimiento, y visitada cada año por cinco millones de personas, descuellan una lápida con la certificación por parte del obispo de que «la Virgen se apareció de verdad a Bernadette», y dos medallones con los retratos de Pío IX, por obvios motivos, y de Pío X, que en 1907 estableció la fiesta de la Aparición de Nuestra Señora de Lourdes. Pío XI, para no ser menos, canonizó a Bernadette el 8 de diciembre de 1933, día de la Inmaculada Concepción.

Naturalmente, las de Lourdes no fueron ni las primeras ni las últimas apariciones de la Virgen. En el fondo, ya la basílica de Santa Maria Maggiore en Roma había sido construida a continuación de una supuesta aparición de María al Papa y a un patricio romano la noche del 4 al 5 de agosto de 352, y su planta habría sido diseñada por una milagrosa y circunscrita nevada ocurrida esa misma noche.

Entre las numerosísimas apariciones de las crónicas, que se cifran en unas 21.000 durante el segundo milenio, las más interesantes son las que dejan transparentar una naturaleza goliardica o pervertida, según los puntos de vista, en aquellos que las testimonian. Por ejemplo, Bernardo de Chiaravalle habría bebido incluso la leche del seno de la Virgen y abrazado sensualmente a Jesús en la cruz, en episodios que se convirtieron en tema de varias *Lactatio Bernardi* y *Amplexus Bernardi*, para la edificación de los fieles y la diversión de los psicoanalistas.

En cualquier caso, como antes para la glosolalia, también el fenómeno de las apariciones es muy conocido y comprendido: se llama *pareidolia*, «falsa apariencia» (de *para*, «más allá», y *eidolon*, «imagen») y se trata de una percepción de formas reales que son falsamente interpretadas como imágenes fantásticas, en general de naturaleza antropomorfa, de manera consciente o inconsciente. Un ejemplo de interpretación consciente es el propuesto por Leonardo como entrena-

miento creativo: es decir, tratar de ver figuras en las manchas de humedad o en las nubes. Otro son los tests psicológicos de Rorschach, en los que un sujeto debe decir qué le recuerdan unas sencillas manchas de tinta.

En cambio, un uso inconsciente es la costumbre habitual de completar cognitivamente estímulos perceptivamente subdeterminados: por ejemplo, viendo en las sombras del disco lunar los rasgos de una cara, como en la película *Viaje a la Luna* de Georges Méliés, de 1902. Si se une a la *apofenia* (de *apo,* «vía» o «desde», y *pbaino,* «monstruo»), que es una tendencia psicótica a ver conexiones inmotivadas y excepcionales entre acontecimientos inconexos y banales, ésta provoca el anormal fenómeno de las apariciones: sobre todo en sujetos de inteligencia y cultura por debajo de la media, como aquellos que habitualmente las cuentan.

Pero no sólo eso: papas recientes también las han experimentado. El primero fue Pío XII, según el testimonio de primera mano del cardenal Federico Tedeschini,[31] que ilustra perfectamente ambos fenómenos de la pareidolia y de la apofenia:

> Era el 30 de octubre de 1950 —me contó—, la antevíspera que todo el mundo católico esperaba con impaciencia, el de la solemne definición de la Asunción al Cielo de la Santísima Virgen María. Hacia las cuatro de la tarde, estaba dando mi habitual paseo por los jardines del Vaticano, leyendo y estudiando, como de costumbre, algunos documentos. [...] En un momento dado, cuando levanté la vista de las hojas que tenía en la mano, fui golpeado por un fenómeno que parecía un globo opaco, amarillo pálido, completamente rodeado por un círculo luminoso, que sin embargo no impedía en absoluto mirar el astro con atención, sin provocar ni el más mínimo fastidio. Una nubécula, ligerísima, se encontraba delante de él, como un diafragma. El globo opaco se movía hacia el exterior, ligeramente, girando y a

la vez desplazándose de derecha a izquierda y viceversa. Pero, en el interior del globo había, clarísimos e ininterrumpidos, unos movimientos muy fuertes. El mismo fenómeno se repitió el día siguiente, el 31 de octubre, y el primero de noviembre, día de la definición; luego el 8 de noviembre, octavo día de esta solemnidad. Luego, nada más.

El fenómeno del «sol giratorio» pertenece a la mitología de Fátima, donde habría ocurrido públicamente el 13 de octubre de 1917. Ingenuamente interpretado como una aparición de la Virgen, probablemente sólo sea una manifestación de los rayos globulares estudiados en 1955 por el Premio Nobel de física Piotr Kapitza. La referencia a la Asunción se refiere, en cambio, al dogma que el mismo Pío XII proclamó en el año mariano de 1950, con la Constitución Apostólica *Munificientissimus Deus* [Dios munificientísimo].

Esta Constitución proclama también la muerte y la resurrección de María, ocurridas antes de la Asunción, pero (muy amables) no infaliblemente: en ciertas cosas es preciso ir con pies de plomo, para no equivocarse... Por ahora el Papa y con él los fieles ya tienen la certeza de que la Virgen fue elevada al cielo «terminado el transcurso de su vida terrenal», pero aún deben esperar pacientemente futuros pronunciamientos para tener más detalles sobre las fases finales de este transcurso.

Ya podemos intuir cómo se alcanzó esta certeza en el caso de la Asunción, también porque esta vez no había referencias evangélicas: obviamente hubo un sondeo entre los obispos, encargado en 1946 con la encíclica *Deiparae Virginis Mariae* [De la Deípara Virgen María], en la cual el Papa declaraba que «deseaba ardientemente saber si vosotros, venerables hermanos, en vuestra doctrina y prudencia, estimáis que se puede proponer y definir como dogma de fe la asunción corporal de la beatísima Virgen, y si esto es deseado también

por vuestro clero y por vuestro pueblo». O sea, *vox populi, vox Dei.*

Aunque, naturalmente, pueblos diferentes hablan con voces diferentes. Así, mientras los católicos festejan la Asunción el 15 de agosto, ese mismo día los ortodoxos festejan la *Dormición de la Tbeotokos:* es decir, la muerte de María, representada en innumerables iconos homónimos. Obviamente, también ésta rodeada de acontecimientos milagrosos: ante todo, el teletransporte a su cabecera de los apóstoles, que estaban esparcidos por el mundo diseminando el Verbo. Sólo Tomás llegó tres días tarde y cuando se dirigió con los demás al sepulcro lo encontró vacío, según las costumbres de la familia.

En cambio, los protestantes niegan no sólo los escandalosos dogmas marianos, sino también, y sobre todo, la adoración de María, que sancionan solemnemente, y a la que llaman *marianismo* o *mariolatría.* A pesar de las escandalizadas negativas oficiales, que desde el Segundo Concilio de Nicea de 787 se ilusionan con exorcizar el fenómeno limitándose a llamarlo *hiperdulia,* «superveneración» (de *hyper,* «sobre», y *doylia,* «culto»), la Virgen ha ocupado en el catolicismo el papel de una oficiosa «cuarta persona» divina, para colmar la evidente necesidad de dulzura femenina, o de dulce feminidad, ambas ausentes en la masculina mitología de la Trinidad y en la truculenta iconografía de Jesús. Y también, claro está, para proporcionar una oportunidad de sublimación amorosa de la sexualidad reprimida de un clero forzadamente célibe.

Las plegarias dirigidas a la Virgen, aún desconocidas por Agustín, pero ya populares en el siglo vi, van de los *Ave María* individuales a las repetidas del *Rosario,* del *Salve Regina* al *Magníficat,* y sus festividades cubren todo el año litúrgico. Y los últimos papas han competido por presentarse como sus paladines: Pablo VI, por ejemplo, sistematizó en 1974 su veneración con la Exhortación apostólica *Marialis Cultus*

[El culto mariano]. En cuanto a Juan Pablo II, quiso unir a María con Jesús en su emblema pontificio, en el que la «M» de la primera descuella bajo la cruz del segundo, y consagrarse a ella con el lema *Totus Tuus*, «Todo Tuyo».

Aunque no aceptó las peticiones, firmadas, entre otros, por la madre Teresa de Calcuta, de proclamar como quinto dogma mariano la Corredención, es decir, el papel cooperativo de María en la redención del pecado original efectuada por Jesús, su devoción por la Virgen rayó a menudo en el ridículo. Por ejemplo, cuando pretendió ver una «conexión significativa» entre el atentado de la plaza de San Pedro del 13 de mayo de 1981 y la primera aparición en Fátima del 13 de mayo de 1917, declarando que «fue una mano maternal la que guió la trayectoria de la bala y el Papa agonizante se detuvo en el umbral de la muerte»,[32] y haciendo engarzar la bala en la corona de la estatua de la Virgen en Fátima.

Por otra parte, su credulidad a propósito de Fátima era incluso superior a la de la misma vidente Lucía, que al menos demostró alguna pizca de lucidez mental o de remordimiento ético. Por ejemplo, en una carta del 5 de junio de 1936 dirigida al padre José Bernardo Gon^alves, su consejero espiritual:

> Quiero decirle, reverendísimo padre, que ahora más que nunca tengo el temor de haberme dejado ilusionar por mi imaginación y que puede ser que yo hable conmigo misma, cuando interiormente pienso que hablo con Dios. O que sea víctima de una ilusión diabólica, y que así lo esté engañando a usted, reverendo padre, y a la santa Iglesia.

Aunque otra carta suya, esta vez a Pío XII, del 2 de diciembre de 1940, permite sospechar que era más bien víctima de abuso de incapaces:

> Santísimo Padre, nunca he pensado en escribir a Su Santidad, conociendo mi incapacidad e insuficiencia. Pero dado que *las personas que me hablan en nombre de nuestro buen Dios* (una de las cuales es Su Excelencia Reverendísima el obispo de Gurza, que Su Santidad conoce personalmente) *me dicen que ésta es la divina voluntad,*[33] renuevo una solicitud que varias veces ha sido presentada a Su Santidad y, antes, de su Santidad Pío XI: la Consagración de Rusia.

Viniera de quien viniera esta extravagante solicitud, el hecho es que fue repetidamente satisfecha: por Pío XII en 1942 y 1952, por Pablo VI en 1964, y por Juan Pablo II en 1981, 1983 y 1984. El primero también había notado coincidencias significativas entre sus hechos en Roma y los de la Virgen en Fátima: además de la ya citada visión del sol giratorio con motivo de la proclamación del dogma de la Asunción, también la puntualidad con que ella había aparecido, la primera vez, el mismo día en que él era consagrado obispo por Benedicto XV en la Capilla Sixtina. En cuanto al segundo, se había trasladado en peregrinación a Fátima el 13 de mayo de 1967, tal como luego haría el tercero, el 1 3 de mayo de 1982, 1992 y 2000.

En esta última ocasión se alcanzó el ápice del delirio mariano, cuando ante la augusta y silenciosa presencia del nuevo Isaac, el secretario de Estado declaró solemnemente que el Papa polaco era el objeto del llamado «tercer secreto», que el documento *El secreto de Fátima* promulgado el 26 de junio de 2000 por la Congregación de la Doctrina de la Fe, firmado por el entonces cardenal Ratzinger, provee a hacer finalmente público:

> Y vimos, en una luz inmensa que Dios es «algo similar a como se ven las personas en un espejo cuando pasan por delante de él» un obispo vestido de Blanco «hemos tenido el presentimien-

to de que fuera el Santo Padre».[34] Varios otros Obispos, Sacerdotes, religiosas y religiosas subiendo a una montaña empinada, en la cima de la cual había una gran Cruz de troncos bastos como si fuera de corcho con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar allí, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, afligidos por el dolor y la pena, rogaba por las almas de los cadáveres que encontraba en su camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue asesinado por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas *[sic]*, y al mismo tiempo murieron uno después de otro los Obispos Sacerdotes, religiosos y religiosas y varias personas seculares, hombres y mujeres de distintas clases y posiciones.

Que este guión surreal haya sido visto no como una redacción alternativa del episodio del fusilamiento del Papa en la *Vía Láctea* de Luis Buñuel, sino como la profecía de un atentado ocurrido en una plaza llana, en medio de la cual hay un gran obelisco egipcio en piedra, en una ciudad moderna y viva, a un Papa que avanzaba erguido en un coche descubierto, festivo y bendiciente, y en la que no murió absolutamente nadie, es un verdadero milagro de la Virgen de Fátima: en efecto, por sí sola, la Naturaleza no consigue ofuscar tanto la mente de los fieles.

LA EUCARISTÍA Y EL SACERDOCIO

Después de las celestiales definiciones de la Cristología y la Mariología, que habían empeñado una buena parte del primer milenio y de sus primeros ocho concilios ecuménicos, la Iglesia se dedicó en la Edad Media a cuestiones más terrenales, ligadas ante todo a la organización de los propios *insider:* de la consagración de los obispos (Primer Conci-

lio Lateranense, 1123) a la disciplina del clero (Segundo Concilio Lateranense, 1139) y a la elección del Papa (Tercer Concilio Lateranense, 1179).

Y luego, de manera quizá más interesante para los *outsider,* a la ritualidad de los *sacramentos,* «consagraciones» (del latín *sacer,* «sagrado»): ante todo, naturalmente, la *eucaristía,* «agradecimiento» (del griego *eu,* «buena», y *charis,* «gracia»), que sería «el sacrificio mismo del Cuerpo y de la Sangre del Señor Jesús, que él instituyó para perpetuar en los siglos, hasta su regreso, el sacrificio de la Cruz».[35]

A propósito de su institución, el *Catecismo*[36] hace referencia a este pasaje de la *Primera carta a los corintios:*[37]

> Porque yo recibí del Señor esta enseñanza que os he dado: que el Señor Jesús, la noche en que fue traicionado, tomó en sus manos pan y, después de dar gracias a Dios, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, entregado a la muerte para vuestro bien. Haced esto en memoria de mí». Así también, después de la cena, tomó en sus manos la copa y dijo: «Esta copa es el nuevo pacto confirmado con mi sangre. Cada vez que bebáis, hacedlo en memoria de mí».

Ahora bien, ya sabemos que Pablo nunca vio a Jesús: así, decir que la historia la recibió directamente del Señor es un mero eufemismo para decir que se la inventó directamente él, al menos por lo que se refiere a los detalles. Puntualmente, *Juan* ni siquiera habla de este episodio, mientras que el único de los sinópticos que reproduce la frase «hacedlo en memoria de mí» es *Lucas,*[jS] que incluso trascribe literalmente el pasaje de Pablo, como enésima confirmación de su doblemente indirecta fuente de inspiración.

No obstante, comentando la edulcorada versión de *Mateo,*[i9] la edición oficial declara impertérrita: «La claridad y precisión del lenguaje de Cristo excluyen cualquier signifi-

cado metafórico; la omnipotencia de su palabra garantiza la realidad del milagro». Aunque, a propósito de la claridad y la precisión, es preciso recordar que esa exclusión y esa garantía no fueron establecidas hasta 1215 por el Cuarto Concilio Lateranense con la controvertida doctrina de la *transustanciación,* «cambio de sustancia», así definida por el *Catecismo:*[40]

> *Transustanciación* significa la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del Cuerpo de Cristo, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su Sangre. Esta conversión se realiza en la plegaria eucarística, mediante la eficacia de la palabra de Cristo y de la acción del Espíritu Santo. Sin embargo, las características sensibles del pan y del vino, es decir, las «especies eucarísticas», permanecen inalteradas.[41]

Para entender esta definición, que constituye una de las cumbres del surrealismo teológico, es preciso, claro está, comprender el concepto de «sustancia», que es a su vez una de las cumbres del surrealismo filosófico. La idea se remonta a Aristóteles, que distinguió en las cosas su verdadera «esencia» (en griego *oysia,* traducida en latín por *substantia)* de sus no esenciales «accidentes»: por ejemplo, en la hostia, su abstracto «ser hostia» de las concretas propiedades de estar constituida de pan de trigo, y de tener color blanco y forma redonda.

El literal surrealismo del asunto está en el hecho de creer que las esencias de las cosas tienen una existencia independiente de sus accidentes: es más, que éstas constituyen en cierto sentido la «verdadera» realidad metafísica, más allá de la «aparente» realidad física que se manifiesta en aquéllos. Una creencia filosófica aún en boga durante la Escolástica que encontró su aplicación teológica en la doctrina de la transustanciación, según la cual la consagración de la hostia

no varía los accidentes del pan, sino que cambia la sustancia en la del cuerpo de Cristo.

Pero es una creencia que se ha derretido como nieve al sol del pensamiento moderno. En efecto, hoy en día la lingüística identifica simplemente las sustancias y los accidentes con los sujetos y los predicados del discurso, indicados respectivamente por los sustantivos y los adjetivos: no por casualidad, «sustancia» y «sustantivo» significan «que está debajo» (del latín *sub,* «abajo», y *stare* «estar») del discurso, y «accidente» y «adjetivo» lo que «ha caído» (de *accidere,* «caer debajo») o «ha sido arrojado» (de *lacere,* «arrojar») sobre los sujetos.

Además, la lógica y las matemáticas deconstruyen la sustancia en los accidentes, reduciendo la esencia de las cosas a subconjuntos de sus propiedades: para ser más precisos, a conjuntos mínimos de propiedades de las cuales descienden todas las demás. Por ejemplo, las infinitas propiedades accidentales del espacio euclideo son axiomatizables mediante un número finito de propiedades esenciales, de las cuales se pueden derivar completamente todas las demás. Entre otras cosas, puesto que las posibles axiomatizaciones completas son muchas, y variadamente incompatibles entre sí, ya no se puede hablar de «esencia» de una cosa, en singular, y es preciso hablar, en cambio, de «esencias», en plural: todas contingentes, y ninguna necesaria.

La ciencia, por último, identifica análogamente la sustancia con la estructura de las cosas y los accidentes con su superestructura: en particular, reduciendo la sustancia a una descripción físico-química, expresada a través de una fórmula o un proyecto. Lo cual, sin duda, no excluye las posibilidades de literales transustanciaciones: al contrario, éstas ocurren, sin milagros, cada vez que una reacción química produce la transformación de una sustancia en otra, simplemente recombinando los mismos componentes en un nuevo compuesto.

Pero también sin **duda** excluye que sea posible, o incluso sólo sensato, hablar de transustanciación de una estructura de almidones como la hostia, a una de proteínas como la carne, sin cambiar los unos en las otras: por no hablar, claro está, del hecho de que la estructura de la carne *de Cristo* debería estar contenida en un ADN humano, que naturalmente no está presente en una hostia.

Por consiguiente, el dogma de la transustanciación se da de bofetadas con todo el pensamiento moderno, y en especial con la reducción de las sustancias a los accidentes típica de la ciencia en general, y del atomismo químico en particular. Un conflicto, éste, que salió a la luz a partir de 1623, cuando en *El ensayista*[4]* Galileo se posicionó abiertamente a favor de esta reducción:

> Por tanto yo digo que me siento llevado por la necesidad, en cuanto concibo una materia o sustancia corpórea, de concebir a la vez que ella está terminada y figurada de ésta o de aquella figura, que ella en relación con otras es grande o pequeña, que ella está en éste o aquel lugar, en éste o aquel tiempo, que ella se mueve o está quieta, que ella toca o no toca otro cuerpo, que ella es una, pocas o muchas, pero ninguna imaginación puede separarla de estas condiciones.

Sigue siendo una hipótesis[43] que precisamente este conflicto fuese la causa sustancial del proceso a Galileo de 1633, oculto tras la acusación accidental de heliocentrismo. Pero es un hecho que la doctrina católica de la Eucaristía se basa en un anacronismo filosófico que ahora es visto como incompatible no sólo con la racionalidad científica, sino también con la simple racionalidad teológica: lo saben perfectamente hasta los papas, que se lamentan de ello. Pío XII en 1950, por ejemplo, en la encíclica *Hutnani Generis* [Del género humano]:[44]

> Tampoco faltan los que sostienen que la doctrina de la transustanciación, por cuanto fundada en un concepto anticuado de sustancia, debe ser corregida para reducir la presencia real de Cristo en la Eucaristía a un simbolismo.

O Pablo VI en 1965, en la encíclica *Mysterium Fidei* [El misterio de la fe]:[45]

> ¿Quién podría tolerar que las fórmulas dogmáticas usadas por los Concilios Ecuménicos para los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnación sean juzgadas inadecuadas para los hombres de nuestro tiempo? [...] Esas fórmulas expresan conceptos que no están ligados a una cierta forma de cultura, ni a una determinada fase de progreso científico, ni a una u otra escuela teológica, sino que presentan lo que la mente humana percibe de la realidad en la universal y necesaria experiencia: pero tales fórmulas son inteligibles para los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares.

Así será. Pero desde luego no es así, dado que entre los cristianos occidentales los católicos son los únicos que consideran la presencia de Cristo en la eucaristía «verdadera, real, sustancial y transustancial», según la fórmula establecida por el Concilio de Trento en 1551 y reafirmada en el *Catecismo.*[46] Una fórmula construida aposta para imponer una interpretación literal del relato de la Última Cena que contraponer a las distintas interpretaciones literarias, más agudas o menos obtusas, propuestas por los protestantes.

Por ejemplo, los zwinglianos leen esa historia como puramente *simbólica,* y ven la eucaristía como una representación *figurativa.* Los calvinistas creen que en la hostia Cristo está presente de manera *virtual* sólo para los creyentes, y que constituye idolatría adorarla autónomamente. Los luteranos estiman que la sustancia del cuerpo de Cristo no sustituye la

del pan, sino que se añade a ella en una especie de *consustancialidad.*

No obstante, la posición más radical, y más racional por tanto, es la de los anglicanos, que la toman prestada del famoso «argumento del sentido común» propuesto en 1684 por el arzobispo de Canterbury John Tillotson en el *Discurso contra la transustanciación.* El argumento se limita a la observación de que si verdaderamente existieran hostias con todos los accidentes del pan, pero la sustancia de la carne, entonces desaparecería la posibilidad de cualquier conocimiento sensible, porque de *cualquier cosa* podría dudarse que en realidad fuera completamente distinta de lo que parece. Y también desaparecería la posibilidad de la eucaristía misma, porque si no hay manera de verificar *después* de la consagración que la sustancia de una hostia es la de la carne, tampoco hay manera de verificar *antes* que ésta es la del pan, como en cambio debería ser según las reglas del juego.[47]

El argumento de Tillotson fue retomado en 1781 por Immanuel Kant en la *Crítica de la razón pura,* para desmontar de manera análoga la llamada *prueba ontológica* de la existencia de Dios propuesta en 1077 por Anselmo de Aosta en el *Proslogion.* La prueba consistía sencillamente en definir a Dios como un ser perfectísimo, a la manera del *Catecismo,**[s] y en deducir que él existe porque la existencia es una perfección. El argumento de Kant se limita a la observación de que si la existencia fuera una perfección, o más en general una propiedad o un accidente, entonces desaparecería la posibilidad de cualquier afirmación existencial, porque decir de *cualquier cosa* que existe le añadiría una propiedad, y la haría convertirse en algo distinto de la cosa cuya existencia se afirma.

Volviendo a la transustanciación, los cristianos orientales aceptan su doctrina, pero evitan usar su terminología, y prefieren hablar de *metabolismo,* «mutación»: usando, iró-

nicamente, un término que hoy incluye tanto los procesos biológicos de transformación de un alimento como la hostia en un tejido como la carne. Asimismo, prefieren profesar un sedicente Pío Silencio sobre el instante preciso en que se produciría el cambio de sustancia: momento que, como ya hemos visto, los omniscientes católicos saben que se sitúa «en la plegaria eucarística», es decir, en el acto de la pronunciación de una fórmula mágica por parte de un sacerdote.

El cual, según el *Catecismo,*[49] debe ser varón y célibe. Varón, porque todos los apóstoles lo eran. Y célibe, a pesar de que algunos de ellos no lo eran: ni siquiera Pedro, primer Papa, cuya suegra incluso aparece en los evangelios, y a la que Jesús cura de la fiebre con un milagro-aspirina.[50] Y a pesar de que incluso Pablo se pregunta retóricamente, en la *Primera carta a los corintios:*[5]^ «¿Tengo todo el derecho de [...] llevar conmigo una esposa cristiana, como hacen los otros apóstoles, y los hermanos del Señor, y Pedro?». Aunque, a propósito del matrimonio, en la misma carta ya había dicho, en general:[52]

> Yo quisiera libraros de preocupaciones. El soltero se preocupa por las cosas del Señor, y por agradarle; pero el casado se preocupa por las cosas del mundo y por agradar a su esposa, de modo que está dividido.[...] No os digo esto para poneros restricciones, sino para vuestro bien y para que viváis de una manera digna, sirviendo al Señor con toda dedicación.[...] Así que, si se casa con su prometida, hace bien; pero si no se casa, hace mejor.

De todos modos, en el primer milenio ninguna Iglesia, ni occidental ni oriental, formalizó solicitud alguna de celibato. Aunque, desde el principio, por motivos de pureza ritual, se prohibió a los celebrantes las relaciones sexuales en la noche anterior a la celebración, en una tradicional referencia a

dos versículos del *Levítico:*^ «Cuando un hombre tenga un derrame de semen, se lavará con agua todo el cuerpo, y será considerado impuro hasta el anochecer», y «ninguno de los descendientes de Aarón que esté enfermo de lepra o sufra derrames, comerá de las cosas sagradas hasta que haya sido purificado».

A partir del siglo iv se establecieron normas de castidad sexual, pero no por eso los curas dejaron de ser maridos, amantes y padres. Por ejemplo, entre los papas del primer milenio una docena eran hijos de sacerdotes, y cuatro incluso de otros papas: Inocencio I (401-417), Silverio (536-537), Anastasio III (911-913) y Juan XI (931-935), eran, respectivamente, hijos de Anastasio I (399-401), Ormisda (514-523) y Sergio III (904-911). Y las costumbres estaban tan difundidas que cuando el papa Gregorio VII promulgó un primer decreto de celibato en 1074, el clero europeo se rebeló violentamente, sobre todo en Alemania, Francia y España.

Más adelante el decreto sería reiterado de distintas maneras por los Concilios Lateranenses, a partir de 1139, y por el Concilio de Trento en 1563. Pero sólo en 1965 el Concilio Vaticano II reconoció que la motivación de pureza sexual, inspirada en el lema de Jerónimo *omnis coitus immundus,* «todo coito es inmundo», era insostenible y debía ser sustituida por una referencia a las palabras de Jesús: «Os aseguro que todo el que por causa del reino de Dios haya dejado casa, esposa, hermanos, padres o hijos, recibirá mucho más en este mundo, y en el mundo venidero recibirá la vida eterna».[54] A continuación, la regla fue confirmada repetidamente, desde la encíclica de 1967 de Pablo VI *Sacerdotalis Caelibatus* [El celibato sacerdotal] hasta la exhortación apostólica de 1992 de Juan Pablo II *Pastores Dabo Vobis* [Os daré pastores], pero nunca de manera doctrinal: en otras palabras, el camino permanece abierto a eventuales y futuras correcciones de ruta.

De todos modos, gracias a esta obstinación, también en la cuestión del celibato sacerdotal los católicos occidentales están hoy aislados de todos los demás cristianos. No sólo de los protestantes, que no ponen ninguna clase de restricciones al matrimonio de curas y obispos (entre paréntesis, Zwinglio, Calvino y Lutero estaban casados). Sino también de los ortodoxos y de los católicos orientales, que permiten la ordenación de hombres casados, aunque no el matrimonio de curas célibes.

Si los católicos oponen semejante resistencia al matrimonio sacerdotal, podemos imaginar qué piensan del sacerdocio femenino. Pero el ostracismo de las mujeres del altar no debe de haber sido siempre completo, dado que en el primer siglo Pablo recomendaba a una diácona en la *Carta a los romanases* Y puesto que en 494 y en 1210 los papas Gelasio I e Inocencio III enviaban cartas, respectivamente, a los obispos de la Italia meridional y de España, lamentando haberse enterado de que se habían admitido mujeres para *sacris altaribus ministrare,* «oficiar en los sagrados altares».

Por no hablar, entre otros, del hecho de que en 853 al parecer una mujer se convirtió en papa, con el nombre de Juan VIII: la famosa papisa Juana, justamente. Caída del caballo durante la procesión de Pascua, mientras estaba encinta de uno de sus amantes, parió prematuramente y fue linchada por la multitud enfurecida. Su sucesor, Benedicto III, borró su memoria histórica, y el nombre de Juan VIII fue asumido algunos años después por otro Papa. Pero para cubrirse las espaldas, desde entonces cada nuevo Papa es hecho sentar en una silla agujereada (como la *silla estercórea* de pórfido sobre la que aún hoy se le entroniza cuando toma posesión en San Giovanni in Laterano), y proclamado sólo después de que un joven diácono anuncia, después de haberlo palpado íntimamente: *Testículos babetl* [¡Tiene testículos!], a lo cual los cardenales responden: *Deo gratias!* [¡Gracias a Dios!].

O al menos así cuenta la leyenda, citada también por Guillermo de Occam, que no es menos verosímil o menos verdadera que muchas de las que hemos analizado hasta ahora, y desde luego más graciosa y divertida.

Leyendas aparte, es sin duda un hecho que en 1970, en el otoño político que siguió a la Primavera de Praga de 1968, la Iglesia clandestina checoslovaca se sintió obligada a ordenar secretamente a algunas mujeres, además de a algunos hombres casados. Unos años después Pablo VI encargó a la Comisión Bíblica Vaticana, presidida por el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, que estudiara el problema del sacerdocio femenino. En abril de 1976 ésta estableció por unanimidad (17 a o) que «el Nuevo Testamento no dice clara y definitivamente si las mujeres pueden ser ordenadas», y por mayoría (12 a 5) que «las Escrituras no excluyen la posibilidad», y que «permitir el sacerdocio femenino no transgrediría el plan de Cristo».[56]

Como ya había hecho con los anticonceptivos, también para la ordenación femenina Pablo VI decidió ignorar las conclusiones de la Comisión, e hizo promulgar en diciembre de 1976 por la Congregación para la Doctrina de la Fe la Declaración *ínter Insigniores* [Entre los fenómenos], que establecía: «La Iglesia, fiel al ejemplo del Señor, no se considera autorizada para admitir a las mujeres en la ordenación sacerdotal».

En 1994 Juan Pablo II, en la Carta Apostólica *Ordinatio Sacerdotalis* [La ordenación sacerdotal], precisó: «La Iglesia no tiene ninguna facultad de conferir a las mujeres la ordenación sacerdotal, y esta sentencia debe ser respetada de manera definitiva *[definitive tenenda]* por todos los fieles de la Iglesia». En otras palabras, el camino del sacerdocio femenino está irrevocablemente cerrado, porque la Iglesia se ha pronunciado sobre el tema de manera infalible. Esto fue confirmado oficialmente el 28 de octubre de 1995 P or el en~

tonces cardenal Ratzinger en una *Respuesta sobre una duda* al respecto: «Esta doctrina exige un asentimiento definitivo» y «se debe mantener siempre y por doquier por todos los fieles, por cuanto es perteneciente al sedimento de la fe».

No por casualidad, cuando una de las sacerdotisas checoslovacas salió a la luz en 1995, contando que había ejercido el ministerio hasta la Revolución de Terciopelo de 1989,[57] el cardenal Miroslav Vlk, arzobispo de Praga, declaró nula su ordenación. En cambio, en 1997, veintidós de los curas casados checoslovacos fueron vueltos a ordenar *sub condicione* en el rito católico de Oriente, en el sentido de que la nueva ordenación sería válida si, y sólo si, la primera hubiera sido inválida, cosa de la que no estaban del todo seguros. Por último, en 2002, siete mujeres ordenadas el 26 de junio en Austria fueron inmediatamente excomulgadas el 5 de agosto por el cardenal Ratzinger. Típicos ejemplos, éstos, del sexista sistema de dos pesos y dos medidas adoptado por la Iglesia católica en relación con los varones y las mujeres, también en el sacerdocio.

Naturalmente, este sistema no preocupa a los demás cristianos, que siguen tranquilamente sus caminos. Los anglicanos, por ejemplo, ordenaron a las primeras mujeres sacerdotes en Hong Kong en 1944, en Estados Unidos en 1974 y en Inglaterra en 1994, y a la primera mujer obispo en 1989, en Estados Unidos. Pero entre los protestantes, en general, las primeras ordenaciones femeninas se remontan incluso a 1810, mientras que en 1999 la Asociación Universalista Unitaria se convirtió en la primera Iglesia en la que el clero femenino supera al masculino. Los ortodoxos, en cambio, por una vez siguen a los católicos y no permiten mujeres sacerdotes, aunque como hemos visto admiten sacerdotes casados.

Pero hay que reconocer una cosa, y es que Gregorio VII y sus inmediatos sucesores esperaban sanar con el celibato eclesiástico el vicio de la simonía, que estimaban relacionado con el matrimonio: aunque, al abolir a hijos y sobrinos, a lo sumo se podía abolir el nepotismo. Pero no se consiguió ni siquiera eso, por supuesto, ni siquiera para los papas: por ejemplo, Alejandro VI Borgia (1492-1503) era sobrino (hijo de la hermana) de Calixto III (1455-1458), y Pablo III Farnese (1534-1549), hermano de la amante de Alejandro VI. Dicho sea de paso, durante todo el siglo xvi los papas siguieron teniendo hijos tranquilamente: por ejemplo, además de los ya citados Alejandro VI (que tuvo nada menos que nueve hijos y Pablo III, también Julio II (1503-1 513), Pío IV (1559-1565) y Gregorio XIII (1572-1585).

En cuanto a la simonía, ésta toma su nombre de «un tal Simón, dedicado a la magia», del cual los *Hechos de los apóstoles*[5]* cuentan que quería que los doce le enseñaran algunos truquitos a cambio de un pago:

> Simón, al ver que el Espíritu Santo venía cuando los apóstoles imponían las manos a la gente, les ofreció dinero, diciéndoles: «Dadme también a mí ese poder, para que cualquiera a quien yo imponga las manos reciba igualmente el Espíritu Santo». Pedro le contestó: «¡Que tu dinero se condene contigo, pues has pensado comprar con dinero lo que es un don de Dios!».

Los sucesores medievales de Pedro fueron menos remilgados, y vendieron todo lo que pudieron, a menudo después de haberlo, a su vez, comprado: títulos, cargos, absoluciones, indulgencias y canonizaciones. A caballo entre los siglos xm y xiv, la práctica había degenerado tanto que hasta el pío Dante vio en la Iglesia la gran meretriz anunciada por el *Apo-*

calipsis,[59] dedicada a «puñetear entre los reyes», y mandó a tres papas a patalear cabeza abajo en el tercer foso del octavo círculo del *Infierno*:[60] Nicolás III (1277-1280), Bonifacio VIII (1294-1303) y Clemente V (1305-1314).

Pero no es posible irse de rositas con la excusa de que «aquellos eran otros tiempos», dado que también en estos tiempos la Iglesia católica sigue haciendo girar la máquina de la simonía a toda velocidad. Y no sólo de manera indirecta, produciendo para sí y otros las actividades económicas derivadas de sacramentos como bautismos, confirmaciones y bodas, o de ceremonias como funerales y misas de sufragio, sino también de manera directa, cobrando los ingresos de las tragaperras de cirios e indulgencias, y de los casinos de los santuarios y de los jubileos.

A propósito de las indulgencias, antiguamente éstas eran rebajas de penas que se concedía a los pecadores para evitar o abreviar su permanencia en el *ordo poenitentium,* «orden de los penitentes»: una dura condena al ostracismo social y a las penitencias corporales, conminada en expiación de los pecados particularmente graves, como el adulterio, el homicidio o la apostasía. Originalmente la indulgencia se concedía tras la presentación de un *libellum pacis* por parte de un fiel a la espera de martirio, que ofrecía el propio sacrificio en expiación de los pecados ajenos, a la manera de Cristo.

A continuación tanto las penas por los pecados como las indulgencias para los pecadores se rebajaron cada vez más: las primeras se redujeron a acciones simbólicas, como algunas plegarias y jaculatorias, o la visita a iglesias y santuarios, y las segundas fueron concedidas activando un ideal Tesoro de los santos en el cual convergían todos sus créditos, y al cual podían recurrir los pecadores para pagar sus deudas. En resumen, un verdadero capitalismo espiritual basado en la división del trabajo y la explotación de la santidad, bajo la enseña de: «Los astutos pecan y los tontos expían».

Así pues, la simonía entró cuando la Iglesia comenzó a entender el Tesoro de los santos de manera literal, en vez de metafórica: en particular, permitiendo que los pecadores extrajeran indulgencias espirituales a cambio de ingresos en dinero material, y a organizar una agresiva recuperación de créditos llamada significativamente *questua,* «búsqueda». De hacer más gravosa la carga para los fieles se ocuparon también las autoridades seculares, que a su vez pretendieron cobrar impuestos sobre un mercado que se convocaba en los templos de sus ciudades, e instituyeron una especie de IVA, «Impuesto sobre el Valor Apostólico».

Los pequeños y grandes ahorradores que engordaban las arcas del Tesoro Celestial a fuerza de buenas acciones eran, como hemos dicho, los santos. A comienzos del cristianismo la palabra (del latín *sanctum,* «sancionado», participio de *sanare)* indicaba simplemente a los fieles, como en el juicio «todos los males que ha causado en Jerusalén a tu pueblo santo»,[61] o en el mensaje: «a quienes en la ciudad de Efeso pertenecen a Dios y creen en Cristo Jesús».[éz] A continuación pasó a indicar a los mártires, y después del final de las persecuciones fue extendida a otras categorías, de las vírgenes a los doctores de la Iglesia: todas unidas por el hecho de haber profesado la fe de manera excepcional, y por ser objeto de una devoción que pronto desembocó en el totemismo de las reliquias y en su correspondiente comercio, complementario con el de las indulgencias.

Naturalmente, muchos de los santos tradicionales de los primeros siglos nunca han existido, y hoy son eufemísticamente llamados «no históricos»: algunos, en particular, son simples anexiones de divinidades paganas, como la céltica Brígida. Para arreglarlo, en 993 se instituyó un registro oficial de santos, inaugurado con la canonización de Ulrico de Augusta: una ceremonia que es la evidente equivalencia moderna de la antigua apoteosis pagana, a pesar de los doctos

reparos expresados en 1738 por Prospero Lambertini, luego Benedicto XIV, en su estudio *De Servorum Dei beatificatione et Beatorum canonizatione* [Beatificación de los siervos de Dios y canonización de los beatos].

En todo caso, pagana o no, la canonización requiere, entre otras cosas, la concesión de un milagro por parte del candidato a santo, además de un nuevo milagro para su precedente beatificación, que sería una especie de «subsantidad» inventada en el siglo xiv: hoy, en plena era tecnológica, se podría pensar que estas cosas han pasado de moda. Sin embargo, Juan Pablo II proclamó en su pontificado nada menos que a 1.338 beatos y 482 santos: es decir, él sólito, más de 1.319 beatos y 296 santos que todos sus predecesores desde 1588, año en que Sixto V instituyó la Congregación de los Ritos y fijó los procedimientos modernos.

Pero *esta suma de contribuyentes al* Tesoro de *los santos* no es nada en comparación con el verdadero milagro de la multiplicación de sus clientes, obtenida a través del golpe de genio de la invención del Purgatorio:[63] un aparcamiento para las almas de los difuntos, obligadas a soportar las penas del Infierno a la espera de las delicias del Paraíso. Así se creaba el más grande mercado posible de la historia, porque sus potenciales consumidores incluían a toda la humanidad: no sólo la presente, como en la actual globalización, ¡sino también la que ya había fallecido!

La moneda oficial de las transacciones de este mercado de las indulgencias era el tiempo, medido en días: aún en 1903 Pío X especificaba que los cardenales podían conceder doscientas anuales, los arzobispos cien y los obispos cincuenta. Teóricamente, el período indicaba la remisión que se habría obtenido con una penitencia de esa duración, pero en la práctica acabó siendo interpretado como una equivalente condonación de pena en el Purgatorio. Esta cuantificación temporal estuvo vigente hasta 1967, cuando Pablo VI la abolió con la

Constitución Apostólica *Indulgentiarum Doctrina* [La doctrina de las indulgencias].

La abolición del Purgatorio mismo, en cambio, sería más complicada: la Iglesia tiene las manos atadas, dado que ha definido su doctrina en el Concilio de Lyon de 1245 y ha proclamado su existencia como dogma en el Concilio de Florencia de 1439, con decisiones luego corroboradas en 1563 por el Concilio de Trento. Pero, en realidad, la única mención de la Biblia sensatamente adoptada en apoyo de la doctrina es un pasaje del *Segundo libro de los macabeos*,[64] el mismo en el que se encuentra el único fragmento adoptado en apoyo de la doctrina de la creación de la nada: ¡un libro providencial, está claro!

El pasaje en cuestión, que la edición oficial confirma que es «la base de la doctrina cristiana del Purgatorio y de los sufragios por los difuntos», dice:

> Después recogió unas dos mil monedas de plata y las envió a Jerusalén, para que se ofreciera un sacrificio por el pecado. Hizo una acción noble y justa, con miras a la resurrección. Si él no hubiera creído en la resurrección de los soldados muertos, hubiera sido innecesario e inútil orar por ellos. Pero, como tenía en cuenta que a los que morían piadosamente los aguardaba una gran recompensa, su intención era santa y piadosa. Por eso hizo ofrecer ese sacrificio por los muertos, para que Dios les perdonara su pecado.

Pero dado que los protestantes consideran apócrifo ese libro, no creen en el Purgatorio. Y tampoco creen los ortodoxos, por no hablar de las personas sensatas: se trata de un embarazoso anacronismo, que hoy incluso la Iglesia intenta minimizar. Juan Pablo II, por ejemplo, en tres Audiencias del Miércoles[65] dedicadas a los tres Reinos del Más Allá, declaró que son «situaciones, más que lugares»: para ser más preci-

sos, el Paraíso «la plena intimidad con Dios», el Infierno «el rechazo definitivo de Dios», y el Purgatorio «la necesaria purificación para el encuentro con Dios». Y el *Catecismo*[66] le hace eco, estableciendo:

> El Purgatorio es el estado de cuantos mueren en la amistad de Dios, pero, aunque seguros de su salvación eterna, aún necesitan purificación, para entrar en la beatitud celestial.

Mejor tarde que nunca, dan ganas de decir, al menos por la degradación del Purgatorio de lugar a estado. Si no fuera porque el mismo *Catecismo*[67] continúa:

> En virtud de la comunión de los santos, los fieles aún peregrinos en la tierra pueden ayudar a las almas del Purgatorio ofreciéndoles plegarias de sufragio, en particular el Sacrificio eucarístico, pero también *limosnas, indulgencias*[68] y obras de penitencia.

Y si no fuera porque fue el mismo Juan Pablo II quien convocó, en 2000, el que hasta el momento es el último jubileo de la historia: el vigésimo octavo de esos carnavales simoníacos inaugurados en 1300 por Bonifacio VIII, que permitieron que el mercado de las indulgencias pasara del pequeño comercio local a la gran industria globalizada. Aunque, esta vez, existen precedentes bíblicos. Es más, la palabra misma deriva del hebreo *yobel,* «cuerno de carnero», y recuerda el instrumento con el que era saludado el inicio del año de celebraciones prescrito por el *Levítico:*[69]

> El año cincuenta será para vosotros año de liberación, y en él no sembraréis, ni segaréis el trigo que nazca por sí mismo ni podaréis los viñedos ni recogeréis sus uvas, porque será un año santo y de liberación para vosotros. Comeréis sólo lo que la

tierra produzca por sí misma. En ese año de liberación, todos volveréis a tomar posesión de vuestras tierras.

De muy distinto tenor era la bula *Antiquorum habet fida relatio* [Hay una relación digna de fe de los antiguos], que Bonifacio VIII promulgó el 22 de febrero de 1300. En efecto, en ella se aseguraba a todos los que hubieran visitado durante el año las dos basílicas de San Pedro y San Pablo (y, en los jubileos sucesivos, también las de San Giovanni in Laterano y Santa Maria Maggiore) la indulgencia plenaria: la condonación total de todas las deudas acumuladas hasta aquel momento, que a partir de 1095, con Urbano II, los papas ya habían concedido a los «soldados de la fe» que participaban en las Cruzadas:

El primer jubileo tuvo un gran éxito de público, como recuerda Dante:[70]

Cual los romanos, por la muchedumbre
del año jubileo, por el puente
hacen pasar al pueblo con buen orden,

así de un lado todos dan la cara
al gran castillo y van para San Pedro;
por la otra banda marchan hacia el Monte.

Y también tuvo un gran éxito de taquilla, hasta el punto de que el vencimiento original de cien años fijado por Bonifacio VIII nunca fue respetado, y el intervalo fue acortado primero a cincuenta y luego a veinticinco años. Además, en el siglo xx, aparte de los cuatro jubileos canónicos de 1900, 192.5, 1950 y 1975, se celebraron otros dos en 1933 y 1983, con ocasión del centenario y del cincuentenario de la muerte de Cristo. Pero también, en correspondencia, del aniversario de la expulsión de los mercaderes del templo de Jerusalén: éstos

no eran más que pobres aficionados en comparación con los profesionales de la Curia romana.

Las indulgencias en particular, y la condescendencia en general, en actividades prácticas cada vez más inmorales y en elaboraciones teóricas cada vez más absurdas, han llevado a la Iglesia a ser periódicamente percibida como un fastidio tanto para la fe como para la razón, con las consiguientes y periódicas reacciones de rechazo. Francisco de Asís, por ejemplo, propuso un regreso a la pobreza evangélica y en 121 o obtuvo del papa Inocencio III el permiso para fundar la orden mendicante de los franciscanos. Pero a su muerte hubo una inmediata escisión en las dos ramas de los «espirituales» y los «conventuales», sólo la primera de las cuales siguió los ideales de ascetismo propuestos por el fundador. A continuación, se añadió a ellos una tercera vía, la de los «capuchinos», pero las tres órdenes franciscanas han permanecido siempre completamente integradas en la Iglesia, proporcionando en todo momento una «tapadera izquierdista» a sus degeneraciones.

En un extremo, por ejemplo, el mismo Francisco de Asís no desdeñó avalar las aventuras bélicas de las Cruzadas: no sólo partiendo hacia Apulia para alistarse, en un intento entonces frustrado por una sobrevenida iluminación, sino también yendo a Egipto en 1219 con el séquito de la Quinta Cruzada y ensalzando la «guerra justa», aunque deplorando sus excesos. Según el testimonio de primera mano de fray Iluminado de Rieti,[71] aquél le dijo al sultán: «Los cristianos actúan con justicia cuando invaden vuestras tierras y combaten, porque vosotros blasfemáis el nombre de Cristo y os consagráis a alejar de su religión a tantos hombres como podéis».

En el otro extremo, actualmente la Iglesia sigue gestionando negocios de muchos miles de millones montados en torno a los supuestos milagros de varios franciscanos, desde Antonio de Padua (1195-1227) hasta el padre Pío de Pietrel-

ciña (1887-1968). Este último, por ejemplo, fue oficialmente desenmascarado como estafador por el Santo Oficio el 31 de mayo de 1923, pero Pablo VI lo reintegró oficiosamente en 1964 a cambio del paso a manos de la Santa Sede de sus múltiples actividades financieras, y fue canonizado por el papa Juan Pablo II en 2002, dos años después de haber sido beatificado en una de las más mediáticas ceremonias del Jubileo de 2000.

Más seria que la de Francisco de Asís, también por ser más radical, fue la reacción de Martín Lutero ante el mercado de indulgencias convocado en Alemania en 1517 por León X para financiar la reconstrucción de la basílica de San Pedro. Ese mismo año Lutero pegó sus *Noventa y cinco Tesis* en el portal de la iglesia de Wittenberg en Sajonia, diciendo finalmente al pueblo que el Papa estaba desnudo:

43. Se debe enseñar a los cristianos que es mejor dar a un pobre, o hacer un préstamo a un necesitado, que comprar indulgencias.
45. Se debe enseñar a los cristianos que quien ve a un necesitado y lo desatiende para comprar indulgencias, se merece no la indulgencia del Papa sino la indignación de Dios.
50. Se debe enseñar a los cristianos que el Papa, estando al corriente de las exacciones de los recaudadores de indulgencias, debería preferir que la basílica de San Pedro quedara reducida a cenizas antes de ser edificada sobre la piel, la carne y los huesos de sus ovejas.
86. ¿Por qué el Papa, cuyas riquezas hoy son más opulentas que las del ya opulentísimo Craso, no construye la basílica de San Pedro con su propio dinero, en vez de con el de sus pobres fieles?

Lutero, que era un monje agustino, fue inmediatamente convocado a Roma para dar cuenta de sus acciones, pero apeló

al elector Federico III de Sajonia para que sus tesis fueran discutidas en Alemania: de ese modo, desde el principio la Reforma religiosa también adquirió un valor político y recibió el no desinteresado apoyo de los príncipes alemanes, que vieron la ocasión de expropiar los bienes eclesiásticos y confiscarlos.

En 1519 la bula papal *Exsurge Domine* [Surge, oh Señor] conminó a Lutero a retractarse de sus tesis en un máximo de sesenta días, pero al vencer el *ultimátum* él la quemó públicamente y fue excomulgado. En 15Z1 el emperador Carlos V lo convocó ante la Dieta de Worms, pero tampoco entonces el monje se doblegó: fue declarado fuera de la ley y desterrado del Imperio, pero el elector de Sajonia organizó un falso rapto y le dio refugio en el castillo de Wartburg.

Allí elaboró la doctrina del luteranismo, que se puede condensar en el lema de los «cuatro solos»: *Solus Cbristus, Sola Scriptura, Sola Gratia, Sola Fide,* «Sólo Cristo, sólo la Escritura, sólo la Gracia y sólo la Fe»). Y puede describirse como una concepción del cristianismo en la que el fiel debe vivir una relación directa con el Jesús descrito en los evangelios, en vez de una relación mediada con el Jesús elaborado por la Iglesia, y obtiene la salvación sólo a través de la Fe y la Gracia, en vez de a través de las propias buenas acciones. Aunque, en la práctica, la Reforma no hizo más que sustituir viejas invenciones, como la transustanciación o el Purgatorio, por otras nuevas, como el siervo arbitrio y la predestinación.

De todos modos, se trataba de un espíritu más acorde con la búsqueda individual, que acabó permitiendo y estimulando el nacimiento de la Ciencia: en efecto, ésta es incompatible con el dogmatismo y la imposición de verdades preconstituidas, y no por casualidad la Iglesia católica la ha obstaculizado desde su nacimiento, condenando a Giordano Bruno a muerte en 1600 y a Galileo Galilei a prisión domici-

liaría perpetua en 1633. Aún hoy, los católicos constituyen sólo una exigua minoría dentro de la exigua minoría de los científicos occidentales creyentes: porque si la gran mayoría de los científicos es atea o agnóstica (por ejemplo, el 93 por ciento de los miembros de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos),[72] la gran mayoría de los pocos que creen es judía o protestante.

A propósito del término «protestante», éste deriva del hecho de que cuando la Dieta de Espira, de 1529, conminó a los príncipes alemanes a adherirse al luteranismo, cinco de ellos y catorce ciudades protestaron oficialmente contra la imposición y constituyeron la Liga de Esmalcalda. Derrotada por Carlos V en 1547, la Liga se alió con Enrique II y obligó al emperador a la Paz de Augusta en 1555. Ésta concedió libertad de culto a los luteranos, pero obligó a los subditos a adoptar la religión de su príncipe o emigrar, sembrando así una discordia que dio como fruto la Guerra de los Treinta Años (1618-1648).

Entretanto, la Reforma inaugurada por Lutero había arraigado también fuera de Alemania. En Suiza, concretamente en Zurich, fue promovida por Ulrich Zwinglio: instauró una teocracia que habría de costa ríe la vida en 1531, en la guerra entre los cantones reformados y los católicos. Diez años después Juan Calvino volvió a intentarlo en Ginebra, de forma más democrática: esta vez conquistó todo el país, a pesar de que predicaba extravagantes teorías como la «doble predestinación», según la cual lo que salvaba o condenaba a una persona no eran sus acciones, sino sólo el capricho de Dios. Una teoría que, en cualquier caso, ya había sido anticipada no sólo implícitamente por Lutero, sino también explícitamente por Gregorio de Rímini, que en su *Comentario a las «Sentencias» de Pietro Lombardo,*[7i] de 1346, la había reconducido al versículo de *Malaquías:*[7]* «Amé a Jacob y aborrecí a Esaú». Y, antes aún, por Agustín.[75]

En cuanto a Inglaterra, al principio el rey Enrique VIII se opuso a la Reforma y se ganó incluso el título de *Defensor Fidei*, «Defensor de la Fe»), del que aún hoy se adornan los soberanos ingleses. Pero cuando decidió divorciarse de su esposa, Catalina de Aragón, que no le había dado herederos, para casarse con Ana Bolena, la oposición de Clemente VII desencadenó un cisma: en 1534 el rey se hizo proclamar jefe de la Iglesia de Inglaterra, se adjudicó el nombramiento de los obispos, expropió los bienes eclesiásticos y persiguió tanto a los católicos como a los luteranos y a los calvinistas. Tras una breve restauración del catolicismo bajo el reinado de María I (1553-1558), llamada «la Católica» o «la Sanguinaria» *(Bloody Mary)*, según los puntos de vista, desde el reinado de Isabel I (1558-1603) el cristianismo inglés ha permanecido separado del de Roma y se ha convertido en una denominación del protestantismo.

Naturalmente, puesto que la Reforma nació con el rechazo de la mediación de una Iglesia organizada entre el fiel y Dios, ésta se ha disgregado en una constelación de sectas grandes y pequeñas. Los puritanos, por ejemplo, son la versión inglesa de los calvinistas y toman su nombre del hecho de que se inspiran en la «pureza evangélica»: de ellos derivan los independientes y los cuáqueros, que huyeron de las persecuciones inglesas emigrando a Norteamérica y fundando, respectivamente, Massachusetts y Pensilvania. En cuanto a las creencias, están los baptistas, que propugnan el bautismo de los adultos por inmersión; los pentecostales, que se remiten a la experiencia de Pentecostés; los adventistas, que esperan el siempre próximo advenimiento de Cristo; los testigos de Jehová, que toman su nombre del versículo de *Isaías*[76] «vosotros sois mis testigos», y así sucesivamente.

A esta fragmentación del protestantismo, que le ha permitido adaptarse a las exigencias locales de las áreas mas evolucionadas y civilizadas de Occidente y conquistar todo el

Norte de Europa y Norteamérica, le sirve de contrapunto el carácter monolítico del catolicismo, que ha conservado el favor de los pueblos más obtusos y retrógrados del sur de Europa y de Latinoamérica. Tanto el monolitismo como la fragmentación son consecuencias del hecho matemático de que, dadas *n* creencias, hay un único modo de aceptarlas todas, pero hay z"-i de rechazar alguna, en cualquier combinación posible: por tanto, incluso limitándose a una treintena de dogmas característicos del catolicismo, hay mil millones de posibles sectas del protestantismo que aceptan sólo algunos.

Por no hablar, sin ir más lejos, de cuando los dogmas son tantos que se necesitan dieciocho años para reafirmarlos todos. En efecto, eso es lo que duró el Concilio de Trento, que de 1545 a 1563 restauró la doctrina católica y confirmó innumerables pronunciamientos que la Reforma había vuelto anacrónicos: desde la virginidad de la Virgen hasta la realidad de la transustanciación, desde el papel de las indulgencias hasta la existencia del Purgatorio, desde la indisolubilidad del matrimonio hasta el celibato eclesiástico.

El Concilio constituyó la base teórica de la Contrarreforma, que para aproximarse a las exigencias de la modernidad no encontró nada mejor que inventar el Santo Oficio, con el fin de coordinar y centralizar las persecuciones orientadas a cosechar innumerables víctimas y a infligir innumerables sufrimientos. Todo ello, naturalmente, para mayor gloria de Dios, como sancionaba oficialmente en 1542 la bula de indicción de Pablo III *Licet ab initio* [Es lícito desde el inicio]:

> La misión de la Suprema Sagrada Congregación de la Inquisición Romana y Universal es conservar pura la fe católica manteniendo alejada cualquier herejía, reconducir a la Iglesia a los que se hayan apartado de la verdad por engaño diabólico, y

> golpear a aquellos que perseveren con pertinacia en sus doctrinas repudiadas, de manera que el castigo sirva de ejemplo a los demás.

Y, como se ve, al comienzo también era lícito llamar a esta congregación a delinquir con un nombre honestamente explícito: fue Pío X quien lo cambió en 1908 por el de Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio, y en 1965 Pablo VI lo rebajó aún más, dejándolo en Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe. El adjetivo «Sagrada» se perdió en 1988, cuando Juan Pablo II reformó la Curia con la Constitución Apostólica *Pastor Bonus* [El buen pastor].

Una de las mejores invenciones del Santo Oficio fue la promulgación en 1559 del índice de los libros prohibidos, que estuvo vigente hasta 1966. Y dado que poseer estos libros se convirtió en la típica imputación en los procesos de herejía, el índice exigió continuas actualizaciones: por tanto, en 1571 se instituyó una especial Congregación del índice, que «trabajó» hasta 1917, cuando sus atribuciones pasaron de nuevo al Santo Oficio.

Quizá nada testimonia mejor la patética desesperación de la Contrarreforma que la inclusión en la primera lista de proscripción de 1559 de las traducciones en lengua vulgar del Antiguo y del Nuevo Testamento, y de la prohibición de leerlas a cualquiera que no recibiera una autorización explícita, ¡que no podía ser concedida a las mujeres! Si la Iglesia temblaba ante las obras de Dios, imaginémonos ante las de los hombres: la lista de los autores que tuvieron el honor de ver sus obras en el índice comprende toda la cultura literaria, filosófica y científica moderna, desde creyentes como Galileo, Descartes y Kant hasta descreídos como Leopardi, Moravia y Sartre. Y es una verdadera lástima que en la actualidad el índice ya no exista, ya que ello, por desgracia, nos impide aspirar a entrar en él con nuestras obras.

Como tampoco nada testimonia mejor la patética desesperación de la Iglesia moderna que el *Sílabo* de ochenta «principales errores de nuestra época» publicado por Pío IX en 1864, que condenaba una ensalada rusa de «panteísmo, naturalismo, racionalismo, liberalismo, indiferentismo, latitudinarismo, socialismo y comunismo».[77] Una alergia a todos los «ismos», de la que adolecen también los papas actuales: Juan Pablo II, por ejemplo, que en la encíclica *Fides et Ratio* [Fe y razón] reafirmó explícitamente los pronunciamientos del Concilio Vaticano I contra el «racionalismo y el fideísmo», retomó las condenas de Pío X, XI y XII contra «el fenomenismo, el inmanentismo, el agnosticismo, el marxismo, el evolucionismo y el existencialismo», y censuró, por su parte, «el eclecticismo, el historicismo, el modernismo, el cientificismo, el pragmatismo, el parlamentarismo y el nihilismo». O Benedicto XVI, que la ha tomado con otro «ismo», el relativismo, contra el cual se ha lanzado, solo o a dúo con el inefable ex presidente del Senado italiano Marcello Pera.[78]

EL PAPA

Hoy, más que con los milenarios pronunciamientos doctrinales de los que la mayor parte de los fieles está completamente a oscuras, el catolicismo se identifica con el Papa (del griego *pappas,* «papá», diminutivo de *pater,* «padre»): el sedicente «Santo Papá» o «Santo Padre» que, en cuanto obispo de Roma, pretende ser el «sucesor de Pedro» y el «vicario de Cristo» en la tierra. Aunque ya hemos visto que, por un lado, no hay pruebas de que Pedro haya estado nunca en Roma, y aún menos de que haya sido su obispo; y que, por la otra, la reivindicación de la primacía de Pedro se basa en las habituales y tergiversadas interpretaciones de un par de versículos bíblicos elegidos con esmero: *in primis,* en «tú

eres Pedro *[petros],* y sobre esta piedra *[petra]* voy a edificar mi Iglesia».

Pero de estas palabras proporciona una interpretación auténtica la misma *Primera carta de Pedro:*[79] «Acercaos, pues, al Señor, la piedra viva que los hombres despreciaron, pero que para Dios era piedra escogida y de mucho valor. De esta manera, Dios hará de vosotros, como de piedras vivas, un templo espiritual, un sacerdocio santo». Dicho sea de paso, todas estas referencias a las piedras son una cita de *Isaías:*[80] «Voy a poner en Sión una piedra, una piedra escogida y muy valiosa, que será la piedra principal y servirá de fundamento. El que tenga confianza, podrá estar tranquilo». En todo caso, según la sensata interpretación de Pedro, el dicho de Jesús sólo significaba que la Iglesia había sido fundada sobre la piedra angular de Cristo, y debía ser construida con las piedras vivas de los fieles.

De todos modos, es un hecho que la primacía del obispo de Roma en cuanto «sucesor de Pedro» es una invención tardía: el título no fue usado por primera vez hasta el año 451 por el megalómano León I Magno del Concilio de Calcedonia, que en el famoso Canon 28 (que sigue «olvidado» por las recopilaciones oficiales de textos y documentos de la Iglesia católica, como la *Enchiridion Symbolorum,* «Manual de las profesiones de fe») también estableció al mismo tiempo la *paridad* de la primacía para los obispos de Roma y Constantinopla. Aún más tardío es el título de «vicario de Cristo», usado por primera vez en 495 por Gelasio I del Sínodo de Roma.

Y es un hecho que el supuesto trono de Pedro, decorado con los signos del Zodíaco y los trabajos de Hércules, y expuesto con gran pompa como una reliquia en el conjunto de la Cátedra de San Pedro de Bernini, en realidad es un regalo de Carlos el Calvo al papa Juan VIII con ocasión de su coronación imperial en 875.®' Lo cual no impide que la Iglesia

siga venerando la Cátedra cada 2z de febrero, el mismo dí en que los antiguos romanos veneraban a sus difuntos con un banquete en las inmediaciones de sus tumbas, dejando debidamente un asiento *(cathedra)* vacío para ellos.

De origen igualmente pagano es el primer atributo especial que recibió el obispo de Roma: *Pontifex Maximus,* «sumo pontífice», un término que antiguamente indicaba el «pontonero jefe», es decir, el superintendente de los puentes de Roma. A continuación, también a causa del hecho de que el río Tíber se consideraba una divinidad, pasó a indicar metafóricamente el «gran hermeneuta»: un equivalente humano del dios Hermes, es decir, aquel que establecía un puente de conexión entre las divinidades y los hombres. Por último, se convirtió en el título del máximo cargo religioso romano: un cargo vitalicio ocupado, entre otros, por Mucio Escévola, Julio César y César Augusto. A partir de este último, el sumo pontífice fue el emperador, y así continuó hasta más allá del advenimiento del cristianismo de Estado.

Para colmo de la ironía, la primera aplicación del término a un Papa fue sarcástica: la hizo Tertuliano hacia el zzo, hablando de un edicto de Calixto I como «promulgado por el sumo pontífice, es decir, el obispo de los obispos». Pero en 376 el emperador Graciano transmitió seriamente ese título al papa Dámaso I, separando así las prerrogativas estatales de las religiosas. Y aún hoy el Papa sigue adornándose con él y vistiéndose de blanco como los pontífices latinos, aunque por un motivo distinto: hasta 1566 los papas se vestían de rojo, como todos los cardenales, pero en su elección el dominico Pío V decidió mantener las vestimentas de su orden? con una innovación estilística que luego fue mantenida por sus sucesores.

A propósito de los *cardenales,* el término a comienzos del cristianismo significaba literalmente «engoznado» y simple' mente aludía a cualquier cura asignado a una parroquia. Sólo

con el tiempo pasó a denominar a un diácono, un cura o un obispo que tenía alguna función «cardinal»: una tripartición del término que se mantuvo hasta nuestros días en el Sacro Colegio, cuyos miembros están simbólicamente divididos en cardenales-diáconos, cardenales-curas y cardenales-obispos.

Por ejemplo, es el decano de los cardenales-diáconos quien anuncia a los fieles la elección del nuevo Papa con las palabras: *Nuntio vobis gaudiutn magnum: habemus papam,* «Os anuncio con gran alegría: tenemos Papa», modestamente inspiradas en aquellas del ángel que anunció a los pastores el nacimiento de Jesús,[82] y usadas por primera vez en 1484 para la elección de Inocencio VIII.

En cuanto a la elección del Papa, al comienzo eran simplemente los fieles de Roma los que elegían a su obispo dentro de la propia diócesis: para tener un obispo no romano hubo que esperar a Marino I, en 882. La elección fue reservada al clero en 336, restringida por Nicolás II a los cardenales-obispos en 1059, y ampliada a todos los cardenales por el Tercer Concilio Lateranense en 1179; aunque a veces éstos eran bastante pocos, como los doce que en 1292 eligieron a Celestino V, el Papa que sólo al cabo de cuatro meses hizo «el gran renunciamiento por cobardía».[83]

Quizás a causa del hecho de que es difícil obligar a pocas personas ambiciosas a promover a una sola de ellas, a veces la sede estuvo vacante durante mucho tiempo: como en los treinta y tres meses transcurridos entre 1268 y 1271, durante los cuales los electores no consiguieron ponerse de acuerdo, hasta que fueron encerrados en el palacio episcopal de Viterbo y eligieron inmediatamente a Gregorio X. Dado que el rigor había funcionado, en 1274 el Segundo Concilio de Lyon estableció que desde entonces la elección del Papa debía hacerse en cónclave, es decir, «bajo llave» (del latín *cum clave).*

Para continuar con los récords, los papados históricos varían de los trece días de Urbano II (1590) a los 11.560 días de Pío IX (1846-1878). El Papa más joven fue Benedicto IX, elegido en 1032 a una edad que, según las fuentes, variaba entre los once y los veinte años, y su triple papado (1033-1044, 1045 Y 1047-1048) fue también el más animado: en efecto, lo perdió a favor de Silvestre III (1044-1045), lo reconquistó, lo vendió a Gregorio VI (1045-1046), lo recuperó, pero fue desautorizado por el Concilio de Sutri a favor de Clemente II (1046-1047), y volvió al trono por última vez, antes de ser excomulgado y definitivamente sustituido por Dámaso II en 1048.

Igual de edificante fue el Gran Cisma de Occidente, cuando en 1378 el papado se dividió en dos sedes, en Roma y Aviñón: cada una con su Papa perfectamente legítimo, porque el segundo (Clemente VII) había sido elegido por los mismos electores que el primero (Urbano VI), arrepentidos de haber escogido a un desequilibrado psíquico. Por si ello no bastara, cuando el Concilio de Pisa trató de resolver la situación en 1409, sólo consiguió elegir un tercer Papa (Alejandro V). Entre 1415 y 1417 el Concilio de Constanza depuso a los dos papas de Pisa (Juan XXIII) y Aviñón (Benedicto XIII), hizo dimitir al de Roma (Gregorio XII) y eligió a un cuarto (Martín V), aunque el cisma de Aviñón se prolongó formalmente hasta 1499.

No debe asombrarnos que estas aventuras del papado, junto con otras desventuras que ya hemos mencionado, hayan acabado por hacer de detonante de la Reforma: hasta el punto de que, para destacar su desacuerdo con la figura del obispo de Roma, los protestantes a menudo se han referido a los católicos llamándolos denigratoriamente «papistas». Y no han podido más que burlarse de la Constitución Apostólica *Pastor Aeternus* [El pastor eterno] que el Concilio Vaticano I promulgó el 18 de julio de 1870. En efecto, ésta proclama,

ante todo, la primacía apostólica **de Pedro** y **su transmisión** hereditaria al Papa de Roma:[84]

> Si alguien afirma que el beato Pedro apóstol no fue constituido por Cristo Señor como príncipe de todos los apóstoles y cabeza visible de toda la Iglesia militante, o que no recibió del mismo Nuestro Señor Jesucristo una verdadera primacía de jurisdicción, sino sólo de honor: ¡anatema!
>
> Si alguien afirma que no es por disposición del mismo Cristo Nuestro Señor, es decir, por derecho divino, que el beato Pedro tenga por siempre sucesores en la primacía sobre la Iglesia universal, o que el romano pontífice no sea el sucesor del beato Pedro en la misma primacía: ¡anatema!

Dos anatemas que, naturalmente, caen sobre todos aquellos que declaran que «el Papa está desnudo», señalando que su primacía en realidad es una afirmación más ideológica que teológica: en efecto, ésta no se inventó hasta el siglo v, a partir de Inocencio I (401-417), para desvincular el poder papal de Roma de las influencias imperiales de Constantinopla. Y a continuación fue reivindicada, alegando derechos muy terrenales, desde la coronación de los reyes cristianos hasta la proclamación de las guerras santas contra los infieles.

Y como el poder del Papa ya se fundaba en la falsedad de la *Donación de Constantino,* también su primacía espiritual se fundó en la falsedad de las *Decretales del Pseudo Isidoro,* fraguada hacia 850 en Reims por un sedicente Isidoro Mercator, en lo sucesivo confundido con Isidoro de Sevilla, motivo por el cual aún se le denomina «Pseudo Isidoro». Atacando a los príncipes y al emperador para defender a los obispos y el Papa, los decretos enunciaban las prerrogativas de la primacía y de la infalibilidad pontificia, y establecían un falso precedente jurídico, al que a partir de entonces apelarían los papas como si fuera auténtico.

Uno de los mayores campeones de la autoridad papal fue Gregorio VII, logrando que el emperador se arrodillase ante él en Canossa. Durante su disputa con Enrique IV, en 1075, enunció los veintisiete principios del *Dictatus Papae* [Dictado papal], en el que se lee, entre otras cosas:

2. Sólo el pontífice romano merece ser llamado universal.
3. Sólo él puede deponer o absolver a los obispos.
4. Su legado en un Concilio manda sobre todos los obispos, aunque sea de rango inferior, y sólo él promulga sentencias de deposición.
9. El Papa es el único hombre al que todos los príncipes le besan los pies.
12. A él le está permitido deponer a los emperadores.
18. Sus sentencias no pueden ser reformadas por nadie y sólo él puede reformar las de todos.
22. La Iglesia romana nunca se ha equivocado y, como atestiguan las Escrituras, nunca podrá equivocarse.
23. El pontífice romano, si ha sido ordenado canónicamente, se convierte sin sombra de duda en santo por los méritos de san Pedro.

Naturalmente, el paso de la ficción de la infalibilidad pontificia a la realidad de la persecución de los opositores es breve. Concretamente, en 1184 Lucio III ordenó a los obispos que procesaran a los herejes, definidos como aquellos que rechazaban las disposiciones papales. En 1215 el Cuarto Concilio Lateranense estableció que se debía proceder de oficio contra ellos. En 1220 el emperador Federico II decretó la muerte en la hoguera como pena por la herejía. En 1231 Gregorio IX nombró a los primeros inquisidores pontificios, tradicionalmente elegidos entre los dominicos y los franciscanos. En 1252 Inocencio IV autorizó el uso de la tortura como medio de obtener la «confesión». Y en 1484 Inocencio VIII abrió

oficialmente la caza de brujas. Desde entonces la máquina trituradora de herejes trabajó a pleno rendimiento durante siglos, sobre todo con las Inquisiciones española (1478-1820), portuguesa (1536-1821) y romana (1542-hoy).

Pero la infalibilidad pontificia es un arma de doble filo, porque vincula a los papas con las decisiones doctrinales de sus predecesores, aunque éstas ya se hayan vuelto anacrónicas. De ello se percató Juan XXII en 1324, cuando para atacar a la orden franciscana se vio obligado a declarar en la bula *Quia Quorundam Mentes* [Puesto que las mentes de algunos].[85]

> Decir que, ante la duda, no es lícito que sus sucesores revoquen o contradigan cuanto han ordenado los sumos pontífices por medio de las llaves del poder, cuanto los sumos pontífices han definido de una vez para siempre con la llave del *conocimiento en la fe o moral*,[86] va evidentemente en contra de la verdad.
>
> Y esto Nuestro Salvador, en la promesa de las llaves al beato Pedro, parece haberlo comprendido expresamente cuando inmediatamente añade: «Lo que ates en este mundo, también quedará atado en el cielo; y lo que desates en este mundo, también quedará desatado en el cielo», no haciendo ninguna mención al conocimiento.

La declaración es cauta, dado que ataca precisamente la formulación dogmática de la infalibilidad de la *Pastor Aeternus* [El pastor eterno],[87] promulgada in extremis por el Concilio Vaticano I en el crepúsculo del poder temporal del Papa rey, cuando sólo faltaban dos meses para la brecha de Porta Pia y el ocaso del Estado pontificio:

> Proclamamos y definimos dogma revelado por Dios que el romano pontífice, cuando habla *ex cathedra*, es decir, cuando

> ejercita su supremo oficio de pastor y de doctor de todos los cristianos, y en virtud de su poder apostólico define una *doctrina sobre la fe y las costumbres,*^ vincula a toda la Iglesia, por la divina asistencia a él prometida en la persona del beato Pedro, goza de esa infalibilidad con que el divino redentor quiso que fuera acompañada su Iglesia. [...] Por tanto, si alguien tiene la presunción de oponerse a nuestra definición, ¡Dios no lo quiera!: ¡anatema!

Pero Dios lo quiso. También porque, si ya no estaba clara en los evangelios la primacía del apóstol Pedro, imaginémonos cómo podía ser considerado como revelado por Dios el dogma de la infalibilidad del romano pontífice. En efecto, antes de su proclamación unos cuarenta padres conciliares abandonaron pilatescamente Roma, para evitar tener que votar la resolución. Y, después de su proclamación, un grupo de intelectuales y curas católicos de lengua alemana fundó en 1873 la cismática Iglesia veterocatólica, que no sólo rechazó los nuevos dogmas, sino que también decidió acabar, cuando aún existía, con la misa en latín (un siglo antes del «innovador» Concilio Vaticano II) y con el celibato eclesiástico.

En la actualidad pocos teólogos católicos disienten de la infalibilidad pontificia: el primero de todos, Hans Küng,[89] que ha pagado su desacuerdo con la pérdida de la *rnissio canónica* para la enseñanza. En cuanto a los no teólogos, en un sondeo internacional entre los estudiantes de las escuelas superiores y de las universidades católicas, de los que el 96 por ciento se declara creyente y un 80 por ciento católico, sólo el 3 7 por ciento acepta el dogma de la infalibilidad pontificia (entre paréntesis, el 37 por ciento también cree que la Virgen es una diosa y el 42 por ciento que ella se convirtió, a los pies de la cruz, en la madre de Juan evangelista).[90]

Aunque rechazan la primacía y la infalibilidad del Papa, en cualquier caso los ortodoxos creen que el Espíritu Santo

no permite que la Iglesia se equivoque en materias doctrinales: en particular, los primeros siete Concilios Ecuménicos celebrados en Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia entre 325 y 787 se consideran infalibles, y sus pronunciamientos sobre Cristo y María, dogmáticos.

Naturalmente, los protestantes van más allá al negar cualquier intermediación doctrinal entre la fe y Dios por parte no sólo del Papa, sino también de la Iglesia. Por ejemplo, el *Credo de Westminster*,[91] de 1646, declara explícitamente:

> La regla infalible para la interpretación de las Escrituras son las Escrituras mismas: por tanto, cuando surgen problemas de verdad o falsedad respecto del verdadero y completo sentido de un pasaje de las Escrituras, éste debe ser buscado y encontrado en otros pasajes que hablen más claramente. [...]
>
> No hay más cabeza de la Iglesia que el Señor Jesucristo. Y el papa de Roma no puede ser su cabeza, en ningún sentido: más bien, es el Anticristo, un pecador, un hijo de perdición, que se autoexalta, en la Iglesia, contra Cristo y todo lo que se llama Dios.

La identificación del Papa con el Anticristo, un término inventado por el apóstol *Juan*,[92]- no es en absoluto una idea extravagante del antedicho Credo, sino una aposición uniformemente compartida por los protestantes. Y no como insulto metafórico, sino como literal realización de la profecía de Jesús: «Porque vendrán muchos haciéndose pasar por mí y diciendo "¡Yo soy el Mesías", y engañarán a mucha gente».[93] Como era de esperar, para los católicos el Anticristo era, por contra, el propio Lutero, aunque honestamente es preciso reconocer que las vicisitudes del papado parecen ofrecer a los protestantes asideros mucho mejores para la diatriba: como alguien ha dicho, «si el Papa no es el Anticristo, por desgracia se parece mucho».

En efecto, no es necesario ser exégetas para percatarse de que la mezcla directa e indirecta del Vaticano en los asuntos terrenales y mundanos tiene poco o nada que compartir con el espíritu religioso evangélico, por no hablar de su letra. Y tampoco es necesario invocar la historia pasada, a la cual hemos aludido en distintas ocasiones: basta la crónica de sucesos, incluso reciente. Por ejemplo, el escándalo de pedofilia eclesiástica generalizada que ha arrollado al Vaticano a fines del segundo milenio.

Tras décadas de reticencias, la punta del iceberg de las molestias y violencias perpetradas por curas, monjas y laicos católicos sobre los menores (aunque no sólo sobre éstos) de orfanatos, escuelas y seminarios administrados por ellos está saliendo a flote: sobre todo en el exterior, naturalmente, porque en Italia la servil autocensura de los órganos de prensa con relación al Vaticano siempre ha impedido hablar de tales hechos, que sólo con penas y trabajos comienzan a aflorar también entre nosotros.

Por ahora, los casos más conocidos que han salido a flote son los del padre mexicano Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo, tan amados por Juan Pablo II, y del fraile irlandés Brendan Smyth, que tiene un récord de cuarenta y cinco años (1945-1990) de abusos sistemáticos. El caso más blasfemo es, en cambio, el citado en el Informe gubernamental irlandés del 22 de octubre de 2005, de un cura de la diócesis de Ferns, que violó a una chica en el altar de la parroquia. Y el escándalo ha alcanzado incluso a los máximos niveles eclesiásticos, hasta el cardenal Hans Hermann Groér de Viena y una veintena de obispos de todo el mundo, todos obligados a dimitir (el primero en 1995).

A veces la vergüenza individual tomó la delantera, como cuando el fraile irlandés Sean Fortune se suicidó en 1999 antes de someterse a un proceso por estupro de 29 niños. Pero en el ámbito colectivo siempre se dio una sistemática

connivencia de las jerarquías eclesiásticas, que a lo sumo se limitaban a desplazar a los culpables a otras instituciones: un comportamiento que ha provocado varias dimisiones de los responsables, desde el cardenal Bernard Law de Boston, en Estados Unidos, hasta el obispo Brendan Comiskey de Ferns, en Irlanda (ambos en Z002).

Una idea de la magnitud de los abusos se deduce del hecho de que, sólo en Estados Unidos,[94] hasta 2003 se habían presentado once mil denuncias contra cuatro mil cuatrocientos curas, que habían supuesto indemnizaciones por valor mil millones de dólares y la literal bancarrota de tres diócesis. En varios países el escándalo ha hecho caer la popularidad del Vaticano hasta sus mínimos históricos: en Irlanda incluso se ha llegado a pedir una revisión de las relaciones Iglesia-Estado, estimando que los casos descubiertos no sólo revelan desviaciones individuales, sino prácticas institucionales.

Y con razón, porque el Vaticano sabía perfectamente que la perversión sexual se incubaba en sus filas, y desde hacía tiempo había tratado de impedir que fuera descubierta. En efecto, ya en 1962, el Santo Oficio de Juan XXIII, el «Papa Bueno», había promulgado la disposición secreta *Crimen Sollicitationis* [El crimen de incitación], en la que se instruía a los obispos a propósito de los curas que hacían *avances* sexuales a los fieles durante la confesión, o que pecaban de bestialismo, pedofilia u homosexualidad. En particular, se ordenaba que se mantuviera un secreto total sobre los hechos descubiertos, incluyendo los nombres de las víctimas de los abusos, so pena de excomunión: la cual, paradójicamente, ¡era conminada no por la perpetración de los delitos, sino por su divulgación!

Cuarenta años después, el 19 de mayo de 2001, en la carta a los obispos de todo el mundo, *De Delictis Gravioribus* [Sobre los delitos más graves], el cardenal Ratzinger confirmaba oficialmente que la disposición secreta había permanecido

«vigente», y reiteraba que los delitos contra el (a su juicio) sexto mandamiento cometidos «mediante incitación, en el acto o con ocasión o con el pretexto de la confesión», o bien «por un clérigo con un menor», eran «de competencia exclusiva de la Congregación para la Doctrina de la Fe» y «sometidos al secreto pontificio».

La existencia de la *Crimen Sollicitationis,* que se cubría incluso a sí misma con el secreto total, no salió a la luz hasta 2003, durante uno de los procesos relativos al escándalo, y la confirmación de las disposiciones por parte de Ratzinger llevó a su incriminación a comienzos de 2005 por parte de un Tribunal de distrito de Texas, por connivencia en los delitos y obstrucción en las investigaciones. Pero el 26 de septiembre de 2005 el Ministerio de Justicia de Estados Unidos ordenó que el tribunal archivara el trámite porque, al haberse convertido en Papa durante la instrucción, ahora disfruta de inmunidad por su condición de jefe de Estado, y el procedimiento penal sería «incompatible con los intereses de la política exterior de Estados Unidos».

Así, Benedicto XVI se salvó por los pelos. O mejor, por el camauro: el bonito sombrero de terciopelo rojo bordado de armiño que él mismo se ocupó de exhumar junto con otros anacronismos papales como la tiara y la silla gestatoria. Pero, incluso sin una sentencia oficial, se puede afirmar que la historia iniciada con un Niño Jesús que descendió de las estrellas acaba por ahora con un clero que descendió a los establos de los procesos de pedofilia.

Por tanto, resultaron previsores los maestros de ceremonias que en el pasado hacían que un monje descalzo encendiera tres veces una cerilla delante del recién elegido Papa y que éste le repitiera tres veces el aforismo de Thomas de Kempis:[95] *sic transit gloria mundi,* «así pasa la gloria del mundo». Así es, en efecto, y así sea.

8

LAICOS Y LÓGICOS

Terminado nuestro alegato de lecturas bíblicas y recapitulaciones históricas, ha llegado finalmente la hora de emitir un veredicto sobre el cristianismo. Que, obviamente, es la condena capital ya anunciada y resumida en el título: es decir, que *no podemos ser cristianos, y menos aún católicos,* si queremos, al mismo tiempo, ser racionales y honestos. En efecto, la razón y la ética son incompatibles con la teoría y la práctica del cristianismo, como nuestro incompleto rosario de citas de la primera, y de hechos de la segunda, debería haber demostrado suficientemente.

Pero, para concluir el discurso, detengámonos todavía un momento en la absurda lista de doctrinas que la Iglesia impone creer aún hoy a sus fieles, para que *ellos* puedan llamarse católicos. Aunque pocos la hayan visto alguna vez por entero, en 1998, el cardenal Ratzinger dio un auténtico ejemplo, «sin ninguna intención de exhaustividad o completitud»:[1]

> Los diversos dogmas cristológicos y marianos; la doctrina de la institución de los sacramentos por parte de Cristo y su eficacia en cuanto a la gracia; la doctrina de la presencia real y sustancial de Cristo en la Eucaristía y la naturaleza sacrifical de la celebración eucarística; la fundación de la Iglesia por voluntad

de Cristo; la doctrina sobre la primacía y la infalibilidad del romano pontífice; la doctrina sobre la existencia del pecado original; la doctrina sobre la inmortalidad del alma espiritual y la retribución inmediata después de la muerte; la ausencia de error en los textos sagrados inspirados; la doctrina sobre la grave inmoralidad de la muerte directa y voluntaria de un ser humano inocente.

Aparte del último punto, sobre el cual naturalmente la práctica del cristianismo tiene muy poco que enseñar, la lista brilla por su total y absoluto anacronismo. En efecto, en un mundo tecnológico y en una era científica, en la que una comunidad transnacional de investigadores serios y cultos condena su alma para buscar respuestas concretas y precisas a preguntas sensatas y profundas sobre el universo, sobre la vida y sobre el hombre, la Iglesia no encuentra nada mejor que volver a proponer de manera inmutada e inmutable sus fábulas de Oriente Medio y sus fórmulas escolásticas, obtusamente cerradas a todo lo bueno que ha producido el pensamiento entre los jubileos de 1600 y de 2000: entre la hoguera de Giordano Bruno y la secuenciación del Genoma Humano.

Y cuanto ha producido de bueno el pensamiento, expresándose en el lenguaje universal y atemporal de las matemáticas, son los resultados de la física, la biología y la medicina, que muestran concretamente y con detalle cómo los pitagóricos y los estoicos tenían razón en un sentido abstracto: es decir, cómo el *Logos* permea el universo y se refleja en el hombre, por cuanto «todo es racional», y la racionalidad humana está en condiciones de comprender, al menos parcialmente, la racionalidad cósmica.

Si se quiere reformular esto en lenguaje teológico, nada impide extender el lema de Spinoza, *Deus, sive Natura,* «Dios, o sea, la Naturaleza», llegando a decir de manera metafórica que *el universo es el cuerpo de Dios, y las leyes*

del universo los pensamientos de tu mente o, justamente, su Logos. Pero no se puede querer cuadrar el círculo, y pretender trazar un imposible vínculo entre este abstracto y matemático Logos y el concreto y humano Cristo, sólo porque *Juan*[z] añadió un himno judío-helenístico que comienza con el famoso versículo: «En el principio ya existía el Logos, y aquel que es el Logos estaba con Dios y era Dios», y lo hizo continuar diciendo: «Aquel que es el Logos se hizo hombre, y vivió entre nosotros».

También porque el Logos era para los griegos lo que para nosotros es la *Razón.* Por ejemplo, Pitágoras llamaba *logon* a una relación entre magnitudes mesurables a través de una misma unidad de medida, o «conmensurables», y *alogon* a una relación como la que se da entre la diagonal y el lado del cuadrado, que en cambio eran «inconmensurables»: puntualmente, nosotros usamos los adjetivos *racional* en el primer caso, e *irracional* en el segundo. Decir, por tanto, que «En el principio ya existía la Razón», significa simplemente que las leyes del universo son necesarias y preceden incluso a su existencia, como también decir, asimismo, que «la Razón se hizo hombre» significa sólo que el hombre es racional: sin ninguna referencia a Cristo, cuya enseñanza fue considerada, en cambio, irracional desde el principio, a partir del mismo Pablo.

Paradójicamente, pues, habría tenido más sentido identificar el Logos de los griegos con el Espíritu Santo de los cristianos, el Alá de los musulmanes o el Vishnu de los hinduistas, por sus paralelos papeles de sustentadores del universo. Pero hemos aprendido que el sentido le produce escalofríos a la Iglesia, y en el año 2000 el cardenal Ratzinger, en su controvertida Declaración *Dominus lesus* [El Señor Jesús], advertía:[3] «Hay también quien formula la hipótesis de una economía del Espíritu Santo con un carácter más universal que la del Verbo hecho carne, crucificado y resucitado. También esta afirmación es contraria a la fe católica».

Dicho sea de paso, la controversia sobre la Declaración derivó del hecho de que, aun manifestando de palabra «la estimación y el respeto hacia las religiones del mundo, como también por las culturas que han llevado a un objetivo enriquecimiento la promoción de la dignidad del hombre y el desarrollo de la civilización»,[4] ésta sostenía en los hechos, desde el título, «la unicidad y la universalidad salvadora de Jesucristo y de la Iglesia». O sea, el Vaticano reivindicaba una vez más un doble monopolio de la verdad: ante todo, del cristianismo sobre las demás religiones y, a continuación, del catolicismo sobre las demás sectas cristianas.

Pero, dado que, naturalmente, las demás religiones y las demás sectas no sólo no aceptan este monopolio, sino que a menudo lo reivindican para sí, está claro que por este camino no se va lejos en el diálogo entre las fes y en el camino hacia la paz religiosa. Al contrario, nos situamos en una ruta de colisión que antes o después se acaba produciendo, como en efecto ocurrió el 12 de septiembre de 2006 a consecuencia del imprudente discurso en Ratisbona del mismo Ratzinger, ya Benedicto XVI, que logró enfurecer a los mahometanos del mundo entero con esta desacertada cita del emperador bizantino Manuel II Paleólogo: «Muéstrame lo que Mahoma ha traído de nuevo, y sólo encontrarás cosas malas e inhumanas».

El levantamiento de escudos musulmanes y de cimitarras islámicas, que recordó evangélicamente al Papa que mirara más bien la viga en el ojo de *su* religión, lo obligó inauditamente a públicas y repetidas excusas, atrajo más atención que el hecho de que aquel mismo discurso en realidad estaba dirigido a los científicos y dedicado a la relación entre fe y razón, a partir de la observación del mismo emperador bizantino de que «no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios».

En su discurso el Papa reconocía que la pretensión del catolicismo de conectar el Logos griego con el Cristo pales-

tino no es compartida por los demás cristianos. Ni siquiera por los protestantes, para los cuales a través de este vínculo «la fe ya no aparece como viva palabra histórica, sino como elemento insertado en la estructura de un sistema filosófico». Y tampoco por los teólogos liberales de los siglos xix y xx, que predican un «regreso al simple hombre Jesús y a su simple mensaje, que estaría antes de todas las teologizaciones y, justamente, también antes de las helenizaciones».

Y menos que nunca por los científicos, cuyo «método como tal excluye el problema de Dios, haciéndolo aparecer como un problema acientífico o precientífico». Pero, dice el Papa, «si la ciencia es sólo esto, entonces es el hombre mismo quien sufre una reducción. Puesto que entonces los interrogantes propiamente humanos, es decir, los relativos al *de dónde* y al *hacia dónde,* los interrogantes de la religión y del eífoos, no pueden encontrar cabida en el espacio de la común razón descrita por la "ciencia" entendida de este modo y deben ser desplazados hacia lo subjetivo».

Pero ésta, lejos de ser una reducción al absurdo del método científico, lo es del método religioso. Porque es precisamente en lo subjetivo donde las religiones encuentran las respuestas a los interrogantes sobre el «de dónde» y el «hacia dónde», ¡aun pretendiendo cada una elevar su personal subjetividad a una impersonal objetividad! Así, los equilibrios verbales del Papa no pueden esconder la realidad de los hechos, que son: primero, que el espacio y el tiempo están llenos de religiones, es decir, el mundo y la historia; y, segundo, que todas pretenden tener el monopolio de la verdad para sí mismas, en desmedro de las demás.

Por tanto, siempre que haya religiones habrá guerras de religión, como siempre las ha habido y las hay. Mientras que, en cambio, no hay guerras de ciencia, ni las ha habido nunca, porque la ciencia es una sola: acaso no santa, pero ciertamente *katholika,* en el sentido literal de «universal».

Y sólo se puede aplicar sensatamente a sus afirmaciones, mientras que no así a los dogmas católicos, el lema *quod semper, quod ubique, quod ab ómnibus creditur:* de ser y deber ser creídas «siempre, en todas partes y por todos».

Por tanto, al contrario que las religiones, la ciencia no tiene necesidad de reivindicar ningún monopolio de la verdad: sencillamente, *lo tiene.* Y en consecuencia, aceptemos de una vez por todas que hay que dar a Pitágoras lo que es de Pitágoras, es decir, la única objetividad científica, y a Cristo lo que es de Cristo, es decir, una de las numerosas subjetividades religiosas, evitando mezclar lo sagrado con lo profano: esto es, las profundidades lógicas con las superficialidades teológicas.

Y si verdaderamente queremos rezar, digamos: «Padre Nuestro que estás en los cielos, hágase tu voluntad», como nos ha enseñado el profeta Jesús, pero recordemos que Dios Padre no es otro que Padre Cielo. Así pues, tanto da dejar de lado las metáforas y rezar como nos ha enseñado el estoico Marco Aurelio: «Todo lo que está en armonía contigo, Universo, también lo está conmigo».[5]

NOTAS

CRISTIANOS Y CRETINOS

i. *Mateo,* I, 2i.

2. *Hechos de los apóstoles,* XI, 26.

3. *Mateo,* V, 3.

4. Salvo indicaciones contrarias, las referencias en el texto son a la edición oficial de la Conferencia Episcopal Italiana de la *Sacra Bibbia* (Unione Editori e Librai Cattolici Italiani, Roma, XVIII coedición, octubre de 2005) y al Compendio del *Catechismo della Chiesa Cattolica,* al cuidado del cardenal Joseph Ratzinger (Edizioni San Paolo e Libreria Editrice Vaticana, 2005).

5. Aniversario de los Pactos lateranenses.

6. Aniversario de la toma de Porta Pia.

EL PADRE

1. Aquí y a continuación la abreviatura «a.e.V.» significa «antes de la era Vulgar», y es usada en vez de «a.C.» (antes de Cristo), como también «e.V.» significa «de la era Vulgar» y es usada en vez de «d.C.» (después de Cristo). La expresión es una transliteración de *Era Vulgaris,* usada por primera vez en 1716 por el obispo inglés John Prideaux en el sentido de «Era Popular o Común» (de *vulgus,* «pueblo» o «comunidad»). Según la entrada «Cronología» de la *Enciclopedia católica* de 1908, «la datación más importante es la adoptada por todos los pueblos civilizados y conocida como Era Cristiana, Vulgar o Común»: y puesto que es vulgar, que sea Vulgar.

z. *Primer libro de los reyes,* XII, 28-29.
3. Éxodo, XXXII.
4. *Catecismo,* 59 y 54.
5. *Segundo libro de los macabeos,* **VII,** 28.
6. *Contra las herejías,* Libro cuarto, XX, 1.
7. *Confesiones,* **XII,** 7.
8. *Génesis,* I, 1-3.
9-1,4-5-
10.1, 8.
11.1, 10.
12.1, 14-19.
13.1, 20-27.
14-V, 2.
15.1,29-30.
16. IX, 1-4.
17. II, 4D-7.
18. *Éxodo,* XX, 7.
19. *Tapices,* V, 34.
20. *Génesis,* II, 8.
21. II, 18-20.
22. II, 23.
23. III, 20.
24. III.
25. II, 17.
26.1, 29.
27. III, 16.
28. *Éxodo,* IV, 2-4.
29. *Catecismo,* 75.
30. *Génesis,* III, 1.
31. IV, 1-17.
32. *Versión inspirada* ***de la Biblia,*** **V, 13.**
33. *Génesis,* IV, 15.
34. VI, 4.
35. *Humani Generis,* **IV.**
36. *Catecismo,* 7775.
37. *Génesis, VI, 6-7.*
38. *Primer Libro de Samuel,* XV, 11.
39. *Jeremías,* XVIII, 7-10.
40. *Éxodo,* XX, 3.
41. III, 14-15-
42. VI, 3.
43. Véase Richard Friedman, *Chi ha scritto la Bibbia?,* BoUati Boringhieri, Turín, 1991.

44- *Génesis,* III, 8.
45. VI-IX.
46. *Nehemías,* **VIII.**
47. *Segundo libro de las crónicas,* XXXI, 2.
48. *Segundo libro de los reyes,* **XXII,** 8-13 y ***Segundo libro de las*** *crónicas,* XXXIV.
49. *Providentissimus Deus,* 10.
50. *Divino afflante Spiritu,* 40.
51. *Dei Verbum,* 11.
52. Las cursivas son nuestras.
53. *Humani Generis,* V.
54. Las cursivas son nuestras.
55. *Génesis,* IX, 14-15.

EL DIOS DE ISRAEL

1. *Génesis,* XII, 1-3.
2. *Deuteronomio,* VII, 7-8 y IX, 5-6.
3. *Génesis,* XII, 10-20 y XX, 2-18.
4. XII, 4.
5. XXVI, 6-11.
6. XX, 12.
7. XII, 13.
8. XVI, 3-16.
9. XXI, 9-21.
10. XIX, 30-38.
11. XXIX, 16-30.
12. XXXV, 22.
13. XXXVIII, 12-30.
14. XVIII, 16 y XIX, 29.
15. *Ezequiel,* XVI, 49-50.
16. *Carta de Judas,* 7.
17. *Mateo,* I, 3 y *Lucas,* III, 33.
18. *Génesis,* XXXVIII, 8-10.
19. XVII, 15-21, XVIII, 10-15 y XXI, 1-7.
20. XXII, 1-18.
21. XXII, 1-9.
22. XXII, 11-14.
23. *Jueces,* XI, 30-40.
24. *Segundo libro de Samuel,* XXI, 1-14.
25. *Segundo libro de los reyes,* XXIII, 19-20.
26. *Segundo libro de Samuel,* XXI, 14.

zj. Levítico, XXVII, 28-29.
28. Las cursivas son nuestras.
29. *Génesis,* XVI, 1-16 y XXI, 9-21.
30. XXV, 1-6.
31. XXV, 25-26.
32. XXV, 29-34.
33. XXVII, 1-40.
34. XXX, 33.
35. XXVIII, 12-15.
36. XXXV, 22-26.
37. XXXII, 29.
38. XIII, 14-15.
39. XV, 18-21.
40. *Números,* XXXV, 7.
41. *Génesis,* XXIII, 17-18.
42. XXXIII, 19-20.
43. XXXIV.
44. XXVI, 34.
45. XXVII, 46 y XXVIII, 1.
46. XXI, 10.
47. *Éxodo,* XXIII, 31-32.
48. *Deuteronomio,* I, 7.
49. XI, 24.
50. *Josué,* I, 4.
51. *Génesis,* XXXIX-L.
52. *Génesis,* XV, 13 y *Éxodo,* XII, 40.
53. *Génesis,* XLVI, 26-27.
54. *Éxodo,* II y IV-XI.
55.I.
56. II, 1-10.
57.II, 11-15.
58. III-IV.
59. IV, 10-17.
60. XXVIII-XXIX.
61. VII-X.
62. XI-XII.
63. XII, 30.
64. XII, 13-14.
65. XIV.
66. XIV, 28.
67. IX, 6.
68. VII, 22, VIII, 3 y 14 y IX, 11.
6<). Números, II, 32.

•*jo. Éxodo,* XVI-XVII y **XX-XXIII.**
71. XXIII, 28-30.
71. *Números,* X, 11-12.
73. *Éxodo,* **XIII.**
74. *Números,* XIV.
75. XVI.
7é. XVII, 6-15.
77. XXV, 1-3.
78. XXV, 6-15.
79. XXI.
80. XXXI, 2.
81. XXXI, 17-18.
82. XXXI, 32-35.
83. *Deuteronomio,* XXXIV, 5-6.
84. *Números,* XXVII, 15-23.
85. XIII, 16.
86. Josué, **III,** 14-17.
87. IV, 13.
88. VI.
89. VI, 17.
90. VIII, 26 y 28.
91. X, 11-14.
92. X, 40.
93. XI, 19-20.
94. XXIV, 13.
95. *Segundo libro de las crónicas,* XIII, 17 y **XIV,** 8.
96. *Génesis,* XIX, 26.
97. *Frimer libro de las crónicas,* X, 13-14.
98. *Frimer libro de Samuel,* XVII, 45.
99. *Isaías,* VI, 1-3.
100. *Paraíso,* VII, 1.
101. La *ciudad de Dios,* XIX.
102. *Corán,* IX.
103. La *guerra de los judíos,* Libro **segundo, XIII,** 3.
104. *Dei Verbum,* 16.
105. 16.

LOS MANDAMIENTOS

1. *Éxodo,* XIX, 3-9.
2. XIX, 17 y 19.
3. XX, 1-17.

4. XX, i8-2i.
5. XX, 22 **—XXIII.**
6. XXIV, 9-11.
7. XXIV, 12-18.
8. XV-XXXI.
9. XXI, 23-25 y *Deuteronomio,* XIX, 21.
10. *Primer libro de los* ***reyes,*** **VIII,** 1-9 **y** ***Segundo libro de las crónicas,*** V, 4-10.
11. *Esdras,* I, 7-11.
12. *Éxodo,* **XXXII,** 1-4.
13. *Primer libro de los reyes,* XII, 28-29.
14. *Éxodo,* XXXII, 15-20.
15. XXXII, 26-29.
16. XXXIV.
17. XIX, 16 y 18.
18. XXXIV, 28.
19. XXXIV, 10-28.
20. XXXIV, 1 y 27.
21. XXXIV, 29-35.
22. XXXV-LV.
23. *Levítico,* XIX, 27.
24. XXI, 13-20.
25. XI, 6, 19 y 20; *Deuteronomio,* XIV, 7 y 18.
26. *Levítico,* XIX, 18.
27. *Juan,* XIII, 34.
28. *Mateo,* XXII, 39 y *Marco,* XII, 31.
29. *Deuteronomio,* VI, 5.
30. *Levítico,* XX, 10-15.
31. *Deuteronomio,* XXXIV, 10.
32. *Tratado teológico-político,* I, 45.
33. Libro *de los muertos,* CCXV.
34. *Deuteronomio,* IV, 2 y **XIII,** 1.
35. *Catecismo,* 438 y 439.
36. Éxodo, XX, 3 y *Deuteronomio,* V, 7.
37. *Catecismo,* 445.
38. *Éxodo,* XII, 12.
39. XV, 11.
40. XXII, 20 y XXIII, 13.
41. XX, 5, XXXIV, 14 y *Deuteronomio,* VI, 15.
42. VI, 4.
43. *Éxodo,* XX, 4 y *Deuteronomio,* VI, 15.
44. *Catecismo,* 446.
45. *Éxodo,* XXV, 18-20.

46. *Contra las herejías,* Libro primero XXV, 6.
47. Las cursivas son nuestras.
48. *Juan,* XXI, 11.
49. *Éxodo,* XX, 7 y *Deuteronomio,* V, 11.
50. *Éxodo,* XX, 8 y *Deuteronomio,* V, 12.
51. *Éxodo,* XX, 11.
52. *Deuteronomio,* V, 15.
53. *Catecismo,* 451 y 452.
54. *Mateo,* XIX, 18-19 y *Marcos,* X, 19.
55. *Éxodo,* XX, 12 y *Deuteronomio,* V, 16.
56. *Éxodo,* XXI, 15 y 17.
57. *Catecismo,* 457.
58. 458 y 460.
59. 464 y 465.
60. *Éxodo,* XX, 13 y *Deuteronomio,* V, 17.
61. *Éxodo,* XXI, 12-17, XXII, 17-19 y XXXV, 2; *Levítico,* XX, 1-17 y XXIV, 16-18; *Deuteronomio,* XVII, 2-5, XXII, 22-24 y XXIV, 7.
62. *Evangelium vitae,* 56.
63. Las cursivas son nuestras.
64. *Catecismo,* 466.
65. 467.
66. 483 y 484.
67. 470. Las cursivas son nuestras.
68. 472.
69. Summa Theologiae, III, 33.
70. *Summa contra gentiles,* II, 89.
71. *Éxodo,* XX, 14 y *Deuteronomio,* V, 18.
72. *Catecismo,* 502.
73. *Deuteronomio,* XXII, 23-29.
74. XXII, 13-21.
75. XXII, 15.
76. Relación del profesor Amico Bignami, catedrático de patología médica, al Santo Oficio del 26 de julio de 1919, e informe de monseñor Pasquale Gagliardi, arzobispo de Manfredonia, a Pío XI del 3 de julio de 1922, que provocaron el decreto oficial de reprobación del Padre Pío por parte del Santo Oficio el 31 de mayo de 1923, *nunca revocado.*
77. Relación de los profesores Angelo Fiori y Giancarlo Umani Ronchi, hematólogos, al obispo de Civitavecchia del 27 de febrero de 1995.
78. *Catecismo,* 493.
79.488.
80. 491.
81. *Mateo,* V, 27-28 y 31-32.
82. Las cursivas son nuestras.

83. XIX, 9-
84. *Primera carta a los corintios,* VII, 15.
85. *El sermón del Señor en la montaña,* Libro **primero, XVI, 43-50.**
86. *Primera carta a los corintios,* VII, 1-2 y 7-9.
87. *Las bodas y la concupiscencia,* I, 15-17.
88. *Catecismo,* 492.
89. 496.
90. 498.
91. *Humane Vitae,* 5.
92. *6.*
93. Discurso a los participantes en el seminario *La procreación responsable,* 32.
94. Las cursivas son nuestras.
95. *Éxodo,* XX, 15 y *Deuteronomio,* V, 19.
96. *Catecismo,* 503.
97- 5°7-
98. *Éxodo,* XX, 17 y *Deuteronomio,* V, 20.
99. *Catecismo,* 523.
100. 521.
101. *Éxodo,* XX, 17 y *Deuteronomio,* V, 21.
102. *Deuteronomio,* XXIV, 1.
103. Véase Tzvetan Todorov, La *conquista de América,* México D.F., Siglo XXI, 1987, y David Stannard, *Olocausto americano,* BoUati Boringhieri, Turín, 2001.
104. *Génesis,* IX, 20-25.
105. *Levítico,* XXV, 42-45.
106. *Primera carta a Timoteo,* VI, 1-2.
107. *Catecismo,* 527 y 528.
108. 531.
109. *Lucas,* VI, 20.
110. *Tomás,* 54.

EL HIJO

1. *Hechos de los apóstoles,* IX, 3-9.
2. *Primera carta a los corintios,* XV, 8.
3. *Antigüedades judaicas,* Libro decimoctavo, III, 3, §§63-64.
4. *Comentario a Mateo,* X, 17 y *Contra Celso,* I, 45 y II, 13.
5. *Tapices,* II, 2.
6. *La guerra judaica,* Libro segundo, IX, 2, §169.
7. *Historia eclesiástica,* I, 11.
8. *Cartas,* X, 96.

9. *Vidas de los Césares,* Libro quinto, XXV, 4.
10. *Anales,* Libro décimo quinto, XLIV, 3.
11. Mateo, II, 1.
íz. *Lucas,* II, 1-2.
13. Aíafeo, I, 18 —II, 2.3.
14. *Lucas,* II.
15. *Isaías,* VII, 14.
16. *Miqueas,* V, í-z.
17. Oseas, XI, 1.
18. *Jeremías,* XXXI, 15.
19. Mateo, III; *Lucas,* III, 1-2Z; /«an, I, 19-34.
zo. *Isaías,* XL, 3.
21. *Salmo* 2, 7.
22. *Isaías,* XLII, 1.
z^,. *Juan,* XII, Z9.
Z4. *Lucas,* XXIII, 44.
Z5. Mateo, XXVII, 51-53.
26. *Mateo,* XXVII, 57-68 y *Marcos,* XIV, 53-65.
27. *Zacarías,* IX, 9.
28. Mateo, XXI, 7; *Marcos,* XI, 7; *Lucas,* XIX, 35; /«a«, XII, 14.
29. *Salmo 117,* 26.
30. *Zacarías,* XI, 12.
31. *Salmo 2.2.,* 18 y 8.
32. *Salmo 68,* 22.
33. *Éxodo,* XII, 46.
34. Jonás, I, 17.
35. *Salmo 15,* 10.
36. *Salmo* 109, 1.
37. *Daniel,* VII, 13.
38. *Salmo* 22, 2.
39. *Salmo 30,* 5.
40. *Mateo,* XXVII, 46; *Lucas,* XXIII, 46; /wa«, XIX, 30.
41. *Juan,* VIII, 12 y IX, 5.
42. *Sermón de Navidad,* XXVII, 4.
43. *Rig Veda,* Primer ciclo, LXXXIX, 4 y Cuarto ciclo, XVII, 4.
44. *Segunda carta de Pedro,* 1,19.
45. *Apocalipsis,* XXII, 16.
46. *Isaías,* XIV, 12-15.
47. *Mateo,* X, 1.
48. *Lucas,* VI, 12-13.
49. *Marcos,* III, 13-15.
50. Véase Robert Van Voorst, *Gesü nelle fonti extrabibliche,* San Paolo, Milán, 2004.

51. *Hechos de los apóstoles,* XX, 35.
52. *Juan,* VIII, 1-8.
53. VIII, i,XIV, 31 y XXI, 1.
54. II-XI.
55. *Segundo libro de los reyes,* IV, 42.44.
56. *Lucas,* I, 1-3.
57. Las cursivas son nuestras.
58. *Historia eclesiástica,* Libro tercero, XXXIX, 11-12.
59. *Contra las herejías,* Libro tercero, XI, 8.
60. *Libro segundo,* XXII.
6i. *Juan,* VIII, 57.
62. De /a *palabra de Dios,* 19.
63. Robert Funk y Ray Hoover (ed.), *The Five Gospels: What Did Jesús Really Say?,* Polebridge Press, 1993.
64. Robert Funk (ed.), *The Acts of Jesús: What Did Jesús Really Did?,* Polebridge Press, 1998.
65. Mareo, V-VIL
66. Lucas, VI, 17-49.
67. VI, 20-21 y 24-25.
68. *Mateo,* VI, 9-13.
6<). Lucas, XI, 2-4.
70. *Marcos,* XI, 25.
71. *Salmo 6j,* 10-12.
72. *Catecismo,* 578 y 579.
73. *Mateo,* V, 17.
74- V, 19.
75. V, 21-47.
76. V, 48.
77. XXIII.
78. *Mateo,* VII, 12 y Lucas, VI, 31.
79. *Analecta,* XV, 23.
80. *Udana-Varga,* V, 18.
81. *Mahabharata,* V, 1517.
82. *Mateo,* VI, 5-6.
83. VII, 6.
84. V, 39.
85. VI, 28.
86. VII, 5.
87. XXVI, 41.
88. Juan, VIII, 7.
89. *Mateo,* VII, 7.
90. *Lucas,* XIII, 25-28.
91. *Proverbios,* I, 28.

92. *Mateo,* XXII, 14.
93. Lucas, X, 30-37.
94. Maíeo, XXIII, 3.
95. *Lucas,* XV, 3-7 y 11-32.
96. Maíeo, XIII, 10-17; *Marcos,* IV, 10-12; *Lucas,* VIII, 9-10.
97. *Isaías,* VI, 9-10.
98. VI, 11.
99. Maíeo, XXIV, 34 y *Lucas,* XXI, 32.
100. Atoeo, XVI, 28; *Marcos,* IX, 1; *Lucas,* IX, 27.
101. Maíeo, X, 23.
102. Hans Kúng, *Cristianesimo,* Rizzoli, Milán, 2005, p. 78. Las cursivas son del original. (Hay trad. cast.: *El cristianismo: esencia e historia,* Madrid, Trotta, 2006).
103. *Mateo,* XII, 39; *Marcos,* VIII, 12; *Lucas,* XI, 29.
104. *Juan,* XII, 37.
105. *Marcos,* VI, 5 y *Mateo,* XIII, 58.
106. *Juan,* II, 1-11.
107. *Lucas,* V, 4-10 *y Juan,* XXI, 4-12.
108. *Mateo,*XIV, 13-21;Marcos, VI, 34-44;Lwcas, IX, *iz-iy;Juan,Vl,* 1-13.
109. Mafeo, XV, 32-38 y *Marcos,* VIII, 1-9.
110. Mafeo, VIII, 30-34; *Marcos,* V, 1-20; *Lucas,* VIII, 26-39.
111. *Catecismo,* 352.
112. Marcos, IX, 17-27.
113. VII, 32-35.
114. VIII, 22-26.
115. *Juan,* IX, 6-7.
116. Mafeo, VIII, 24-26; *Marcos,* IV, 37-40; *Lucas,* VIII, 23-24.
117. Maíeo, XIV, 25-32; Marcos, VI, 45-51;/«a«, VI, 16-21.
118. Maíeo, XVII, 1-8; Marcos, IX, 12-14 y 2.021.
119. Maíeo, XXI, 18-19; *Marcos,* XI, 12-14 Y 2.0-21.
120. Maíeo, XVII, 24-27.
121. *Mateo,* IX, 20-22; *Marcos,* V, 25-34; *Lucas,* VII, 43-48.
122. *Vrimer libro de los reyes,* XVII, 17-24.
123. *Segundo libro de los reyes,* IV, 32-37.
124. *Lucas,* VII, 12-15.
125. /«aw, XI, 1-44.
126. XI, 1.
127. XI,i-3.
128. XII, 1-3.
129. *Hechos de los apóstoles,* IX, 36-41 y XX, 9-10.
130. *Mateo,* X, 8 y *Marcos,* VI, 7.
131. *Marcos,* XVI, 17-18.
132. *Isaías,* XI, 1,16,12 y 9.

! b

133- ***Primer libro de Samuel,* XVI, i.**
134. *Mateo,* I, 1-17.
135. *Lucas,* III, 23-38.
136. III, 23.
137. *Carta a los romanos,* I, 3.
138. Mateo, XXVII, 25.
139. *Nostra Aetate,* 4.
140. *Lucas,* VI, 15 y *Hechos de los apóstoles,* I, 13.
141. *Mateo,* XXII, 15-22; *Marcos,* XII, 13-17; *Lucas,* XX, 20-26.
142. *Lucas,* XXIII, 2.
143. *Marcos,* III, 17.
144. *Lucas,* IX, 51-56.
145. *Segundo libro de los reyes,* **I,** 9-14.
146. *Mateo,* XVI, 17.
147. *Lucas,* XXII, 36-38.
148. *Mateo,* XXVI, 51; Marcos, XIV, 47; *Lucas,* XXII, 49"5°; /^Ma"> XVIII, 10.
149. *Mateo,* XXI, 12-13; *Marcos,* XI, 15-17; Lacas, XIX, 45-46.
150. *Juan,* II, 13-17.
151. *Jeremías,* VII, 11.
152. *Salmo 68,* 9.
153./MW, VI, 15.
154. Mateo, XIX, 27-29.
155. XXVI, 64.
156. Marcos, XIV, 62.
157. *Lucas,* XXII, 70.
158. *Mateo,* XXVII, 11; *Marcos,* XV, 2; Lucas, XXIII, 3.
159. Mafeo, XXVII, 37; *Marcos,* XV, 26; *Lucas,* XXIII, 38; *Juan,* XIX, 19.
160. Juan, XIX, 21-22.

EL CRISTIANISMO

1. *Primera carta a los corintios,* XV, 14 y 19.
2. *Catecismo,* 126.
3. Marcos, XVI, 1-8.
4. XVI, 9.
5. XV, 44.
6. XV, 39 y 44-45.
7. Maíeo, XXVIII, 11-15.
8. *Diálogo con Trifón,* CVIII, 2.
9. Maíeo, XII, 40.

io. *XXVIII,* 1-10.
11. *Lucas,* XXIV, 1-12.
12. *Juan,* XX, 1-10.
13. *Mateo,* XXVIII, 9.
14. *Lucas,* XXIV, 13-53.
15. *Marcos,* XVI, 9-14.
16. Juan, XX, 11 y XXI, 1-23.
17. *Hechos de los apóstoles,* I, 3-8.
18. *Primera carta a los corintios,* XV, 5-8.
19. *Catecismo,* 127.
20. 129.
21. 130.
22. Las comillas son del original.
23. *Segundo libro de los reyes,* II, 11.
24. *Lucas,* XXIV, 50-53.
25. *Hechos de los apóstoles,* I, 9-11.
26. *Lucas,* XXIV, 3 y 13.
27. *Hechos de los apóstoles,* I, 3.
28. II, 2-4.
29. X, 44-46 y XIX, 5-6.
30. *Génesis,* XI, 1-9.
31. *Hechos de los apóstoles,* II, 6-11.
32.II, 13-15.
33. *Primera carta a los corintios,* XIV, 2 y 13-14.
34. *Hechos de los apóstoles,* II, 4.
35. *Primera carta a los corintios,* XIII, 8.
36. *Hechos de los apóstoles,* II, 1.
37. *Mateo,* XXVIII, 19.
38. *Hechos de los apóstoles,* II, 38; **VIII, 16; X, 48; XIX, 5; XXII,** 16.
39.11,38.
40. *Génesis,* I, 2.
41- n, 7.
42. /waw, **III,** 8.
43. *Carta a los romanos,* V, 5; **VIII, 14 y 26.**
44. *Carta a los efesios,* 1,13-14.
45. *Mateo,* I, 18 y 20.
46. *Lucas,* I, 35.
47. *Hechos de los apóstoles,* VIII, 17, XIII, 3 y XIX, 6.
48. Maíeo, III, 16; *Marcos,* I, 10; *Lucas,* III, 22; /«<««, I, 32.
49. *Juan,* XIV, 16-17; XV, 26; XVI, 7-8 y 13-14.
50. *Primera carta a los corintios,* XII, 7-10 y 28-31; *Carta a los romanos,* XII, 6-8; *Carta a los efesios,* IV, 11.

51. *Catecismo,* 389 y 390.
52. *Isaías,* XI, 2.
53. *Carta a los gálatas,* V, 22.
54-V, 17.
55. V, 19-20.
56. *Mateo,* XXVI, 41.
57. *Catecismo,* 136 y 145.
58. Mateo, XXVII, 5.
59. *Hechos de los apóstoles,* I, 18.
60.1, 24-25.
61. £/ *origen del hombre,* I, 3.
62. Maíeo, IV, 18-20.
63. Marcos, 1,16-18.
64. *Lucas,* V, 1-11.
65. Juan, I, 40-42.
66. Maíeo, XVI, 15-19.
67. XVIII, 17.
68. Marcos, **VIII,** 29 y *Lucas,* IX, 20.
69. Maíeo, XVIII, 18-20.
70. XVI, 23.
71. Marcos, **VIII,** 33.
72. *Mateo,* XXVI, 69-75; *Marcos,* XIV, 66-72; *Lucas,* XXII, 54-62; /wan, XVIII, 15-18 y 25-27.
73. *Mateo,* XXVI, 31-35; *Marcos,* XIV, 26-31; *Lucas,* XXII, 31-34; *Juan, XIII,* 36-38.
74. *Hechos de los apóstoles,* V, 1-11.
75-IV, 34-35-
76. Entrevista en el *Observer* de Londres, 25 de mayo de 1986.
77. Ferruccio Pinotti, *Poten fortt,* BUR, Milán, 2005.
78. *Hechos de los apóstoles,* III, 1 — IV, 22.
79. V, 14-16.
80.X.
81.X, 44-47.
82. XI.
83. *Mateo,* X, 5 y XV, 24.
84. V, 17.
85. *Hechos de los apóstoles,* XV, 1-35.
86. XV, 10.
87. XV, 23-29.
88. *Carta a los gálatas,* II, 11-13.
89. Luigi Cardini, *Rtsultato dell'esame osteológico dei restt scheletnct di ammali,* en Marghenta Guarducci (ed.), *Le rehqute di Ptetro sotto la Confessione della Basílica Vaticana,* Librería Editrice Vaticana, 1965, pp. 161-168.

90. Venerando Correnti, *Relazione dello studio compiuto su tre gruppi di resti scbeletria umaní gta rinvenuti sotto la Confessione della Basílica Vaticana, ibid.,* pp. 83-160.

91. Marghenta Guarducci, *I graffiti sotto la Confessione di San Pietro in Vaticano,* Librería Editnce Vaticana, 1958.

92. Marghenta Guarducci, *Le reliquie di Pietro sotto la Confessione della Basílica Vaticana,* Librería Editnce Vaticana, 1965.

9}.Juan,XXl, 15-19.

94. *Carta a los romanos,* XVI, 1-16.

95. En Raymond Brown y otros (ed.), *Peter tn the New Testament. A collaboratwe assessment by Protestant and Román Catholtc scholars,* Augsburg Press, Minneapolis, 1973, p. 156.

96. *Hechos de los apóstoles,* **VII,** 58 y **VIII,** 1-3.

97. *Carta a los gálatas,* 1,13-14.

98. *Hechos de los apóstoles,* IX, 1-22; XXII, 6-16; XXVI, 12-18.

99. XXII, 17-21 y **XXIII,** 11; *Primera carta a los* ***corintios,*** **XV, 8.**

100. *Carta a los gálatas,* I, 11.

101. *Hechos de los apóstoles,* XXVI, 24.

102. *Autobiografía,* XXIX, 13.

103. *Carta a los gálatas,* I, 8, 11-12 y 16-17.

104.1, 18 19.

105. *Mateo,* **XIII,** 55; *Marcos,* VI, 3; *Hechos* ***de los apóstoles,*** **XII, 17;** *Carta a los gálatas,* I, 19.

106. *Carta a los gálatas,* **II,** 1-2.

107. II, 7.

108. *Isaías,* LVI, 6-7.

109. *Mateo,* XXVIII, 19; *Marcos,* XVI, 15; *Lucas,* XXIV, 47.

110. *Carta de Santiago,* **II,** 14-26.

111. *Carta a los gálatas,* **II,** 16.

112. *Mateo,* XIII, 55 y *Marcos,* VI, 3.

113. *Diálogo con el ;udío Trifón,* **XLVIII, 3 y XLIX,** 1.

114. *Hechos de los apóstoles,* XXIV, 5.

115.XIII-XIV.

116. XIII, 48 y 45.

117. XIV, 19.

118. XVI, 1— XVIII, 22.

119. XVI, 19-39.

120. XVII, 22-23.

121. *Primera carta a los tesalomcenses,* IV, 15-17

122. *Segunda carta a los tesalonicienses,* **II,** 3-4.

123. *Hechos de los apóstoles,* **XVIII,** 23 — **XXI,** 16.

124. XIX, 11-16.

125. *Primera carta a los corintios,* I, 22-23.

126. III, 18-19.
127. XI, 3 y 7-10.
128. XIV, 34-35.
129. *Segunda carta a los corintios,* IX, 5.
130. XII, 2-4.
131. *Carta a los romanos,* XIII, 1-2.
132. *Hechos de los apóstoles,* XXI, 20-22.
133-XXI, 31.
134. XXVIII, 3-6.
135. Véase Bnzio Montmaro, *San* Pao/o *dei serpenti,* Selleno, Palermo, 1996.
136. Véase Ernesto De Martino, *La térra del nmorso,* Saggiatore, Milán, 2002.
137. *Hechos de los apóstoles,* XXVIII, 30.
138. *Segunda carta a Timoteo,* IV, 17.
139. *Trímera carta a los corintios,* IX, 20-22.
140. *Segunda carta a los corintios,* XI, 24-27.
141. *Infierno,* XIX, 108 y 112-117. Traducción de Ángel J. Battistessa.
142. Tabla de revalonzación de la lira de 1861 a 2004, basada en los datos del ISTAT.
143. Acuerdo entre el ministro de Educación y el presidente de la Comisión Episcopal Italiana, hecho ejecutivo con el Decreto del presidente de la República n.° 751 de 1985.
144. Ley n.° 186 de 2003.
145. Ley n.° 222 de 1985.
146. *Secondo Rapporto sulla Laicitá,* en *Critica Libérale,* vol. XIII, n.° 123-124, enero-febrero de 2006, pp. 31-33.
147. *Enti ecclesiastici: le cifre dell'evasione fiscale,* Ares (Agenzia di Ricerca Económica e Sociale), Informe del 7 de septiembre de 2006.
148. Ley n.° 248 de 2006.
149. *Secondo Rapporto sulla Latería,* en *Critica Libérale,* vol. XIII, n.° 123-123, enero-febrero de 2006, pp. 52-57.
150. *Mateo,* XVII, 24-27.

EL CATOLICISMO

1. *Carta a los romanos,* X, 9.
2. *Primera carta a Timoteo,* II, 5.
3. *Carta a los colosenses,* III, 1.
4. *Marcos,* X, 18 y *Lucas,* XVIII, 19.
5. *Mateo,* XXVI, 39; *Marcos,* XIV, 36; *Lucas,* XXII, 42.
6. *Mateo,* XXVII, 46 y *Marcos,* XV, 34.

y. Juan, I, 14 y 1.
8. XIV, 28.
9. XX, 17.
10. *Primera carta a los corintios,* VIII, 5-6.
11. Maíeo, XIX, 12.
12. *Contra Praxeas,* XII, 6.
13. *Catecismo,* 44 y 45.
14. *Evangelio del Pseudo-Mateo,* X, 2.
15. Reproducido por Orígenes en *Contra Celso,* I, 28.
16. Cartó a *los gálatas,* IV, 4.
17. *Carta a los romanos,* I, 3-4.
18. *Paraíso* XXXIII, 1-6. Traducción de Ángel J. Battistessa.
19. *Catecismo,* 87, 88, 89, 91 y 92.
20. *Evangelio del Pseudo-Mateo,* XIII, 3-4.
21. *Mateo,* XII, 55 y Marcos, VI, 3.
22. Mateo, I, 25.
23. *Lucas,* II, 7.
24. *Isaías,* VII, 14.
25. *Ezequtel,* XLIV, 2.
26. *Catecismo,* 99.
27. *Obras,* LXV, 2o6f.
28. *Lucas,* I, 28.
29. *Génesis,* III, 15.
30. Le *Pelerinage de Lourdes,* I.
31. Homilía en Fátima el 13 de octubre de 1951, y artículo *II Papa dell'Assunzione e Fattma,* en Vanos Autores, *Attuahtá di Fátima,* Donmni, 1953, PP-76-79-
32. *Meditaztone dal Policlínica Gemelli ai Vescovt Italiant,* 13 de mayo de 1994.
33. Las cursivas son nuestras.
34. Comillas y agramaticakdades originales.
35. *Catecismo,* 271.
36. 272 y 273.
37. *Primera carta a los corintios,* XI, 23-25.
38. *Lucas,* XXII, 19-20.
39. *Mateo,* XXVI, 26-28.
40. *Catecismo,* 283.
41. Cursivas y comillas originales.
42. *El ensayista,* 48.
43. Pietro Redondi, *Galilea herético,* Madrid, Alianza, 1990.
44. *Humant Generis,* II.
45. *Mystertum Fidel,* 24.
46. *Catecismo,* 282 y 283.

47- *79-
48. 1.
49- 333 Y 334-
50. Atoeo, VIII, 14-15; *Marcos,* I, 30-31; *Lucas,* IV, 38-19.
51. *Primera carta a los corintios,* IX, 5.
52. VII, 32-33, 35 y 38.
53. *Levítico,* XV, 16-18 y XXII, 4.
54. *Lucas,* XVIII, 29-30.
5 5. Carta a *los romanos,* XVI, 1.
56. Los resultados de las votaciones están reproducidos en John Donahue, *A Tale of Two Documents,* en Arlene y Leonard Swidler (ed.), *Women Priests,* Paulist Press, 1977, pp. 25-34. El informe de la Comisión, *Can Women be Priest?,* fue reeditado en el mismo volumen, pp. 338-346.
57. Miriam Winter, *Dal profondo. La storia di Ludmila Jadorova, ordinata sacerdote della Chiesa Cattolica Romana,* Appunti di viaggio, 2004.
58. *Hechos de los apóstoles,* VIII, 18-20.
59. *Apocalipsis,* XVII, 1-2.
60. *Infierno,* XIX, 43-123. Traducción de Ángel J. Battistessa.
61. *Hechos de los apóstoles,* IX, 13.
62. *Carta a los efestos,* 1,1.
63. Véase Jacques Le Goff, *El nacimiento del purgatorio,* Madrid, Taurus, 1985.
64. *Segundo libro de los macabeos,* XII, 43-45.
65. 21 de julio, 28 de julio y 4 de agosto de 1999.
66. Catecismo, 210.
67. 211.
68. Las cursivas son nuestras.
69. *Levítico,* XXV, 8-28.
70. *Infierno,* XVIII, 28-33. Traducción de Ángel J. Battistessa.
71. *Verba fratns Illuminati socu beati Francisa ad partes Orientis et in conspectu Soldant Aegypti* («Las palabras de fray Iluminado, compañero del beato Francisco en Oriente y en presencia del Sultán de Egipto»), *Códice Vaticano Ottoboniano Latino,* n.° 552. También en Livanus Oliger, *Líber exemplorum fratrum mmorum saeculi XIII* («Libro de los ejemplos de los frailes menores del siglo XIII»), Antonianum, 1927, pp. 203-276, n.° 99.
72. Edward Larson y Larry Witham, *Leading sctentists still reject God,* en *Nature,* 21 de julio de 1998, vol. 394, n.° 6691, p. 313.
73. *Comentario a las «Sentencias» de Ptetro Lombardo,* I, 41-42.
74. *Malaquías,* I, 2-3.
75. *Carta 217,* V, 16.
76. *Isaías,* XLIII, 10.

77- Véase Ernesto Rossi, *II Sillabo e dopo,* Kaos Edizioni, Milán, 2000.

78. Marcello Pera y Joseph Ratzinger, *Sin raíces: Europa, relativismo, cristianismo, islam,* Barcelona, Península, 2006, y Joseph Ratzinger, *Pro eligendo Romano Pontefice,* homilía del 18 de abril de 2005 en la apertura del Cónclave que lo eligió Papa.

79. *Primera carta de Pedro,* II, 4-5.

80. *Isaías,* XXVIII, 16.

81. Dante Balboni, «Descrizione archeologica della cattedra», *Osservatore Romano,* 28 de noviembre de 1969.

82. *Lucas,* II, 10-11.

83. *Infierno,* III, 60. Traducción de Ángel J. Battistessa.

84. *Pastor Aeternus,* 1 y 2.

85. *Quia Quorundam Mentes,* 2.

86. Las cursivas son nuestras.

87. *Pastor Aeternus,* 4.

88. Las cursivas son nuestras.

89. *L'infallibilitá,* Mondadon, Milán, 1977.

90. Johann Roten, *Report on surveys* [Informe sobre los sondeos], Instituto Internacional de Investigaciones Marianas de la Universidad de Dayton, 1992.

91. *Credo de Westminster,* I, 9 y XXV, 6.

92. *Primera carta de Juan,* II, 18, 22 y IV, 3; *Segunda carta de Juan,* 7.

93. *Mateo,* XXIV, 5; *Marcos,* XIII; *Lucas,* XXI, 8.

94. *The nature and scope ofthe problem of sexual abuse ofminors by catholic pnests and deacons in the United States* [La naturaleza y la extensión del problema de los abusos sexuales a menores por parte de curas y diáconos católicos en Estados Unidos], Informe a la Comisión Episcopal Estadounidense del departamento de Justicia Criminal John Jay de la City Umversity de Nueva York, 27 de febrero de 2004.

95. *Imitación de Cristo,* I, 3, 6.

EL PAPA

1. «Nota ilustrativa doctrinal de la fórmula conclusiva de la *Professio Fidel»,* Congregación para la Doctrina de la Fe, 29 de junio de 1998, párrafo 11.

2. *Juan,* I, 1 y 14.

3. *Domtnus lesus,* 12.

4. Joseph Ratzinger, «Conferencia de prensa para la presentación de la Declaración *Domtnus lesus»,* 5 de septiembre de 2000.

5. *A sí mismo,* IV, 23.

LOS CONCILIOS ECUMÉNICOS DE LA IGLESIA CATÓLICA

De los 21 concilios aceptados por la Iglesia católica, la Iglesia ortodoxa y los protestantes sólo aceptan los siete primeros, la Iglesia asiría los dos primeros, y las Iglesias no trinitarias ninguno.

1. *Primer Concilio de Nicea* (32.5): condena del arrianismo; consustancialidad del Hijo con el Padre; primera formulación del Credo.
2. *Primer Concilio de Constantinopla* (381): procesión del Espíritu Santo del Padre; segunda formulación del Credo.
3. *Concilio de Éfeso* (431): condena del nestorianismo; Cristo tiene una única persona, en la que la humanidad y la divinidad son inseparables; María es Deípara o Madre de Dios.
4. *Concilio de Calcedonia* (451): condena del monofisismo; Cristo tiene dos naturalezas (humana y divina).
5. *Segundo Concilio de Constantinopla* (553).
6. *Tercer Concilio de Constantinopla* (680-681): condena del monotelismo; Cristo tiene dos voluntades (humana y divina).
7. *Segundo Concilio de Nicea* (787): condena de la iconoclastia; restablecimiento del culto de las imágenes.
8. *Cuarto Concilio de Constantinopla* (869-870).
9. *Primer Concilio Lateranense* (1123): modalidades de la consagración de los obispos.

io. *Segundo Concilio Lateranense* (1139): cánones de la disciplina del clero, en particular el celibato.

11. *Tercer Concilio Lateranense* (1179): condena de los cataros; modalidades de la elección del Papa.

íx. *Cuarto Concilio Lateranense* (1215): condena de los valdenses y de los albigenses; obligación para judíos y musulmanes de llevar señales de reconocimiento; doctrina de la transustanciación.

23. *Primer Concilio de Lyon* (1245): doctrina de los Sacramentos y del Purgatorio.

14. *Segundo Concilio de Lyon* (1274): aprobación de las Cruzadas; modalidades del Cónclave.

25. *Concilio de Viena* (1311-1312): supresión de la orden de los templarios.

16. *Concilio de Constanza* (1414-1418): composición del Gran Cisma de Occidente (dimisión de Gregorio XII, Juan XXIII y Benedicto XIII, y elección de Martín V).

27. *Concilio de Basilea* (1431-1437), *ferrara* (1437-1439) y *Florencia* (1439-1445): procesión del Espíritu Santo también del Hijo *(Filioque).*

18. *Quinto Concilio Lateranense* (1512-1517): condena del neoaristotelismo y definición del alma.

29. *Concilio de Trento* (1545-1563): condena de la Reforma de Lutero y Calvino; principios de la Contrarreforma.

20. *Concilio Vaticano I* (1869-1870): condena del racionalismo; afirmación de la primacía y de la infalibilidad pontificia.

21. *Concilio Vaticano II* (1962-1965): renovación de la liturgia.

ÍNDICE DE NOMBRES

Aarón 58, 61-62, 72-74, **234**
Abel 27
Abiam, rey de Judea 64
Abiram, sacerdote 61
Abraham 31, 45-47, 49-51, 53-54,72., 107, 125, 129, 144
Adán 23, 25-28, 32, 144, 158
Adonis 31
Afrodita 31, 82
Agustín de Hipona 94-95, *99*, 223, 248
Akenatón, faraón 23, 31, 57, 116, 188
Alá 29-30, 188, 267
Alcmena 212
Alejandro V, papa 256
Alejandro VI, papa 238
Alighieri, Dante 118, 193, 213, 238,244
Ambrosio, santo 192
Ananás 167
Anastasio I, papa 234
Anastasio III, papa 234
Andrés, apóstol 165-166
Anselmo de Aosta 232
Antonio de Padua 200, 245
Apolo 79, 82
Arafat, Yasser 55
Aristóteles 81, 228
Asa, rey de Judea 64
Ashoka, rey indio 188
Atenágoras 161
Atón 31, 116, 188
Augusto, Cayo Julio César Octaviano, emperador romano 111, 254
Aureliano, Lucio Domicio, emperador romano 115

Baal 61
Bach, Johann Sebastian *67*
Balaguer, Josemaría Escrivá de 16
Barnabás, santo 121
Barrabás 68

Beethoven, Ludwig van 67
Bela Rocín 87
Benedicto III, papa 235
Benedicto VIII, papa 161
Benedicto IX, papa 256
Benedicto XIII, papa 256
Benedicto XIV, papa 241
Benedicto XV, papa 225
Benedicto XVI, papa 90-91, 252, 264, 268
Benjamín, jefe de la homónima tribu de Israel 176
Berlusconi, Silvio 197, 200
Bernardino de Siena, santo 116
Bernardo de Chiaravalle 220
Bernini, Gian Lorenzo 160, 177, 2.53
Betel, sacerdote 33
Bin Laden, Osama 68
Bolena, Ana 249
Bolgi, Andrea 190
Bonifacio VIII, papa 239, 243-244
Borges, Jorge Luis 209
Bosch, Hieronymus 25
Brígida 240
Brizio, Bartolomeo 142
Bruno, Giordano 247, 266
Bryan, William 39
Buda (Siddhartha Gautama) 127,188
Buñuel, Luis 226
Buonarroti, Miguel Ángel 75,173
Bush, George W. 39, 68

Caifas 113
Caín 27
Calixto I, papa 209, 254
Calixto II, papa 193
Calixto III, papa 238
Calvi, Roberto 168, 170
Calvino, Juan 235, 248
Canaán, hijo de Cam y nieto de Noé 102
Capra, Fritjof 40
Caravaggio (Michelangelo Merini, llamado) 173
Carlomagno, emperador del Sacro Romano Imperio 192
Carlos II el Calvo, emperador del Sacro Romano Imperio 2.53
Carlos V, emperador del Sacro Romano Imperio 247-248
Casini, Pier Ferdinando 16
Catalina de Aragón, reina de Inglaterra 249
Cefas *véase* Pedro
Celestino V, papa 255
Celso, Aulo Cornelio 136, 211
César, Cayo Julio 146, 185, 201,217,254
Cirilo, patriarca de Alejandría 192
Ciro el Grande, rey de Persia 188
Cleante 181
Clemente de Alejandría 24, 83 109
Clemente II, papa 256
Clemente V, papa 239
Clemente VII, papa 249, 256
Colón, Cristóbal 100
Comiskey, Brendan 263

Confucio 127, 132, 188
Constantino I el Grande, emperador romano 83, 115, 189-191, 193, 206
Constantino V, emperador bizantino 81, 257
Constanza, hermana de Constantino I el Grande 189
Coppola, Francis 168
Coré 61
Craxi, Bettino 197
Cresto 110
Crispo, hijo de Constantino I el Grande 189
Cristo *véase* Jesucristo
Croce, Benedetto 17
Cupido 82

D'Alema, Massimo 16
Dámaso I, papa 254
Dámaso II, papa 256
Daniel 115
Darwin, Charles 35, 41-43, 163
Darwin, Emma 43
Datan, sacerdote 61
David, rey de Israel 20, 48, 50, 65, 107-108, 144-145, 211, 213
Decio, emperador romano 188
Descartes, Rene 251
Diderot, Denis 9, 27
Diocleciano, Cayo Valerio, emperador romano 188
Dionisos 115, 154
Disney, Walt 91
Dukas, Paul 91

Eichmann, Adolf 170
Elcasai 180
Elena, madre de Constantino I el Grande 190
Eli 144
Elias 140, 146, 153
Eliot, Thomas Stearns 161
Eliseo 122, 140
Elohim (El Eloah) 19-29, 29-32,46,49-51, 58, 60, 64, 65,71-74,78-79, 84, 157
Enrique II de Valois, rey de Francia 161
Enrique II el Santo, emperador del Sacro Romano Imperio 248
Enrique IV, emperador del Sacro Romano Imperio 193, 258
Enrique V, emperador del Sacro Romano Imperio 193
Enrique VIII, rey de Inglaterra e Irlanda 94, 249
Erasmo de Rotterdam 83
Eros 82
Esaú 51,53-54, 248
Escévola, Cayo Mucio 254
Esdras, sacerdote 33, 35
Esteban, santo 176
Esteban III, papa 191
Eusebio de Cesárea 109, 119, 123
Eutiques, archimandrita en Constantinopla 214
Eva 26-28, 32
Ezequías, rey de Judea 35
Ezequiel 217

Fausta, mujer de Constantino I el Grande 189
Federico II, emperador del Sacro Romano Imperio 258
Federico III de Habsburgo, emperador del Sacro Romano Imperio 193
Federico III, príncipe elector de Sajonia 247
Festo 176
Feuerbach, Ludwig 37
Flavio Josefo 68, 108-109
Fo, Dario 105, 156
Fortune, Sean 262
Francisco de Asís, santo 142, 169, 200, 245-246
Francisco José I, emperador de Austria y rey de Hungría 194
Franco, Francisco 194
Freud, Sigmund 26

Galerio, Cayo Valerio Maximiano, emperador romano 188
Galilei, Galileo 247
Gandhi, Mohandas Karamchand llamado el Mahatma ("alma grande") 72, 88
Gelasio I, papa 235, 253
Gelli, Licio 168
Gibbon, Edward 192
Gilbert de la Porree 209
Goethe, Johann Wolfgang 91
Goncalves, José Bernardo 224
Gondofares, rey 186
Graciano Flavio, emperador romano 254
Gramsci, Antonio 185
Gregorio de Rímini 248
Gregorio VI, papa 256
Gregorio VII, papa 193, 234, 238,258
Gregorio IX, papa 103, 258
Gregorio X, papa 255
Gregorio XII, papa 256
Gregorio XIII, papa 238
Griesbach, Johann 119, 120
Groér, Hans Hermann 262
Guillermo de Occam 236

Hammadi, Nag 120
Hammurabis, rey de la I dinastía de Babel 188
Hashepsut, reina egipcia 57
Hassan *69*
Heliogábalo *véase* Marco Aurelio Antonino
Hércules 115, 212, 253
Hermes 254
Herodes el Grande, rey de Judea111-112
Herodoto 154
Herzl, Theodor 5 3
Hitler, Adolf 194
Honorio I, papa 215
Horus 115
Hoyle, Fred 40

Inocencio I, papa 234, 257
Inocencio III, papa 235, 245
Inocencio IV 258
Inocencio VIII 255, 258

Ireneo, santo 21, 80, 124-126, !75
Isaac 31, 46, 47, 49-51, 53-54, 107, 212, 225
Isabel I, reina de Inglaterra 249
Isaí 143-144
Isaías 67, 112-113, 118, 134, 139, 144, 162, 179,217,253
Ishtar 57
Isidoro de Sevilla 257
Isis 154
Ismael 50, 54

Jacob, patriarca 31, 47, 51, 53-54, 56, *66,* 107, 248
Jacob, presunto abuelo de Jesucristo 144
Jahvé 24-26, 28-29, 31-32, 45-50, 58-65, 73-74, 78-79, 84-85, 87, 116, 126, 134-135, 143-144, 158, 179,188, 217-218
Jannacci, Enzo 105
Jasón de Cirene 21
Jefferson, Thomas 182
Jenaro, santo 80
Jeremías 112, 147
Jeroboam, primer soberano **del** reino de Israel 20, 73
Jerónimo, santo 74, 234
Jesucristo 81,83,98, **107-148,** 178, 205-206, 208, 257, 261,268
Job 65, 129
Jonás 114, 136, 147, 151, 166, 174
José de Arimatea, santo 150
José, hijo de Jacob 52, 56
José, santo 128, 144, 159, 164, 211, 212, 216
Josías, rey de Judea 35, 50
Josué (Oseas, Yeoshua) 45, 63-65, 76, 107
Joviniano 216
Juan Bautista, santo 113
Juan Pablo I, papa 168
Juan Pablo II, papa 41, *66,* 88, 138, 168, 224-225, 234, 236, 241-243, 246, 251-252, 262
Juan VIII (papisa Juana), papa 235,2.53
Juan VIII, papa 235, 253
Juan XI, papa 234
Juan XXII, papa 259
Juan XXIII, papa 95, 145, 256, 263
Juan, evangelista 107, 119, 121-122, 124-126, 134, 136, 140, 141, 146-147, 152, 160, 165, 166, 187, 204, 227,260, 261
Juana, papisa (Juan VIII) 23 5
Judá, jefe de la tribu de Israel 20, 33, 35,47, 112
Judas Iscariote 47, 48, 68, 114, 145-147, 152
Julio I, papa 116
Julio II, papa 75, 238
Jung, Cari Gustav 65
Júpiter 117
Justiniano I, emperador romano 159
Justino, santo 151, 180

Kant, Immanuel 232, 251
Kapitza, Piotr 222
Kierkegaard, S0ren 17
Küng, Hans 135, 260

Lambertini, Prospero *véase* Benedicto XIV
Lao Tsé 132
Law, Bernard 263
Lázaro de Betania, santo 122, 140-141
Lemaítre, Georges 40
Lenin (Vladimir Ilich Ulianov) 185
León I Magno, papa 116-117, 160,253
León III Isaurico, emperador bizantino 81, 160, 193
León III, papa 193
León IX, papa 161
León X, papa 246
León XIII, papa 3 5
Leonardo da Vinci 220
Leopardi, Giacomo 251
Lewinsky, Monica 93
Liciniano, sobrino de Constantino I el Grande 189
Licinio, Valerio Liciniano, emperador romano 189, 191
Lino 175
Liutprando, rey de los longobardos192
López de Palacio Rubios, Juan 100
Lot 47
Lucas, evangelista 104, 107, 119-122, 124, 126, 128-130, 134, 140, 144-145, 148, 149,154,159,165,179, 211,217,227
Lucifer 117-118
Lucio III, papa 258
Lutero, Martin 182, 218, 235, 246-248, 261

Maciel, Marcial 262
Magritte, Rene 22
Mahoma 30, 68, 188, 268
Maimónides, Moisés 76
Majencio, Marco Aurelio Valerio, emperador romano 189
Mann, Thomas 56
Manuel II Paleólogo, emperador bizantino 268
Marcinkus, Paul 168
Marción, hereje cristiano 124, 126, 145, 216
Marco Aurelio Antonino, emperador romano 270
Marcos, evangelista 107, 119-121, 123-124, 126, 130, 134, 145, 148, 149, 151, 154, 167
María I, reina de Inglaterra 249
María, hermana de Lázaro de Betania 141
María, madre de Jesucristo 13, 81, 159, 164, 177, 205, 208, 209, 211-213, 2.15-224, 261
Marino I, papa 255
Marón 215
Martín V, papa 256

Mateo, evangelista 13, 107, 119-121, 124, 126, 129-130, 134, 138, 144-145, 148, 150, 157, 159, 163, 165, 167, 211, 216, 227
Méliés, Georges 221
Mengele, Joseph 170
Mercator, Isidoro 257
Merneptah, faraón 108
Mesías *véase* Jesucristo
Meyrink, Gustav 91
Miguel I Cerulario, patriarca de Constantinopla 161
Milton, John 118
Miqueas 112
Mirafiori y Fontanafredda, linaje 86
Mitra 115
Moisés 27, 30, 32, 34, 36, 49, 56-58, 61-63, 65,71-77, 107, 116, 122, 130, 137, 143, 172, 184-186, 188
Moravia, Alberto (Alberto Pincherle) 251
Mozart, Wolfgang Amadeus 67
Muratori, Ludovico Antonio 124
Mussolini, Benito 194-195

Nehemías 33
Nerón, Lucio Domicio, emperador romano 110, 185,188
Nestorio, patriarca de Constantinopla 213
Nicolás II, papa 255
Nicolás III, papa 239
Nicolás V, papa 103, 193
Nietzsche, Friedrich 182, 219
Nirenberg, Marshall 42
Noé 23, 33, 102

Orígenes 109, 206
Ormisda, papa 234
Oseas 63, 112
Osiris 31,77, 115, 153, 154
Otón III, emperador del Sacro Romano Imperio 191

Pablo de Samosata 207
Pablo de Tarsos, apóstol 7, 94-95, 103, 108, 121, 126, 141, 149, 152, 154, 155-156, 159, 161-162, 164, 172, *73> i75"18 7, 2i°3> 213, 227, 233, 235, 244, 267
Pablo III Farnese, papa 238, 250
Pablo VI, papa 88, 95-96, 161, 174> Z2-3$_5$ 22-5> 2-3 *> 2.34, 236, 241, 246, 251
Padre Pío de Pietrelcina 93, 142, 245-246
Papías 123
Pedro, apóstol 82, 101, 117, 123-124, 126, 141, 146-148, iS2-, !55> x57, 160, 164-167, 170-175, 178-180, 185, 187,233, 238, 252-253, 257-260
Pepino el Breve, rey de los francos 191-192
Pera, Marcello 252
Pianigiani, Ottorino 13

Pilatos, Poncio 81, 109-110, 113,124, 148, 150, 205, 208
Pío IV, papa 238
Pío IX, papa 87, 103, 218-220, 252,256
Pío V, papa 254
Pío X, papa 220, 241, 251, 252
Pío XI, papa 95, 195, 220, 225,252
Pío XII, papa 28, 36, 39-40, 173-174, 218, 219, 221, 222,224-225, 230, 252
Pitágoras 81,127,143, 267, 270
Platón 81, 210
Plinio el Joven (Plinio Cecilio Segundo, llamado) 108-109
Plutarco 79, 154
Polo, Marco 68
Priebke, Erich 170
Priscialiano 192
Prodi, Romano 200

Quetzalcóalt 115
Quirino, gobernador **de Siria 111**

Rafael Sanzio 142
Raquel 112
Ratzinger, Joseph *véase* Benedicto XVI
Reagan, Ronald Wilson 169
Rebeca 51-52
Robertson Smith, William 35
Roboam, primer soberano del reino de Judea 20
Rubén 47
Rushdoony, Rousas 100
Russell, Bertrand 17

Sabaoth 65, 67
Sabelio 209
Safira 167
Salazar, Antonio de Oliveira 194
Salomón, rey de Israel 20, 33,107
Samuel *j6,* 144
Santiago I Estuardo, rey de Inglaterra 24, 164
Santiago, apóstol 146, 152, 172, 178-180, 184
Sara 46, 49, 54
Saramago, José 9
Sargón el Grande 57
Sartre, Jean-Paul 251
Saúl, primer rey de Israel 29, 50,65, 175
Saulo *véase* Pablo de Tarsos
Scalfaro, Osear Luigi 16
Schliemann, Heinrich 111
Scopes, John 38
Septimio Severo, Lucio, emperador romano 188
Sergio I, patriarca de Constantinopla 214
Sergio **III,** papa 234
Shaw, George Bernard 131
Silo, sacerdote de Jerusalén 33
Silverio I, papa 234
Silvestre I, papa 190-191
Silvestre **III,** papa 256
Simón (Simón Mago) 238
Simón Bariona *véase* Pedro
Simón el celóte 146
Simón Pedro *véase* Pedro
Simón *véase* Pedro
Simón, Richard 34

Sindona, Michele 168-170
Sixto IV, papa 219
Sixto V 241
Smith, Joseph 27
Smyth, Brendan 262
Sócrates 127
Soubirous, Bernadette 219
Spinoza, Baruch 34,76, 266
Suenens, Leo 96
Suetonio, Tranquilo Cayo 108, 110
Swift, Wesley 100

Tácito, Cornelio 108, 110
Tedeschini, Federico 221
Teodosio I, emperador romano 192, 208
Teresa de Calcuta (Agnés Gonxha de Bojaxshiu) 224
Teresa, santa 177
Tertuliano, Quinto Septimio Florencio 83, 126, 130, 216, 254
Thomas de Kempis 264
Tiberio, Claudio Nerón, emperador romano 110
Tillotson, John 232
Timoteo, santo 204
Togliatti, Palmiro 196
Tomás de Aquino 90, 130
Tomás, apóstol 104, 120, 128, 186-187, 218, 223
Trajano Ulpio, emperador romano 109, 125, 188
Trifón 151

Urbano II, papa 244, 256
Urbano rV, papa 142
Urbano VI, papa 256
Ussher, James 38
Uzías, rey 67

Valeriano Publio Licilio, emperador romano 188
Valla, Lorenzo 191
Veltroni, Walter 16
Venus 82, 117-118
Vesalio, Andrea 25
Víctor Manuel II, rey de Italia 87
Virgen *véase* María, madre de Jesucristo
Vishnu 79, 267
Vlk, Miroslav 237
Voltaire (Francois-Marie Arouet) 125

Wellhausen, Julius 35
Wiener, Norbert 91
Wilde, Osear 132
Wilson, Woodrow 39
Witter, Henning 32
Wittgenstein, Ludwig 132
Wojtyla, Karol *véase* Juan Pablo II
Wu, emperador chino 188

Yehuda, Ben 30

Zacarías, santo 114
Zarathustra 188
Zeus 81,117,181,212
Zwingli, Huldrych 235, 248